LOS INGENIEROS DEL MUNDO ANILLO

Larry Niven



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Primera Parte
1 - Enganchado al cable

Luis Wu estaba enganchado al cable cuando los dos intrusos invadieron su habitación.

Sentado en la perfecta postura de loto, sobre la fastuosa moqueta amarilla de hierba de interior, lucía una expresión de felicidad ensoñadora. El somero apartamento constaba de una sola, aunque espaciosa, habitación. Podía divisar las dos puertas. Pero, engolfado en ese placer que sólo los cabletas conocen, no se dio cuenta de que llegaban. Y se le plantaron delante de improviso: dos individuos jóvenes, pálidos, de estatura bastante superior a los dos metros diez, que observaban a Luis con despectivas sonrisas. Uno de ellos resopló y se guardó en el bolsillo algo que parecía un arma. Avanzaron hacia él y entonces Luis se puso en pie.

No fue sólo la sonrisa de felicidad lo que les engañó. Fue el contactor, del tamaño de un puño, que sobresalía de la coronilla de Luis Wu como un tumor de plástico negro. Estaban ante un adicto a la corriente y sabían lo que se podía esperar. Aquel hombre llevaría años sin pensar en otra cosa que no fuese en el hilo que administraba electricidad al centro del placer de su cerebro. Se habría olvidado de sí mismo incluso hasta el extremo de dejarse morir de hambre. Era de poca estatura, casi cuarenta centímetros menos que cualquiera de los dos intrusos. Así que...

Cuando fueron a agarrarle, Luis se hizo a un lado para equilibrarse y lanzó una, dos, tres patadas. Uno de los invasores quedó en el suelo, doblado sobre sí mismo y privado de respiración antes de que el otro lograse reaccionar y apartarse.

Luis fue a por él.

Lo que dejó semiparalizado al mozo fue la sonrisa de placidez ausente con que Luis se disponía a matarle. Echó mano del arma que se había guardado, pero demasiado tarde. Luis hizo que la soltara de un golpe, esquivó un puño que parecía una maza y pateó las rótulas de su adversario (el coloso se quedó inmovilizado). Golpe al plexo, al corazón (el coloso se dobló sobre sí mismo con un jadeo sibilante), a la garganta (el jadeo se quebró en seco).

El otro invasor andaba a gatas, mientras poco a poco recobraba la respiración, cuando Luis le golpeó dos veces en la nuca con el canto de la mano.

Los intrusos quedaron inmóviles sobre el piso de hierba amarilla. Luis Wu fue a cerrar su puerta. Ni por un instante la sonrisa de felicidad abandonó sus facciones, ni tampoco después de haber cerrado la puerta, echado el seguro y puesto la alarma. Verificó la puerta que daba al balcón: cerrada y con la alarma conectada.

¿Cómo diablos habrían entrado?

Aturdido, se dejó caer en el mismo lugar donde estaba, asumió la postura del loto y no volvió a moverse hasta transcurrida una hora.

Hasta que se disparó un temporizador y cortó la corriente del contactor.

La adicción a la electricidad es el más reciente de los vicios humanos. Casi todas las culturas del espacio humano, en uno u otro momento de su historia, han considerado el hábito como un azote grave. Resta fuerzas al mercado del trabajo, que lo dejan para morir de autoabandono.

Los tiempos cambian. Generaciones después, esas mismas culturas vienen a considerar la electrodependencia como un mal menor. Los vicios tradicionales (el alcohol, las drogas, el vicio del juego) no resisten la comparación. Los que quizá se dejarían enganchar por las drogas son más felices con el cable. Así tardan más en morir, y no suelen dejar descendencia.

Y no cuesta apenas nada. Un traficante de éxtasis puede subir el precio de la operación, pero luego ¿qué? El usuario no será un cableta hasta que se le haya implantado el hilo en el centro del placer de su cerebro, desde luego. Hecho esto, el traficante ya no tendrá ningún ascendiente sobre él, ya que el consumidor puede darse el viaje con cualquier enchufe de su casa.

Y el placer es puro. No hay malos viajes ni resacas.

De manera que, hacia los tiempos de Luis Wu, los susceptibles de dejarse esclavizar por el cable o por otros estilos inferiores de autodestrucción llevaban ochocientos años eliminándose de la raza humana, por selección natural, a sí mismos.

Hoy incluso existen aparatos que pueden cosquillear a distancia los centros de placer de una víctima. Los tasps son ilegales en la mayoría de los planetas y además de fabricación cara, pero se usan. (Pasa un desconocido, triste, con el rostro surcado por las arrugas de la rabia o de la miseria. Tú, escondido detrás de un árbol, le das el día. ¡Ping! Su cara se ilumina. Por unos momentos, se ha quedado sin preocupaciones...) Por lo general, no se arruina ninguna existencia. La mayoría lo soporta bastante bien.

El temporizador emitió un clic y desconectó el contactor.

Luis se hundió en sí mismo como un saco vacío, se pasó la mano sobre la calva, buscando la base de su larga coleta negra, y desenchufó el contactor del zócalo oculto bajo los cabellos. Lo sostuvo en la mano y lo consideró unos momentos; luego, y como siempre, lo echó en un cajón y cerró con llave. El cajón desapareció. La cómoda, que imitaba un mueble antiguo de madera, en realidad era de duraluminio delgado como un papel y con abundancia de espacio para compartimientos secretos.

Siempre estaba la tentación de poner de nuevo en marcha el temporizador, como solía hacer durante los primeros años de su adicción. El abandono había hecho de él un pelele, reducido a un esqueleto harapiento y siempre sucio. Por último, logró reunir lo que le quedaba de su antigua obstinación y construyó un temporizador que necesitaba veinte minutos de manipulaciones pacientes para reinicializarse. Lo dejó ajustado para quince horas de corriente y doce de sueño, más el tiempo dedicado a lo que él llamaba mantenimiento.

Los cadáveres continuaban allí. Luis no tenía ni idea de qué hacer con ellos. Aunque hubiese avisado a la policía en seguida, no habría dejado de llamar la atención intempestivamente... Pero, ¿qué explicar una hora y media más tarde? ¿Que le habían dejado inconsciente de un golpe? ¡Se empeñarían en hacerle una radargrafía del cráneo por si lo tenía fracturado!

Ya se sabía: durante la negra depresión que seguía siempre a las dosis de cable, sencillamente le resultaba imposible tomar decisiones. Se sometía a su rutina de mantenimiento como un robot. Hasta la cena estaba preprogramada.

Bebió un vaso de agua. Puso en marcha la cocina. Pasó al cuarto de baño. Hizo diez minutos de ejercicio, empleándose a fondo, como para combatir la depresión con el agotamiento. Cuando hubo terminado, la cena estaba ya preparada. Comió sin saborear los platos... Mientras, recordaba que, en otro tiempo, comía y hacía gimnasia y todo lo demás con el contactor puesto en la cabeza, aunque con la corriente atenuada al décimo del valor normal. Durante una temporada vivió con una mujer que también era cableta. Hacían el amor bajo la corriente... y jugaban a juegos de batallas y de ingenio... Hasta que a ella dejó de interesarle todo lo que no fuese el cable mismo. Para entonces Luis recobró algo de su prudencia natural y huyó de la Tierra.

Se le ocurrió que esta vez sería más fácil huir de aquel planeta que desembarazarse de dos fiambres tan voluminosos como indiscretos. ¿Y si estaba ya sometido a vigilancia?

No parecían agentes de la BRAZO. Corpulentos, de músculos flojos, pálidos de una luz solar más anaranjada que amarilla, desde luego eran especie de un ambiente de baja gravedad, canyonitas muy probablemente. No habían peleado como agentes de la BRAZO... aunque sí habían sabido burlar sus sistemas de alarma. Aquellos hombres podían ser mercenarios, a los que quizá estuvieran esperando otros que sí fuesen de la BRAZO.

Luis Wu desmontó la puertaventana del balcón y salió.

Canyon no se ajusta del todo a las leyes normales de los planetas.

No mucho más grande que Marte, hasta hace pocos siglos su atmósfera tenía apenas la densidad necesaria para permitir la existencia de vegetales capaces de utilizar la fotosíntesis. El aire contenía oxígeno, pero insuficiente para la vida humana o kzinti. La vida autóctona era tan primitiva y resistente como los líquenes; en cuanto a los animales, no había llegado a desarrollarse.

Pero había monopolios magnéticos en el halo que rodeaba el sol anaranjadoamarillento de Canyon, y radiactivos en el planeta mismo. Fue absorbido por el Imperio Kzinti, que lo pobló por medio de cúpulas herméticas y compresores. Le llamaron Vanguardia, por su proximidad a los mundos Pierin todavía invictos.

Un milenio más tarde, el Imperio Kzinti en su expansión tropezó con el espacio humano.

Las guerras Kzin-Humanidad eran ya cosa del pasado histórico cuando nació Luis Wu. La Humanidad las ganó todas. Los kzinti tenían la manía de atacar antes de estar verdaderamente preparados. La civilización de Canyon es un legado de la Tercera Guerra Kzin-Humanidad, de cuando hubo en el planeta humano Wunderland una afición a los armamentos esotéricos.

El Pacificador de Wunderland fue usado una sola vez. Era una versión gigantesca de un artilugio utilizado comúnmente en la minería: un desintegrador que lanza un rayo supresor de la carga del electrón. Donde toca ese rayo, los sólidos se vuelven repentina y violentamente positivos, y se pulverizan en una niebla de partículas monoatómicas.

Wunderland construyó y transportó hasta el sistema de Vanguardia un desintegrador descomunal que disparaba en paralelo con un rayo similar que suprimía la carga del protón.

Los dos rayos alcanzaron la superficie de Canyon a unos cincuenta kilómetros de distancia entre sí. Las rocas, así como las factorías de los kzinti y sus casas, quedaron reducidas a polvo, mientras pasaba entre los dos puntos de impacto un relámpago rectilíneo que excavó en el planeta una zanja de veinte kilómetros de profundidad. El magma quedó al descubierto en una zona similar, por su forma y tamaño, a la Baja California terrestre, y orientada de oriente a occidente poco más o menos. El complejo industrial kzinti desapareció. Los pocos domos protegidos por campos estáticos quedaron tragados por el magma, cuyo nivel subió un poco más en el centro de la gran grieta, antes de congelarse la roca.

Lo que finalmente resultó de ello fue un océano rodeado de paredes verticales de roca de muchos kilómetros de altura, y que rodeaba, a su vez, un islote largo y estrecho.

En otros mundos humanos se duda de que fuese el Pacificador de Wunderland lo que puso fin a la guerra. Por lo general, el Patriarcado Kzinti no se dejaba intimidar por la magnitud de las catástrofes. Para los wunderlandeses, en cambio, la duda no se plantea.

Vanguardia fue anexionado después de la Tercera Guerra Kzin-Humanidad, y pasó a llamarse Canyon. La vida autóctona del planeta padeció, como era natural, los efectos de las gigatoneladas de polvo que cayeron sobre la superficie, y por la pérdida de las aguas que se precipitaron en el cañón propiamente dicho para formar aquel mar. Sin embargo, dentro del cañón reina una presión atmosférica confortable y florece una civilización en miniatura.

El apartamento de Luis Wu estaba en un doceavo piso, junto a la pared norte del cañón. La noche reinaba en el fondo del mismo cuando Luis salió, mientras que la pared sur aún resplandecía bajo la luz diurna. En la cumbre se veían los jardines colgantes de líquenes nativos. Los antiguos ascensores surcaban la pared de roca desnuda como hilos de plata. Las cabinas teleportadoras los habían convertido en anticuados medios de transporte, pero los turistas los utilizaban todavía para disfrutar de la vista.

El balcón daba al cinturón de parque que cruzaba por en medio de la isla, de punta a punta. La vegetación tenía el aspecto silvestre de los parques de caza kzinti, mezclándose sus tonos rosa y anaranjado con la biosfera terrestre de importación. La vida kzinti era muy corriente en todo el cañón.

Había tantos turistas kzinti como humanos allí abajo. Los kzinti machos parecían grandes gatos de pelaje anaranjado erguidos sobre sus patas traseras..., o casi. Pero tenían orejas con pabellones como sombrillas chinas de color rosa, las colas desnudas también rosadas, y sus extremidades de huesos largos y grandes manos les identificaban como constructores de útiles. Tendrían como dos metros y medio de estatura, y aunque evitaban escrupulosamente tropezar con los turistas humanos, si alguno de éstos pasaba demasiado cerca, las cuidadosamente aguzadas garras asomaban un poco de los negros dedos. Un reflejo. Tal vez.

A veces Luis se preguntaba qué instinto les impulsaba a regresar a un planeta que había sido de ellos. Algunos tendrían antepasados allí, congelados vivos en el tiempo y prisioneros de los domos sepultados bajo aquella isla de lava. Algún día habría que desenterrarlos...

Muchas cosas había dejado de hacer en Canyon por culpa del cable que le tenía enganchado. Los hombres y los kzinti escalaban aquellas paredes como deporte, aprovechando la baja gravedad.

A lo mejor aún se le presentaría la oportunidad de intentarlo, ya que era una de las tres vías posibles de escape. La otra pasaba por los ascensores; la tercera, por medio de una cabina teleportadora hacia el jardín de Liquen, que no había visto todavía.

Luego habría que poner terreno por medio, con un traje presurizado lo bastante ligero como para caber en una maleta.

En la superficie de Canyon había minas y una reserva ecológica, no muy bien atendida, donde se conservaban las variedades sobrevivientes de los líquenes canyoneses. Pero la mayor parte del planeta era paisaje lunar y estéril. Un hombre precavido podía posarse con una nave sin ser descubierto, y esconderla donde sólo un radar de profundidad lograría encontrarla. Y eso fue justamente lo que hizo el hombre precavido. La nave de Luis Wu llevaba diecinueve años esperándole escondida en una cueva de la cara norte de una montaña cuya roca era mena de bajo contenido metálico, una madriguera oculta en la sombra perpetua de la superficie exenta de atmósfera del planeta Canyon.

Teleportadora, ascensor o montañismo. Luis Wu era hombre libre si lograba alcanzar la superficie. Pero podía ser que la BRAZO tuviese vigiladas las tres salidas.

O que él mismo estuviese jugando al delirio paranoico. ¿De qué manera le habría localizado la policía de la Tierra? Había cambiado de cara, de peinado, de estilo de vida. Las cosas que más amaba eran precisamente aquéllas de las que había prescindido. Dormía en una cama en vez de una placa sómnica, evitaba el queso como si fuese leche estropeada, y su apartamento estaba amueblado con retráctales fabricados en serie. No tenía otras prendas de ropa que las de costosa fibra natural, carente de efecto óptico alguno.

Cuando salió de la Tierra era un cableta cadavérico y de mirada soñadora. Desde entonces, se había impuesto una dieta racional; se había torturado con la gimnasia y las clases semanales de artes marciales (más o menos prohibidas, por lo que le habría fichado la policía si le hubieran pillado, aunque no con el nombre de Luis Wu), hasta lograr una imitación bastante pasable de buena salud, con los músculos acerados que Luis Wu de joven jamás se había molestado en adquirir. ¿Cómo iba a reconocerlo la BRAZO?

Pero sobre todo, ¿cómo habían entrado? Ningún caco normal habría burlado el sistema de alarma de Luis.

Ahora yacían muertos sobre la hierba y pronto el hedor sería más fuerte que el aire acondicionado. Aunque era un poco tarde, ahora empezaba a avergonzarse de haberlos matado. Pero ellos habían invadido su territorio y bajo los efectos del cable no hay culpabilidad. Incluso el dolor se convierte en un ingrediente añadido al placer, y el placer (como el placer elemental y humano de matar a un ladrón en flagrante delito) se intensifica enormemente. Ellos sabían lo que era, y esto para Luis Wu significaba, al mismo tiempo, una advertencia suficiente y una ofensa directa.

Los kzinti y los turistas y nativos humanos que se arremolinaban en las calles parecían ajenos a todo aquel asunto, y seguramente lo eran. Si la BRAZO le vigilaba en aquellos momentos sería por medio de prismáticos desde uno de aquellos edificios de ventanales oscuros. Ninguno de los turistas miraba hacia arriba... Pero los ojos de Luis Wu tropezaron con un kzin y se quedaron clavados en él.

De dos metros y medio de estatura y casi un metro de ancho, espeso pelaje anaranjado que le cubría en parte, era muy parecido a docenas de otros kzinti a su alrededor. Lo que llamó la atención de Luis fue el pelaje.

Era desigual, manchado y canoso en más de la mitad del cuerpo del alienígena, como si ocultase extensas cicatrices del pellejo. Tenía manchas negras alrededor de los ojos, y éstos no se limitaban a contemplar el panorama, sino que exploraban los rostros de los humanos que pasaban.

Luis hizo un esfuerzo para evitar el instinto de quedarse mirando con la boca abierta. Dio la vuelta y entró, aunque sin evidenciar ninguna precipitación. Cerró las puertas balconeras y reactivó las alarmas, tras lo cual volvió a sacar el contactor de su escondrijo. Le temblaban las manos.

Había visto a Interlocutor-de-Animales por primera vez desde hacía veinte años. Interlocutor-de-Animales, el que antaño fuera embajador en el espacio humano; Interlocutor, que había explorado, en compañía de Luis Wu, de un titerote de Pierson y de una chica humana muy extravagante, una minúscula parte de aquella estructura titánica llamada el Mundo Anillo; el que había recibido su apellido del Patriarca de Kzin como premio al fabuloso tesoro que se llevó consigo. Ahora uno se arriesgaba a morir si le llamaba por el nombre profesional, pero, ¿cómo era el nuevo apellido? Empezaba como un golpe de tos, como una «ch» alemana, o como el gruñido de advertencia de un león: Chmeee, así se llamaba. Pero, ¿qué estaría haciendo allí? Con un apellido verdadero, con tierras y con un harén sin duda ya en estado de buena esperanza, Chmeee no tenía ningún motivo para volver a salir jamás de Kzin. La idea de que estuviese haciendo de turista en un mundo humano anexionado era ridícula.

¿Era posible que supiera que Luis Wu estaba en el cañón?

Urgía salir, superar la pared del cañón y encontrar su nave.

Y por eso Luis Wu se puso a jugar con los ajustes de su contactor, frunciendo el entrecejo mientras aplicaba instrumentos minúsculos a unos puntos de reglaje también minúsculos. Las manos le temblaban, lo que no dejaba de ser irritante... De todos modos era necesario cambiar el ajuste, puesto que se disponía a salir del planeta Canyon, con sus días de veintisiete horas. Ya sabía su destino. En el espacio humano había otro planeta cuya superficie consistía principalmente en eriales lunares. Podía posarse sin ser descubierto en la cara oeste de Jinx, desprovista de atmósfera... y dejar ajustado el temporizador en seguida..., y pasar un par de horas bajo la corriente en seguida para darse ánimos. Todo ello resultaba perfectamente lógico. Se concedió dos horas.

Pasaron dos horas más antes de que hiciera su aparición el siguiente invasor. Inundado por la alegría del cable, en cualquier caso, a Luis le hubiera importado un rábano. Para él, el invasor casi fue un alivio.

Era un ser sólidamente apoyado sobre una única pata trasera y dos patas delanteras muy separadas. Entre los hombros se alzaba una voluminosa joroba: la caja craneana, cubierta de una abundante melena dorada llena de rizos y relumbrante de joyas. Dos cuellos largos y arqueados salían de ambos lados del cráneo y terminaban en unas cabezas aplanadas. Aquellas bocas de anchos labios habían servido de manos durante toda la historia de los

titerotes. Una de ellas sujetaba un arma paralizante de fabricación humana; la lengua, larga y bífida, se enroscaba alrededor del gatillo.

Hacía veintidós años que Luis Wu no veía un titerote de Pierson, y le pareció bastante simpático.

Además, acababa de surgir de la nada. Esta vez Luis pudo observar la aparición súbita en medio de su moqueta de hierba amarilla, lo cual significaba que se había preocupado innecesariamente; la BRAZO no tenía nada que ver. El problema de los canyoneses intrusos quedaba resuelto.

- ¡Discos pedestres! - gritó Luis con júbilo, mientras se abalanzaba sobre el alienígena.

Esta vez sería fácil, dada la cobardía de los titerotes...

La paralizadora lanzó un destello anaranjado y Luis Wu cayó sobre la alfombra, con todos los músculos fláccidos. El corazón le latía con dificultad y empezó a ver manchas negras delante de los ojos.

El titerote pasó con precaución sobre los dos cadáveres, le contempló bajo dos ángulos distintos y luego le levantó. Dos pares de hileras de dientes planos le tomaron de la muñeca con cuidado, para no hacerle daño. El titerote le arrastró de espaldas un trecho de alfombra y le dejó de nuevo en el suelo.

El apartamento desapareció.

No sería exacto decir que Luis Wu estaba preocupado, lejos de él una sensación tan desagradable. Desapasionadamente (ya que la alegría invariable de la corriente admite un grado de abstracción normalmente inaccesible para los mortales), empezó a reajustar su imagen de lo que le rodeaba.

Había conocido el sistema de los discos pedestres en el planeta natal de los titerotes de Pierson. Era un sistema teleportador abierto y, como tal, mucho más perfecto que las cabinas cerradas utilizadas en los mundos humanos.

Por lo visto, algún titerote instaló discos pedestres en el apartamento, envió a dos canyoneses para que se apoderasen de él y, en vista del fracaso, había venido en persona. Los titerotes debían de tener muchas ganas de verle.

Lo cual resultaba doblemente tranquilizante. La BRAZO no tenía nada que ver en aquello. Y la tradición de cobardía ilustrada de los titerotes se remontaba a un millón de años. No iban a por su vida, seguramente, ya que eso podían haberlo conseguido más barato y con menos riesgo.

Sin duda, sería fácil burlarlos.

Se vio sentado todavía sobre un trozo de hierba amarilla y pensó que debía de ser el camuflaje del disco teleportador. Al otro lado le habían puesto un edredón revestido de piel anaranjada... Pero no, era un kzin caído en el suelo, con los ojos abiertos, dormido, paralizado o muerto...

Y en efecto, se trataba de Interlocutor. Luis se alegró de verle.

Estaban en un navío espacial, en un casco de la General de Productos. Al otro lado de las paredes transparentes, la cruda luz solar de los espacios sin aire bañaba unas escarpadas rocas de aspecto lunar. Una mancha de liquen verde y violáceo le dijo que aún estaban en Canyon.

Pero no se sintió preocupado.

El titerote le soltó las muñecas. Las joyas que brillaban en su melena no eran naturales, sino más bien semejantes a ópalos negros. Una de aquellas cabezas chatas y sin cerebro se adelantó y desenchufó el contactor del cráneo de Luis. El titerote se situó sobre una plataforma cuadrada y desapareció, llevándose el contactor.

2 - Gente de prensa

Los ojos del kzin le vigilaban desde hacía bastante rato. Luego el paralizado kzin carraspeo a manera de ensayo y gruñó:

- Lu..iiis Wuu.

- ¿Eh? - dijo Luis.

Había pensado suicidarse, pero no veía cómo. Apenas conseguía mover los dedos.

- ¿Tú cableta, Luis?

- ¡Hum! - replicó éste para ganar tiempo, y le salió bien.

El kzin renunció a seguir intentándolo. Y Luis (a quien únicamente le preocupaba la pérdida de su contactor) obedecía a un antiguo reflejo, el de mirar a su alrededor para hacerse cargo de lo fastidiada que estaba la situación.

El hexágono de hierba de interior sobre el que estaba echado delimitaba la placa receptora del teleportador. En otro lugar se encontraría el círculo negro que era el emisor. Por lo demás, el suelo era transparente, lo mismo que la escotilla de babor y el mamparo a popa.

Los mecanismos de maniobra de hipervelocidad se extendían sobre casi toda la longitud de la nave, debajo del piso. Luis hubo de reconocerlos por sus principios de funcionamiento, ya que la nave no era de construcción humana; tenía el aspecto semiamorfo de muchas de las construcciones de los titerotes. De manera que aquella nave podía volar más rápida que la luz. Por lo visto le habían embarcado para un largo viaje.

A popa, a través del mamparo, Luis pudo ver una bodega de carga con una gran escotilla lateral, ocupada casi por completo por un cono oblicuo de unos diez metros de alto y casi el doble de largo. La cúspide era una torreta llena de troneras para las armas y/o los instrumentos sensores. Debajo de esta torreta había una ventana panorámica y, más abajo todavía, una escotilla abatible que podía convertirse en rampa de salida.

Era un módulo de aterrizaje, un vehículo de exploración. De construcción humana, pensó Luis, y fabricado por encargo. No tenía aquel aspecto semiamorfo. Más allá se divisaba una pared plateada que seguramente sería la de un depósito de carburante.

Aún no había visto ninguna puerta en su propio compartimiento.

Con cierto esfuerzo, Luis volvió la cabeza al otro lado y se halló mirando a proa, hacia el puente de mando de la nave. Gran parte de la misma quedaba oculta por mamparos de color verde mate, pero pudo divisar un panel semicircular de pantallas y escalas de números muy diminutos y apretados, así como botoneras adaptadas a las mandíbulas de los titerotes. El puesto del piloto era una yacija tapizada con la forma anatómica de las caderas y hombros de un titerote de Pierson. En esa pared no había tampoco aberturas.

A estribor (al menos les habían dado una celda confortablemente amplia) se veía una ducha, un par de placas sómnicas y una lujosa alfombra de piel que cubría lo que podía ser la cama de agua de un kzin; entre lo uno y lo otro, una estructura maciza que Luis reconoció como un erogador y reciclador de alimentos de fabricación wunderlandesa. Más allá de las camas, otra pared verde, también sin escotilla, y no se veía más. Estaban dentro de un cajón sin abertura alguna.

La nave era de construcción titerote, el diseño número 3 de la General de Productos, en forma de cilindro aplanado en el centro y redondeado en los extremos. El imperio comercial de los titerotes había vendido millones de naves similares que anunciaba como invulnerables a todo peligro excepto la gravedad y la luz visible.

Hacia la época en que nació Luis Wu la especie titerote había abandonado el espacio conocido en una emigración hacia la Nebulosa de Magallanes, y ahora, como doscientos años después, aún se veían por todas partes los cascos de la General de Productos; algunos habían conocido docenas de generaciones de propietarios.

Veintitrés años atrás, el «Embustero», navío de construcción titerote, se había estrellado contra la superficie del Mundo Anillo a una velocidad de mil cuatrocientos kilómetros por segundo. Un campo de estasis protegía a Luis y a los demás pasajeros... pero el casco no sufrió ni siquiera un rasguño.

- Eres un guerrero kzin - dijo Luis, con labios torpes y entumecidos -. ¿Conseguirías abrirte paso a la fuerza por un fuselaje de la General de Productos?

- No - dijo Interlocutor (no Interlocutor, sino Chmeee).

- Era sólo una pregunta. ¿Qué te ha traído a Canyon, Chmeee?

- Recibí un mensaje. Luis Wu vive en la grieta de Vanguardia, enganchado al cable. Vi hologramas que lo demostraban. ¿Sabes lo que pareces bajo los efectos del cable? Un alga marina, con los filamentos flotando a merced de las corrientes.

Luis descubrió que de la punta de la nariz le goteaban lágrimas.

- Nej. Nej por el suplicio. ¿Por qué viniste?

- Quise demostrarte que eres un trasto inútil.

- ¿Quién envió ese mensaje?

- No lo sé. Supongo que debió de ser el titerote. Nos necesitaba a los dos. Oye, Luis, ¿tienes el cerebro tan averiado que no te has dado cuenta de que ese titerote...?

- No es Nessus. Cierto. Pero, ¿has visto la melena que lleva? Ese adorno debe de mantenerle entretenido más de una hora todos los días. Si lo hubiera visto en el mundo de los titerotes habría pensado que se trataba de un personaje de alto rango.

- ¿Y qué?

- Ningún titerote que estuviera en sus cabales arriesgaría la vida en un viaje interestelar. Los titerotes se llevaron su mundo entero, sin olvidar cuatro planetas reservados a la agricultura, y viajaron cientos de miles de años a velocidades sublumínicas simplemente porque no se fiaban de las naves espaciales. Quienquiera que sea ése, está chiflado como cualquier otro titerote que hayan visto ojos humanos. No sé qué nos augura - agregó Luis Wu -, pero aquí estamos otra vez.

El titerote estaba en el puente de mando, sobre una placa pedestre de forma hexagonal, y les observaba a través del mamparo.

- ¿Me oís? - habló con voz de mujer, en un agradable tono de contralto.

Chmeee retrocedió, plantó las patas traseras en el suelo durante un segundo y luego se puso a cuatro patas y cargó contra el mamparo, dándose un tremendo mamporro. Cualquier titerote habría retrocedido, asustado, pero aquél no lo hizo, y se limitó a decir:

- Nuestra expedición está casi completa. Sólo falta un miembro de la tripulación.

Luis descubrió que podía darse la vuelta, y lo hizo, diciendo:

- Empecemos por el principio. Nos tienes metidos en un cajón y no hay nada que ocultar. ¿Quién eres tú?

- Podéis darme cualquier nombre que os plazca.

- ¿Qué eres? ¿Qué quieres de nosotros?

El otro titubeó, y luego dijo:

- En mi mundo yo era el Inferior, el compañero de aquél a quien llamabais Nessus. Ahora no soy ni lo uno ni lo otro. Os necesito de compañeros para una expedición de retorno al Mundo Anillo a fin de restaurar mi condición.

Chmeee dijo:

- No tenemos intención de servirte.

Luis preguntó:

- ¿Cómo está Nessus?

- Agradezco tu interés. Nessus se encuentra en perfectas condiciones de cuerpo y espíritu. El trauma que sufrió en el Mundo Anillo era precisamente lo que necesitábamos para sanarle. Está en su casa y cuida de dos hijos.

Lo que había sufrido Nessus en el Mundo Anillo, pensó Luis, habría sido un trauma para cualquiera. Los nativos del Mundo Anillo le habían cortado una de sus dos cabezas. Se habría desangrado si a Luis y a Teela no se les hubiera ocurrido aplicarle un torniquete.

- ¿Le trasplantaron una cabeza nueva?

- Naturalmente.

Chmeee dijo:

- Si no estuvieras chiflado, no estarías aquí. ¿Qué motivo tendría vuestro billón de titerotes para elegir a un loco que les mandase?

- Yo no me considero un loco. - El titerote agitó nerviosamente la pata trasera. (Sus caras apenas manifestaban otra expresión sino la de estolidez de sus bocas de labios fláccidos.) -. Os ruego que no volváis a decir eso. He prestado buenos servicios a mi especie, lo mismo que los cuatro Inferiores que me precedieron, hasta que la facción conservadora se hizo con el poder y desplazó a la mía. Están en un error, y voy a demostrarlo. Iremos al Mundo Anillo y encontraremos tesoros inconcebibles para aquellas mentes mezquinas.

- Secuestrar a un kzin seguramente es un error - gruñó Chmeee, mientras hacía relucir sus largas garras.

El titerote seguía observándoles a través del mamparo.

- Tú no habrías querido venir, ni Luis tampoco. Tú, con tu rango y tu apellido. Luis, con su electricidad. El cuarto miembro de nuestra tripulación estaba preso. Mis agentes me informan de que ha sido liberada y se halla en camino hacia aquí.

Luis soltó una amarga carcajada. El humor siempre era amargo cuando uno se veía privado del cable.

- Desde luego, no es que os sobre imaginación, ¿verdad? Todo igual que en la primera expedición. Yo, Chmeee, un titerote y una mujer. ¿Quién es ella? ¿Otra Teela Brown?

- ¡No! Nessus le tenía pánico a Teela Brown... y con motivo, según creo. He sacado a Halrloprillalar de las fauces de la BRAZO. Nuestro guía será una criatura nativa del Mundo Anillo. En cuanto al carácter de nuestra expedición, ¿por qué descartar una combinación ganadora? Vosotros conseguisteis escapar del Mundo Anillo.

- Todos menos Teela.

- Teela se quedó porque quiso.

El kzin dijo:

- Nosotros vimos recompensados nuestros esfuerzos. Nos llevamos a casa un navío espacial capaz de recorrer un año luz en un minuto veinticinco segundos. Esa nave me valió mi apellido y mi rango. ¿Puedes ofrecernos ahora algo comparable?

- Muchas cosas. ¿Puedes moverte ya, Chmeee?

El kzin se incorporó, por lo visto estaba despejado de los efectos paralizantes. Luis aún sentía adormecidas las extremidades.

- ¿Te encuentras bien? ¿Te sientes aturdido, con dolores o náuseas?

- ¿A qué viene tanta preocupación, comedor de raíces? Me has tenido en autodoc más de una hora. Me falla la coordinación y tengo hambre, eso es todo.

- Bien. Hasta el presente no habíamos pasado de poner a prueba el material. De acuerdo, Chmeee, tendrás tu recompensa. El revitalizador es la medicina que ha mantenido joven y fuerte a Luis Wu durante doscientos veintitrés años. Mi nación ha elaborado una fórmula similar para los kzinti. Podrás presentar esa fórmula al Patriarcado Kzinti cuando hayamos acabado con nuestra misión.

A todas luces, Chmeee estaba atónito.

- Recuperaré la juventud? ¿Acaso ya llevo dentro de mí esa pócima?

- Sí.

- Si hubiéramos querido, habríamos podido desarrollarla nosotros mismos. No la necesitamos.

- Te necesitaba joven y fuerte, Chmeee, ¡aunque no habrá grandes peligros en nuestra misión! No pienso aterrizar en el propio Mundo Anillo sino sólo en el saliente de los espaciopuertos. Participarás de cualquier descubrimiento que hagamos, y lo mismo tú, Luis. En cuanto a vuestras recompensas inmediatas...

El contactor de Luis se materializó en el disco pedestre. Habían abierto y vuelto a precintar la cápsula. El corazón de Luis dio un vuelco.

- No lo uses ahora - dijo Chmeee, y fue una orden.

- Como tú digas.

Luis se volvió de espaldas. El día que le diera por atacar a un kzin bajo los efectos de la privación de corriente, sabría que estaba volviéndose loco. No hay mal que por bien no venga..., y procuró aferrarse a esa idea.

No fue posible hacer nada por Halrloprillalar.

Halrloprillalar tenía milenios de edad cuando se unió a Luis, Nessus e Interlocutor-de-Animales en la búsqueda de un camino para salir del Mundo Anillo. Los nativos que vivían debajo de su cuartelillo flotante de policía la trataban como a una diosa del cielo. Y toda la tripulación siguió el juego, presentándose como dioses ante los nativos, con la ayuda de Halrloprillalar, mientras se abrían el camino de retorno al averiado «Embustero». Y ella y Luis estuvieron enamorados.

Los nativos del Mundo Anillo, en las tres variedades halladas por la tripulación, eran de forma humana, pero no del todo humanos. Halrloprillalar era casi calva y con labios no más abultados que los de una mona. A veces los muy ancianos no buscan sino la variedad en sus aventuras amorosas, y Luis se había preguntado si podía ser ése su propio caso. No dejaba de ver los fallos del carácter de Prill... pero, ¡nej!, que él mismo también tenía los suyos.

Y estaba en deuda con Halrloprillalar, a cuya ayuda habían tenido que recurrir, y Nessus había usado con ella una cierta forma de violencia peculiar de los titerotes. Nessus la había condicionado con un tasp, y Luis le dejó que lo hiciera.

Regresó con Luis al espacio humano y le acompañó hasta las oficinas de las Naciones Unidas en Berlín, de donde no volvió a salir. Si los Inferiores habían sido capaces de liberarla y podían devolverla a su mundo natal, eso era mucho más de lo que Luis Wu pudo hacer por ella.

Chmeee dijo:

- Creo que el titerote miente. Delirios de grandeza. ¿Por qué iban a permitir los titerotes que les mandase uno que no está en sus cabales?

- Para no hacerlo ellos mismos. Por el peligro. El trasero del jefe se sienta en un sitio muy expuesto. Para la mentalidad de los titerotes podría ser lo más sensato: elegir al más brillante de entre un pequeño porcentaje de megatomaniacos... O míralo desde el lado contrario: una dinastía de Inferiores convenció al resto de la población para que obedeciera, enseñándoles que no se debe ambicionar demasiado poder porque es peligroso. Pudo funcionar en ambos sentidos.

- ¿Crees que nos ha dicho la verdad?

- No sabría decirlo. ¿Qué pasa si miente? Estamos en su poder.

- Tú sí lo estás - replicó el kzin -. Te tiene agarrado con el cable. ¿No te da vergüenza?

En efecto, Luis estaba avergonzado. Procuraba evitar que la vergüenza le agarrotase el cerebro y que la negra desesperación le paralizase. No se podía salir de aquel cajón material: las paredes, el suelo y el techo eran parte de un casco de la General de Productos. Pero había otros elementos...

- Si todavía estás pensando en cómo salir de aquí, mejor será que tengas esto presente - dijo -. Rejuvenecerás, pues no creo que haya mentido en eso, ya que no tendría sentido que lo hiciera. ¿Y qué ocurrirá cuando rejuvenezcas?

- ¿Qué?

- Más apetito. Más energía. Y más afán de lucha, y eso sí que debería preocuparte, Luis.

Con la edad, Chmeee había ganado en corpulencia. Los «anteojos» negros de su cara estaban casi totalmente canosos, y tenía mucho pelo gris en otras partes. Cuando se movía manifestaba una musculatura poderosa; ningún joven kzin prudente se habría atrevido a desafiarle. Pero lo que más llamaba la atención eran las cicatrices. El pelaje y buena parte del pellejo se habían quemado en más de la mitad la última vez que Chmeee vio el Mundo Anillo. Veintidós años después, el pelo había crecido de nuevo, pero irregularmente y más ralo en los lugares donde tenía cicatrices.

- El regenerador cura las cicatrices - dijo Luis -. Te saldrá otra vez el pelo, y no será gris como ahora.

- Muy bien, pues así estaré más guapo - dijo mientras azotaba el aire con el rabo -. Voy a matar a ese comedor de hojas. Las cicatrices son como recuerdos. No queremos quitárnoslas.

- ¿Cómo vas a demostrarme que eres Chmeee?

La cola se quedó inmóvil y Chmeee le contempló fijamente.

- A mí me tiene agarrado con el cable. - Al decir esto, Luis no dejaba de tener sus reservas mentales, pero era posible que estuviese hablando ante un micrófono. Ningún titerote descuidaría la posibilidad de un motín -. A ti te tiene por el harén, y por las tierras y los privilegios, y por el apellido que corresponde a Chmeee como héroe veterano. El Patriarca quizá no quiera creer tu historia, si no viene respaldada por el regenerador kzinti y por la palabra del Inferior.

- ¡Cállate!

De repente todo aquello fue demasiado para Luis Wu. Tendió la mano para hacerse con el contactor, y el kzin saltó como un rayo. La cápsula negra de plástico desapareció en la zarpa negra y anaranjada.

- Como tú quieras - dijo Luis, al tiempo que se dejaba caer de espaldas.

De todos modos, llevaba demasiado sueño atrasado...

- ¿Cómo te convertiste en un cableta? ¿Cómo ha sido posible?

- Yo... ¡Cómo vas a entenderlo!... - empezó a decir Luis -. ¿Recuerdas la última vez que nos vimos?

- Sí. Muy pocos humanos han sido invitados en la misma Kzin. Entonces eras merecedor de ese honor.

- Quizá. Es posible. ¿Recuerdas que me mostraste la Casa del Pasado del Patriarca?

- Desde luego. Intentaste explicarme cómo podíamos mejorar las relaciones interespecíficas. Bastaba con permitir que un grupo de periodistas humanos se paseara por el museo con sus cámaras holográficas.

Luis sonrió al recordarlo.

- Eso dije.

- Yo tenía mis dudas.

La Casa del Pasado del Patriarca se evidenció tan majestuosa como grandiosa: un edificio inmenso, interminable, hecho de gruesos sillares de roca volcánica soldados por los cantos. Era todo ángulos, y lo flanqueaban cuatro grandes torres armadas con cañones láser. La sucesión de salas, una tras otra, era inacabable; Chmeee y Luis tardaron dos días en recorrerlas.

El pasado oficial del Patriarca se remontaba a una gran antigüedad. Luis vio viejos fémures de sthondat con mangos labrados que habían sido las porras de los kzinti primitivos. Vio armas

que podían considerarse como cañones de mano, y que pocos humanos hubieran sido capaces de alzar. Contempló armaduras revestidas de plata y tan gruesas como la puerta de una caja fuerte, y un mandoble con el que se hubiera podido derribar una secoya bien crecida. Mientras hablaban de la posibilidad de permitir que el lugar fuese visitado por un periodista humano, apareció ante sus ojos Harvey Mossbauer.

La familia de Harvey Mossbauer fue matada y devorada durante la Cuarta Guerra Kzin-Humanidad. Muchos años después de la tregua, y tras larga preparación digna de un monomaníaco, Mossbauer desembarcó solo y armado en Kzin. Logró matar a cuatro machos kzinti y hacer detonar una bomba en el harén del Patriarca antes de que los guardias acabaran con él. Según explicó Chmeee, lo que dificultó la operación fue el deseo de recuperar intactos los despojos del intruso.

- ¿A eso llamáis intactos?

- Hubo lucha. ¡Vaya si luchó! Tenemos las cintas. Sabemos cómo hay que honrar a un enemigo valiente y poderoso, Luis.

La piel disecada estaba tan llena de heridas que para adivinar a qué especie pertenecía era preciso fijarse mucho, pero estaba sobre una peana muy alta, situada en lugar destacado y con una placa de duraluminio. Un periodista humano corriente no hubiera sabido entenderlo, pero Luis sí.

- Me pregunto si conseguiré hacerte comprender - dijo el que veinte años más tarde no era más que un cableta secuestrado y privado de su contactor - lo orgulloso que me sentí entonces de que Harvey Mossbauer fuese un humano.

- Es bueno recordar, pero estábamos hablando de la adicción a la electricidad - le advirtió Chmeee.

- Los que son felices no se hacen adictos a la electricidad. Hay que ir y que le implanten a uno el enchufe. Ese día me sentí bien. Me sentí como un héroe. ¿Y sabes dónde estaba Halrloprillalar en aquellos momentos?

- ¿Dónde?

- En poder del gobierno. De la BRAZO. Tenían muchas preguntas que hacerle, y yo, ¡nej! no pude evitarlo, y eso que estaba bajo mi protección, ya que regresaba a la Tierra conmigo...

- Te tenía agarrado por el sexo, Luis. Es bueno que las hembras kzinti no sean racionales. Habrías hecho cualquier cosa que ella te hubiera pedido. Fue ella quien quiso ver el espacio humano.

- ¡Claro! Siempre que yo fuese su guía nativo. Pero no pudo ser. Mira, Chmeee, nosotros hicimos entrega de la «Tiro Largo» y de Halrloprillalar a una coalición Kzin-Tierra, y no sólo no hemos vuelto a verlos jamás, sino que ni siquiera nos estaba permitido mencionarlos.

- El hiperreactor de quantum once fue declarado secreto por el Patriarca.

- Y también es máximo secreto según las Naciones Unidas. No creo que hayan tenido acceso a él ni tan siquiera los demás gobiernos del espacio humano y, por supuesto, se aseguraron de que yo no dijera nada. Naturalmente, el Mundo Anillo también era parte del secreto, porque,

¿cómo habríamos llegado hasta allí sin la «Tiro Largo»? Lo que, por cierto - continuó Luis -, nos conduce a la pregunta de cómo piensa alcanzar el Mundo Anillo nuestro Inferior. Son doscientos años luz desde la Tierra, y más desde Canyon, a tres días por año luz si vamos en esta nave. ¿Crees que tendrá otra «Tiro Largo» oculta en alguna parte?

- No cambies de conversación. ¿Por qué hiciste que te implantaran el cable? - preguntó Chmeee agazapándose con las garras extendidas.

Reflejo tal vez, reacción inconsciente... tal vez.

- Cuando regresé de Kzin, la BRAZO no me permitió ver a Prill - prosiguió Luis -. Si hubiera logrado formar una expedición al Mundo Anillo la habría reclamado como guía nativa, pero ¡nej! ¡Si ni siquiera se podía hablar de ello, excepto con el gobierno... y contigo! Pero a ti no te interesó.

- ¿Cómo iba a viajar? Tenía mis propiedades, y mi apellido, e hijos en camino. Las hembras kzinti son muy pasivas; necesitan de alguien que cuide de ellas.

- Pues, ¿qué será de ellas ahora?

- Mi primogénito administrará mis posesiones. Si pasa demasiado tiempo, luchará contra mí para quedárselo todo. Si... ¡Pero Luis! ¿Cómo te convertiste en cableta?

- ¡Algún idiota me sacudió con un tasp!

- ¿Errrr?

- Andaba yo por un museo de Río cuando alguien me dio el día, escondido detrás de una columna.

- Pero si Nessus también llevó un tasp al Mundo Anillo para controlar a su tripulación. Lo empleó con nosotros dos.

- Cierto. ¡Qué típico de un titerote de Pierson eso de damos gusto para controlarnos! Ahora el Inferior emplea esa misma táctica. Fíjate en que tiene mi contactor bajo mando a distancia, y a ti te ha dado la eterna juventud, ¿y todo eso para qué? Para que hagamos todo lo que él nos diga, eso es.

- Nessus utilizó el tasp conmigo, pero yo no me he vuelto adicto.

- Ni yo tampoco, entonces. Pero estaban los recuerdos. Me sentía como una sabandija por lo de Prill... y pensé tomarme un año de vacaciones. Eso lo había hecho otras veces, y consistía en despegar solo y perderme en algún lugar al margen del espacio conocido, hasta que me sentía en condiciones de soportar otra vez a la gente. Hasta que me sentía capaz de soportarme a mí mismo. Pero hubiera sido como huir de lo de Prill. Hasta que algún guasón me dio el día. No me pegó muy fuerte, pero me recordó lo de aquel tasp que llevaba Nessus, y que era como diez veces más fuerte. Yo..., resistí casi un año más, y luego fui e hice que me instalaran el enchufe en la cabeza.

- Debería arrancártelo del cerebro.

- Resulta que eso está contraindicado.

- ¿Cómo fuiste a parar al barranco de Vanguardia?

- ¡Ah, eso...! Puede que fuese una paranoia mía, pero mira: Halrloprillalar desapareció sin dejar rastro en el edificio de la BRAZO y no volvió a salir. Por la calle, Luis Wu andaba suelto y hecho un cableta, y quién sabe lo que sería capaz de contar por ahí. Pensé que sería bueno poner tierra de por medio. En Canyon una nave puede aterrizar fácilmente sin que lo noten.

- Supongo que el Inferior lo averiguaría también.

- Dame el contactor, Chmeee, o déjame dormir, o mátame. No encuentro en mí motivos para decidir.

- Pues entonces, duerme.

3 - Un fantasma entre la tripulación

Qué bueno era despertar flotando entre placas sómnicas... Hasta que Luis empezó a recordar.

Chmeee estaba dedicado a destrozar una porción de carne cruda. A menudo, aquellos recicladores fabricados en Wunderland servían para más de una especie. El kzin interrumpió su banquete durante un momento, lo justo para decir:

- Todos los equipos de a bordo son de construcción humana, o podrían serlo. Incluso el casco pudo ser comprado en cualquier planeta humano.

Luis flotaba en caída libre como un feto en el seno materno, con los ojos cerrados y las rodillas encogidas. Pero no había manera de olvidar dónde se hallaba, y dijo:

- Me ha parecido que el módulo de excursión tenía un aire jinxiano. Fabricado de encargo, pero en Jinx. ¿Qué me dices de tu cama? ¿Es kzinti?

- Fibra artificial. Hecha a imitación de una piel de kzin, y vendida de tapadillo, estoy seguro, a unos humanos de humor excéntrico. Si encontrase al fabricante me gustaría despedazarlo.

Luis alargó la mano y accionó el interruptor de campo. El campo sómnico se extinguió depositándole con suavidad en el suelo.

Fuera era de noche: estrellas como cabezas de alfiler arriba, y un paisaje de terciopelo negro sin forma. Aunque lograsen hacerse con trajes presurizados, el cañón podía encontrarse en el otro hemisferio del planeta, o tal vez al otro lado de aquel farallón negro que se proyectaba hacia el horizonte cósmico, pero, ¿cómo averiguarlo?

La cocina recicladora tenía dos botoneras, la una con rótulos en Intermundial y la otra en la Lengua del Héroe. Y dos lavabos en extremos opuestos. Luis hubiera preferido una

disposición menos explícita. Seleccionó un desayuno que pondría a prueba el repertorio del aparato.

El kzin gruñó:

- ¿Es que no te preocupa la situación, Luis?

- Mira a tus pies.

El kzin se arrodilló.

- Errrr... sí. Fueron titerotes los constructores de este hiperreactor. Ésta es la nave que utilizó el Inferior para desertar de la Flota de los Mundos.

- Olvidas los discos pedestres. Los titerotes jamás los usaron fuera de su propio mundo. Y hete aquí que el Inferior, por medio de discos teleportadores, me envía unos agentes humanos para que me capturen.

- Debió de robarlos junto con la nave y poca cosa más. Es posible que estuvieran embargados por la General de Productos y no se hubiesen adjudicado. No creo que el Inferior cuente con la colaboración de sus congéneres. Deberíamos tratar de alcanzar la flota titerote.

- Cuidado, Chmeee. Puede haber micrófonos ocultos.

- ¿He de refrenar mi lengua por culpa de ese herbívoro?

- Muy bien, pues consideremos la cuestión. - Su depresión se manifestaba en forma de sarcasmo disimulado y ¿por qué no, si Chmeee se había apoderado de su contactor? -. Resulta que un titerote ha tenido el capricho de secuestrar humanos y kzinti. Lo cual, naturalmente, ofenderá la conciencia de los titerotes honrados. ¿Crees que nos dejarían regresar a casa para que se lo contemos al Patriarca? El cual no dudo que habrá hecho lo imposible por construir más naves tipo «Tiro Largo», con las que se podría alcanzar la flota titerote en poco más de cuatro horas, más los períodos de aceleración para igualar velocidades... Digamos tres meses a tres g...

- ¡Basta, Luis!

- ¡Nej! Si tuvieras ganas de desencadenar una guerra, ésa sería tu oportunidad. Según Nessus, los titerotes intervinieron a nuestro favor en la Primera Guerra Kzin-Humanidad. Ahora cállate tú. No quiero que me digas si se lo contaste a alguien más.

- Dejemos claro ese asunto.

- Claro, claro. Sólo que estaba pensando... - Y como era posible que la conversación estuviera siendo grabada, Luis habló en parte a beneficio del Inferior -. Tú, yo y el Inferior somos, en todo el espacio conocido, los únicos que sabemos lo que hicieron los titerotes, salvo que alguno de nosotros lo haya repetido.

- Si nos perdiéramos en el Mundo Anillo, ¿el Inferior nos guardaría luto perpetuo? Entiendo lo que quieres decir. Pero es posible que el Inferior ni siquiera conozca la indiscreción de Nessus.

Si ha estado escuchando, lo sabe ahora, pensó Luis. ¿Será un error mío? ¿He de refrenar mi lengua por culpa de un herbívoro? Y atacó su desayuno con cierta ferocidad.

Había elegido una mezcla de sencillez y refinamiento: medio pomelo, soufflé de chocolate, una pechuga asada de dinornis y café Jamaica Blue Mountain con nata. Casi todo estaba sabroso; únicamente la nata era una imitación poco convincente. En cambio, ¿qué decir del dinornis? Un experto en genética del siglo XXIV había recreado la especie, o al menos eso aseguraba, y la recicladora preparaba una imitación de aquello. La fibra era sabrosa; desde luego parecía carne de ave de buena calidad.

Aunque no era como vivir bajo el cable, desde luego.

Empezaba a acostumbrarse a aquella depresión circunstancial que existía sólo por contraste con el cable. Aquél era, sin duda, el estado normal del ser humano, consideró Luis. El verse prisionero de un extraterrestre chiflado y animado de propósitos extravagantes no lo empeoraba demasiado. Lo verdaderamente horroroso de aquella madrugada era que Luis Wu iba a tener que acostumbrarse a prescindir del contactor.

Cuando hubo terminado, arrojó los platos sucios al lavabo y preguntó:

- ¿Qué quieres a cambio del contactor?

Chmeee soltó un resoplido desdeñoso.

- ¿Tienes algo que ofrecer?

- Promesas, bajo mi palabra de honor. Y una buena colección de pijamas de fantasía.

Chmeee azotó el aire con la cola.

- En otro tiempo fuiste un compañero útil. ¿En qué te convertirías si te devolviera el contactor? En un rumiante inútil. Así que me lo quedo.

Luis dio comienzo a sus ejercicios.

Las lagartijas con una mano eran fáciles bajo una gravedad reducida a la mitad, aunque cien sobre cada mano no lo eran tanto. El gálibo del casco era demasiado bajo para algunas de sus rutinas. Doscientas flexiones tocándose las puntas de los pies con los dedos...

Chmeee le contempló con curiosidad y luego dijo:

- Me pregunto cómo debió perder su rango el Inferior.

Luis no contestó. Estaba colgado horizontalmente con los pies bajo la placa sómnica inferior y una tabla debajo de las pantorrillas, y realizaba una serie de abdominales a cámara lenta.

- ¿Y qué espera encontrar en la región de los espaciopuertos que no encontrásemos nosotros? Los anillos de deceleración son demasiado grandes para llevárselos. ¿Es posible que busque algo de los navíos espaciales del Mundo Anillo?

Luis encargó un par de muslos de dinornis y después de quitarles la grasa se puso a hacer malabarismos con aquel par de mazas descomunales. El sudor le inundó la cara y el pecho, y empezó a correr en lentos regueros.

La cola de Chmeee se agitó con nerviosismo y sus orejas se replegaron en postura de defensa. Chmeee se estaba enfadando. Era su problema.

El titerote se materializó de súbito, aunque, siempre prudente, con el acostumbrado mamparo transparente de por medio. Había cambiado la decoración de su melena, que ahora lucía puntitos de luz en vez de ópalos. Y estaba solo. Estudió la situación unos instantes y dijo:

- Usa el contactor, Luis.

- Lo siento, pero ya no dispongo de esa opción - replicó Luis, dejando a un lado las descomunales mazas -. ¿Dónde está Prill?

El titerote dijo:

- Chmeee, devuélvele el contactor a Luis.

- ¿Dónde está Halrloprillalar?

Un brazo peludo y poderoso agarró por el cuello a Luis, quien respondió con una doble patada hacia atrás en la que puso toda la fuerza de su cuerpo. El kzin soltó un gruñido y, con insólita delicadeza, enchufó el contactor en su zócalo.

- Muy bien - dijo Luis.

El kzin le soltó y él se sentó en el suelo. Ya lo había sospechado, y lo mismo el kzin, naturalmente. Ahora Luis empezaba a darse cuenta de cuánto había deseado ver a Prill... saberla libre de la BRAZO... verla en persona.

- Halrloprillalar ha muerto. Mis agentes me engañaron - dijo el titerote -. Sabían que la nativa del Mundo Anillo murió hace dieciocho años universales. Podría quedarme a buscarlos, dondequiera que se hayan escondido, pero eso quizá nos llevaría otros dieciocho años... ¡O mil ochocientos! El espacio humano es demasiado grande. ¡Que se queden con su mal ganado dinero!

Luis asintió, sonriendo, consciente de que iba a dolerle cuando se quitase el contactor, mientras Chmeee preguntaba:

- ¿Cómo murió?

- No asimilaba el revitalizador. Los de las Naciones Unidas opinan ahora que en realidad no era humana. Envejeció con mucha rapidez. Al año y cinco meses de su desembarco en la Tierra estaba muerta.

- ¡Tan pronto! - reflexionó Luis en voz alta -. Cuando estuve en Kzin...

Sin embargo, había una contradicción en todo aquello.

- Ella poseía su propia droga para la longevidad, y era mejor que nuestro revitalizador. Nos llevamos una bombona criogénica entera.

- Se la robaron. No sé más.

¿Robada? ¡Pero si Prill jamás tuvo ocasión de recorrer las calles de la Tierra y tropezarse con ladrones corrientes! Era posible que los científicos de las Naciones Unidas hubieran abierto el recipiente para analizar aquella sustancia, pero para ello no habrían gastado más de un microgramo... Quizá no se sabría jamás. Y luego se quedaron con ella, para sacarle todos sus conocimientos antes de que muriese.

Aquello sí iba a dolerle, pero luego.

- No perdamos más tiempo - dijo el titerote, y pasó a ocupar su puesto de piloto -. Viajaréis en campo de estasis para economizar recursos. Tengo un depósito auxiliar de combustible que soltaremos antes de entrar en el hiperespacio, así podremos disponer de todo nuestro combustible a nuestra llegada. ¿Con qué nombre bautizarías tú nuestra nave, Chmeee?

- Así pues, ¿nos propones una exploración a ciegas? - preguntó Chmeee.

- Sólo por la zona de los espaciopuertos, sin ir más allá. ¿Un nombre para nuestra nave?

- Yo la bautizo «La Aguja Candente de la Cuestión».

Luis sonrió, preguntándose si el titerote conocería aquella denominación. El nombre de la nave era el de un instrumento de tortura kzinti. El titerote se apoderó de dos mandos con sus bocas y los unió poco a poco.

4 - Descentrado

Luis se desplomó al multiplicarse repentinamente su peso por dos. El sombrío panorama de Canyon ya no se divisaba por ninguna parte; el planeta ya no sería más que un punto invisible del escenario cósmico, un escenario que además había cambiado y en el que la estrella más brillante era la que tenían justo debajo de sus pies. El Inferior se deshizo de la red paragolpes y abandonó el puesto de piloto. También el titerote había cambiado; por su manera de moverse parecía fatigado, y su melena (dispuesta en un estilo distinto) llevaba algún tiempo privada de cuidados.

La electricidad no atontaba el cerebro, por lo que Luis captó lo que era evidente: que él y Chmeee habrían pasado unos dos años en estasis mientras el titerote tripulaba él solo la «Aguja» a través del hiperespacio; que el espacio conocido o conglomerado de los sistemas estelares explorados, con un radio de unos cuarenta años luz, debía de hallarse ya muy lejos; y que «La Aguja Candente de la Cuestión» estaba construida para ser pilotada por un titerote de Pierson, con el resto de los pasajeros en estasis, de donde sólo la voluntad del titerote podría sacarlos. Y que iba a pasar mucho tiempo antes de volver a ver a un ser humano, y que Halrloprillalar había muerto por desidia de Luis Wu, y que iba a sentirse tremendamente solo cuando le sacaran el contactor de la cabeza, cosa que estaba a punto de ocurrir en aquellos momentos. Pero nada de todo eso importaba demasiado mientras los miliamperios siguieran afluyendo a su cerebro.

No se veía ningún chorro de llamas que saliera de los motores. Sin duda, la «Aguja» estaba siendo propulsada por empuje no reactivo.

Los diseñadores del «Embustero» habían montado los motores de la nave en su gran ala delta. Cuando pasaron sobre el Mundo Anillo, algo parecido a un láser de tremenda potencia se disparó contra ellos y los motores se quemaron. No sería propio del Inferior cometer otra vez tal equivocación, pensó Luis. Los propulsores de la «Aguja» iban montados dentro del indestructible fuselaje.

- ¿Cuánto tardaremos en desembarcar? - preguntó Chmeee.

- Estaremos dispuestos dentro de cinco días. No pude llevarme los sistemas propulsores más avanzados de la Flota de los Mundos. La maquinaria de construcción humana sólo permite una deceleración de 20 g como máximo. ¿Os parece confortable la gravedad de la cabina?

- Un poco ligera. ¿Es de una gravedad terrestre?

- De una gravedad del Mundo Anillo, igual a 0,992 g terrestres.

- Déjala así. No tenemos tus instrumentos, Inferior. Me gustaría estudiar el Mundo Anillo.

El titerote consideró la cuestión.

- Vuestro vehículo de excursión va dotado de un telescopio, sólo que no apunta hacia abajo. Esperad unos instantes.

El titerote se volvió hacia el tablero de instrumentos. Una de las cabezas miró hacia atrás y habló con los silbidos, bufidos y gruñidos de la Lengua del Héroe.

Chmeee dijo:

- Habla en Intermundial, que se entere también Luis.

Así lo hizo el titerote:

- Es bueno poder hablar, cualquiera que sea el idioma. Me sentía muy solo. Mirad, os paso una proyección del telescopio de la «Aguja».

Junto a los pies de Luis Wu se formó una imagen rectangular, sin encuadre definido, en la que aparecían considerablemente ampliados el sol del Mundo Anillo y las estrellas que lo rodeaban. Luis cubrió el sol con la mano y estudió la imagen. Allí estaba el Mundo Anillo visto como un semicírculo de cinta azul claro.

Imaginemos un trozo de quince metros de cinta azul cielo para envolver regalos, de unos dos centímetros y medio de ancho, puesta de canto en el suelo formando un círculo y con una palmatoria en medio, y aumentemos ahora la escala.

El Mundo Anillo era una cinta de material inconcebiblemente fuerte, de un millón y medio de kilómetros de ancho y unos mil millones de kilómetros de circunferencia, lo que daba unos ciento sesenta millones de kilómetros de radio, con el sol en el centro. El anillo giraba a mil

doscientos kilómetros por segundo, lo cual era suficiente para producir una fuerza centrífuga equivalente a una gravedad terrestre. Los desconocidos diseñadores del Mundo Anillo, los Ingenieros, habían revestido la superficie interior de tierra, océanos y atmósfera, contenidos por unos muros de mil quinientos kilómetros de altura a ambos lados, pese a lo cual era posible que escapase algo de aire por encima de ellos, aunque no con rapidez. Un anillo interior de veinte pantallas rectangulares, ocupando una posición que equivaldría a la de la órbita de Mercurio en el sistema solar, les proporcionaba a las regiones del Mundo Anillo un ciclo de día y noche con una duración total de treinta horas.

De manera que el Mundo Anillo tenía una superficie de 1.500 billones de kilómetros cuadrados, o sea, unos tres millones de veces la superficie de la Tierra.

Luis, Interlocutor-de-Animales, Nessus y Teela Brown habían recorrido el Mundo Anillo durante casi un año, cubriendo trescientos mil kilómetros a lo ancho, para regresar luego al punto donde se había estrellado el «Embustero». Una quinta parte de la anchura, lo que apenas les permitía considerarse unos entendidos. ¿Acaso ningún ser racional osaría llamarse alguna vez entendido en geografía del Mundo Anillo?

Eso sí, habían examinado uno de los salientes de los espaciopuertos, al borde de la pared límite. Si el Inferior había dicho la verdad, no necesitaban saber más. Aterrizar en la zona de los espaciopuertos, recoger la cosa que el Inferior estaba buscando, cualquiera que fuese, y largarse, ¡pero rápido! Porque...

Porque la imagen telescópica rectangular que el Inferior había proyectado ante ellos, lo ponía en dolorosa evidencia. El arco azul claro del Mundo Anillo (el color de tres millones de mundos similares a la Tierra, demasiado lejano todavía para poder apreciar ningún detalle, pero atigrado por las franjas azul oscuro de las pantallas de sombra) estaba visiblemente descentrado con respecto a su sol.

- No lo sabíamos - dijo Chmeee -. Pasamos todo un año kzin en esa estructura y no nos dimos cuenta. ¿Cómo es posible?

El titerote explicó:

- No creo que el Mundo Anillo estuviera descentrado entonces. Han pasado veintitrés años.

Luis hizo un gesto de asentimiento, ya que no quería distraerse hablando. Ahora sólo el placer del cable alejaba el horror ante el destino que aguardaba a los nativos del Mundo Anillo, así como el miedo y los remordimientos que sentía con respecto a sí mismo. El Inferior continuó:

- La estructura del Mundo Anillo es inestable en el plano de su órbita ¿Supongo que lo sabíais?

- ¡No!

- Yo no lo supe hasta después de mi retorno a la Tierra, cuando hice algunos estudios - dijo Luis.

Los dos no humanos le miraban fijamente; no había sido su propósito llamar tanto la atención. En fin...

- Es bastante fácil de demostrar que el Mundo Anillo es inestable. Estable con respecto a su eje, pero inestable en el plano de su órbita. Sin duda se previó algo para mantener el sol en coincidencia con el eje.

- ¡Pero ahora está descentrado!

- Ese algo, sea lo que fuere, habrá dejado de funcionar.

Chmeee asestó un zarpazo al piso invisible.

- Pero así, ¡van a morir! Millones de seres..., ¡qué digo millones! ¡Billones! - dijo y se revolvió contra Luis -. Estoy harto de tu estúpida sonrisa. ¿No hablarías mejor sin tu enchufe?

- Puedo hablar perfectamente.

- Pues entonces, habla. ¿Por qué es inestable el Mundo Anillo? ¿Acaso no está en órbita?

- No, claro que no. Ha de ser rígido. Su tremenda velocidad angular lo hace rígido. Pero si se descentra un poco el anillo, su excentricidad seguirá aumentando. Las ecuaciones son bastante difíciles. Estuve jugando con un ordenador y conseguí unas cifras, pero no acabo de creérmelas.

El Inferior dijo:

- Hubo una época en que nosotros creímos que también podríamos construir un Mundo Anillo. Pero la inestabilidad es demasiado grande. Incluso una protuberancia intensa crearía un viento solar cuya presión sería suficiente para desequilibrar la estructura, que cinco años después acabaría por chocar con su sol.

- Ésa es la cifra que yo obtuve - dijo Luis -. Es lo que ocurrirá aquí, no cabe duda.

Chmeee seguía dando zarpazos al suelo.

- ¡Reactores de corrección! Los Ingenieros del Mundo Anillo no habrán dejado de preverlos.

- Es posible. Sabemos que conocían los reactores Bussard y que los empleaban para propulsar sus naves cósmicas. Es verdad. Un gran número de reactores Bussard a lo largo de las paredes exteriores sería suficiente para mantener centrado el Mundo Anillo. Esos reactores quemarían el hidrógeno del viento solar; no sería el combustible lo que les faltase.

- No vimos nada parecido, ¡y figúrate si habrían de ser grandes!

Luis rió burlonamente.

- ¿A qué llamas tú grande? ¿En el Mundo Anillo? No llegamos a verlos, y eso es todo.

Pero no le gustaba la actitud amenazante de Chmeee, con las garras extendidas hacia él.

- ¿Cómo lo tomas tan a la ligera? Los nativos del Mundo Anillo son tan numerosos que multiplicarían por más de mil la población del espacio conocido, y son más semejantes a los tuyos que a los míos.

- Tú eres un carnívoro, un despiadado predador. Procura recordarlo - le advirtió Luis al kzin -. En cuanto a mí, va a preocuparme, va a preocuparme mucho cuando el Inferior desactive mi contactor, pero no me moriré de preocupación, porque para entonces ya estaré un poco acostumbrado a la idea. ¿Acaso crees que podemos hacer algo para ayudarles? ¿Se puede hacer algo?

El kzin retrocedió.

- Oye, Inferior, ¿cuánto tiempo crees que les queda?

- Intentaré calcularlo.

El sol estaba bastante lejos del centro del Mundo Anillo. Luis estimó que se hallaría a unos ciento veinte millones de kilómetros del borde más próximo, lo que suponía una distancia de doscientos millones de kilómetros del más alejado y que el primero recibiría casi tres veces más iluminación que el segundo. La estructura daba una vuelta entera en siete días y medio de treinta horas. Se producirían ciclos climáticos y las plantas que no pudieran soportar el cambio morirían. Y lo mismo pasaría con los animales y los seres humanos.

El Inferior había concluido su trabajo con el telescopio y ahora manejaba la computadora, escondido detrás del mamparo verde. Luis se preguntó qué otras cosas ocultaba en aquella parte de la nave.

El titerote se dejó ver:

- Dentro de un año y cinco meses a partir de hoy, el Mundo Anillo rozará su sol. Supongo que entonces se desintegrará. Dada su velocidad angular, los pedazos se diseminarán en el espacio interestelar.

- Las pantallas de sombra - murmuró Luis.

- ¿Cómo? ¡Ah, sí! Las pantallas chocarán más pronto con el sol. De todos modos, nos queda al menos un año. Tiempo suficiente para nosotros - se animó el Inferior -. No tocaremos la superficie del Mundo Anillo para nada. Vuestra expedición examinó la zona de los espaciopuertos desde una distancia de varias decenas de miles de kilómetros, sin ser molestada por las defensas antimeteoritos del Mundo Anillo. Sospecho que el espaciopuerto está abandonado. Podremos aterrizar tranquilamente.

Chmeee preguntó:

- ¿Qué esperas encontrar?

- Me sorprende que no lo hayáis recordado. - El Inferior se volvió hacia su tablero de mandos -. Has tenido tiempo de sobra, Luis.

- Espera...,

En aquel instante se desactivó el hilo implantado en su cerebro.

5 - Síndrome de abstinencia

A través del mamparo, Luis contempló cómo el titerote manipulaba su contactor. Pensaba en la muerte a escala de millones que desafiaba la imaginación, en la muerte como experiencia propia y personal, y en la muerte para los alienígenas que le escatimaban la corriente a su cerebro.

Las cabezas chatas subían y bajaban, y daban vueltas a la pequeña cápsula negra y la olfateaban como quien desconfía de lo que le han servido para comer. Largas lenguas y sensibles labios trabajaron dentro de la cápsula. En pocos minutos el titerote dejó ajustado el temporizador para un día de treinta horas, reduciendo la corriente a la mitad.

Al día siguiente, volvió a gozar de la alegría pura, sin estar mediatizada por ningún sentido humano, pero... A Luis le costaba definir aquella sensación. Por la tarde, cuando la corriente se cortó demasiado pronto, la depresión cayó sobre él como una espesa niebla azafranada.

Entonces Chmeee se acercó a Luis Wu, le desenchufó el contactor y lo puso de nuevo sobre el disco teleportador, para pasarlo al puente de mando. Iban a reajustarlo otra vez.

Luis exhaló un grito y saltó. Colgado de las anchas espaldas del kzin, agarrándose del pellejo, intentó trepar y arrancarle las orejas. El kzin se dio la vuelta y Luis se halló colgado de un brazo enorme que le arrastraba por el compartimiento y le estrellaba contra la pared. Medio conmocionado, con el brazo arañado y lleno de sangre, Luis atacó de nuevo.

En el mismo instante en el que el Inferior aferraba los mandos con sus bocas, Chmeee saltó sobre el disco pedestre.

Chmeee se quedó agazapado sobre el disco, mostrando un aspecto fiero y, al mismo tiempo, algo estúpido.

El Inferior dijo:

- Estos discos no pueden transportar una cosa tan voluminosa. ¿Me crees tan tonto como para traspasar a un kzin hacia mi propio puente de mando?

Chmeee gruñó:

- ¿Cuánta inteligencia se necesita para pastar hierba?

Dicho lo cual le arrojó a Luis su contactor y fue a tumbarse en su cama de agua.

Una maniobra de diversión. Chmeee le había quitado a Luis el contactor de la cabeza precisamente cuando acababa de desconectarse, con la intención de que Luis Wu se pusiera frenético y llamara la atención del titerote.

El Inferior dijo:

- La próxima vez que cambie el ajuste de tu contactor lo haré antes de que te enchufes. ¿Acaso esto te hace feliz?

- ¡Nej! ¡Ya sabes que me hace feliz! - replicó Luis al tiempo que sujetaba con fuerza su contactor.

Aunque, por supuesto, el contactor no funcionaba, ni funcionaría hasta que el temporizador volviese a ponerlo nuevamente en marcha.

- Tienes casi tanta longevidad como nosotros; en cambio, eso es tan temporal - empezó a decir el Inferior, en tono persuasivo -. ¡Serás más rico de lo que nadie jamás pueda imaginar! Las naves del Mundo Anillo utilizaban un método de transmutación barato a gran escala, ¡indudablemente, igual al que debieron emplear para construir el mismo Mundo Anillo!

Luis alzó los ojos, sorprendido.

- Me gustaría conocer la masa y el volumen de esa máquina - continuó el titerote -. Las naves del Mundo Anillo son enormes, pero no será necesario transportarla. Si es preciso, un holograma tomado por radar de largo alcance, así como hologramas del mecanismo en funcionamiento pueden bastar para convencer a mis súbditos. Luego enviaremos un transporte número cuatro de la General de Productos para que se la lleven.

El alienígena no supondría que un humano, aun estando bajo el síndrome de privación, hiciera caso de todas sus observaciones. ¡Claro que no! Luis vigilaba a Chmeee con los ojos entornados, para ver cómo reaccionaba.

El kzin estuvo admirable. Durante un instante permaneció impasible y al instante siguiente preguntó:

- ¿Qué sucedió para que perdieras tus prerrogativas?

- Es una historia complicada.

- Hemos entrado en el sistema del Mundo Anillo a una velocidad de noventa y cuatro mil kilómetros por segundo y nos queda una caída de veinte mil millones de kilómetros, Sólo ha transcurrido un día, así que nos sobra tiempo.

- En efecto, y sin tener nada más útil que hacer. Sin duda sabéis que, tradicionalmente, nos dividimos en dos facciones, la de los conservadores y la de los experimentalistas. Generalmente mandan los conservadores, pero cuando nuestro mundo padeció la contaminación térmica debida al uso excesivo de la energía industrial, los experimentalistas desplazaron nuestro planeta más hacia el exterior del halo de cometas. Un régimen experimentalista modificó y sembró luego dos planetas agrícolas. Otro régimen posterior desplazó dos mundos, que habían sido satélites de lejanos planetas helados, más hacia el interior...

Mientras el titerote hablaba Chmeee había ganado tiempo para calmarse y meditar su próxima interpelación. ¡Bien! A lo mejor regresaba a sus antiguas funciones de Interlocutor-de-Animales: un aspirante a embajador ante la humanidad.

- Hacemos lo necesario y luego nos deponen. Es la costumbre. Los experimentalistas accedieron al poder cuando nuestras sondas revelaron la existencia del Imperio Kzinti. Creo que Nessus ya os contó cómo se resolvió ese caso.

- Ayudasteis a la humanidad - dijo Chmeee con peculiar serenidad cuando Luis creyó que iba a subirse por las paredes -. Las Cuatro Guerras acabaron con cuatro generaciones de nuestros guerreros más poderosos, de modo que fueron los más dóciles de entre nosotros los que tuvieron más oportunidades de reproducirse.

- Teníamos la esperanza de que aprenderíais a tratar amistosamente con otras especies. Mi facción estableció también un imperio comercial en esa región. Pero, pese a nuestros éxitos, empezamos a perder autoridad. Luego se descubrió la explosión del núcleo de nuestra galaxia. La onda de choque nos alcanzará dentro de veinte mil años. Nuestra facción conservó el poder para organizar el éxodo de la Flota de los Mundos.

- Muy oportuno para vosotros, pero, a pesar de todo, te depusieron.

- Sí.

- ¿Por qué?

El titerote guardó silencio; al cabo de un momento prosiguió:

- Tomé algunas decisiones que no fueron muy populares. Manipulé los destinos de los humanos y los kzinti. Vosotros, no sé cómo, os enterasteis de nuestro secreto, de cómo habíamos trucado las Leyes de la Fertilidad terrestres con el propósito de fomentar humanos afortunados, y cómo intervinimos en la Primera Guerra para generar kzinti razonables. Mi predecesor estableció la General de Productos, el imperio comercial interestelar. Se dijo que había convertido una locura en un acierto, ya que únicamente los locos de entre nosotros arriesgarían su vida en el espacio. Cuando organicé vuestra expedición para explorar el Mundo Anillo me llamaron loco por arriesgar un contacto con una tecnología tan avanzada. ¡La locura sería ocultarse ante el primer signo de peligro!

- Así que te depusieron.

- Quizá fue... un pretexto cómodo. - El Inferior paseaba incansablemente de un lado a otro, clop, clop, clop, clop -. Ya sabéis que acepté como compañero a Nessus, si éste regresaba del Mundo Anillo. Y regresó, y nos unimos. Y luego volvimos a hacerlo por amor. Nessus estaba loco, y el Inferior ha sido un loco muchas veces y..., me depusieron.

Luis preguntó de improviso:

- ¿Quién de los dos es el macho?

- Me gustaría saber por qué no se lo preguntaste nunca a Nessus. Pero él no te lo habría dicho, ¿verdad? Nessus es algo tímido para ciertas cosas. Tenemos dos variedades de machos, Luis. Los de la mía implantamos nuestro semen en el cuerpo de la hembra, y los del tipo de Nessus implantan óvulos mediante un órgano bastante parecido.

Chmeee preguntó:

- Entonces, ¿tenéis tres juegos de cromosomas?

- No, sólo dos. La hembra no contribuye para nada. De hecho, las hembras se juntan entre ellas de otra manera para procrear más hembras. En realidad, aunque hayan vivido en simbiosis con nosotros durante toda nuestra historia, no son de nuestra especie.

Luis hizo una mueca. Los titerotes se reproducían como la hormiga león: su progenie devoraba la carne de un huésped indefenso. Nessus nunca quiso hablar de la sexualidad, y con razón, aquello era bastante feo.

- Yo tenía razón - continuó el Inferior -. Estuve acertado al enviar una misión al Mundo Anillo, y vamos a demostrarlo. Cinco días para llegar, no más de diez en la zona de espaciopuerto, y cinco más para salir al espacio despejado y continuar con la hiperpropulsión. No desembarcaremos en el Mundo Anillo. Halrloprillalar le dijo a Nessus que, para ahorrar capacidad, las naves del Mundo Anillo llevaban plomo que transmutaban en aire y agua durante las travesías. Un gobierno conservador no negociaría con las ramificaciones de semejante técnica. Preferirán reinstaurarme.

Debido al síndrome de abstinencia, Luis tenía pocas ganas de reír, pero no dejaba de ser gracioso, y tanto más por cuanto desde el comienzo todo había sucedido por su culpa.

A la mañana siguiente los alienígenas redujeron otra vez la corriente del contactor a la mitad, y luego no hicieron más caso de Luis. En realidad, no tenía por qué importarle tanto ya que no dejaba de darle placer. Pero durante muchos años había soportado las depresiones que producía la parada del temporizador, al recordar lo que volvería a sentir cuando retornara la corriente. Esta vez sus depresiones eran más profundas y además le faltaba la seguridad. Los no humanos podían cortarle el fluido siempre que se les antojase..., y aunque no lo hicieran, le tenían embargado el aparato.

Lo que hablaron los alienígenas durante aquellos cuatro días no lo supo, trató de fijar toda su atención en el estasis del cable. Vagamente recordaba haberles visto consultar hologramas del ordenador. Eran de los rostros de los nativos del Mundo Anillo: los pequeños, totalmente recubiertos de pelo dorado (uno de ellos, afeitado, era un sacerdote); y la tremenda escultura de alambre del castillo celeste (un botón de nariz, cabeza calva, labios delgados como cuchillas); y Halrloprillalar (probablemente de esa misma raza); y el Caminante, el buscador que había tomado bajo su protección a Teela (casi humano, pero musculoso como un jinxiano y lampiño). Ciudades convertidas en ruinas por el tiempo y por la caída de los edificios flotantes cuando acabó por agotárseles la energía. Había hologramas del «Embustero» acercándose a una sombra cuadrada, y de una ciudad envuelta en la nube de humo producida por la caída de una de las pantallas.

El sol, visible primero como un punto, se convirtió en una mancha negra rodeada de una corona brillante; el núcleo desaparecía por efecto de la protección antideslumbrante interior del casco de la «Aguja». El halo azul que rodeaba a la estrella se volvía cada vez más extenso.

Luis regresó en sueños al Mundo Anillo. Dentro de una gran prisión flotante, colgaba cabeza abajo de su aerocicleta calcinada, a treinta metros de altura sobre un suelo de roca en el que yacían, dispersos, los huesos de los prisioneros de antaño. La voz de Nessus zumbaba en sus oídos prometiendo una liberación que no acababa de llegar.

Cuando despertaba, buscaba refugio en la rutina... hasta la noche del cuarto día. Miró la cena y la echó al vertedero; luego tecleó en demanda de pan y de una selección de quesos. Cuatro días había necesitado para comprender que había escapado para siempre a la jurisdicción de la BRAZO. ¡Si se le antojaba podía volver a comer queso!

¿Qué hay de bueno, además del cable?, se preguntó Luis. El queso. Las plataformas de dormir. El amor (poco práctico eso). Los trabajos de tintura. La libertad, la seguridad, la autoestima. Ganar, como cosa opuesta a perder. ¡Nej! Casi lo había olvidado, y lo he perdido todo. La libertad, la seguridad, la autoestima. Un poco de paciencia y podré dar el primer paso. ¿Qué más hay de bueno? El aguardiente en el café. Las películas.

Veintitrés años antes, Interlocutor-de-Animales había llevado la nave espacial «Embustero» hasta los confines del Mundo Anillo. Ahora Chmeee y el Inferior contemplaban las grabaciones de aquella hazaña.

Visto de tan cerca, el Mundo Anillo se convertía en un haz de rectas que confluían en un punto muy lejano. Desde fuera del punto donde la superficie interior azul y cuadriculada caía al encuentro de los bordes superior e inferior del muro externo, los anillos del sistema decelerador parecían ir al encuentro de la cámara, una y otra vez, en imágenes del espectro infrarrojo, del visible, del ultravioleta y del radar de largo alcance. O desfilaban a cámara lenta, electroimanes inmensos y todos idénticos.

Pero Luis Wu pasó las ocho horas de la fantástica epopeya de la Tierra Mutante sumergido en una continua borrachera: el coñac en el café, y luego con sifón, y luego el coñac a palo seco. Lo que veía era una película y no una experiencia sensual; intervenían unos actores y sólo dos de los sentidos humanos. Estaba a dos fases de distancia de la realidad.

En un momento dado trató de entablar una discusión con Chmeee sobre Saberhagen y su utilización de efectos visuales imposibles. Pero aún le quedaba el suficiente sentido común como para no insistir. No era conveniente dialogar con Chmeee estando bebido. Los titerotes tienen orejas, tienen orejas pero las esconden.

El Mundo Anillo se ensanchaba.

Durante dos días había sido como un aro azul delicadamente grabado, fino y frágil en apariencia, descentrado con respecto a su sol, cuyo círculo oscuro aumentaba de diámetro. Aparecieron los primeros detalles. Un círculo interior de rectángulos negros, las pantallas de sombra. Un reborde, pared de apenas mil ochocientos kilómetros de altura, pero que al crecer con la proximidad les vedaba la contemplación de la superficie interior del Mundo Anillo. Hacia la tarde del quinto día «La Aguja Candente de la Cuestión» había perdido la mayor parte de su velocidad, y la pared limítrofe era un muro inmenso que se alzaba hacia las estrellas.

Luis no estaba conectado. Aquel día él mismo se había obligado a la abstinencia; y luego el Inferior le anunció que no iban a darle más corriente hasta que la nave se hubiese posado con seguridad. Luis se había encogido de hombros, faltaba tan poco...

- El sol está lanzando protuberancias - dijo el Inferior.

Luis miró hacia arriba. El blindaje antimeteoritos velaba el disco solar; sólo se veía la corona solar, como ruedo de llamas alrededor de un círculo negro.

- Danos imagen - solicitó

A través de la «ventana» rectangular, oscurecido y aumentado, el sol se convertía en un gran disco de varios colores. Aquel sol era algo más pequeño y frío que el Sol terrestre. No presentaba manchas ni fáculas, excepto una muy brillante en su centro.

- Nuestro punto de observación no es favorable - explicó el Inferior -. Desde aquí vemos la fácula perpendicularmente.

Chmeee dijo:

- A lo mejor se ha desestabilizado hace poco, lo cual explicaría por qué aparece descentrado el Mundo Anillo.

- Es posible. Los documentos del «Embustero» reflejan que hubo una deflagración mientras se aproximaban, pero durante el resto del año aquel sol no volvió a mostrar ninguna actividad.

Las cabezas del Inferior se afanaban sobre el panel de instrumentos.

- ¡Qué raro! Las líneas magnéticas...

El disco oscuro quedó eclipsado detrás del muro inacabable

- El campo magnético de esta estrella es muy anormal - continuó el Inferior.

- Echemos otra ojeada.

- Nuestra misión no consiente la recogida de datos al azar.

- ¿No hay lugar para la curiosidad?

- No.

A menos de veinte mil kilómetros, la pared oscura parecía trazada con un tiralíneas. La negrura y la velocidad ocultaban todos los detalles. El Inferior ajustó la pantalla del telescopio para luz infrarroja, pero apenas sirvió de nada... ¿O tal vez sí? En la base del muro aparecían sombras, triángulos más fríos, de cincuenta a setenta kilómetros de longitud, como si en la pared interior hubiese algo que reflejase la luz del sol. Y luego apareció una franja oscura más fría a lo largo del fondo, desplazándose de izquierda a derecha.

Chmeee preguntó muy finamente:

- ¿Nos acercamos o estamos al pairo?

- Hasta que tengamos una idea de la situación, al pairo.

- El tesoro es todo tuyo. Si lo prefieres, puedes irte sin llevártelo.

El Inferior estaba agitado, sus piernas aferraban con fuerza el banco de pilotaje y tenía la espalda recorrida de calambres. Chmeee se sentía a sus anchas, parecía muy satisfecho de sí mismo, y dijo:

- Nessus se sirvió de un kzin como piloto. A veces se permitía ceder del todo al miedo. En cambio tú no. ¿No podrías dejar que la «Aguja» aterrizase con el piloto automático y esconderte en estasis mientras tanto?

- ¿Y si se presentase una emergencia? No. Yo no había previsto esto.

- Si has de aterrizar personalmente, hazlo, Inferior.

La «Aguja» bajó el morro y aceleró.

Le costó casi dos horas acelerar hasta la velocidad periférica de mil doscientos kilómetros por segundo del Mundo Anillo. Para entonces habían desfilado ante sus ojos cientos de miles de kilómetros de aquella franja oscura. El Inferior empezó a reducir distancias... Despacio, tan despacio que Luis llegó a preguntarse si acabarían por pasar de largo. Siguió mirando sin impacientarse. Por propia voluntad no estaba conectado al cable. Frente a este hecho, lo demás carecía de importancia.

Pero, ¿de dónde le venía la paciencia a Chmeee? ¿Estaría sintiendo la segunda juventud? Un humano, al cumplir el primer siglo se sentía sobrado de tiempo para todo. ¿Reaccionaría también así un kzin? Pero Chmeee era un diplomático avezado y, por lo tanto, acostumbrado a disimular sus sentimientos.

La «Aguja» flotaba bajo la acción de sus propulsores; con 0,992 gravedades de empuje, la espiral de su trayectoria iba entrando en la curva del Mundo Anillo. Abandonada a sí misma, la nave habría salido proyectada otra vez hacia el espacio interestelar. Luis contempló cómo las cabezas del titerote oscilaban de un instrumento a otro, de una pantalla a otra de las que le rodeaban, y cuyas indicaciones no podía ver desde donde él estaba.

La línea oscura se convirtió en una hilera de anillos alejados entre sí, con un diámetro de un centenar y medio de kilómetros cada uno. Como demostraba una vieja grabación, durante la primera expedición se había visto cómo las naves se situaban a unos ochenta kilómetros del muro exterior para dejar que los anillos las arrastrasen, pasando de la condición de caída libre a la velocidad angular del Mundo Anillo y yendo luego a posarse al otro extremo, en la zona del espaciopuerto.

A derecha e izquierda los bordes de la negra pared se prolongaban hacia el infinito. Ya estaban cerca, a unos pocos miles de kilómetros. El Inferior orientó la «Aguja» en el sentido del acelerador lineal. Cientos de miles de kilómetros de bobinas... pero los habitantes del Mundo Anillo carecían de generadores gravitatorios. Sus naves y sus tripulaciones no hubieran soportado las aceleraciones elevadas.

- Los anillos no funcionan. Ni siquiera localizo los detectores de llegada - dijo una de las cabezas del titerote vuelta hacia ellos, para luego regresar a su trabajo.

Llegaban a la zona del espaciopuerto.

Tendría unos cien kilómetros de anchura. Había grandes grúas de espléndidas curvas, edificios circulares y enormes plataformas de carga. También se veían varias naves: cuatro cilindros de morro chato, tres de ellos estropeados, con el casco roto.

- Espero que hayas traído luces - dijo Chmeee.

- Todavía no quiero descubrir nuestra presencia.

- ¿Crees que hemos sido vistos por alguien, o es que piensas aterrizar sin luces?

- No y no - replicó el Inferior.

Un proyector de tremenda potencia se encendió en la ojiva de la «Aguja». No cabía duda de que era un arma auxiliar.

Las naves eran espaciosas. Una escotilla abierta era una simple manchita oscura. Miles de ventanillas brillaban en los cilindros como cristales de azúcar sobre un pastel. Una de las naves parecía intacta. Las otras tres habían sido abiertas y parcialmente desmontadas para aprovechar las piezas, quedando la maquinaria expuesta al vacío y a las miradas de intrusos y curiosos.

- Nadie nos ataca ni nadie parece advertir nuestra presencia - comentó el titerote -. La temperatura de los edificios y la de las máquinas es la misma que la del suelo y la de las naves, ciento setenta y cuatro grados absolutos. Este lugar está abandonado desde hace tiempo.

Un par de voluminosas bobinas tóricas color de cobre rodeaban el casco de la nave intacta; su masa representaba un tercio o más de la de toda la nave. Luis apuntó hacia ellas.

- Generadores de captación, quizá. Hace años estudié la historia de la exploración del espacio. El propulsor Bussard genera un campo electromagnético para aspirar el hidrógeno interestelar y concentrarlo en una zona de contención, llevándolo a fusión atómica. Una fuente ilimitada de energía. Pero es preciso tener a bordo un depósito de combustible y un motor de cohete para cuando se navega a velocidad inferior a la que necesita el propulsor de fusión. Como allí.

Dos de las naves parcialmente desmontadas dejaban ver los depósitos.

Y las bobinas de las tres naves cadaverizadas faltaban, lo cual extrañó a Luis, aunque los propulsores Bussard solían emplear monopolos magnéticos y éstos podían aprovecharse para otros usos.

Al Inferior le preocupaba otra cosa.

- ¿Depósitos para transportar el plomo? ¿No hubiera sido suficiente llevarlo en planchas alrededor de la nave para que sirviera de blindaje antes de ser transmutado en combustible?

Luis guardó silencio. No se había visto nunca el plomo.

- Por disponibilidad - dijo Chmeee -. Si tuvieron que combatir, les habrían fundido el plomo de la envoltura y la nave se habría quedado sin combustible. Aterriza, Inferior, y buscaremos la solución en la nave que ha quedado completa.

La «Aguja» redujo altura.

- La salida será fácil - insinuó Chmeee -. Nos acercamos al borde y apagamos motores, con lo que salimos expulsados hacia el espacio libre. Entonces ponemos en marcha la hiperpropulsión y quedamos a salvo.

La «Aguja» se posó en el espaciopuerto. El Inferior les dijo:

- Colocaos en las teleportadoras.

Chmeee obedeció. En el instante de desaparecer reía..., o mejor dicho, ronroneaba de satisfacción. Luis le siguió y en seguida se sintió transportado a otro lugar.

6 - «Y ahora, éste es mi plan...»

El recinto le pareció conocido. Nunca había estado en uno exactamente igual, pero se asemejaba al puente de mando de cualquier otra nave interplanetaria pequeña. Siempre se necesita una cabina de gravedad, un ordenador de a bordo, mandos de propulsión, corrección de rumbo y un detector de masas. Los tres asientos de pilotaje eran reclinables, equipados con redes paracaídas, mandos en los brazos, tubos urinarios y bocas de erogación de comida y bebida. La única diferencia consistía en que una de las poltronas era mucho más grande que las demás. A Luis le pareció que sería capaz de pilotar aquella navecilla con los ojos vendados.

Sobre un semicírculo de pantallas e indicadores se abría una ventanilla panorámica. A través de ella, Luis pudo ver una parte del casco de la «Aguja» proyectándose hacia delante y hacia arriba. El módulo separable estaba colgado en el espacio.

Chmeee pasó revista a los botones e interruptores, de tamaño más grande, situados delante de su puesto.

- Tenemos armamento - anunció con suavidad.

Una de las pantallas se iluminó mostrando en escorzo una cabeza de titerote, que habló:

- Bajad por la escalerilla y recoged vuestro equipo de vacío.

La escalerilla del módulo era ancha y poco empinada, muy en consonancia con el pie de un kzin. Abajo se abría un espacio mucho más amplio, con cama de agua, placas sómnicas y cocina automática, todo ello idéntico a lo que había en la celda que acababan de dejar. El quirófano automático era lo bastante grande como para atender a un kzin y disponía de una complicada consola de mandos. En otro tiempo, Luis había sido cirujano operador; tal vez el Inferior lo supiera.

Chmeee halló los equipos de vacío en una hilera de taquillas y se embutió dentro de lo que parecía un racimo de globos transparentes. Estaba impaciente.

- ¡Vamos, Luis! ¡Ponte el equipo!

Luis sacó un traje flexible de una sola pieza, ceñido como una segunda piel, el correspondiente casco transparente en forma de pecera y la mochila. Era un equipo normal, transpirable, para que el organismo regulase su propia temperatura. Luis se revistió con una segunda funda metalizada, ya que allí fuera podía hacer bastante frío.

La esclusa tenía cabida para tres, lo que Luis agradeció, pues a veces resultaba desagradable esperar solo en el vacío mientras el compartimiento estanco realizaba su ciclo para dar salida a otro. Aunque el Inferior no creía que se encontraran ante emergencias, se había preparado muy bien. Mientras era expulsado el aire, Luis sintió que se le hinchaba el pecho, por lo que se ciñó la «faja», el ancho cinto elástico que le rodeaba el tórax para ayudarle a respirar.

Chmeee se bajó del módulo y, dando grandes zancadas, empezó a alejarse de la «Aguja» hacia la oscuridad. Luis cogió una caja de herramientas y le siguió a paso gimnástico

La sensación de libertad era intoxicante, peligrosa. Luis se recordó a sí mismo que el sistema de comunicaciones de su traje se hallaba dentro del alcance del Inferior. Era preciso hablar, y pronto, pero donde el titerote no pudiera oírle.

Allí todas las proporciones estaban falseadas. Las naves medio desguazadas eran excesivamente grandes, y el horizonte demasiado cercano y demasiado nítido. Una pared negra e infinita cortaba por la mitad el paisaje estelar, más o menos familiar. Vistos a través del vacío, los objetos distantes aparecían con la misma claridad que los próximos, aunque se hallasen a cientos de miles de kilómetros.

La nave más cercana del Mundo Anillo, la que estaba intacta, parecía hallarse a menos de un kilómetro; en realidad estaba a más de kilómetro y medio. Durante su último viaje se había equivocado continuamente en las escalas, y veintitrés años de ausencia no contribuían a curarle.

Llegó sin aliento junto al costado de la enorme nave y vio que una de las patas de aterrizaje tenía un ascensor incorporado. Naturalmente, la vetusta maquinaria no funcionaba, así que se enfiló por la escalerilla.

Chmeee se afanaba con los mandos de una gran esclusa, y sacó una llave de la caja que traía Luis.

- Es mejor que por ahora no forcemos las puertas - dijo - Hay corriente.

Consiguió destapar un cuadro de mandos y manipuló en su interior.

La compuerta exterior se cerró, y la interior se abrió sobre el vacío y la oscuridad. Chmeee conectó su linterna láser.

Luis estaba algo impresionado. En aquella nave cabía la suficiente tripulación como para poblar una ciudad pequeña. Resultaría fácil perderse allí.

- Vamos a inspeccionar los registros - dijo -. Me gustaría presurizar el interior. Con este casco tan grande no pasarías por un registro construido para humanos.

Entraron en un corredor que se curvaba siguiendo la ojiva del fuselaje. Algunas escotillas eran apenas más altas que la estatura del propio Luis. Al abrirlas se podían ver pequeños camarotes

con literas y asientos empotrados, hechos a la medida de humanoides de su misma talla o más pequeños.

- Se diría que fue la raza de Halrloprillalar la que construyó estas naves.

Chmeee replicó:

- Eso ya lo sabíamos. Su raza construyó el Mundo Anillo.

- Eso no lo creo - dijo Luis -. Me pregunto si ellos construyeron las naves, o las heredaron de otros.

En sus cascos resonó la voz del Inferior.

- ¿Luis? Halrloprillalar te contó que su pueblo había construido el Mundo Anillo. ¿Crees que te mintió?

- Sí.

- ¿Por qué?

Había mentido en otras muchas cosas, pero Luis no lo dijo así, sino que repuso:

- Por el estilo. Sabemos que construyeron las ciudades. Los edificios flotantes son de esas obras que uno erige para demostrar su riqueza y su poder. ¿Recuerdas el castillo en el cielo, el edificio flotante con la sala de los mapas? Nessus hizo grabaciones.

- Las he estudiado - contestó el titerote.

- Y había un trono con dosel y una escultura de alambre tan grande como una casa y que representaba la cabeza de alguien. El que fuese capaz de construir un Mundo Anillo, ¿para qué habría de molestarse en levantar un castillo flotante? No me lo creo. Nunca lo he creído.

- ¿Chmeee?

El kzin contestó:

- Tratándose de asuntos humanos, creo que hemos de aceptar la opinión de Luis.

Entraron en un corredor radial. Allí había más camarotes. Luis inspeccionó con atención uno de ellos. El traje presurizable era interesante: estaba colgado de la pared como el trofeo de un cazador; era de una sola pieza, con numerosas cremalleras, todas abiertas. Accesible inmediatamente en caso de despresurización súbita.

El kzin esperó con impaciencia mientras Luis cerraba todas las cremalleras y retrocedía unos pasos para apreciar mejor el efecto.

Las articulaciones se hincharon: rodilleras y hombreras como melones, manos como rosarios de nueces. El visor cayó sobre el casco; por dentro iba provisto de instrumentos para medir la reserva de energía y la de aire.

El kzin gruñó:

Librodot

- ¿Y bien?

- Nada. Necesitaba más pruebas. Vámonos.

- Más pruebas, ¿de qué?

- Creo que ya sé quién construyó el Mundo Anillo y por qué los nativos se parecen tanto a los humanos. Pero, ¿para qué construyeron algo que no eran capaces de defender? Eso no se entiende.

- Si lo discutimos...

- No, no. Vámonos.

En la sección central de la nave hallaron un montón de escorias. Allí convergían media docena de corredores radiales y algunos tubos con escalerillas hacia arriba y hacia abajo. Cuatro de los mamparos aparecían con diagramas etiquetados por medio de diminutos, pero bien detallados, pictogramas.

- ¡Qué práctico! Casi como si hubieran pensado en nosotros - comentó Luis.

- Los idiomas cambian - dijo el kzin -. Esta gente viajaba a impulsos del viento relativista; las tripulaciones podían encontrarse a siglos de diferencia, en cuyo caso tales ayudas les habrán sido muy útiles. Antes de las guerras contra la Humanidad, nosotros también tuvimos que recurrir a ellas para mantener unificado nuestro imperio. No veo pañoles, Luis.

- Tampoco el espaciopuerto tenía ninguna defensa. Al menos que sepamos - dijo Luis mientras reseguía los diagramas con el índice -. Comedores, enfermería, camarotes. Estamos en la zona de los camarotes. Hay tres centros de control; me parece un número excesivo.

- Uno para la navegación con los propulsores Bussard en el espacio interestelar. Otro para navegar y maniobrar en un sistema ocupado y para los sistemas de tiro, si existen. Y otro para el mantenimiento, como éste que muestra la corriente de aire en un pasillo.

El Inferior habló:

- Si conocían la transmutación usarían propulsores de conversión total.

- No necesariamente. Un chorro de radiaciones tan poderoso hubiera hecho estragos en un sistema habitado - dijo Luis -. ¡Ah! Aquí están las tuberías de registro, y van a los generadores de impulsión, al motor de fusión, a la inyección de combustible. Veamos primero el cuadro de mantenimiento, está en esta dirección, dos plantas más arriba.

La sala de mandos era pequeña: un banco acolchado frente a tres paredes de instrumentos y conmutadores. Bastaba tocar un punto del umbral para que los mamparos se encendieran de luz blancoamarillenta y también se iluminaran los instrumentos. Naturalmente, eran ininteligibles. Los pictogramas definían los grupos de mandos que controlaban la limpieza, la rotación, la circulación de agua, el saneamiento, la alimentación, el aire.

Luis empezó a tocar interruptores. No cabía duda de que los de uso más habitual serían los más grandes y fácilmente accesibles. Se detuvo al escuchar un silbido.

El manómetro incorporado en su visor empezó a subir.

El sistema era de baja presión, con un 40% de oxígeno. Humedad baja, pero presente. No se detectó ninguna sustancia nociva.

Chmeee había desinflado su traje y se lo estaba quitando. Luis se sacó el casco, dejó caer la mochila y se despojó del traje, todo ello con una precipitación no justificada. El aire le pareció seco y con olor a cerrado.

Chmeee dijo:

- Propongo que empecemos por el registro de las tuberías de alimentación de combustible. ¿Voy por delante?

- Como quieras.

En su propia voz Luis advirtió la tensión y la impaciencia que estaba procurando disimular. Si estaba de suerte, el Inferior no lo notaría. Era cosa de unos momentos. Se puso a la espalda anaranjada del kzin.

Abrieron la puerta, recorrieron un pasillo en curva, retornaron hacia el eje de la nave y bajaron por una escalerilla. Una gruesa mano peluda agarró el brazo a Luis y tiró de él hacia un corredor.

- Tenemos que hablar - gruñó el kzin.

- Sí, ¡y ya va siendo hora! Si puede escucharnos, estamos perdidos. Oye...

- Aquí no puede escucharnos. Tenemos que apoderarnos de «La Aguja Candente de la Cuestión», Luis. ¿Has pensado en eso?

- Sí. Pero es imposible. Tu intento fue meritorio, pero, ¿qué diablos vas a hacer ahora? No sabes pilotar la «Aguja». Ya has visto los mandos.

- Obligaré al Inferior a que lo haga.

Luis meneó la cabeza.

- Aunque fueses capaz de vigilarle constante e incesantemente durante dos años, creo que el sistema de supervivencia no aguantaría a dos durante ese tiempo, y acabaría por estropearse. Así debió de planearlo.

- Entonces, ¿te rindes?

Luis suspiró.

- De acuerdo, analicémoslo paso a paso. Al Inferior podemos presentarle un soborno plausible o una amenaza plausible, o matarlo si nos vemos capaces de pilotar solos la «Aguja».

- Sí.

- No podemos sobornarle con la oferta de ningún aparato mágico de transmutación porque no los hay.

- Temía que acabaras diciendo esa verdad.

- No hay más remedio. Una vez sepa que no nos necesita, ya podemos considerarnos muertos. Y no hay ninguna otra cosa con que podamos sobornarle - continuó Luis -. No podemos entrar en la cabina de mando, aunque haya discos portadores que llevan hasta allí, ¿en qué lugares de la «Aguja» se encuentran y cómo convencerás al Inferior de que los conecte? Y tampoco podemos atacarle. Los proyectiles no traspasarían un casco de la General de Productos. El casco está blindado y probablemente hay más blindajes entre nuestra celda y la cubierta de navegación. Un titerote no descuidaría ese detalle. No podemos dispararle con un láser porque los mamparos se convertirían en espejos y nos devolverían el rayo. ¿Qué nos queda? ¿Ondas sonoras? Basta con desconectar los micrófonos. ¿Se me olvida algo?

- La antimateria, aunque no necesitas recordarme que no tenemos.

- De manera que ni estamos en condiciones de amenazarle, ni de hacerle daño, ni de tomar la cabina de mandos.

El kzin, pensativo, se mesaba la melena del cuello.

- Se me acaba de ocurrir que quizá, después de todo, la «Aguja» no puede regresar al espacio conocido - dijo Luis.

- No sé a qué te refieres.

- Sabemos demasiado, somos muy mala publicidad para los titerotes. Apuesto a que el Inferior nunca pensó llevarnos de regreso a casa. ¿Qué se le ha perdido a él allí? Lo que él pretende es llegar hasta la Flota de los Mundos, que ahora está a unos veinte o treinta años luz de aquí, en la dirección opuesta. Aunque supiéramos pilotar la «Aguja», probablemente los sistemas de supervivencia no garantizan el radio de acción para llegar al espacio conocido.

- Entonces, ¿tendremos que robar una nave del Mundo Anillo?

- ¿Ésta misma?

Luis meneó la cabeza.

- Ya veremos si es posible. Pero, aunque se hallase en condiciones, seguramente no sabríamos pilotaría. La raza de Halrloprillalar reclutaba tripulaciones de un millar, y además, según Prill, no se aventuraron nunca tan lejos. Aunque los Ingenieros del Mundo Anillo probablemente lo hicieron.

El kzin permanecía peculiarmente inmóvil, como si temiera soltar toda la energía contenida en su interior. Luis empezó a darse cuenta de que Chmeee estaba muy furioso.

- ¿Me aconsejas que nos rindamos, entonces? ¿No podremos ni siquiera vengarnos?

Una y otra vez, mientras se hallaba bajo los efectos del cable, Luis lo había considerado. Trató de evocar aquel optimismo artificial, pero no lo halló dentro de sí mismo.

- Aprovechemos el tiempo. Registremos la zona del espaciopuerto. Si no hallamos nada, exploraremos el propio Mundo Anillo. Tenemos medios para ello. No permitiremos que el Inferior desista sin que hayamos encontrado una solución para nosotros, sea la que sea.

- Todo esto ha pasado por tu culpa.

- Ya lo sé. Por eso es tan divertido.

- Pues, ¿por qué no te ríes?

- Devuélveme mi contactor y reiré.

- Tus alocadas especulaciones nos han hecho esclavos de un chiflado comedor de raíces. ¿Por qué has de presumir siempre de ser más sabio de lo que en verdad eres?

Luis se sentó en el suelo, apoyando su espalda en uno de los paneles de luz amarilla.

- ¡Parecía tan razonable! ¡Nej! ¡Era razonable! Fíjate en que los titerotes llevaban años estudiando el Mundo Anillo antes de que nosotros hiciéramos acto de presencia. Conocían su velocidad angular, sus dimensiones y su masa, apenas mayor a la de Júpiter. Y no hay nada más en el sistema; han desaparecido todos los planetas, las lunas, los asteroides. Parecía obvio. Los Ingenieros del Mundo Anillo tomaron un planeta del tipo de Júpiter y lo aprovecharon para material de construcción, junto con todo el resto del material planetario, y con ello hicieron el Mundo Anillo. Debió de ser suficiente con una masa, más o menos, como la del sistema Sol.

- Eso no fue más que una especulación.

- No olvides que nos convenció a ambos. Y los planetas gigantes gaseosos - continuó Luis, impertérrito - están formados principalmente de hidrógeno. Los Ingenieros del Mundo Anillo habrían tenido que transmutar el hidrógeno en el material, cualquiera que sea, que forma el suelo del Mundo Anillo. No se parece a nada que nosotros hayamos construido jamás. Debieron transmutarlo a una velocidad como para secar una supernova. Escucha, Chmeee: yo he visto el Mundo Anillo. Estaba dispuesto a creerme cualquier cosa.

- Y lo mismo Nessus - resopló el kzin, olvidando que él también había sido un crédulo -. Y Nessus interrogó a Halrloprillalar acerca de la transmutación, y ella pensó que nuestro amigo bicéfalo era encantadoramente ingenuo. Le contó la historia de las naves del Mundo Anillo que llevaban plomo para transmutarlo en combustible. ¡Plomo! ¿Y por qué no hierro? Aunque el hierro abultase más, tendría la ventaja de su mayor resistencia estructural.

Luis rió:

- A ella no se le ocurrió.

- ¿Le dijiste alguna vez que eras partidario de la hipótesis de la transmutación?

- ¿Para qué? Se habría partido de risa. Y ya era demasiado tarde para decírselo a Nessus, ya que para entonces estaba en el autoquirófano y le faltaba una cabeza.

- Grrrrr.

Librodot

Luis se frotó sus doloridos hombros.

- Al menos uno de nosotros debería haber sido más listo. Ya te conté que hice algunos cálculos después de nuestro regreso. ¿Sabes cuánta energía se necesitaría para hacer girar la masa del Mundo Anillo a mil doscientos kilómetros por segundo?

- ¿Por qué me lo preguntas?

- Se necesita ¡muchísima! Miles de veces la cantidad de energía que disipa anualmente un sol de este tipo. ¿De dónde sacaron tanta energía los Ingenieros del Mundo Anillo? Lo que debieron de hacer fue desguazar una docena de Júpiters, o un planeta superjoviano de masa doce veces superior a la de Júpiter, constituido casi por entero de hidrógeno, no hay que olvidarlo. Gastarían parte de ese hidrógeno en el proceso de fusión para poner en marcha el proyecto, y reservarían más en botellas magnéticas. Después de construir el Mundo Anillo con los residuos sólidos, necesitarían combustible para los cohetes de fusión destinados a acelerarlo.

- Rectificar es de sabios - observó Chmeee mientras paseaba arriba y abajo por el corredor, erguido sobre las patas traseras como un hombre, pensativo -. Así que somos esclavos de un alienígena loco que busca una máquina prodigiosa que nunca existió. ¿Qué pasará durante ese año que nos queda?

Privado de corriente, le resultaba difícil mostrarse optimista.

- Exploraremos. Con transmutación o no, algo de valor ha de encontrarse en el Mundo Anillo, y puede que lo encontremos. O quizá haya llegado ya la expedición de las Naciones Unidas. A lo mejor nos tropezamos con una tripulación del Mundo Anillo con mil años de edad. Y, a lo mejor, el Inferior se aburre de estar solo en la cabina de navegación y nos invita a acompañarle.

El kzin paseaba, azotando el aire con la cola.

- ¿Puedo fiarme de ti? El Inferior es dueño de la corriente que suministra a tu cerebro.

- Voy a dejar el hábito.

El kzin resopló.

- ¡Por los huevos del discutidor! He vivido dos siglos y medio, Chmeee. He hecho de todo. Fui jefe de cocina; ayudé a construir y a poner en marcha una colonia satélite sobre Down; durante una temporada me establecí en la Tierra y viví como granjero. Aunque ahora soy cableta, no hay nada eterno. Durante doscientos años no se puede estar haciendo siempre lo mismo. Un matrimonio, una carrera, una afición... valen para veinte años, e incluso es posible que se haya de repetir. He trabajado algo en medicina experimental. Escribí buena parte de ese trabajo sobre la cultura Trinoc que ganó una...

- La adicción a la corriente afecta directamente al cerebro, Luis. Es otra cosa.

- Sí. Sí, ya sé que es diferente. - Luis notó que se le caía encima la depresión como un muro negro que le aplastaba -. O todo blanco o todo negro. O emite el hilo, o no emite. No hay variedad. Ya estoy harto.

Estaba harto antes de que el Inferior me cortase la corriente.

- Pero no abandonas el contactor.

- Dejo que el Inferior crea que no puedo.

- Quieres que yo crea que sí puedes.

- Sí.

- ¿Y qué me dices de ese Inferior? Nunca oí hablar de un titerote que se comportase de un modo tan extraño.

- Lo sé. Me pregunto si todos los exploradores chiflados serían del sexo de Nessus. Es decir, si..., llamémosles los machos portadores de semen... son la variante dominante.

- Brrrr.

- No necesariamente ha de ser así. La clase de locura que envía a un titerote a la Tierra porque no sabe tratar con otros titerotes no es la misma locura que hace a un José Stalin. ¿Qué quieres, Chmeee? Yo no sé cómo va a reaccionar. Si admitimos que tiene algo de seso, aplicará las técnicas comerciales de la General de Productos. Él no sabe otra manera de tratar con nosotros.

El aire de la nave dejaba un relente metálico y frío. Había demasiado metal en aquellos vehículos, pensó Luis. Parecía extraño que la raza de Halrloprillalar no emplease materiales más avanzados. Construir un propulsor Bussard no era trabajo para unos inexpertos.

El olor era cada vez más raro y los paneles luminosos empezaban a perder brillo. Sería mejor no tardar demasiado en volverse a poner los trajes presurizados.

Chmeee dijo:

- Tenemos el módulo, serviría como vehículo espacial.

- ¿A qué llamas tú un vehículo espacial? Se necesita un radio de acción interplanetario, puesto que se trata de recorrer el Mundo Anillo. Pero no creo que con él pudiéramos llegar a otra estrella.

- Yo pensaba en embestir contra la «Aguja». Si no hay otra escapatoria, al menos tomémonos nuestra propia venganza.

- Sería divertido verlo. Tú, embistiendo contra un casco de la General de Productos.

El kzin se acercó, amenazador.

- No seas tan chistoso, Luis. ¿Qué sería de mí en el Mundo Anillo sin compañera, sin tierra, sin apellido y con sólo un año de vida por delante?

- Es preciso ganar tiempo para buscar una escapatoria. Mientras tanto... - Luis se puso en pie -. Oficialmente seguimos buscando una máquina prodigiosa de transmutación. Al menos vamos a fingir que la buscamos.

7 - Instante decisivo

Luis despertó famélico. Tras componer en la botonera un soufflé de queso Cheddar, un café irlandés y unas naranjas sanguinas, lo devoró todo.

Chmeee dormía enroscado sobre sí mismo, como para protegerse. Había cambiado; parecía más... pulido, sí, porque la cicatriz estaba desapareciendo y le salía pelo nuevo.

Tenía una resistencia física impresionante. Habían registrado de arriba a abajo las cuatro naves de los anillícolas y luego habían visitado una construcción estrecha y larga, al borde mismo del infinito, que resultó ser el centro de control del sistema acelerador de vehículos espaciales. Al final, Luis se movía en una neblina de puro cansancio. Aunque se decía que hubiera valido más examinar los detalles de la construcción de la «Aguja», sus puntos débiles, los posibles accesos a la cabina de pilotaje, no podía dejar de observar a Chmeee, lleno de rabia. El kzin jamás hacía un alto para descansar.

El Inferior se materializó quién sabe de dónde, de detrás o desde dentro del sector reservado pintado de verde. Tenía la melena recién peinada, esponjosa, espolvoreada de cristales cuyo espectro cambiaba con sus movimientos. Aquello intrigó a Luis. Mientras pilotaba él solo la «Aguja», el titerote había descuidado su aspecto. ¿Se habría adornado ahora para impresionar con su elegancia a unos prisioneros que no eran de su raza?

- ¿Quieres tu contactor, Luis? - preguntó.

Sí, lo quería, pero prefirió decir:

- Por ahora no.

- Has dormido once horas.

- Será que me estoy acostumbrando al horario del Mundo Anillo. ¿Has adelantado algo?

- He tomado espectrogramas láser de los cascos de esas naves. Están hechos principalmente de aleaciones férricas. He tomado vistas con el radar de penetración, dos para cada una de las cuatro naves, y he cambiado la posición de la «Aguja» mientras dormíais. Hay otras dos zonas de espaciopuerto alrededor del Anillo, a ciento veinte grados de distancia entre sí. Por la composición de los cascos he localizado otras once naves, aunque a esa distancia no pude distinguir más detalles.

Chmeee despertó, estiró los miembros y fue a reunirse con Luis, junto al mamparo transparente.

- Nuestra exploración sólo nos ha traído más preguntas - dijo -. Una de las naves quedó intacta, las otras tres fueron desguazadas. ¿Por qué?

Halrloprillalar quizá hubiera podido decírnoslo - dijo el Inferior -. Ocupémonos de lo único que urge. ¿Dónde está el sistema de transmutación?

- Aquí no tenemos instrumental. Pásanos a la naveta, Inferior. Usaremos las pantallas de la cabina de vuelo.

En el semicírculo del panel de instrumentos del módulo de aterrizaje relucían ocho pantallas. Chmeee y Luis estudiaban las transparencias de las naves y de los propulsores Bussard calculadas por el ordenador a partir de los datos transmitidos por el radar.

- A mí me parece que fue un único grupo el que hizo todo el saqueo - comentó Luis -. Tenían tres naves a su disposición y se llevaron primero lo que más necesitaban. Y siguieron trabajando hasta que algo les impidió continuar; quizá se les acabó el aire, o algo así. No se ocuparon de la cuarta nave hasta después. ¡Hum! Pero..., ¿por qué no desguazó su propia nave la cuarta tripulación?

- Eso es trivial. Sólo buscamos el transmutador. ¿Dónde está?

Chmeee respondió:

- No hemos podido identificarlo.

Luis estudió los fantasmas de las cuatro naves.

- Seamos metódicos y empecemos por lo que no es un sistema de transmutación.

Valiéndose del lápiz óptico trazó líneas sobre la imagen de la nave intacta.

- Aquí ese par de bobinas que ciñen el fuselaje deben de ser las generadoras del campo de los propulsores. Aquí los depósitos de combustible. Tubos de acceso aquí, aquí y aquí...

A medida que los iba señalando, el Inferior le ayudaba suprimiendo de la pantalla los grupos designados.

- El motor de fusión, todo este lado. Los motores de las patas de aterrizaje; quita las patas, también. Los cohetes de posicionamiento, aquí y aquí, alimentados por estas tuberías que conducen el plasma desde este pequeño generador de fusión. La batería. Esta cosa morruda que destaca en medio del casco... ¿Cómo la llamaba Prill?

- Cziltang brone - bufó Chmeee -. Sirve para ablandar temporalmente el piso del Mundo Anillo y atravesarlo. Lo utilizaban como nosotros las esclusas.

- En efecto - asintió Luis, animado y secretamente divertido -. Aunque seguramente no tendrían el transmutador mágico cerca de las zonas de habitabilidad, pero... Lo de aquí son camarotes, aquí salas de control, y aquí y aquí la cantina...

- ¿No podría ser...?

- No, ya lo habíamos pensado. Sólo se trata de un laboratorio químico automático.

- Continúa - le dijo el Inferior.

- Zona de plantación aquí, en comunicación con el tratamiento de efluentes. Esclusas de aire...

Cuando Luis hubo terminado, la pantalla estaba en blanco. El Inferior restauró pacientemente la imagen de la nave.

- ¿Qué se nos ha olvidado? Aunque hubieran desmontado el transmutador, tendría que quedar el espacio donde estuviese alojado.

Aquello empezaba a ponerse divertido.

- ¡Eh! Si es cierto que guardaban el combustible por fuera en forma de planchas de plomo alrededor del casco, entonces esto no es un depósito interior de hidrógeno, ¿verdad? A lo mejor guardaban ahí el transmutador mágico. Necesitaría un blindaje fuerte, o un aislamiento grueso, o un circuito refrigerador de hidrógeno líquido.

Antes de que el Inferior pudiera replicar, lo hizo Chmeee:

- ¿Y cómo lo desmontaron?

- Tal vez valiéndose del cziltang brone de otra nave. ¿Estaban vacíos todos los depósitos de combustible? - Contempló las imágenes de las otras naves -. Sí. Bien, según eso encontraremos los transmutadores en el Mundo Anillo... y no funcionarán. La plaga los habrá atacado.

- La historia de Halrloprillalar sobre la bacteria que se come los superconductores figura en nuestros registros - confirmó el Inferior.

- En realidad, no pudo explicar gran cosa - dijo Luis -. Su nave salió para un largo viaje, y cuando volvieron la civilización del Mundo Anillo había dejado de existir. Todo lo que utilizase superconductores estaba estropeado.

No había dejado de preguntarse hasta qué punto debía dar crédito a la historia del Derrumbamiento de las Ciudades que le había contado Prill. Sin embargo, algo había destruido la civilización dominante de los anillícolas.

- Los superconductores son algo que resulta casi demasiado maravilloso. Uno acaba por aplicarlos a casi todo.

- Entonces, ¡podremos reparar los transmutadores! - dijo el Inferior.

- ¿Cómo?

- Encontraréis cable y fibra de superconductor a bordo de la naveta. No es del mismo que usaban los anillícolas, así que la bacteria no lo atacará. Pensé que íbamos a necesitar material para comerciar.

Aunque el Inferior acababa de hacer una afirmación muy sorprendente, Luis no mudó su gesto impasible. ¿Cómo era posible que los titerotes supieran tanto acerca de una plaga mutante que había destruido las máquinas del Mundo Anillo? A partir de entonces Luis no puso más en duda lo de la bacteria.

Chmeee no se daba cuenta.

- Necesitamos averiguar cómo hicieron el transporte los saqueadores. Si el sistema transportador del muro falló, es posible que nuestros transmutadores cayeran del otro lado y, si estaban estropeados, quedaran abandonados allí.

Luis asintió.

- En caso contrario, nos queda bastante territorio por explorar. Creo que deberíamos buscar un Centro de Reparación.

- ¿Un qué, Luis?

- En alguna parte debe de haber un centro de control y de mantenimiento. El Mundo Anillo no puede conservarse a sí mismo indefinidamente. Tiene que existir una defensa antimeteoritos, un servicio de reparación de impactos, unos propulsores de corrección de posición, de lo contrario la ecología podría desequilibrarse. Todo eso necesitaba vigilancia. Por supuesto, el Centro de Reparación podría estar en cualquier parte, pero pienso que sería algo bastante grande. No debe de resultar muy difícil de encontrar. Y probablemente lo hallaremos abandonado, ya que si existiese aún alguien a cargo del negocio no habría dejado que se descentrase el Mundo Anillo.

El Inferior dijo:

- Lo has estado pensando durante mucho tiempo.

- La primera vez que vinimos aquí no hicimos gran cosa. Íbamos a explorar, ¿recuerdas? Alguna especie de arma láser nos derribó y nos pasamos el resto del tiempo intentando salir con vida. Quizá recorrimos una quinta parte de la anchura, y prácticamente no averiguamos nada. Lo que debimos buscar era el Centro de Reparación; allí es donde se hacen los milagros.

- No esperaba encontrar tanta ambición en un adicto a la corriente.

- Empezaremos con precaución. - Con precaución a lo humano, se dijo Luis, no para titerotes -. Chmeee tiene razón, tal vez abandonaron las máquinas nada más pasar la pared, cuando las atacó la bacteria.

Chmeee dijo:

- Será mejor que no intentemos atravesar el muro con la naveta, no confío en una máquina de otra raza, y además, con un millar de años de antigüedad. Hay que pasar por encima.

- ¿Cómo evitarás la defensa contra asteroides?

- Procuraremos esquivarla. Tú, Luis, ¿todavía crees que lo que disparó contra nosotros fue sólo una defensa automática contra meteoritos?

- Lo pensé entonces. ¡Nej! ¡Ocurrió con tanta rapidez! Cayendo hacia el sol, todos un poco achispados, aturdidos por la realidad del Mundo Anillo. Todos menos Teela, naturalmente. Un resplandor momentáneo de luz violeta, y luego el «Embustero» se había visto envuelto en un gas tenue de resplandor violeta. Teela miró a través de la pared y dijo: «Hemos perdido el ala».

Librodot

- Cuando dispararon contra nosotros, nuestra trayectoria no tenía ningún punto de intersección con la superficie del Mundo Anillo. Debió de ser un dispositivo automático. Ya te he dicho por qué creo que no hay nadie en el Centro de Reparación.

- Nadie que deliberadamente disparase contra nosotros. Muy bien, Luis. Un sistema automático no estaría ajustado para disparar contra el dispositivo transportador de la pared, ¿no?

- No sabemos quién construyó ese dispositivo, Chmeee. Quizá no fueron los Ingenieros del Mundo Anillo; pudo ser añadido más tarde por la raza de Prill...

- Así fue - intervino el Inferior.

Sus acompañantes se volvieron hacia la imagen del titerote en la pantalla.

- ¿Os había dicho que he estado trabajando un poco con el telescopio? He visto que el sistema de transporte del margen sólo está terminado en parte. Cubre un cuarenta por ciento de este muro, que por cierto no incluye la zona en que estamos ahora. En el borde de estribor, el sistema no está completo más que en un quince por ciento. Los Ingenieros del Mundo Anillo no habrían dejado sin terminar un subsistema tan secundario, ¿no? En cuanto a su propio medio de transporte, pudo ser el mismo vehículo espacial que usaron para supervisar las obras.

- La raza de Prill apareció más tarde - dijo Luis -. Quizá mucho más tarde. A lo mejor les resultó demasiado costoso el mantenimiento del sistema de transporte de los márgenes. O tal vez, en realidad, no concluyeron nunca su conquista del Mundo Anillo... Aunque, en ese caso, ¿por qué construían naves estelares? ¡Ah, cuernos! Tal vez no lleguemos a saberlo nunca. ¿En qué situación quedamos con eso?

- En la de ver cómo burlamos la defensa contra asteroides - dijo Chmeee.

- Sí. Y tenías razón. Si la defensa disparase automáticamente contra todo cuanto se moviera cerca de los márgenes, nadie habría podido construir aquí.

Luis lo rumió todavía durante un rato. Habría lagunas en sus posiciones, pero la otra alternativa era la de pasar a través del muro con un cziltang brone antiguo y de fiabilidad desconocida.

- Muy bien, volaremos por encima del muro.

El titerote objetó:

- Lo que planteáis comporta un riesgo tremendo. Me preparé lo mejor que pude, pero tuve que recurrir a la técnica humana. ¿Y si falla el módulo de aterrizaje? No soy muy partidario de poner en juego todos mis recursos. Y vosotros estaríais perdidos, ya que el Mundo Anillo debe destruirse.

- No lo habíamos olvidado - dijo Luis.

- Antes hemos de inspeccionar los espaciopuertos de los márgenes. Hay once naves más en el de este lado, y no se sabe cuántas en el de estribor...

Pasarían algunas semanas antes de que el Inferior se convenciera de que aquellas naves no albergaban ningún sistema de transmutación. Pues bueno...

- Vamos ya - dijo Chmeee -. ¡El secreto quizá se encuentra a nuestro alcance!

- Tenemos combustible y provisiones. Podemos permitirnos esperar.

Chmeee alargó la mano y pulsó los mandos. Sin duda había estudiado la secuencia con todo detalle; se había aprendido de memoria la naveta mientras Luis yacía borracho de fatiga. El pequeño vehículo cónico se alzó medio metro del suelo, giró noventa grados y el chorro del motor de fusión llenó de incandescencia la cámara de lanzamiento.

- Os portáis como unos estúpidos - les reprochó la melosa voz de contralto del Inferior - Puedo desconectar vuestro propulsor cuando quiera.

El módulo salió de la cámara y se alzó con una brutal aceleración de 4 g. Para cuando terminó de hablar el Inferior, la caída ya habría sido suficiente para que se mataran. Luis se maldijo por no haber sido capaz de preverlo. Los ímpetus juveniles ponían la sangre de Chmeee en estado de ebullición. La mayoría de los kzinti no llegaban nunca a adultos, morían antes en combate.

Y Luis Wu, demasiado ocupado consigo mismo y con su síndrome de abstinencia, había dejado escapar sus oportunidades.

Preguntó fríamente:

- ¿Has decidido efectuar por tu cuenta la exploración, Inferior?

Las cabezas del titerote se balanceaban, indecisas, sobre el cuadro de mandos.

- ¿Verdad que no? Pues deja que la hagamos a nuestro modo, y muchas gracias.

Luis se volvió hacia Chmeee y le dijo:

- Intenta aterrizar sobre el muro.

Pero entonces observó la postura peculiarmente rígida del kzin, la mirada ausente, las garras agarrotadas. ¿Rabia? ¿Realmente se proponía embestir contra «La Aguja Candente de la Cuestión»?

El kzin lanzó un alarido en la Lengua del Héroe.

El titerote respondió en el mismo idioma que había utilizado el kzin, pero luego cambió de opinión y repitió en Intermundial:

- Dos propulsores de fusión, uno a popa y otro en medio. Sin cohetes de aceleración. No es necesario encender los motores de fusión en tierra, excepto para defensa; el despegue se hace con los repulsores, que rechazan el material del suelo del Anillo. Pueden pilotarse como generadores de gravedad negativa, sólo que los repulsores son de diseño más sencillo, más

fáciles de reparar y de mantener. No los utilicéis ahora; os repelería la pared del borde y saldríais empujados al espacio exterior.

Aquélla era la explicación del aparente pánico de Chmeee. No sabía pilotar el módulo, cosa que no resultaba excesivamente tranquilizadora. Pero la zona de los espaciopuertos quedaba ya muy abajo, y la alarmante vibración advertida durante el despegue acababa de desaparecer. Bajo sus pies notaba el empuje de los 4 g, que se cortó de súbito.

- ¡Ufff! - exclamó Luis mientras el módulo entraba en caída libre.

- No conviene que nos elevemos demasiado sobre el muro. Registra las taquillas, Luis. Haz un inventario de nuestra dotación.

- ¿Me avisarás antes de volver a hacer eso?

- Prometido.

Luis se desembarazó de la red paracaídas y salió flotando hacia la escalerilla.

Aquello era un camarote lleno de armarios y provisto de una compuerta de esclusa. Luis empezó a abrir puertas. La taquilla más espaciosa contenía como tres kilómetros cuadrados de una tela negra sedosa y muy fina, y cientos de kilómetros de hilo negro en bobinas de unos treinta mil metros. En otro armario había arneses de vuelo modificados, con repulsores en los correajes de los hombros y un pequeño cohete direccional. Dos pequeños y uno grande. Uno para Halrloprillalar, naturalmente. Luis halló linternas láser y pistolas sónicas, así como un mandoble desintegrador pesado. Encontró unas cajitas del tamaño de los puños de Chmeee, con micrófonos y auriculares (dos juegos pequeños y uno grande) en el mismo compartimiento. Serían traductoras automáticas, con un microordenador incorporado, ya que si hubieran funcionado a través del ordenador de a bordo habrían abultado mucho menos.

Había grandes placas repulsoras rectangulares... ¿Para remolcar cargas por el aire? Bobinas de cadenas moleculares Sinclair, parecidas a un sedal muy fino, pero extraordinariamente resistente. Pequeños lingotes de oro, ¿para comerciar? Visores binoculares con intensificador de luz. Armaduras de impacto.

- Ha pensado en todo - murmuró Luis.

- Gracias - habló el titerote desde una pantalla en la que no se había fijado Luis -. He tenido muchos años para prepararlo.

Luis empezaba a estar un poco harto de tropezarse con el Inferior por todas partes. Lo curioso era que se oía al mismo tiempo, procedente de la cabina de mando, un estrépito como de pelea de gatos. El Inferior sostenía dos diálogos simultáneamente, ya que estaba instruyendo a Chmeee en el manejo de los mandos de la naveta. Oyó la expresión que significaba «cohetes de corrección de posición».

La voz poderosa de Chmeee rugió, sin necesidad de ayudas microfónicas:

- ¡Vuelve a tu puesto, Luis!

El aludido se deslizó escalerilla arriba. Apenas se había acomodado en su puesto, cuando Chmeee puso en marcha los motores de fusión. El módulo descendió y se situó justo en la coronación del muro.

La anchura de éste daba espacio para un módulo de aterrizaje, pero no mucho más. ¿Cómo se tomaría todas aquellas maniobras la defensa antimeteoritos?

Estaban dentro del arco del Anillo, en caída hacia el aro interno de pantallas de sombra, cuando la luz violeta bañó la nave «Embustero». El casco quedó envuelto inmediatamente en una burbuja de no tiempo. Cuando el tiempo se reanudó, el casco y sus ocupantes no habían sufrido ningún daño. Pero el ala en delta del «Embustero», con sus cohetes, sus motores de fusión y montones de instrumentos detectores, quedaba convertida en vapor ionizado. Y el casco caía hacia el Mundo Anillo.

Luego supusieron que el láser violeta no había sido nada más que una defensa automática contra los asteroides, con base, al parecer, en las pantallas de sombra. Todo suposiciones. Nunca llegaron a saber nada concreto acerca de las armas del Mundo Anillo.

El sistema de transporte de los márgenes fue una adición posterior. Los Ingenieros del Mundo Anillo no lo habrían tenido en cuenta cuando programaron la defensa contra meteoritos. Pero Luis había visto antiguas grabaciones de la defensa en acción, en un edificio abandonado por la raza de Halrloprillalar. Y funcionaba correctamente, ya que no había disparado contra las bobinas de aceleración lineal ni contra las naves situadas en ese campo. Luis aferró con fuerza los brazos de su asiento, en espera de la llamarada violeta, mientras Chmeee descendía con el módulo sobre el muro.

Pero no ocurrió nada.

8 - Mundo Anillo

A unos mil seiscientos kilómetros de la Tierra - desde, por ejemplo, una estación espacial puesta en órbita de dos horas -, la Tierra es una gran bola. Allá abajo giran los reinos de este mundo. Tras la curva del horizonte unos detalles desaparecen mientras otros aparecen por el otro lado. De noche, el resplandor de las ciudades orla los continentes.

A mil seiscientos kilómetros del Mundo Anillo, en cambio, el mundo es plano y todos sus reinos se revelan al mismo tiempo.

La pared del margen era del mismo material que el subsuelo del Anillo. Luis lo había pisado en los lugares donde había sido puesto al descubierto por la erosión. Era grisáceo, translúcido y terriblemente resbaladizo. En aquel lugar se le había dado rugosidad a la superficie para facilitar la tracción. Pero con el traje presurizado y la mochila, Chmeee y Luis se mantenían en un precario equilibrio Sus. movimientos eran cautelosos. Aquel primer paso iba a ser estupendo.

Debajo de mil quinientos kilómetros de arrecife cristalino, se divisaban capas de nubes y lagos: embalsamientos de agua con una superficie de entre veinticinco mil y dos millones de kilómetros cuadrados, más o menos uniformemente esparcidos por el territorio, y enlazados

por redes fluviales. A medida que Luis iba alzando los ojos, los lagos se empequeñecían con la distancia y sus contornos se difuminaban un poco, hasta que resultaban demasiado pequeños para ser visibles. El agua y la tierra fértil, los desiertos y las nubes, se reunían en un filo azulado sobre el fondo negro del espacio.

A derecha e izquierda todo era lo mismo, hasta que la mirada sorprendía una cinta azul elevándose desde el infinito, más allá del horizonte. El Arco se elevaba, se estrechaba y se curvaba sobre y por encima de sí mismo. azul claro salpicado de azul nocturno, hasta donde la finísima cinta del Arco se ocultaba detrás de un sol disminuido.

Aquella parte del Mundo Anillo acababa de pasar por su máxima distancia con respecto al sol, pero aquel astro aún podía abrasarle a uno los ojos. Luis parpadeó y sacudió la cabeza, con los ojos y la mente nublados. Aquellas distancias se apoderaban de la mente de uno y le hipnotizaban, y uno se quedaba mirando al infinito durante horas o durante días enteros. Allí se podía perder el alma. ¡Qué era un hombre, comparado con un artefacto tan inmenso!

Él era Luis Wu, y no había otro igual en todo el Mundo Anillo. Se aferró a esa idea. Olvidar los infinitos, fijarse en el detalle.

Luego, treinta y cinco grados arriba, sobre el Arco, una mancha de un azul un poco más intenso.

Luis graduó los aumentos de sus binoculares. Aunque estaban fijos sobre el visor del casco, era preciso mantener bien quieta la cabeza. Aquella mancha era toda océano, una elipse que abarcaba casi toda la anchura del Mundo Anillo, tachonada de archipiélagos que apenas se entreveían bajo la capa de nubes.

El otro Gran Océano estaba en el lado opuesto al Arco y un poco más alto. Era como una estrella irregular de cuatro puntas, manchada también de islitas..., islitas a aquella distancia, naturalmente, desde la cual la Tierra apenas habría sido perceptible a simple vista.

El vértigo del infinito se apoderaba nuevamente de él. Haciendo un esfuerzo, bajó los ojos y se puso a estudiar los accidentes cercanos.

Casi debajo, a unos trescientos kilómetros mirando en el sentido de la rotación, una montaña semicónica se apoyaba contra el muro del margen, como un borracho en una pared. Estaba hecha de capas semicirculares: una cúspide pelada, color de barro; más abajo, una capa blanca, probablemente de nieve o hielo, y luego, hasta el pie, cubierta de verde que se prolongaba hacia unas estribaciones.

Era una prominencia bastante aislada. Hacia el sentido de la rotación la pared era un farallón liso y vertical hasta donde alcanzaban los binoculares..., o casi. Si aquel saliente que se advertía casi en el límite de la visibilidad era otra montaña similar, estaba a un buen trecho de distancia, donde casi se podía adivinar que el Anillo iniciaba la curva ascendente.

En la dirección contraria o antigiro había otra joroba parecida. Luis frunció el ceño. Archivar para investigación futura.

Muy lejos, a estribor (hacia delante) y un poco hacia el giro (a la derecha), se divisaba una región de un blanco deslumbrante, más brillante que la tierra y que el océano. El borde de una sombra azul oscuro se acercaba hacia ella. Sal, fue lo primero que pensó Luis. Era muy extensa; habrían cabido en ella un par de docenas de lagos del Mundo Anillo, y eso que

aquellos lagos podían ser como el Hurón o como el mar Mediterráneo. Unos puntos más brillantes iban y venían como la resaca sobre el oleaje.

- ¡Ah! Campos de girasoles.

Chmeee miró.

- Más grande era el otro, donde yo me quemé.

Los girasoles de los esclavistas eran más antiguos que el Imperio Esclavista, desaparecido hacía un millón de años. Por lo visto plantaban girasoles alrededor de sus posesiones como método de defensa. Uno aún podía tropezarse con aquellas plantas en algunos mundos del espacio conocido. Erradicarlas era una difícil empresa. Uno no podía limitarse a abrasarlas con el cañón láser, porque aquellas corolas plateadas devolvían el rayo.

La existencia de los girasoles en el Mundo Anillo era un misterio.

Mientras Interlocutor volaba con su aerocicleta sobre un paisaje del Mundo Anillo, un claro entre nubes le expuso, de improviso, a las plantas de abajo. Cicatrices que justamente estaban desapareciendo...

Luis intensificó el aumento de sus binoculares. Una divisoria en arco marcaba la separación entre el color azul-pardo-verdoso de un territorio similar al terrestre y el plateado del campo de girasoles; la frontera se volvía hacia el interior y ceñía a medias uno de los lagos más grandes.

- ¿Luis? Busca una línea más oscura y corta, justo más allá de los girasoles y un poco hacia el antigiro.

- La veo.

Un trazo negro sobre el panorama infinito de mediodía, como a unos ciento sesenta mil kilómetros de donde ellos estaban. ¿Qué podía ser? ¿Un inmenso yacimiento de alquitrán? No, en el Mundo Anillo no pudieron formarse hidrocarburos fósiles. ¿Una sombra? ¿Y qué hubiera proyectado una sombra en el mediodía eterno del Mundo Anillo?

- Creo que es una ciudad flotante, Chmeee.

- Sí... En el peor de los casos, será un centro de civilización. Tendríamos que consultarles.

En algunas de las antiguas ciudades habían hallado edificios flotantes. ¿Por qué no iba a existir una ciudad flotante? Naturalmente, estarían viéndola de refilón.

- Tendríamos que aterrizar un poco lejos - dijo Luis -, y luego acercarnos a preguntar. No me hace ninguna gracia caer de repente sobre los nativos. Si saben lo suficiente como para mantener en funcionamiento su ciudad, podrían resultar peligrosos. Supón que aterrizásemos cerca del campo de girasoles...

- ¿Por qué allí?

- Los girasoles habrán perjudicado la ecología y quizá los lugareños agradezcan algo de ayuda. Así estaremos más seguros de ser bien recibidos. ¿Qué opinas tú, Inferior?

No hubo respuesta.

- ¿Inferior? Hola... Llamando al Ser Ultimo... Creo que no puede oírnos, Chmeee. El muro debe de bloquear sus señales.

Chmeee replicó:

- No permaneceremos mucho tiempo libres. Vi que tenía un par de sondas espaciales en la bodega de carga, detrás del módulo de aterrizaje. El titerote las utilizará como repetidores. ¿Hay algo que quieras decirme mientras dura esta libertad provisional?

- Creo que todo quedó dicho la pasada noche

- No todo. Nuestros motivos no son exactamente los mismos, Luis. Admito que te interesa salvar tu vida. Por otra parte, desearás tener acceso a la corriente. En cuanto a mí, deseo vivir y ser libre, pero necesito también una satisfacción. El Inferior ha secuestrado a un kzin. He de conseguir que lo lamente.

- Yo también estoy de acuerdo en eso, puesto que también he sido secuestrado.

- ¡Qué sabe un cableta de ofensas al honor! Ni se te ocurra interponerte en mi camino, Luis.

- Me disponía a recordarte humildemente que fui yo quien te sacó del Mundo Anillo. Sin mí jamás habrías logrado llevarte a casa la «Tiro Largo» y ganarte un apellido.

- Entonces no eras un adicto al cable.

- Ahora tampoco lo soy. Y no me llames embustero.

- No he dicho que...

- ¡Calla! - dijo Luis y señaló algo con el dedo.

Por el rabillo del ojo acababa de divisar un objeto oscuro que se movía entre las estrellas. Un segundo después resonó en sus oídos la voz del Inferior.

- Perdonad el lapsus. ¿Qué habéis decidido hacer?

- Explorar - replicó secamente Chmeee, mientras se disponía a regresar hacia la naveta.

- Dadme más detalles, no me gusta arriesgar una de mis sondas sólo para mantener la comunicación. Estas sondas debían servir sobre todo para repostar la «Aguja».

- Ponla en un lugar seguro - le contestó Chmeee al titerote -. Recibirás un amplio informe a nuestro regreso.

Gracias a la acción de varios pequeños cohetes, la sonda se posó en la coronación del muro. Era un grueso cilindro de unos seis metros de longitud. El Inferior se lamentó:

- Hablas de un modo inconsciente. Es mi vehículo de aterrizaje lo que estáis arriesgando. ¿Tenéis previsto explorar la base de la pared?

Aquel contralto vibrante, aquella seductora voz de mujer era la misma que todos los comerciantes titerotes aprendían de sus predecesores. Quizá estudiaban otra distinta para influir sobre las mujeres. Para los hombres era una voz que pulsaba muchas cuerdas ocultas, y esto tenía la virtud de fastidiar a Luis, quien dijo:

- Hay cámaras a bordo de la naveta, ¿no? Pues limítate a mirar.

- Y además tengo tu contactor. ¡Habla!

Ni Luis ni Chmeee se molestaron en responder.

- Muy bien. Dejo abierto el enlace teleportador entre el módulo y la «Aguja», la sonda también funcionará como enlace para eso. En cuanto a tu contactor, Luis, te lo devolveré tan pronto como hayas aprendido a obedecer.

Lo cual resumía el problema de la manera más elegante, pensó Luis.

Chmeee comentó:

- Es un alivio saber que podemos huir de nuestros propios errores. ¿Es que hay límite de alcance para los discos teleportadores?

- Son límites de energía. El sistema del disco sólo puede absorber una cantidad limitada de diferencial energético. En el instante en que paséis no debe haber velocidad relativa entre la «Aguja» y el módulo. Os aconsejo que permanezcáis en la enfilada, a babor de la «Aguja».

- Eso ya entraba dentro de nuestros planes.

- Pero, aunque abandonéis la naveta, sigo siendo el dueño de vuestro único medio para salir del Mundo Anillo. ¿Lo habéis oído, Chmeee, Luis? El Anillo chocará con las pantallas de sombra dentro de poco más de un año terrestre.

Chmeee despegó con los repulsores diseñados por los titerotes. Un breve chorro del motor de fusión de popa del módulo hizo que éste avanzara alejándose del borde.

No era lo mismo volar utilizando la repulsión del material del Anillo que usar la antigravedad, pensó Luis. Repelido al mismo tiempo por la pared del borde y por el suelo, el módulo describía una curva descendente. Chmeee logró frenarla cuando se hallaban a sesenta y cinco kilómetros.

Luis pasó una imagen telescópica a una de las pantallas. Cuando flotaba con sólo la acción de los repulsores, y fuera del límite de la atmósfera, la naveta se comportaba con tanta estabilidad que parecía inmóvil: buena base para un telescopio.

Un suelo rocoso se alzaba en repecho hacia la base del muro. Despacio, por la línea de unión, Luis paseó el telescopio utilizando el máximo aumento. Suelo pardo y estéril contra el gris vidrioso. Cualquier anomalía hubiera sido detectada fácilmente.

- ¿Qué buscas? - preguntó Chmeee.

Luis no aludió al titerote que les espiaba y que les creía en busca de un aparato transmutador abandonado.

- Una tripulación espacial procedente de la zona del espaciopuerto habría pasado más o menos por aquí, pero no veo nada verdaderamente grande que pudiera pasar por una maquinaria abandonada. Porque en realidad no buscamos una cosa pequeña, ¿verdad? No habrían dejado nada valioso aquí, a menos que fuese demasiado grande para transportarlo, ¡nej!, en cuyo caso habrían dejado casi todo cuanto tenían.

Detuvo el movimiento explorador del telescopio.

- ¿Qué opinas de eso?

Medio cono de aspecto desvencijado, como si lo hubiera pulido el viento durante cien millones de años, se elevaba unos cincuenta kilómetros, apoyado en la base del muro. En la parte inferior de la falda lucía un cinturón de hielo; la capa blanca era gruesa y mostraba las líneas de fluencia típicas de los glaciares.

- El Mundo Anillo imita la topografía de los mundos terraformes - dijo Chmeee -. Por lo que sé de éstos, esa montaña no se ajusta al modelo.

- En efecto, es poco artística. Las montañas se agrupan en cordilleras y además no tienen formas tan regulares. Pero, ¿sabes?, es peor que eso. En el Mundo Anillo todo está esculpido en hueco. ¿Recuerdas cuando bajamos con el «Embustero»? Fondos marinos en saliente, montañas con abolladuras y barrancos como cordilleras, lechos de ríos como las venas en el bíceps de un levantador de pesas. Incluso los deltas de los ríos están esculpidos. El Mundo Anillo no tiene espesor suficiente como para que el paisaje pudiera esculpiese por sí mismo.

- Tampoco existen procesos tectónicos que lo hagan, si es a eso a lo que quieres referirte.

- Así pues, deberíamos haber visto esa montaña desde atrás, desde el espaciopuerto. Y no fue así. ¿Tú viste algo?

- Voy a acercar el módulo.

Resultó bastante difícil. Cuanto más se acercaba la naveta al muro, más empuje de los motores de fusión necesitaba para mantener el rumbo o para dar sustentación al vehículo si se desconectaban los repulsores.

Lograron acercarse a unos ochenta kilómetros, y fue suficiente para descubrir el poblado. Grandes rocas grises sobresalían por entre los témpanos de hielo, y algunas de aquéllas estaban perforadas por miles de puertas y ventanas sombreadas de oscuro. Dieron más aumentos, y las puertas se revelaron ceñidas de galerías y marquesinas; cientos de puentes colgantes subían, bajaban y comunicaban unos lados con otros. En la roca habían tallado escaleras que trazaban extrañas curvas; algunas medirían medio kilómetro o más. Otras, descendían hasta el pie de la montaña y se adentraban en el arbolado.

Una meseta casualmente situada en el centro de la aldea, mitad de roca y mitad de hielos eternos, servía de plaza pública; la horda que se agolpaba allí, dada la distancia, aparecía como unas motitas color oro pálido apenas visibles. ¿Ropas doradas o pelaje dorado?, se

preguntó Luis. Al fondo de la plaza, había un gran peñasco tallado en forma de una cara de mandril, peluda, mofletuda y jovial.

Luis dijo:

- No te acerques más. Los asustaremos si intentamos aterrizar con los motores de fusión, y no hay otra posibilidad.

Un pueblo vertical de unos diez mil habitantes, a ojo de buen cubero. El radar de penetración nos indicó que no habían cavado muy hondo. Mejor dicho, las habitaciones troglodítas parecían talladas más bien en el hielo.

- ¿A que te mueres de ganas por interrogarles acerca de su peculiar montaña?

- Ya lo creo que me gustaría hablar con ellos - respondió Luis, y lo decía en serio -. Pero fíjate en el espectrógrafo y en el radar. No utilizan metales, ni plásticos, ni mucho menos monocristales. No quiero ni pensar en el material de que estarán hechos esos puentes. Son primitivos, estarán convencidos de que viven en una montaña.

- De acuerdo, y sería demasiado difícil llegar hasta ellos. ¿Adónde vamos ahora? ¿A la ciudad flotante?

- Sí, pasaremos por encima de los girasoles.

Una de las pantallas de sombra empezaba a ocultar el disco del sol.

De nuevo, Chmeee puso en marcha el motor de popa y lo aceleró hasta la velocidad de crucero de quince mil kilómetros por hora. No era una velocidad excesiva que les hiciera perderse los detalles, pero sí resultaba la suficiente para llegar en cuestión de diez horas adonde pretendían ir. Luis estudió el paisaje que velozmente desfilaba ante ellos.

En principio, el Mundo Anillo debió de ser un vergel sin fin. Al fin y al cabo, no era un mundo que hubiese evolucionado al azar, sino un objeto construido.

Lo que habían visto durante su primera visita no podía considerarse típico. Pasaron la mayor parte del tiempo entre dos grandes perforaciones causadas por asteroides: la del Ojo de la Tormenta que escupía aire a través de un agujero en el suelo del Anillo, y el terreno deformado y sobreelevado alrededor de la montaña Puño-de-Dios. Por supuesto, la ecología estaba dañada; la circulación de los vientos, cuidadosamente planeada por los Ingenieros, debió de quedar estropeada sin remedio.

Pero ¿allí? Luis buscó en vano los rastros de un ciclón, síntomas de actividad o perforaciones debidas a meteoritos. Y, sin embargo, advertía zonas desérticas tan grandes como el Sahara o más. En las laderas de las cadenas montañosas asomaba el gris perla de los fundamentos del Anillo. Los vientos se habían llevado el manto de piedra.

¿Era posible que el clima hubiese empeorado tanto y tan rápidamente? ¿O acaso a los Ingenieros del Mundo Anillo les gustaban los desiertos? Luis recordó que el Centro de Reparación debía de estar abandonado desde hacía mucho tiempo. Es posible que el pueblo de Halrloprillalar no llegase a encontrarlo después de la desaparición de los Ingenieros. Si las suposiciones de Luis eran correctas, no cabía ninguna duda de que habían desaparecido.

- Necesito tres horas de sueño - dijo Chmeee -. ¿Sabrías pilotar el módulo si ocurre algo?

Luis se encogió de hombros.

- Claro, pero ¿qué va a ocurrir? Volamos demasiado bajo para la defensa antimeteoritos. Aunque estuviese instalada sobre el muro exterior, tendría que tirar sobre zonas habitadas. Seguimos con el piloto automático.

- Sí. Despiértame dentro de tres horas.

Chmeee abatió el respaldo y se echó a dormir.

Luis volvió a los telescopios de proa y de popa para su propia instrucción y entretenimiento. La noche cubría la región de los girasoles. Apuntó por el Arco arriba, hacia el más próximo de los Grandes Océanos.

Allí, más allá del océano en el sentido del giro y casi sobre la línea media del Anillo, estaba aquel falso volcán, el cono inclinado llamado Puño-de-Dios, dentro de una mancha de desierto rojo a imitación de Marte, pero mucho más grande que éste. Más a babor, un brazo destacado del Gran Océano, a su vez bastante más grande que muchos mundos.

Las islas se agrupaban en archipiélagos dispersos sobre la elipse azul.

Había una aislada, circular y de color desértico, y otra en forma de disco atravesado por un canal. Extraño. Pero las demás eran islas en un mar vastísimo... Allí había encontrado el mapa de la Tierra: América, Groenlandia, Eurasiáfrica, Australia, Antártida, vistas en proyección desde el blanco Polo norte, tal como aparecieran antaño en el castillo flotante.

¿Serían todas como mapas de mundos verdaderos? Prill no debió de saberlo, puesto que aquellos mapas se habrían creado mucho antes de que apareciese en escena su raza.

Habían dejado a Teela y al Caminante en algún lugar de por allí. No andarían muy lejos. Dadas las distancias existentes en el Mundo Anillo y el nivel técnico de los nativos, veintitrés años no daban para ir muy lejos. Estaban treinta y cinco grados más arriba en la curva del Arco: a noventa y tres millones de kilómetros de distancia.

En realidad, Luis no tenía ganas de volver a ver a Teela.

Cuando hubieron transcurrido las tres horas, Luis alargó la mano y sacudió el hombro de Chmeee.

Un brazo gigantesco lanzó un zarpazo y Luis se echó atrás para esquivarlo, aunque no anduvo lo bastante listo.

Chmeee parpadeó.

- ¿Cómo se te ocurre despertarme de esa manera? ¿Quieres el quirófano automático?

Luis tenía dos arañazos profundos en la espalda, junto al hombro, y notó la camisa empapada de sangre.

- Dentro de un minuto. Ahora mira esto.

Le indicó el mapa de la Tierra, hecho de pequeñas islas bien separadas de los demás archipiélagos.

Chmeee miró

- Kzin.

- ¿Cómo?

- Un mapa de Kzin. Allí, Luis. Supongo que nos equivocábamos cuando creímos que éstos eran mapas a escala. Son a tamaño real, escala uno a uno.

A un millón de kilómetros del mapa de la Tierra se veía otra aglomeración. Lo mismo que ocurría con el mapa de la Tierra, el tamaño de los océanos resultaba alterado por la proyección polar; en cambio, los continentes resultaban perfectamente reconocibles.

- Es Kzin - admitió Luis -. ¿Cómo no me había dado cuenta? Y ese disco dividido por un canal es Jinx. Y la mancha anaranjadorrojiza más pequeña debe de ser Marte.

Luis parpadeó, algo mareado. Toda la camisa estaba empapada desangre.

- Volveremos sobre esto más tarde. Ayúdame a bajar hasta el auto-doc.

9 - Los pastores

Durmió en el autoquirófano.

Cuatro horas más tarde, y sin más huellas que una ligera rigidez detrás y debajo del hombro (para recordarle que no se toca a un kzin dormido), Luis regresó a su puesto.

Fuera todavía era de noche. Chmeee tenía en su pantalla el Gran Océano.

- ¿Cómo estás?

- Restaurado y sano, gracias a la medicina moderna.

- No hiciste ningún caso de tus heridas. Sin embargo, debí de hacerte daño y sobresaltarte.

- ¡Ah! Supongo que un Luis Wu de cincuenta años se habría puesto histérico. Pero yo sabía que estaba aquí el quirófano automático. ¿Por qué lo dices?

- Al principio pensé que tu valor era como el de un kzin. Luego me pregunté si la adicción a la corriente no te habría dejado incapacitado para reaccionar frente a cualquier otro estímulo menos intenso.

- Dejémoslo en que soy un valiente, ¿no? ¿Qué has descubierto?

- Bastantes cosas - dijo el kzin al tiempo que las señalaba -. La Tierra. Kzin. Jinx; los dos picos se salen de la atmósfera lo mismo que los polos oriental y occidental de Jinx. Y aquí el mapa de Marte. Y ése es Kdat, el planeta esclavo...

Librodot

- Ya no lo es.

- Los kdatlyno fueron esclavos nuestros, y también los pierin, cuyo mundo me parece ver aquí. A ver si puedes decirme si es ése el mundo natal de los trinocs.

- Sí, y creo que también habían colonizado ese de al lado. Si tiene mapas, podemos preguntárselo al Inferior.

- Seguro que sí.

- Seguro. Pero oye, ¿qué es esto? No es una exposición de mundos terraformes, y además aquí hay como una docena que no conozco.

Chmeee resopló, despectivo.

- Es obvio hasta para la inteligencia más mediocre, Luis. Es una exposición de posibles enemigos, de seres inteligentes o cuasi inteligentes, que algún día pudieran significar un peligro para el Mundo Anillo: pierin, kzinti, marcianos, humanos, trinoc.

- ¿Y qué pinta entonces Jinx? ¡Bah, Chmeee! ¡No pensarían que los bandersnatchi iban a venir aquí con sus naves de guerra! Son grandes como dinosaurios y no tienen manos. Y también Down tiene nativos inteligentes y ¿dónde está?

- Aquí.

- Sí. Es bastante impresionante. Los grogs no son un peligro tan obvio; se pasan toda la vida sentados en una piedra.

- Los Ingenieros del Mundo Anillo conocieron todas esas especies y dejaron los mapas como un mensaje para sus descendientes, ¿no crees? Pero no descubrieron el mundo de los titerotes.

- ¿No?

- Y sabemos que llegaron a aterrizar en Jinx. Durante nuestra primera expedición vimos el esqueleto de un bandersnatch.

- Así es. Puede que hayan visitado todos esos mundos.

La luz ambiente cambió y Luis vio que la pantalla de sombra retrocedía hacia el antigiro.

- Va siendo hora de aterrizar - dijo. - Tú dirás dónde.

Sobrevolaban el campo de girasoles, que empezaba a encenderse con la luz solar.

- Tuerce a la derecha. Sigue la divisoria, y no pares hasta que veas tierra de verdad. Hay que aterrizar antes del amanecer.

Chmeee trazó el recorrido en una gran curva. Luis señaló:

- Allí, ¿ves?, donde la orilla se acerca hacia nosotros y los girasoles se extienden hacia ambos lados. Supongo que esas plantas no podrán cruzar las aguas. Aterrizaremos en la otra orilla.

El módulo entró en la atmósfera. Delante y alrededor del vehículo se alzaron llamas, cubriéndolo todo con un resplandor blanquecino. Chmeee mantenía el módulo con la proa levantada, reduciendo la velocidad poco a poco, para bajar progresivamente. El mar desfiló debajo de ellos; como todos los mares del Mundo Anillo había sido construido en plan de recreo, con una línea costera muy complicada llena de calas y playas de muy poca pendiente, hasta llegar a una profundidad uniforme y no excesiva. Había bosques de sargazos y numerosas islas con playas de blanca y limpísima arena. A contragiro se abría una vasta pradera.

La plaga de girasoles había lanzado sus brazos en dos direcciones para rodear el mar. Entre ellos brillaban los meandros de un río que desembocaba formando un delta. Hacia babor, los girasoles encontraban una zona pantanoso con otro río que desaguaba. A Luis le pareció ver el avance silencioso de la plaga, lento como el fluir de los glaciares.

Los girasoles habían advertido la presencia de la nave.

Una explosión de luz debajo de ellos hizo que los cristales de la nave se oscurecieran al instante. Luis y Chmeee quedaron a ciegas.

- No temas, a esta altura no podemos chocar con nada - dijo Chmeee.

- Estas estúpidas plantas nos habrán confundido con algún pájaro. ¿Ves algo?

- Veo los instrumentos.

- Bajemos ocho kilómetros y dejémoslas atrás.

Al cabo de unos minutos, los cristales recuperaron su transparencia. A sus espaldas, el horizonte se llenaba de destellos: eran los girasoles que todavía intentaban atraparles. Por delante...

- Una población.

Chmeee se acercó más. Era un doble anillo de chozas.

- ¿Aterrizamos en medio?

- Yo no lo aconsejaría. Aterricemos cerca, pero no en medio, me gustaría saber qué son sembrados para esa gente.

- Procuraré no quemar nada.

A un kilómetro y medio de la aldea, Chmeee frenó el módulo con el motor de fusión y se posó en la sabana. En el último instante, Luis observó unos remolinos en la hierba y que tres seres parecidos a unos elefantes enanos, pero de color verde, alzaban sus trompas cortas y chatas para lanzar unos barritos de advertencia y echaban a correr.

- Los nativos deben de ser ganaderos - dijo Luis -. Hemos iniciado una estampida.

Un número considerable de aquellos animales verdes estaba emprendiendo el éxodo.

Librodot

- Feliz vuelo, capitán.

Los instrumentos mostraban que la atmósfera era similar a la terrestre, cosa, por otra parte, nada sorprendente. Luis y Chmeee se endosaron corazas de impacto: el material, de aspecto semejante al cuero y no demasiado rígido, se endurecería como el acero al menor contacto de una lanza, una flecha o una bala. Llevaron paralizadoras sónicas, máquinas traductoras y binoculares, y bajaron por la rampa hasta pisar la hierba que les llegaba a la cintura.

Las chozas se alzaban muy juntas y unidas por un vallado. El sol se hallaba en el cenit, naturalmente. Amanecía y era posible que los nativos aún no hubieran despabilado. Las chozas no tenían ninguna ventana, excepto una cuyo tamaño era el doble de las demás, y que ostentaba una especie de balcón. Quizá les habían visto ya.

Los nativos dieron muestras de su presencia al acercarse Luis y Chmeee.

Una multitud saltó la cerca lanzando chillidos en falsete. Eran bajitos, rojos y de figura humana, y corrían como demonios. Llevaban redes y azagayas. Luis vio que Chmeee sacaba la pistola paralizadora, e hizo lo propio. Los humanoides rojos pasaron de largo y siguieron corriendo. Luis y Chmeee se quedaron solos.

- ¿Hemos sido ofendidos? - preguntó Chmeee.

- No. Como es natural, han salido a detener la estampida. No se les puede criticar por su buen sentido. Entremos. Tal vez haya quedado alguien en casa.

Así fue.

Unas docenas de chiquillos pieles rojas les contemplaban desde detrás de la cerca. Eran delgados; incluso los bebés parecían tan flacos como cachorros de galgo. Luis se detuvo delante de la valla y les sonrió. No le hicieron mucho caso, casi todos se habían agrupado alrededor de Chmeee.

El suelo del círculo interior que había entre las chozas era de tierra. Dentro de un ruedo de piedras se veían los restos de una hoguera. Un cojo con muletas salió de una de las cabañas y se acercó con una celeridad más bien propia de un paso gimnástico, según Luis. Llevaba un faldón de cuero provisto de dibujos decorativos. Tenía las orejas largas y salientes, con la marca de una antigua herida en una de ellas. Tenía los dientes limados, al menos en apariencia, ya que los críos sonreían y reían, y también ellos, incluso los muy pequeños, mostraban los dientes limados. A lo mejor era que les crecían así.

El viejo se detuvo junto a la cerca. Sonrió y les hizo una pregunta.

- Todavía no hablo tu idioma - dijo Luis.

El viejo asintió e hizo un gesto con el brazo hacia arriba. ¿Una invitación?

De entre los críos más mayores uno, o mejor dicho una, ya que iban desnudos, se atrevió a saltar sobre el hombro de Chmeee, se acomodó en la pelambrera y empezó a registrarle. Chmeee se quedó muy quieto y preguntó:

- ¿Qué hago ahora?

- No lleva ningún arma. Que no se dé cuenta de lo peligroso que eres.

Luis saltó la valla. El viejo se hizo atrás, como consintiéndolo. Chmeee le siguió con precaución, sin dejar de llevar la niña a cuestas, agarrada a su espesa melena.

Luis, Chmeee y el cojo se sentaron junto a la hoguera, rodeados de niños, y se pusieron a enseñar el idioma nativo a las traductoras miniatura. Para Luis era una tarea rutinaria, pero lo más sorprendente fue que también pareciese que era rutinaria para el viejo; ni siquiera se sobresaltó al oír las voces de las máquinas.

Se llamaba Shivith hooki-Furlaree y toda una letanía más. Tenía una voz aguda y cantarina. Su primera pregunta inteligible fue:

- ¿Qué coméis vosotros? No lo digáis si no os place.

- Yo como plantas, animales marinos y carne, todo pasado por el fuego. Chmeee come carne sin pasar por el fuego - dijo Luis, y por lo visto fue suficiente.

- Nosotros también comemos carne sin pasar por el fuego. Chmeee es un visitante raro - titubeó Shivith -. He de deciros una cosa, nosotros no hacemos rishathra. No os consideréis ofendidos por eso.

Ante la palabra rishathra la máquina traductora se limitó a emitir un zumbido.

- ¿Qué es rishathra? - preguntó Chmeee.

El viejo se mostró sorprendido.

- Creí que se llamaba igual en todas partes.

Inició la explicación. Chmeee guardó un extraño silencio mientras el viejo desarrollaba el tema, procurando evitar las palabras desconocidas.

Rishathra eran relaciones sexuales entre individuos de distintas especies.

Todo el mundo conocía la palabra. Muchas especies la practicaban. Para unos, podía ser un sistema mutuo de control de la natalidad; para otros, la ceremonia inicial de una operación de comercio. Para algunos era tabú. Aquel Pueblo no necesitaba decretar el tabú. Simplemente era que no podían; les fallaban los estímulos sexuales. Quizá fuese cuestión de feromonas distintas.

- Si ignorabais eso, es que venís de muy lejos - dijo el viejo.

Luis habló de sí mismo, de cómo venía de las estrellas, de más allá del Arco. No, ni él ni Chmeee habían practicado nunca rishathra, aunque había mucha variedad dentro de su propia especie. (Se acordó de una muchacha wunderlandesa treinta centímetros más alta que él y seis kilos más ligera, una pluma entre sus brazos.) Habló de la diversidad de los mundos y de la vida inteligente, pero omitiendo toda alusión a las guerras y a las armas.

Las tribus del Pueblo criaban muchas especies de animales. Les gustaba la variedad, pero no les gustaba pasar hambre y, por lo general, no era posible tener juntos los rebaños de distintas especies. Por eso las tribus se mantenían en contacto, para celebrar intercambios durante sus

fiestas. A veces, hacían permuta de rebaños, lo cual era como mudar de estilo de vida: uno podía pasarse medio falan aprendiendo e instruyendo al vecino antes de despedirse de él. (Unfalan eran diez vueltas, diez rotaciones del Mundo Anillo, a razón de setenta y cinco días de treinta horas cada uno.)

¿Se inquietarían los pastores por la presencia de forasteros en su aldea? Shivith dijo que no les importaba, que dos forasteros solos no eran peligrosos.

¿Cuándo regresarían? A mediodía, explicó Shivith.

Llevaban prisa por lo de la estampida, de lo contrario se habrían detenido a parlamentar.

Luis preguntó:

- ¿Os coméis la carne nada más haber sacrificado al animal?

Shivith sonrió y dijo:

- No. Mejor al cabo de medio día, porque un día y una noche sería esperar demasiado.

- ¿Nunca habéis...?

Chmeee se puso en pie de pronto, depositó con suavidad a la niña en el suelo y desconectó su traductora.

- Necesito ejercicio y soledad, Luis. ¡Tanto tiempo de encierro ha sido perjudicial para mis nervios! ¿Me necesitas para algo?

- No. ¡Eh!

Chmeee ya había saltado la valla, y se volvió. Luis le advirtió:

- No te quites el equipo. De lejos no se adivina que seas inteligente. Y no caces ninguno de los elefantes verdes.

Chmeee hizo un saludo y desapareció por entre la hierba.

- Tu amigo es rápido - dijo Shivith.

- Yo también tengo que irme. Hay algunas cosas que debo solucionar.

Durante la primera visita al Mundo Anillo, sobrevivir y salir de allí habían sido sus únicas preocupaciones. Sólo después, en medio de la seguridad y del ambiente familiar de Resht, en la Tierra, empezó a trabajar la mente de Luis. Recordó que había destruido una ciudad.

Las pantallas de sombra se disponían en un anillo concéntrico con el del Mundo, en número de veinte, mantenidas entre el sol y el suelo por medio de un hilo delgado invisible. El sistema quedaba en tensión porque giraba a más velocidad que el Anillo sobre sí mismo.

El «Embustero», al caer libremente debido a la pérdida de sus propulsores, había chocado con los hilos de una de las pantallas y éste se había desprendido. El hilo, un sedal único de muchos miles de kilómetros de longitud, cayó como una nube de humo sobre una ciudad habitada.

Luis lo había utilizado para remolcar el «Embustero».

Lograron localizar uno de los extremos y amarrarlo a un vehículo de emergencia (la cárcel flotante de Halrloprillalar). Luis no supo exactamente lo que ocurrió con la ciudad, pero era fácil adivinarlo. Aquel material era tan fino como la seda y tan resistente que cortaba el metal de los fuselajes. Cuando sus espiras se contrajeron, debió de hacer añicos las edificaciones.

Aquella vez, los nativos no tendrían que sufrir por la llegada de Luis Wu. Si era malo padecer el síndrome de abstinencia, peor sería añadirle a eso una sensación de culpabilidad. La primera consecuencia de su llegada había sido la estampida del ganado, y Luis se propuso remediar eso.

Fue un trabajo difícil.

En un momento dado decidió tomarse un descanso y se asomó a la cabina de mandos. Le preocupaba el kzin. Incluso un ser humano (un terrícola de hace quinientos años, digamos, llegado a una próspera madurez) quedaría desconcertado si se sintiera de pronto como un adolescente, interrumpida la progresión gradual hacia la muerte, la sangre hirviendo de humores poderosos y desacostumbrados, y cuestionada incluso la propia identidad. El pelo que vuelve a espesarse y cambia de color, las cicatrices que desaparecen...

¿Por dónde andaría Chmeee?

Aquella hierba era extraña, en las proximidades del campamento llegaba hasta la cintura; hacia el sentido del giro había una gran extensión segada casi a ras de tierra. Luis alcanzó a ver la manada que se desplazaba siguiendo la divisoria, conducida por los humanoides pieles rojas, y que dejaba tras de sí un rastro casi de color tierra.

Desde luego, aquellos elefantitos verdes, eran eficientes. Sin duda, los pieles rojas se verían obligados a cambiar con frecuencia el lugar de acampada.

Luego, Luis vio una agitación en las hierbas cercanas. Aguardó con paciencia a verla otra vez y, de pronto, divisó un relámpago anaranjado. En cuanto a la presa de Chmeee, Luis nunca llegó a verla. Menos mal que no andaban los humanoides por allí. Volvió a su trabajo.

Cuando regresaron los pastores encontraron el banquete ya preparado.

Venían en grupo, charlando animadamente. Se detuvieron a examinar el módulo de aterrizaje, pero sin aproximarse demasiado. Algunos de ellos rodeaban a uno de los elefantes verdes (¿para la comida?). Cuando entraron en el poblado, los portadores de azagayas se pusieron en cabeza de los demás, aunque pudo tratarse de una coincidencia.

Se detuvieron, sorprendidos, cuando vieron a Luis y a Chmeee, éste con una criatura en cada hombro, y delante de ellos como media tonelada de carne ya troceada sobre un pellejo limpio.

Shivith presentó a los forasteros con una descripción breve y bastante exacta de lo que habían manifestado. Luis estaba dispuesto a oírse llamar embustero, pero no ocurrió tal cosa. Fue presentado a la jefa de la tribu, una mujer de un metro y medio de estatura que se llamaba Ginjerofer y que se inclinó y sonrió, mostrando unos dientes sorprendentemente afilados. Luis trató de imitar su reverencia.

- Shivith nos ha contado que os gusta la variedad en las carnes - dijo Luis, con un ademán hacia lo que había traído de la cocina del módulo.

Tres de los nativos se llevaron el elefante verde y lo condujeron, empujándolo con las astas de las lanzas, hacia donde pastaba el resto de la manada. La tribu se reunió para el banquete. Otros nativos, salidos de cabañas que Luis había creído vacías, se sumaron al convite. Tratábase de los ancianos, en número como de una docena, y si hasta ese momento Luis había pensado que Shivith era viejo, fue sólo porque no estaba acostumbrado a ver personas con la piel arrugada, las articulaciones deformadas por la artrosis y los cuerpos desfigurados por viejas cicatrices. Se preguntó por qué habrían permanecido ocultos, y supuso que mientras él y Chmeee dialogaban con Shivith y los niños, debieron apuntarles con flechas desde sus escondrijos.

Los nativos no necesitaron más de unos minutos para reducir a huesos mondos el banquete. No conversaban, ni por lo visto conocían los protocolos. A decir verdad, comían como kzinti. Chmeee participó, a un gesto de invitación que le hicieron, y se comió la mayor parte del moa, que los indígenas despreciaron, ya que preferían la carne de los mamíferos.

Luis había transportado aquellas provisiones en varios viajes, con ayuda de una de las placas grandes de repulsión. Aún le dolían los músculos de tanto tirar. Contempló a los nativos mientras daban cuenta del banquete, y se sintió contento. No llevaba ningún contactor en la cabeza y, sin embargo, podía sentirse contento.

Luego, la mayoría de los nativos se ausentó para cuidar de la manada, y sólo se quedaron Shivith y Ginjerofer con algunos de los ancianos. Chmeee le preguntó a Luis:

- Ese moa, ¿es un ave o una receta artificial? Al Patriarca le gustaría tener aves así en sus grandes criaderos.

- Es un pájaron auténtico - dijo Luis -. Con esto quedamos en paz por lo de la estampida, Ginjerofer.

- Os damos las gracias - dijo ella. Tenía los labios y la barbilla cubiertos de sangre; sus labios eran carnosos y más rojos que el resto de su piel -. Olvidad la estampida. La vida es más que sólo calmar el hambre. Nos agrada tratar con forasteros, con gente diferente. ¿Es verdad que vuestros mundos son mucho más pequeños que el nuestro, y redondos?

- Redondos como bolas. El mío, si flotase dentro del Arco, os parecería sólo un puntito blanco.

- ¿Regresaréis a esos lugares pequeños para hablar de nosotros?

Sin duda, las traductoras automáticas retransmitían para las grabadoras de a bordo de la «Aguja». Luis contestó:

- Algún día.

- ¿Tenéis alguna pregunta que hacernos?

- Sí. ¿No invaden los girasoles vuestras praderas?

Se vio obligado a indicarle mediante señas lo que quería decir, porque ella no le entendía.

- ¿La claridad hacia el antigiro? Nada sabemos de ella.

- ¿No os parece extraña? ¿Nunca enviasteis exploradores?

Ella frunció el ceño.

- No está en nuestro camino. Nuestros padres y madres nos dicen que, desde que ellos eran niños, hemos caminado siempre hacia el antigiro. Cuentan que rodearon un gran lago, pero no se acercaron mucho porque los rebaños no comían las plantas que crecen en la orilla. Había una claridad hacia el giro, pero no tan fuerte como ahora. En cuanto a los exploradores..., un grupo de jóvenes salió a verlo, pero se tropezaron con unos gigantes que les mataron las bestias. Tuvieron que regresar en seguida puesto que se quedaron sin nada para comer.

- Se diría que los girasoles avanzan más que vosotros.

- Sí. Aunque podríamos avanzar más de prisa que ahora.

- ¿Qué sabéis de la ciudad flotante?

Ginjerofer la había visto allí toda la vida. Era un accidente del paisaje, como el Arco mismo. A veces, de noche y con nubes bajas, se podía ver aún el resplandor amarillo de la ciudad, pero no sabían nada más. Estaba demasiado lejana para que les llegasen noticias, ni siquiera en forma de rumores.

- Pero escuchamos muchas consejas sobre lo que sucede lejos, si vale la pena contarlas, aunque quizá no sean todas verdaderas. Hablan de los pobladores de las montañas derramadas, los que viven entre lo blanco y frío y las hondonadas donde el aire es demasiado denso. Y vuelan entre las montañas derramadas. Cuando pueden conseguirlos, usan trineos celestes, pero ahora no hay trineos celestes nuevos y desde hace cientos de años usan globos. ¿Tú puedes ver tan lejos con tus binoculares?

Luis le puso los binoculares y le mostró cómo se ajustaba el aumento.

- ¿Por qué las llamas montañas derramadas? ¿Lo dices en el mismo sentido que cuando derramas el agua?

- Sí, pero no sé por qué las llamamos así. Tu aparato para los ojos me hace ver las montañas más grandes, y nada más...

Se volvió hacia el sentido del giro; los binoculares casi le cubrían por completo el diminuto rostro.

- Veo la costa, y el resplandor al otro lado.

- ¿Qué más os cuentan los forasteros?

- Cuando nos reunimos, hablamos sobre todo de los peligros. Hacia el antigiro hay comedores de carne que no tienen cerebro y que matan a la gente. Se parecen a nosotros, pero son más pequeños, y de color negro, y cazan de noche. Y también hay... - Volvió a fruncir el ceño -. No sé si será verdad, pero dicen que hay seres sin cerebro que obligan a hacer rishathra con ellos, y que nadie sobrevive a ese acto.

- Pero vosotros no podéis hacer rishathra, para vosotros no serían peligrosos.

- Según cuentan, podrían obligarnos.

- ¿Sabéis algo de enfermedades, de parásitos?

¡Nadie, entre los nativos, entendió lo que quería decir! Ni moscas, ni lombrices ni mosquitos ni el sarampión ni la gangrena: en el Mundo Anillo no existía nada de eso. Los Ingenieros no lo habían traído, eso era todo. No obstante, Luis estaba sorprendido, y se preguntó si él mismo no habría sido el primer introductor de la enfermedad en el Mundo Anillo..., pero decidió que no. Su paso por el autoquirófano le había desinfectado.

En eso los nativos eran como los humanos civilizados: envejecían, pero no enfermaban nunca.

10 - El gambito de dios

Aunque faltaban horas para que anocheciera, Luis estaba exhausto.

Ginjerofer les ofreció una choza, pero Chmeee y Luis prefirieron dormir en el módulo. Luis se dejó caer entre las placas sómnicas mientras Chmeee todavía se afanaba en armar las defensas.

Despertó en plena oscuridad.

Chmeee había conectado el intensificador de imagen antes de acostarse. El exterior aparecía con una claridad de día lluvioso. Los rectángulos del Arco en zona diurna eran como pantallas de luz instaladas en un techo, y demasiado brillantes como para dedicarles algo más que una ojeada pasajera. Pero la mayor parte del Gran Océano y su orilla próxima estaban en sombras.

Los Grandes Océanos le llamaban la atención. Eran extravagantes, y desentonaban. Si Luis tenía razón en cuanto a los Ingenieros del Mundo Anillo, la extravagancia no era de su estilo. Construían con sencillez y eficacia, hacían planes a muy largo plazo y combatían en guerras.

Pero, a su manera, el Mundo Anillo también era extravagante, y su defensa una empresa imposible. ¿Por qué no habían construido varios Anillos más pequeños? ¿Y de qué servían los Grandes Océanos? Aquello tampoco encajaba.

Era posible que él estuviese equivocado desde el principio. ¡No sería la primera vez! Sin embargo, las pruebas...

¿Algo se movía entre la hierba?

Luis puso en marcha el detector de infrarrojos.

El calor que desprendían les delató. Eran como perros de enorme tamaño, como un cruce entre humanos y chacales: criaturas horrorosas, engendras contra natura, bajo aquella luz antinatural. Luis perdió poco tiempo en localizar el cañón paralizador de la torreta y apuntarlo contra los intrusos. Eran cuatro y avanzaban a gatas por entre la hierba.

Se detuvieron muy cerca de las chozas, y aguardaron allí durante varios minutos. Luego siguieron avanzando, medio erguidos. Luis desconectó el detector de infrarrojos.

Bajo el albedo del Arco y con ayuda del intensificador se veía bien claro: se llevaban las basuras de la jornada, los despojos de la fiesta. Carroñeros. Seguramente la carne aún no estaba lo bastante pasada para ellos.

Por el rabillo del ojo vio una mirada amarilla: Chmeee estaba despierto, y Luis le dijo:

- El Mundo Anillo es antiguo. Cien mil años por lo menos.

- ¿Por qué dices eso?

- Los Ingenieros del Anillo no habrían traído chacales. Alguna rama de los homínidos ha tenido tiempo suficiente para acomodarse en este nicho ecológico.

- Cien mil años no serían suficientes - dijo Chmeee.

- Tal vez sí. Me pregunto qué otras cosas no trajeron los Ingenieros. Mosquitos, por ejemplo.

- Muy chistoso. Supongo que no traerían chupadores de sangre de ningún género.

- No, ni tiburones, ni pumas - rió Luis -. Ni mofetas. ¿Qué más? Las serpientes venenosas. Ningún mamífero podría adaptarse a vivir como una serpiente. No creo que los mamíferos puedan segregar veneno en la boca.

- Los homínidos tardarían miles de años en evolucionar en tantas direcciones, Luis. ¡Hay que considerar si realmente evolucionaron en el Anillo!

- Si no estoy completamente equivocado, así fue. En cuanto a lo del tiempo que pudieron tardar, es un problema matemático muy fácil. Suponiendo que comenzasen a evolucionar hace cien mil años, sobre una base de pobla...

Luis no llegó a completar la frase.

A una distancia bastante considerable (los homínidos-chacales corrían lo suyo, considerando el peso que transportaban) se detuvieron de súbito, se volvieron, quedando un instante inmóviles, y luego se dejaron caer en medio de la hierba y desaparecieron. Un toque al detector de infrarrojos, mostró cuatro puntos luminosos que se alejaban y se desvanecían.

- Más compañía hacia el sentido del giro - dijo en voz baja Chmeee.

Los recién llegados eran voluminosos, de la estatura de Chmeee, y no se ocultaban en absoluto. Cuarenta gigantes barbudos caminaban a través de la noche como si fueran los amos. Llevaban armas y armaduras. Avanzaban en cuña; los arqueros iban en la vanguardia del triángulo, y los portadores de espadas en medio; en punta venía uno que lucía una

armadura completa. Mientras los demás vestían tiras de cuero grueso para resguardarse los brazos y el pecho, el primero y más alto de los gigantes llevaba una armadura de metal, una coraza brillante que se abombaba en los codos, los nudillos, los hombros, las rodillas y las caderas. Iba con la visera abierta, lo que permitía que se le viera una barba cana y la nariz chata.

- Yo tenía razón. Siempre la tuve. Pero ¿por qué un Mundo Anillo? ¿Por qué construirían un Mundo Anillo? ¡En nombre del gran discutidor! ¿Cómo pensaban defenderlo?

Chmeee se dedicó a cambiar la orientación del cañón y luego preguntó:

- ¿Qué estás diciendo, Luis?

- La armadura. Fíjate en la armadura. ¿Es que nunca estuviste en el instituto Smithsoniano? Y también viste los trajes presurizados de la nave anillícola.

- Brrrr... sí. Pero tenemos un problema más inmediato.

- No dispares todavía. Quiero ver una cosa... Sí, lo que suponía, no van hacia la aldea.

- ¿Tú crees que los pequeños pieles rojas son aliados nuestros? Ha sido pura coincidencia que los hayamos conocido primero.

- Pues yo diría que provisionalmente sí lo son.

El micrófono captó un chillido agudo, interrumpido por un ladrido. Todos los arqueros a la vez echaron mano a sus flechas y armaron sus arcos. Dos diminutos centinelas pieles rojas corrieron hacia las cabañas a una velocidad impresionante, pero nadie hizo caso de ellos.

- Fuego - dijo Luis en voz baja.

Las flechas partieron en todas direcciones. Los gigantes cayeron. Dos o tres elefantes verdes aullaron e intentaron ponerse en pie, pero se derrumbaron en seguida. Uno de ellos tenía un par de flechas en el flanco.

- Iban a por el rebaño - dijo Chmeee.

- Sí. No queremos que haya una matanza, ¿verdad? Voy a decirte una cosa: quédate aquí al tanto del cañón paralizador y yo saldré a parlamentar.

- Yo no recibo órdenes tuyas, Luis.

- ¿Tienes otra idea mejor?

- No. Consigue al menos un gigante para interrogarlo.

Aquél estaba tumbado de espaldas. Más que barbado, era melenudo: los ojos y la nariz era lo único que sobresalía de la masa de pelo dorado que le cubría cara, cabeza y hombros. Ginjerofer se agachó y le abrió la boca a la fuerza, con sus dos diminutas manos. El guerrero

tenía la mandíbula voluminosa. Todos sus dientes eran molares, de superficie plana y muy desgastada.

- Mira - dijo Ginjerofer -. Es un comedor de plantas. Querían matar a toda la manada para quitarles la hierba.

Luis meneó la cabeza.

- No sabía que fuese tan dura la lucha por sobrevivir.

- Nosotros no los conocemos, pero vienen del lado del giro, de donde nuestros rebaños se comieron todo el pasto. Gracias por matarlos, Luis. Vamos a celebrar una gran fiesta.

Luis sintió náuseas.

- Sólo están dormidos. Y tienen un cerebro como el tuyo y el mío

Ella le miró con curiosidad.

- Un cerebro que tramaba nuestra destrucción.

- Nosotros los derribamos. Os rogamos que les perdonéis la vida.

- ¿Cómo? ¿Qué nos harán ellos si permitimos que despierten?

Era un problema, en efecto. Luis contemporizó:

- Si soluciono eso, ¿les perdonaréis la vida? No olvidéis que lo hicimos con nuestro cañón paralizador

Lo que equivalía a decir que Chmeee podía volver a utilizar su arma.

- Vamos a deliberar - dijo Ginjerofer.

Luis se quedó a solas, pensando. Los cuarenta gigantes herbívoros no cabían en el módulo. Se les podía desarmar, por supuesto... Luis sonrió al ver la espada que empuñaban los gruesos dedos de la manaza del gigante. Aquella hoja larga y curva podía servir de guadaña para segar hierba.

Ginjerofer regresó:

- Permitiremos que vivan, a condición de que esa tribu no vuelva a presentarse jamás por aquí. ¿Nos lo garantizas?

- Eres muy lista. Sí, cabe la posibilidad de que tengan allegados y una tradición de venganza. Y puedo garantizar que no volveréis a verlos.

Chmeee habló a su oído:

- ¡Luis! ¡Tendrás que exterminarlos!

- No. Puede que nos cueste algo de tiempo, pero ¡nej! ¡Míralos bien! Son unos campesinos. No pueden luchar contra nosotros. En el peor de los casos, haré que construyan una almadía y los remolcaremos con el módulo. Los girasoles aún no han pasado el río corriente abajo. Los dejaremos lejos, donde haya hierba.

- ¿Para qué? ¡Un retraso de semanas!

- Para informarnos - dijo Luis, y volviéndose hacia Ginjerofer -: Quiero para mí a ése de la armadura, y todas sus armas. No les dejéis ni un cuchillo siquiera. Quedaos lo que os guste, pero lo demás amontonadlo en la nave.

Ella titubeó mientras contemplaba al gigante acorazado:

- ¿Cómo lo moveremos?

- Acercaré una placa repulsora. Vosotros atad a los demás cuando nos hayamos ido, y luego soltadlos de dos en dos. Les explicáis lo ocurrido, y que anden en sentido del giro durante el día. Si quisieran volver para atacaros, como no tienen armas estarían a vuestra merced. Pero no lo harán. Cruzarán la llanura a toda marcha, sin sus armas y sin una brizna de hierba alrededor.

Ella lo pensó.

- Parece que no haya peligro. Lo haremos.

- Nosotros les recibiremos en su campamento, esté donde esté. Esperamos que lleguen, Ginjerofer.

- No se les hará daño. Lo prometo en nombre de mi Pueblo - replicó ella fríamente.

El gigante acorazado despertó poco después del amanecer.

Abrió los ojos, parpadeó y lo primero que vio fue una montaña de pelo anaranjado, unos ojos amarillos y unas largas garras. Se mantuvo muy quieto mientras sus ojos iban de un lado a otro... Vio las armas de treinta de sus camaradas apiladas a un lado... y la esclusa hermética con ambas compuertas abiertas. Y el horizonte que iba quedando atrás, y el viento que levantaba la velocidad de la nave.

Intentó darse la vuelta.

Luis sonrió. Mientras pilotaba el módulo, le vigilaba desde una cámara en circuito cerrado instalada en el techo de la bodega. La armadura del gigante estaba soldada sobre la cubierta por las rodillas, los tobillos, las muñecas y los hombros. Bastaría un poco de calor para liberarle, pero desde luego no podía darse la vuelta.

El gigante prodigó exigencias y amenazas, pero no súplicas. Luis apenas le hizo caso. Cuando el programa traductor de la computadora empezase a sacar algo de sentido podrían hablar. De momento, prefería fijarse en el campamento de los gigantes.

Estaba un kilómetro y medio más arriba y a ochenta kilómetros de distancia de la aldea de los carnívoros pieles rojas. Redujo la velocidad. Allí la sabana se había rehecho, pero los gigantes dejaban otra región despoblada de vegetación a sus espaldas, hacia el mar y el resplandor de

los girasoles. Los gigantes habían salido a pastar; serían miles de ellos los que andaban dispersos por el herbazal. Luis vio los reflejos de luz de sus alfanjes-guadaña.

El campamento no estaba vigilado. En medio del mismo tenían los carros, pero no se veían bestias de tiro. Sin duda, los gigantes tiraban por sí mismos de sus carros, o les quedaban algunos motores después de la catástrofe llamada la Caída de las Ciudades, según Halrloprillalar, mil años atrás.

Lo único que Luis no pudo ver fue el edificio central. En el cristal de su escotilla sólo aparecía un rectángulo oscuro, debido al exceso de brillo. Luis sonrió burlonamente. Los gigantes habían puesto al enemigo a su servicio.

Una pantalla se encendió y una voz seductora de contralto dijo:

- Luis.

- Aquí estoy.

- Te devuelvo tu contactor - dijo el titerote.

Luis se volvió. Lo hizo como uno vuelve la espalda al enemigo, sin olvidar que está ahí. El pequeño artefacto negro estaba sobre el disco transportador.

Dijo:

- Quiero que investigues una cosa. Hay unas montañas junto a la base del muro. Los nativos...

- Tú y Chmeee fuisteis designados para hacer frente a los riesgos de la exploración.

- ¿Lo entenderías si te dijera que deseo reducir al mínimo esos riesgos?

- Desde luego.

- Pues escucha. Creo que vale la pena investigar las montañas derramadas, pero antes de hacerlo necesitamos saber muchas cosas acerca de ese muro. Sólo te pido que...

- ¿Por qué les llamas montañas derramadas, Luis?

- Porque ése es el nombre que les dan los nativos. Yo no sé por qué, ni ellos mismos tampoco. Sugestivo, ¿no? Y no se ven por detrás. ¿Por qué no? La mayor parte del Mundo Anillo es como el bajorrelieve de un mundo, con mares y montañas que parecen dibujados. En cambio, las montañas derramadas tienen volumen verdadero.

- Sugestivo, sí. Tendréis que buscar vosotros mismos la solución. A mí me llaman el Ser Último - continuó el titerote -, lo mismo que a cualquier líder podrían llamárselo, porque dirige a su pueblo desde un lugar seguro; la seguridad es su prerrogativa y su obligación, pues si fuese muerto o herido ello significaría un desastre para todos. Ya sabes cómo pensamos los de mi especie, Luis.

- ¡Nej! Sólo te pido que arriesgues una sonda, ¡no tu valioso escondrijo! No necesitamos sino un holograma animado que refleje la pared en toda su longitud. Introduce la sonda en el campo de las bobinas de transporte y decelérala hasta la velocidad orbital solar. Así

aprovecharemos el sistema de acuerdo con la finalidad para la que fue construido. La defensa antimeteoritos no disparará contra el muro lateral...

- Pretendes adivinar por intuición lo que hará un arma programada hace cientos de miles de años, Luis. ¿Y si el sistema de transporte se halla bloqueado? ¿Y si no funciona bien el dispositivo de puntería automática del láser?

- En el peor de los casos, ¿qué se habrá perdido?

- La mitad de mi capacidad para repostar - dijo el titerote -. He instalado discos transportadores en las sondas, detrás de un filtro que sólo deja pasar el deuterio. La receptora está en el depósito de la nave. De manera que, para repostar, basta con dejar caer una sonda en uno de los mares del Mundo Anillo. Pero si pierdo mis sondas, ¿cómo voy a salir de aquí? ¿Y por qué iba a correr ese riesgo?

Luis contuvo su irritación.

- ¡El volumen, Inferior! ¿Qué hay dentro de las montañas derramadas? ¡Deben de ser cientos de miles esos medios conos de cuarenta y cincuenta kilómetros de altura, y planos por detrás! Uno de ellos podría ser el centro de control y mantenimiento, o quizá sean toda una tira. No creo que lo sean, pero preferiría saberlo antes de acercarme a ellos. Además, el Mundo Anillo debe de tener propulsores para correcciones de posición, y el lugar más favorable para emplazarlos sería alrededor de la pared. ¿Dónde están y por qué no funcionan?

- ¿Estás seguro de que son motores cohete? Hay otras soluciones. ¿Unos generadores de gravedad servirían para ajustes de posición?

- No lo creo. Lo ingenieros del Mundo Anillo no le habrían dado un movimiento de rotación, si hubieran tenido generadores de gravedad. Se les habría simplificado el problema.

- Un control de las interacciones magnéticas, entonces, entre el sol y el suelo del Anillo.

- ¡Hum! Es posible... ¡Nej!, no puedo estar seguro. ¡Quiero que lo averigües tú!

- ¡Cómo te atreves a discutir conmigo! - el titerote parecía más extrañado que furioso -. A un capricho mío te vas a quedar aquí hasta que el Mundo Anillo se haga cisco contra sus pantallas de sombra. Si yo quiero, no volverás a probar jamás la corriente.

La traductora empezó a hablar por fin:

- Corta - dijo Luis.

No disponía de un mando de volumen para quitarle voz al Inferior, pero éste dejó de hablar.

La traductora decía:

- ¿Dócil yo? ¿Porque soy un herbívoro? Líbrame de la armadura y lucharé contigo desnudo, especie de bola de pelo anaranjado. En mi plaza de la cabaña comunal me hace falta una buena alfombra.

- ¿Y qué me dices de esto? - replicaba Chmeee, enseñándole sus largas y afiladas uñas negras.

- Con un puñal pequeño me basta contra esos ocho tuyos. O si no, con las manos desnudas, y aún me sobra.

Luis se divertía lo suyo. Utilizó el intercomunicador.

- ¿Has visto alguna vez una pelea de toros bravos, Chmeee? ¡Y ése debe de ser el Patriarca de la manada, el rey de los gigantes!

El gigante preguntó:

- ¿Qué o quién ha hablado?

- Ha sido Luis - dijo Chmeee, y luego, bajando la voz, añadió -: Ten cuidado, y procura mostrarte respetuoso. Luis es... temible.

Luis se sobresaltó un poco. ¿Qué era aquello? Otra vez el gambito del dios, pero con las piezas cambiadas... ¿Y sirviendo como artista invitada la voz de Luis Wu? Podía salir bien, si el feroz kzin Chmeee se mostraba intimidado por la voz del ser invisible...

Luis dijo:

- Dime, ¡oh Rey de los Herbívoros! ¿Por qué atacaste a mis súbditos?

- Sus bestias se comen nuestros pastos.

- ¿Acaso no había pastos en otra parte, para que tuvierais que incurrir en mi ira?

Entre los machos de un rebaño de toros o de búfalos hay que dominar o someterse, sin que exista un término medio. Los ojos del gigante rodaban de un lado a otro en busca de escape, mas no había tal. Si no era capaz de dominar a Chmeee, ¿cómo iba a vérselas con una voz invisible?

- No podíamos hacer otra cosa - dijo -. Hacia el sentido del giro están las plantas de fuego; a babor, el Pueblo de la Máquina; a estribor, una pared altísima de scrith desnudo, en el que no crece nada y que no se puede escalar. Hacia el antigiro hay hierba, ¡y nada nos impedía llegar hasta ella, salvo unos enanos salvajes, hasta que llegasteis vosotros! ¿Cuál es el alcance de tu poder, Luis? ¿Viven aún mis hombres?

- Les he perdonado la vida. Dentro de... - ochenta kilómetros corrieron desnudos y hambrientos -, dentro de dos días estarán contigo. Pero, si se me antoja, puedo mataros a todos con un movimiento de mi dedo.

Los ojos del gigante exploraban el techo, suplicantes.

- Si puedes exterminar las plantas de fuego, yo y mi pueblo te adoraremos.

Luis se detuvo a pensarlo. Aquello ya no era broma.

Oyó que el gigante le suplicaba a Chmeee información acerca de Luis, y que el kzin le mentía descaradamente. No era la primera vez que jugaban a aquel juego; el gambito del dios les había salvado la vida durante el largo camino de retorno al «Embustero»; la reputación de Interlocutor-de-Animales como dios de la guerra, y las ofrendas de los nativos, les había

evitado la inanición. Ahora Luis se daba cuenta de que Chmeee disfrutaba con su papel en la comedia.

Sin duda, a Chmeee le parecía muy divertido. Pero aquel gigante había solicitado su ayuda, y ¿qué poder tenía Luis contra los girasoles? Aunque no era un problema, en realidad. Los gigantes habían ofendido al dios, ¿no? En general los dioses no se distinguen por ser clementes. Conque Luis se dispuso a decir algo, pero luego cerró la boca, lo pensó un poco mejor, y al fin habló:

- Por tu vida y por las vidas de los de tu pueblo, dime la verdad. ¿Podéis alimentaros de las plantas de fuego si ellas no os queman antes?

El gigante se apresuró a contestar:

- Sí, Luis. De noche, cuando tenemos mucha hambre, pastamos en el lindero. ¡Pero es preciso que el amanecer nos encuentre muy lejos, ya que las plantas nos descubren a mucha distancia, y abrasan todo lo que se mueve! ¡Giran todas al mismo tiempo, concentran los rayos del sol sobre nosotros, y nos queman!

- Pero podéis coméroslas cuando no hay sol.

- Sí.

- ¿Hacia dónde soplan los vientos en esta región?

- ¿Los vientos?... Por aquí soplan hacia el giro. En una zona muy extensa soplan siempre hacia el reino de las plantas de fuego.

- ¿Porque éstas calientan el aire?

- ¿Acaso soy un dios para saberlo?

Al fin y al cabo, los girasoles recibían sólo una determinada cantidad de luz solar. Por su comportamiento, calentaban el aire por encima y alrededor de ellas, pero la luz no pasaba nunca de la corolas plateadas para alcanzar las raíces. El rocío se condensaría en el suelo y así las plantas recibían humedad. Y el aire que calentaba produciría una corriente atmosférica incesante de fuera a dentro.

Aquellas plantas quemaban todo cuanto se movía, para convertir en abono los cadáveres de los herbívoros y de las aves.

El problema tenía solución.

- Casi todo lo haréis vosotros mismos - explicó Luis -. La tribu es vuestra y vosotros la salvaréis. Cuando hayáis acabado con las plantas de fuego, coméroslas, o enterradlas y plantad encima lo que más os guste.

Luis sonrió al observar la extrañeza de Chmeee, y luego continuó:

- Pero no volveréis a molestar a mi buen pueblo, el de los pieles rojas.

El gigante acorazado rebosaba de felicidad

- Son espléndidas noticias. Nosotros seremos tus súbditos más devotos. Ahora, sellemos el pacto mediante un rishathra.

- Lo dirás en broma.

- ¿Cómo? Nada de eso. Ya lo he mencionado antes, pero Chmeee no lo entendió. Todos los tratos han de ratificarse mediante un rishathra, aunque sea entre dioses y hombres. No será ningún problema, Chmeee. Tienes una buena envergadura, incluso para una de mis mujeres.

- Soy mucho más raro de lo que crees - replicó Chmeee.

Desde el observatorio de Luis en el techo, pareció como si Chmeee se hubiera exhibido delante del coloso; no podía ser otro el motivo de la cara de sorpresa del gigante. En todo caso, a Luis poco le importaba. ¡Nej y maldita sea! - pensó -. ¿No se me había ocurrido una solución? ¡Y ahora esto! No queda más remedio que...

- Sí.

- Voy a crear un sirviente para ti - dijo Luis -. Como tengo prisa, será un enano y además mudo para vuestro idioma. Llámale Wu. Tenemos que hablar, Chmeee.

11 - Los gigantes de la pradera

El módulo se posó en medio de un halo maléfico de luz blanca. El resplandor procedente de la casa comunal persistió hasta un minuto después de que la nave quedara inmóvil, y luego se fue extinguiendo. Entonces, descendió la rampa y el rey de los gigantes, revestido de su armadura, bajó con ella hasta el suelo. En seguida alzó los brazos y emitió una especie de ladrido que debió de oírse en muchos kilómetros a la redonda.

De todas partes venían corriendo gigantes hacia el módulo de aterrizaje.

Luego, bajó Chmeee y finalmente salió Wu. Éste era bajito, parcialmente lampiño y de aspecto inofensivo. Sonreía mucho y miraba a su alrededor con ingenuo entusiasmo, como si fuese la primera vez que veía el mundo...

La casa comunal estaba a bastante distancia. Era de adobe reforzado con vigas de madera. Los girasoles que habían plantado en el techo oscilaban sin cesar; tan pronto volvían hacia el sol los espejos cóncavos de sus corolas y sus nodos verdes de fotosíntesis, como lanzaban rayos contra los gigantes que veían en todas direcciones.

Chmeee preguntó:

- ¿Qué haríais si un enemigo os atacase de día? ¿Cómo llegaríais a la casa principal? ¿O acaso guardáis las armas en otro lugar?

El gigante lo meditó antes de revelar sus secretos defensivos. Pero Chmeee era un servidor de Luis y no convenía ofenderle.

- ¿Ves aquel montón de ramajes, a contragiro de la casa? Cuando hay peligro, uno de los hombres se acerca resguardándose detrás del montón y agita una rama. Entonces, los girasoles pegan fuego a la leña húmeda, y protegidos por el humo entramos a recoger nuestras armas - con una ojeada hacia el módulo, añadió -: De todos modos, cualquier enemigo lo bastante rápido como para llegar aquí antes de que nosotros podamos hacernos con nuestras armas sería demasiado fuerte. Y quizá se dejaría sorprender por los girasoles.

- Permite que Wu elija la pareja que prefiera.

- Pero ¿es que tiene voluntad propia? Yo había pensado cederle a mi mujer Reeth, que ya tiene experiencia en hacer rishathra. Es de poca estatura, y los del Pueblo de la Máquina no son tan distintos de Wu.

- Es aceptable - dijo Chmeee sin volverse a mirar a Wu.

En aquellos momentos, les rodeaban como un centenar de gigantes y no acudía ninguno más.

- ¿Están todos? - preguntó el kzin.

- Estos y mis guerreros son toda mi tribu. Hay veintiséis tribus en la pradera. Nos reunimos siempre que podemos, pero ninguna habla en nombre de las demás - dijo el rey gigante.

De aquel centenar sólo ocho eran machos, y todos afligidos por múltiples cicatrices; tres de ellos parecían verdaderos inválidos. El rey era el único que mostraba las arrugas y las canas propias de una edad más avanzada.

Las demás eran hembras... o mejor dicho, mujeres. Tendrían una estatura de metro noventa a dos diez, y parecían menudas en comparación con sus varones: de piel morena, mantenían actitudes orgullosas pese a su desnudez. Tenían el cabello dorado, que les caía en cascada espaldas abajo, aunque muy enredado y estropajoso. No llevaban adornos de ningún tipo. Sus piernas eran gruesas, y los pies grandes y callosos. Algunas tenían el pelo blanco. Las voluminosas tetas daban una indicación bastante aproximada de las edades respectivas. Contemplaron a los recién llegados con satisfacción y curiosidad, mientras el gigante de la armadura les contaba lo que sabía de ellos.

Chmeee desconectó la traductora y habló en voz baja:

- Si prefieres a otra hembra, ahora es el momento de decirlo.

- No. Vienen a ser todas... atractivas por igual.

- Todavía podemos poner término a esta situación. ¡Debes de estar loco, para hacer una promesa semejante!

- Estoy en condiciones de hacerla. ¡Eh! ¿No deseas vengarte de las quemaduras que recibiste en tu pellejo?

- ¿Vengarme de una planta? Estás chiflado. Nuestro tiempo es precioso, y en cuanto a ellos, dentro de un año estarán todos muertos... los girasoles, los gigantes, los enanos carnívoros y todos los demás.

- Sí...

- Tu ayuda no es ninguna ayuda en realidad, y menos mal que ellos no lo saben. ¿Cuánto tardarás en realizar su proyecto? ¿Un día, un mes? Y estás retrasando el nuestro.

- Quizá sea verdad que estoy loco, Chmeee, pero he de continuar con esto. Desde que salimos de este Mundo Anillo no había tenido oportunidad de... sentirme digno de mí mismo. Necesito demostrar...

El rey gigante estaba diciendo:

- El propio Luis os confirmará ahora que el peligro de las plantas de fuego va a terminar para todos, y nos dirá lo que tenemos que hacer...

Wu, modesto por naturaleza, se escondió detrás del enorme kzin, y ninguno de los gigantes observó que estaba hablando con su mano. Medio minuto después, la Voz de Luis, retardada, tronó desde la nave:

- Escucha, pueblo: ha llegado la hora de que limpiéis de plantas de fuego la pradera, que es la tierra de todas las razas humanas. Mi obra os precederá en forma de nube. Es preciso que reunáis la semilla de lo que vayáis a plantar una vez exterminadas las plantas de fuego...

A la primera claridad del amanecer, cuando el sol era apenas un resplandor oculto detrás de una de las pantallas, los gigantes se pusieron en marcha.

Les gustaba dormir en contacto los unos con los otros. El rey había ocupado el centro de un círculo de mujeres, en cuya periferia se acomodó Wu, con su cabeza diminuta y medio calva recostada sobre el hombro de una mujer, y las piernas descansando sobre las largas y huesudas piernas de otro hombre. Debajo de tanta carne y tanto pelo, apenas se descubría un pedazo del piso de barro de la cabaña.

Cuando despertaron se pusieron a trabajar ordenadamente; los más próximos a la entrada, destrenzaron los miembros y fueron a recoger los sacos y las guadañas. Wu salió con los últimos.

A lo lejos, al pie de la nave, un gigante manco que tenía una cicatriz en la cara se despidió rápidamente de Chmeee y echó a correr hacia la casa comunal. Los centinelas de la noche dormían allí durante el día, y algunas viejas se quedaron también.

Los gigantes se volvieron y pusieron cara de asombro al ver que Wu empezaba a trepar por la pared.

El adobe no proporcionaba un apoyo muy firme, pero el techo estaba a menos de cuatro metros de altura. Luis se alzó entre dos girasoles.

Aquellas plantas tenían un tallo verde y nudoso, como de treinta centímetros de altura. A cada una le nacía una sola corola ovalada, de superficie pulida como un espejo y de veinte a treinta centímetros de diámetro. Del centro del espejo se alzaba un vástago verde acabado en un bulbo color verde oscuro. El dorso de la corola era correoso y entrecruzado por una especie de símil vegetal de las fibras musculares. Y todas las corolas arrojaban luz solar contra Luis Wu, sólo que la claridad todavía no era suficiente para dañarle.

Luis agarró uno de los gruesos tallos con ambas manos y tiró de él con precaución. No cedió; estaba firmemente arraigado en el techo. Se quitó la camisa y la interpuso entre la corola y el sol. La planta osciló de un lado a otro, indecisa, y finalmente la corola se replegó como para proteger el bulbo verde.

Recordando que tenía público, Wu procuró bajar con cierta elegancia. Un resplandor blanquecino le persiguió mientras iba a reunirse con Chmeee.

El kzin dijo:

- He pasado parte de la noche charlando con un centinela.

- ¿Te has enterado de algo?

- Tienen toda la confianza puesta en ti, Luis. Son crédulos a más no poder.

- Lo mismo que los carnívoros. Me pregunto si no será algo más que hospitalidad.

- Creo que sí. Los carnívoros y los herbívoros están preparados para que asome por el horizonte, en cualquier momento, cualquier clase de individuos. Saben que existen pueblos de aspecto extraño y de poderes deiformes. Lo cual me lleva a pensar cuál será el próximo que conozcamos. ¡Brrrrr! Y el centinela sabía que nosotros no somos de la raza que construyó el Mundo Anillo. ¿Significa algo eso?

- Es posible. ¿Qué más?

- No habrá problemas con las demás tribus. Aunque sean un rebaño, tienen cerebro. Los que se queden en la sabana recogerán semillas para los que vayan a combatir los girasoles en su terreno. Repartirán las mujeres entre los jóvenes que se queden. Cuando hayas hecho tu obra de magia, como una tercera parte de ellos emigrará, y los demás tendrán pasto suficiente, no necesitarán atacar de nuevo a los pieles rojas.

- Muy bien.

- Le pregunté acerca de las condiciones meteorológicas a largo plazo.

- ¡Excelente idea! ¿Y qué?

- Ese centinela es un anciano - dijo Chmeee -. Cuando era joven y tenía sus dos piernas... antes de que le convirtiera en un inválido lo que él llamó un «ogro», según la traductora... el sol tenía el mismo brillo y todos los días la misma duración. Ahora el sol parece más brillante unas veces y más apagado otras, y cuando brilla más, los días parecen más cortos, y viceversa. El recuerda cuándo empezó todo, Luis. Fue hace doce falans, lo que equivaldría a ciento veinte ciclos de la constelación: hubo un período de oscuridad. Durante un tiempo equivalente a la duración de dos o tres días no hubo amanecer. Entonces vieron las estrellas y una llama espectral que se extendía sobre sus cabezas. Luego, todo continuó con normalidad durante varios falans. Y tardaron mucho tiempo en darse cuenta de la irregularidad de los días, puesto que no poseen relojes.

- Está todo dentro de lo previsto. Excepto que...

- Pero, ¿y esa noche tan larga, Luis? ¿Cómo se explica eso?

Luis asintió.

- El sol estalló. El anillo de pantallas de sombras se cerró mediante algún mecanismo. Es posible que el hilo que lo retiene pueda rebobinarse mediante algún automatismo.

- Entonces fue el chorro de la protuberancia lo que desplazó el centro del Anillo. Ahora los días son cada vez más desiguales, lo que tiene asustadas a todas las razas que comercian con los gigantes.

- No es para menos.

- Me gustaría poder hacer algo - dijo el kzin, azotando el aire con la cola -. En vez de eso, nos dedicamos a luchar contra los girasoles. ¿Lo pasaste bien esta noche?

- Psé.

- Entonces, ¿por que no estás contento?

- Si te interesaba tanto, pudiste quedarte a mirar. Lo mismo que los demás. En esa casa comunal no hay paredes; duermen todos juntos. Y les gusta mirar.

- No aguanto su olor.

Luis rió.

- Es fuerte. No desagradable, sólo fuerte. Y tuve que subirme a un taburete. Y las mujeres son... dóciles.

- Como deben serlo las hembras.

- ¡No así las humanas! Las de aquí ni siquiera son estúpidas. Aunque naturalmente no pude hablarles, me dediqué a escuchar - explicó Luis tocándose el lóbulo de la oreja -. Reeth organizó la brigada de limpieza, y lo hizo muy bien. ¡Eh! ¡Tenías razón! Su organización es exactamente igual que la de un rebaño. El rey gigante es el dueño de todas las hembras. Ninguno de los demás machos echa nunca una cana al aire, excepto las veces que el rey declara día feriado y se aleja para no darse por enterado de lo que ocurra. Cuando él regresa los festejos ya han terminado, y oficialmente no ha pasado nada. Todos estaban algo contrariados porque le devolvimos al campamento dos días antes de la fecha prevista.

- ¿Cómo dices que son las hembras de los humanos?

- ¡Ah! Lo del orgasmo... Todos los machos de los mamíferos tienen orgasmos, pero las hembras no, por lo general. Las de los humanos, en cambio, sí. Pero las mujeres gigantes se limitan a consentir. No... ¡ejem!, no participan.

- ¿No lo has pasado bien?

- Desde luego que sí. Es hacer el amor, ¿no? Pero cuesta acostumbrarse a eso. No pude conseguir que Reeth disfrutase como yo, y es que no le es posible.

- No me das mucha pena - replicó Chmeee -, considerando que mi esposa más cercana está como a doscientos años luz. ¿Qué haremos ahora?

- Esperar al rey de los gigantes. A lo mejor se levanta un poco cansado, ya que ha pasado buena parte de la noche renovando vínculos con sus mujeres. Fue preciso que hiciera una demostración para enseñarme cómo. Estuvo impresionante - comentó Luis -. Cubrió... ¿no se dice así?... cubrió a una docena de mujeres, mientras yo procuraba no desmerecer, pero la verdad es que no fue un consuelo para mi amor propio el hecho de que... Dejémoslo - terminó Luis con una mueca burlona.

- ¿Qué?

- Mi equipo reproductor no está hecho a la misma escala.

- El centinela me contó que las hembras de otras especies temen a los gigantes, puesto que éstos hacen rishathra dondequiera que se les presenta la ocasión. Disfrutan inmensamente con las conferencias de paz. Al centinela le contrarió mucho que Luis no te hubiese creado hembra.

- Luis tenía mucha prisa - replicó Wu, y entró en la nave.

Aquella noche, los sacos de los segadores habían descargado grandes montones de hierba a cierta distancia de la cabaña comunal. Los centinelas y el rey se comieron la mayor parte; los segadores debieron alimentarse mientras trabajaban. Luis contempló al rey de los gigantes mientras éste se desviaba un poco de su camino hacia el módulo para dar fin a la pila.

Los herbívoros consumían mucha parte de su tiempo comiendo, meditó Luis. ¿Cómo habrían conservado su inteligencia los humanoides en tales condiciones? Chmeee tenía razón: no se necesitaba la inteligencia para ser un devorador de hierbas. Pero tal vez sí para no ser comido. O quizá se necesitaba mucha astucia para sobrevivir frente a los girasoles.

Luis se sintió observado a su vez.

Se volvió. Nada.

La situación podía volverse comprometida si el rey de los gigantes se daba cuenta del engaño. Pero Luis estaba a solas en la cabina de mandos, si hacía abstracción del espionaje electrónico del Inferior. Siendo así, ¿cuál era el motivo de aquel cosquilleo en su nuca? Se volvió otra vez, al comprender que sólo estaba engañándose a sí mismo. Era el contactor. Le pareció como si la carcasa negra de plástico le contemplase desde el disco transportador en donde se hallaba.

Una dosis de cable, en efecto, le hubiera hecho sentirse como un verdadero dios. ¡Pero también echaría a perder toda su actuación! Recordó que Chmeee le había visto bajo los efectos del cable. «Como un alga marina desprovista de conciencia»... Decidió no hacer caso.

El rey gigante se presentaba sin armadura esta vez. Cuando él y Chmeee entraron en la bodega, el kzin alzó las manos con las palmas juntas hacia el techo, y salmodió: «Luis», mientras el gigante imitaba sus gestos.

- Búscame una de esas plataformas repulsoras - dijo Luis sin más preámbulos -. Ponedla en el suelo. Bien. Ahora quiero un trozo de malla superconductora. Está tres puertas más allá, en el armario grande. Bien. Envolved con ella la placa repulsora. Tapadla por entero, pero dejando un pliegue para poder acceder a los mandos. ¿Es fuerte esa malla, Chmeee?

- Un momento, Luis... ¿Lo ves? No se corta con el cuchillo. No creo que yo pudiese rasgarla.

- Bien. Ahora consígueme treinta kilómetros de hilo superconductor. Atad un extremo a la plataforma superconductora. Bien atado. Hacedle muchos nudos, no escatiméis el hilo. Muy bien. Enrollad ahora el resto del hilo para que no se enrede al largarlo. Necesitaremos el otro extremo. Tú te encargarás de eso, Chmeee. Y tú, Rey de los Herbívoros, me traerás la piedra más grande que seas capaz de transportar. Tú conoces esta región. Encuéntrala y tráela.

El rey gigante se quedó mirando con asombro... y luego bajó los ojos y obedeció. Chmeee dijo:

- Eso de tener que obedecer tan dócilmente me revuelve el estómago.

- Tú fuiste el autor de la idea, y además te mueres de ganas de averiguar mi plan. Pero...

- Podría obligarte a hablar si quisiera.

- Y yo puedo ofrecerte algo mejor que eso. Sube, por favor.

Chmeee se plantó ante la escotilla en dos saltos. Luis le preguntó:

- ¿Qué ves ahí, sobre el disco transportador?

Chmeee recogió el contactor.

Con la voz ahogada por la angustia, Luis dijo:

- Destrúyelo.

Sin vacilar, el kzin arrojó de una volea el pequeño artefacto contra un mamparo. Ni siquiera se abolló. Entonces hurgó en la caja, consiguió abrirla y apuñaló los circuitos con el cuchillo hecho de metal de fuselaje que había usado momentos antes. Finalmente dijo:

- Ya no tiene arreglo.

- Bien.

- Esperaré abajo.

- No. Te acompaño. Quiero revisar vuestro trabajo, y quiero desayunar.

Sentía escalofríos, o mejor dicho, ni siquiera sabía muy bien lo que sentía. El rishathra había resultado bastante inferior a lo esperado, y el placer puro del cable se había perdido para siempre. Aunque... ¿una fondue de queso? Sí. Y la libertad, y el amor propio recobrado. Dentro de pocas horas iba a destruir una invasión de girasoles, y a darle una buena lección a Chmeee. Luis Wu, ex adicto a la corriente, cuyo cerebro, a pesar de todo, no se había convertido en serrín.

El gigante regresó dando traspiés bajo el peso de un peñasco. Chmeee fue a ayudarle, titubeó un instante al considerar el tamaño de la piedra, y luego completó la intención. Volviéndose con ella en los brazos, y aunque se le notaba el esfuerzo en la voz, consiguió articular:

- ¿Qué hago con esto, Luis?

Era una tentación: ¡Bah! ¡Hay tantas posibilidades! Dame un minuto para pensarlo... Pero los dioses no meditaban sus mandamientos, y tampoco podía permitir que se le cayera la piedra a Chmeee mientras el gigante estaba mirándole.

- Envolvedla en malla superconductora, y atad el paquete con alambre superconductor, con muchas vueltas y nudos bien apretados. Bien, y ahora necesito un hilo algo más fuerte y capaz de resistir las temperaturas elevadas.

- Tenemos las cadenas moleculares Sinclair.

- Necesitamos menos de treinta kilómetros de eso. Ha de ser más corto que el hilo superconductor.

Luis se alegró de haber realizado una inspección previa. Había descuidado la posibilidad de que el hilo superconductor no tuviese resistencia suficiente para anclar la placa repulsora, una vez el paquete formado con ésta hubiese ganado altura. Pero la cadena Sinclair era un material fantástico, y lo resistiría.

12 - Girasoles

Luis volaba alto y rápido hacia el sentido del giro. La sabana tenía demasiadas manchas pardas; entre los elefantes verdes y los gigantes, a la hierba le costaba reponerse. A proa, una línea brillante al otro lado del mar daba cuenta de la presencia de los girasoles.

El rey gigante miraba a través del cristal de las escotillas.

- Tal vez debí traer mi armadura, después de todo.

Chmeee resopló, despectivo:

- ¿Para combatir contra los girasoles? El metal se recalienta.

- ¿Cómo conseguiste esa armadura? - preguntó Luis.

- Hicimos una carretera para el Pueblo de la Máquina. Ellos pusieron a nuestra disposición las praderas por donde tenía que pasar; y luego forjaron armaduras para los reyes de las tribus. Pero nosotros continuamos nuestro camino. No nos gustó el aire de esa gente.

- ¿Qué tiene de malo?

- Huele mal y deja mal sabor, Luis. Huele como lo que beben algunas veces. Es lo mismo que echan en sus máquinas, pero sin mezcla.

Chmeee dijo:

- A mí me ha extrañado la forma de tu armadura. No te queda a la medida, y me preguntaba el porqué.

- Esa forma pretende atemorizar e infundir respeto, ¿no te parece?

- No - dijo Chmeee - Es la forma de los que construyeron el Mundo Anillo.

- ¡Quién puede saber eso!

- Yo lo sé - dijo Luis, haciendo que el gigante mirase hacia lo alto con nerviosismo.

La hierba, más crecida en aquel lugar, llegaba hasta el lindero de un bosque. El resplandor de los girasoles estaba cada vez más cercano. Luis hizo descender la naveta a unos treinta metros y redujo la velocidad drásticamente.

El bosque llegaba hasta una larga playa blanca. Luis redujo todavía más y el módulo bajó y bajó, hasta casi rozar el agua. Los girasoles se desinteresaron de él.

Siguió acercándose al resplandor, ahora amortiguado. El lago estaba en calma, apenas rizada la superficie por la brisa que les llegaba de popa. El cielo despejado, azul y sin la menor traza de nubes. Sobrevolaron islas diminutas y medianas, con abundancia de playas y de salientes y entrantes costeros. Algunas mostraban picos con las cumbres carbonizadas. Dos de las islas habían sido invadidas por los girasoles.

A ochenta kilómetros de la orilla opuesta, los girasoles volvieron a mostrarse activos. Luis detuvo el módulo.

- No creo que piensen convertimos en abono - dijo -. Volamos demasiado lejos y demasiado bajo.

- Plantas estúpidas - despreció Chmeee.

El rey gigante dijo:

- Son astutas. Incendian los bosques, y cuando los han reducido a cenizas, la planta de fuego esparce su semilla.

¡Pero estaban sobre el agua!... Más valía dejarlo.

- Rey de los Gigantes Herbívoros, ha llegado tu hora. Echa la piedra por la borda, pero no te enredes con el hilo.

Luis abrió la doble compuerta e hizo que descendiera la rampa. El rey gigante salió, exponiéndose al terrible resplandor. El peñasco se zambulló hasta siete metros de profundidad, arrastrando su cola de hilo plata y negro.

Era como si les saludaran con faros lejanos; las plantas se agrupaban en el intento de abrasar la nave, pero luego desistieron. Buscaban cosas que se movieran, pero no iban a lanzar sus rayos por encima, digamos, de las aguas vivas, o de una catarata. Lo mejor para ellas eran los ambientes semiáridos...

- Saca la plataforma repulsora, Chmeee, y ajústala para... unos veintiocho kilómetros de altura, no vayamos a perder el sedal.

El rectángulo negro se elevó, arrastrando los hilos negro y plata. El sedal de cadena Sinclair era tan fino que debía resultar invisible, pero se descubría por su reflejo plateado; un nimbo brillante relucía alrededor de la plataforma repulsora, cada vez más empequeñecida por la altura. Ahora era un punto negro, mucho menos aparente que el halo de claridad que lo rodeaba. A aquella altura constituía un blanco ideal para las hordas de girasoles.

Una corriente eléctrica pasa por un superconductor sin encontrar resistencia alguna. Por esa propiedad resulta muy valioso para la industria. Pero los superconductores aún tienen otra propiedad: su temperatura es siempre uniforme en todos sus puntos.

El aire y las partículas de polvo, así como el hilo de Sinclair, se pusieron incandescentes cuando los girasoles les dirigieron sus rayos; en cambio, la malla superconductora y el hilo conservaban el color negro. Bien. Luis parpadeó, deslumbrado, y dirigió la mirada hacia el agua.

- Entra, Rey del Pueblo de la Pradera, antes de que te hagan daño - dijo.

Alrededor de donde los dos hilos se hundían en el agua, ésta empezó a hervir. Una nube de vapor se elevó en la dirección del resplandor, hacia el giro. Luis dejó que el módulo derivase hacia estribor. La zona de agua en ebullición era ya bastante ancha.

Los Ingenieros del Mundo Anillo habían construido sólo dos mares profundos, los Grandes Océanos, situados en regiones diametralmente opuestas a fin de que se equilibrasen. Los demás lagos y mares del Anillo apenas tenían siete u ocho metros de profundidad en todos sus puntos. A ellos, como a los humanos, sólo les interesaba la superficie del mar. Lo cual ahora favorecía las intenciones de Luis, permitiendo llevar a ebullición todo el lago.

La nube de vapor alcanzaba ya la costa.

Los dioses no prorrumpen en exclamaciones de júbilo, y era lástima.

- Mira, mira, hasta que te canses - le dijo al rey gigante.

- Grrrr - exclamó Chmeee.

El gigante dijo:

- Empiezo a comprender, pero...

- Habla.

- Las plantas de fuego abrasan las nubes hasta conseguir que desaparezcan.

Luis disimuló su incertidumbre.

- Espera y verás. Que nuestro invitado coma unas lechugas, Chmeee. Tal vez os parecerá mejor comer a puerta cerrada.

Estaban ochenta kilómetros a estribor del hilo anclado y a babor de una isla grande y desértica. Ésta les servía para interceptar el cincuenta por ciento del brillo de los girasoles, interesados todavía en incinerar el módulo de aterrizaje... pero la mayoría estaban ya ocupados en otras cosas. Algunos enfocaban el brillo hacia el rectángulo negro que flotaba a gran altura; otros, contra la nube de vapor.

El agua hervía ya en una extensión de varias hectáreas alrededor del hilo y de la roca sumergida. La nube de vapor se extendía sobre todo el lago, en una distancia de ochenta kilómetros hasta la orilla, donde estaba siendo incendiada. La tormenta de fuego llegaba hasta diez kilómetros tierra adentro, y allí desaparecía.

Luis dirigió el telescopio hacia la nube de vapor. Observó cómo hervía el agua. Las plantas empezarían a morir. Una franja de diez kilómetros no recibía luz solar alguna, y alrededor de ella las plantas desperdiciaban su energía luchando contra la nube, en vez de sintetizar el indispensable azúcar. Aunque una franja de diez kilómetros no era nada, nada en comparación con la extensión cubierta por la plaga y que equivalía a todo un mundo.

Entonces vio otra cosa que le hizo volver la mira hacia arriba.

El hilo plateado caía, y flotaba hacia el sentido del giro bajo el empuje del viento. Los girasoles habían quemado la cadena molecular Sinclair. Luis profirió lentamente el monosílabo que denotaba su impotencia. Pero el sedal de hilo superconductor seguía de color negro.

Resistiría. Seguro que resistiría.

Ninguno de sus puntos tendría una temperatura superior a la del agua hirviendo; por más que concentrasen sus rayos sobre él las plantas, eso no serviría sino para que el agua hirviese más de prisa. Y aquel lago era bastante grande, y el vapor de agua no desaparece porque sí; cuanto más se recalienta, más sube.

- ¡Qué bien comen los dioses! - se congratuló el gigante, después de merendarse su vigésima o tal vez trigésima lechuga blanca de Boston.

Chmeee estaba a su lado, y ambos contemplaban los acontecimientos exteriores, pero absteniéndose de comentar nada.

El agua hervía con actividad cada vez mayor. Los girasoles, naturalmente, seguían decididos a derribar aquella partícula de posible abono o aquel pájaro devorador de girasoles. Ellos nada sabían de alturas ni de distancias. Su grado de evolución no les permitiría continuar así hasta la inanición. Algunas corolas tendrían que dedicarse a alimentar el nódulo verde para la fotosíntesis, mientras otras se encargaban del turno.

Chmeee dijo en voz baja:

- En la isla, Luis.

Algo corpulento y negro vadeaba cerca de la orilla, con el agua hasta la cintura. No era ni humano ni una nutria, aunque participaba de los rasgos de ambos. Aguardó con paciencia, mientras contemplaba el módulo con sus grandes ojos pardos.

Luis hizo un esfuerzo por aparentar tranquilidad.

- ¿Está habitado este lago?

- Nosotros no lo sabíamos - dijo el rey de los gigantes.

Luis acercó el módulo a la playa, sin que el humanoide diese muestras de temor. Le recubría un pelo corto, negro y aceitoso, y sus formas eran aproximadamente hidrodinámicas: cuello grueso, hombros caídos, nariz ancha y chata en un rostro sin barbilla.

Luis activó los micrófonos.

- ¿Hablas el idioma de los Gigantes Herbívoros?

- Puedo hablarlo, pero despacio. ¿Qué hacéis aquí?

Luis suspiró.

- Calentamos el lago.

La tranquilidad de aquella criatura era notable. No le asombró en absoluto la idea de calentar el lago, y replicó de cara a la casa volante:

- ¿Muy caliente?

- Por esta parte de aquí, sí. ¿Sois muchos?

- Treinta y cuatro, ahora - dijo el anfibio -. Éramos dieciocho cuando vinimos aquí, hace cincuenta y un falans. ¿Se va a calentar la parte de estribor del lago?

Luis suspiró aliviado, al ver que no era cierta su visión de cientos de miles de seres escaldados vivos por culpa de un Luis Wu que quiso jugar a ser Dios. Con la voz ahogada todavía por la angustia, preguntó:

- Dímelo tú. A ese otro lado desagua el río. ¿Podéis resistir mucho calor?

- Bastante. Comeremos mejor, ya que los peces van hacia las aguas calientes. Pero habría sido más educado preguntar, antes de ponerse a destruir parte de una vivienda ajena. ¿Por qué hacéis eso?

- Para exterminar las plantas de fuego.

El anfibio lo meditó.

- Bien. Si desaparecen las plantas de fuego podremos enviar un mensajero aguas arriba, hacia el lago del Hijo de Fuboobish. Deben de creernos extinguidos.

Y añadió:

- Ruego disculpas por haber olvidado las leyes de la hospitalidad. Aceptamos hacer rishathra siempre y cuando declaréis vuestro sexo y si podéis funcionar debajo del agua.

Pasó un rato antes de que Luis recobrara la voz.

- Entre nosotros nadie se acopla en el agua.

- No es muy corriente - contestó el anfibio, sin dar ninguna muestra de contrariedad.

- ¿Cómo llegasteis aquí?

- Estábamos explorando aguas abajo, y la corriente nos arrastró hasta el territorio de las plantas de fuego. No se podía salir a la orilla, y dejamos que el río nos condujese hasta este lago, al que he llamado el Mar de Tuppugop, que es el nombre de este servidor. No es mal lugar, aunque hay que precaverse de la plantas incendiarias. ¿De veras creéis que podréis matarlas con la niebla?

- Creo que sí.

- He de evacuar a los míos - dijo el anfibio.

Y desapareció en medio de un chapoteo.

- Creí que ibas a fulminarle por su descaro - dijo Chmeee mirando al techo.

- Estamos en su casa - replicó Luis, y cerró el intercomunicador.

Empezaba a sentirse harto de aquel juego. ¡Estaban hirviendo el hábitat de otros, y ni siquiera poseían la certeza de que fuese a servir para algo!, pensó. Necesitaba el contactor. Ninguna otra cosa le servía, excepto la felicidad vegetativa de la corriente al pasar por los centros de placer del cerebro; ninguna otra cosa podía frenar la rabia ciega que le hacía aporrear los brazos del asiento y lanzar gruñidos de fiera, con los ojos cerrados.

Pero el tiempo, que todo lo cura, hizo que al final, transcurridas algunas horas, volviese a abrirlos.

En aquellos momentos, ya no se veía ni el hilo negro ni el agua en ebullición. Todo estaba envuelto en un inmenso banco de niebla que derivaba hacia el sentido del giro, que se volvía incandescente al llegar a la costa, y que desaparecía unos diez kilómetros tierra adentro. Más allá, se distinguía sólo el resplandor de los girasoles... y dos líneas paralelas en el horizonte.

Una recta blanca arriba, otra negra abajo, sobre unos cincuenta grados de horizonte.

Ocurre que el vapor de agua no se limita a desaparecer. Al recalentarlo había subido, volviendo a condensarse en la estratosfera. La línea blanca era el límite inferior de las nubes, atacado por los girasoles; la línea negra era la sombra que cubría ya una extensión inmensa

del campo de girasoles. Para que ambas pareciesen tan próximas era preciso que el frente se extendiese hasta unos mil o mil quinientos kilómetros de distancia en todos los sentidos. Y crecía... con una lentitud exasperante, pero crecía.

En la estratosfera, el aire sería forzado a desplazarse hacia la periferia de la región de los girasoles; parte de la nube se condensaría en forma de lluvia, pero el resto del vapor de agua, mezclado con la nueva aportación del lago hirviente, circularía hacia el interior.

Le dolían los músculos. Luis se dio cuenta de que seguía agarrado convulsivamente a los brazos del asiento, y los soltó. Luego puso en marcha de nuevo el intercomunicador.

- Luis ha cumplido su promesa - estaba diciendo el gigante -, pero no sé cómo podremos llegar hasta las plantas moribundas...

- Pasaremos la noche aquí - dijo Luis -. Mañana por la mañana se verá mejor.

Desplazó el módulo a contragiro de la isla. El reflujo había dejado en la costa grandes montones de algas. Chmeee y el gigante dedicaron una hora a cargar algas en la bodega, a fin de reponer la materia prima de la cocina conservadora. Luis aprovechó la oportunidad para llamar a «La Aguja Candente de la Cuestión».

El Inferior no estaba en su puesto: debía de hallarse en la zona oculta de la «Aguja».

- Has roto tu contactor - dijo.

- Lo sé. Iba a preguntarte si has hecho algo de...

- Tengo uno de repuesto.

- Como si tuvieras una docena. He dejado el vicio. ¿Todavía quieres la máquina transmutadora de los Ingenieros del Mundo Anillo?

- Naturalmente.

- Entonces, colaboremos un poco. El centro de control del Anillo debe de estar en alguna parte. Si lo construyeron dentro de una de esas montañas derramadas, entonces los transmutadores desmontados de las naves han de estar forzosamente allí. Quiero conocer todos los detalles de la situación antes de meterme en ella.

El Inferior lo meditó.

Detrás de sus cabezas chatas que se agitaban sin cesar, unos edificios inmensos resplandecían de luz. Una ancha avenida, con discos transportadores en los cruces, extendía su perspectiva hasta un punto aparentemente infinito. La calle estaba llena de titerotes que lucían la gloriosa variedad de sus melenas. Por lo visto andaban siempre en grupos. Entre los edificios, flotaban en un cielo plateado dos satélites agrícolas, alrededor de los cuales orbitaban a su vez unos puntos luminosos. Se oía un rumor de fondo, como de una música extraterrena, o de un millón de conversaciones de titerotes, demasiado lejanas como para que se escuchasen con claridad.

El Inferior llevaba consigo un pedazo de su civilización perdida: grabaciones y hologramas y, probablemente, incluso el olor de sus semejantes para ambientar el aire. Sus muebles estaban diseñados en curvas suaves, sin esquinas en donde uno pudiese golpearse la rodilla y hacerse daño. En el suelo, una extraña figura cóncava era, probablemente, la cama.

- La parte posterior del muro es bastante lisa - dijo de pronto el Inferior -. Mi radar de profundidad no lo atravesará. Y no quiero arriesgar una de mis sondas. Prefiero que me sirva de repetidor entre la «Aguja» y el módulo; en realidad, cuanto más alta esté mejor servirá. En consecuencia, voy a situar la sonda en el sistema transportador de la orilla del Anillo.

- Buena idea.

- ¿De veras estás seguro de que el centro de reparación se encuentra...?

- En realidad, no, pero encontraremos sorpresas suficientes para estar distraídos. No hay que descartar ninguna posibilidad.

- Algún día será preciso decidir quién manda en esta expedición - dijo el titerote, y desapareció de la pantalla.

Aquella noche no se vieron estrellas.

Amaneció sobre el caos. Desde la cabina de vuelo no se divisaba sino un resplandor gris perla: ni cielo ni mar ni playa. Luis sintió la tentación de resucitar a Wu, sólo para poder salir a ver si el mundo aún estaba allí.

Prefirió despegar con el módulo. A cien metros de altura el cielo estaba despejado y relucía el sol. Abajo, no se veía nada más que una capa blanca interminable de nubes, cuyo brillo aumentaba hacia el horizonte por el lado del giro. La niebla había avanzado una buena extensión tierras adentro.

La placa repulsora continuaba en su lugar, punto negro apenas visible hacia el cenit.

Dos horas después de amanecer, una racha de viento barrió la niebla. Luis hizo descender el módulo hasta el nivel del mar antes de que el borde llegase a la playa. Pocos minutos después, se formó alrededor de la placa repulsora un nimbo brillante.

El rey de los gigantes se había pasado toda la mañana junto a la escotilla, mirando y atiborrándose distraídamente de lechuga. Chmeee guardaba también un silencio casi total. Cuando Luis habló, volvieron la mirada hacia el techo.

- Funcionará - dijo, y ahora sí estaba convencido -. Pronto hallaréis un trecho de girasoles muertos, limitando con una zona mucho más extensa cubierta por una capa permanente de nubes. Esparced vuestras semillas. Y si preferís comer plantas de fuego vivas, haced forraje durante la noche en las lindes de la zona de niebla. Quizá tengáis que establecer una base en cualquier isla de este lago. Y necesitaréis barcas.

- Ahora estamos en condiciones de elaborar nuestros propios planes - dijo el gigante -. Será útil tener cerca al Pueblo del Lago, aunque sean pocos. Prestarán servicios a cambio de herramientas. Ellos construirán nuestras barcas. ¿Crecerá la hierba, con tanta lluvia?

- No lo sé. Os aconsejo que sembréis también en las islas calcinadas.

- Bien... Nuestras costumbres nos obligan a esculpir en la roca un retrato de nuestros grandes héroes, con una dedicatoria. Somos un pueblo nómada y no podemos llevar a cuestas grandes estatuas. ¿Te parece razonable?

- Ciertamente.

- ¿Cuál es tu aspecto?

- Soy algo más grande que Chmeee, con más melenas alrededor de los hombros, y de un color semejante al tuyo. Dentadura de carnívoro, con colmillos. Sin orejas exteriores. No es necesario que os molestéis demasiado en conseguir un gran parecido. ¿Adónde quieres que te llevemos?

- A nuestro campamento. He de reclutar a unas cuantas mujeres para explorar las costas de este mar.

- Podemos dejarte allí ahora mismo.

El rey de los gigantes soltó una carcajada.

- Muchas gracias, Luis, pero mis guerreros estarán de pésimo humor a su regreso: desnudos, hambrientos, derrotados. Será mejor que se enteren de que aún voy a tardar algunos días en volver. Yo no soy ningún dios. Los héroes hemos de procurar tener contentos a nuestros seguidores, pues no es cuestión de pasarse todo el día peleando.

Segunda Parte

13 - Los orígenes

El módulo de aterrizaje sobrevolaba el terreno a unos ocho kilómetros de altura y a velocidad subsónica.

Veinte mil kilómetros no eran una gran distancia para la naveta. Las precauciones de Luis sacaban de quicio al kzin.

- En dos horas podíamos plantarnos frente a la ciudad flotante, ¡o aproximarnos por debajo! Y hasta en una hora, sin incomodidad grave.

- Por supuesto. Bastaría con salir de la atmósfera y poner en marcha los motores de fusión para cruzar como una estrella errante. Pero, ¿recuerdas cómo nos metimos en la cárcel

flotante de Halrloprillalar? ¿Volando cabeza abajo, quemados los motores de nuestras aerocicletas?

Chmeee azotó el respaldo de su asiento con la cola. Lo recordaba.

- No conviene que seamos descubiertos por algún antiguo aparato. Puede que la plaga de los superconductores no los haya inutilizado todos.

La pradera iba siendo reemplazada por tierras de cultivo, que a su vez daban a una selva pantanosa, como evidenciaban los reflejos perpendiculares de la luz solar por entre el ramaje florido.

Luis estaba eufórico. No quería recordar la futilidad de su guerra contra los girasoles. ¡Había triunfado! Se había planteado a sí mismo un objetivo y lo había alcanzado, con inteligencia y aprovechando los recursos disponibles.

El pantano parecía inacabable. En una ocasión Chmeee le indicó un poblado. Era difícil verlo, con sus viviendas palafíticas medio sumergidas y además abrumadas por un manto de enredaderas y mangles. Estaban construidas en un estilo muy extraño, con paredes y tejados salientes, de manera que las calles se estrechaban hacia arriba. Desde luego los ingenieros no serían de la raza de Halrloprillalar.

Hacia mediodía el módulo había cubierto una distancia muy superior a la que Gingerofer o el rey de los gigantes llegarían a recorrer en toda una vida. Había sido una tontería por parte de Luis el interrogar a aquellos primitivos, que estaban tan alejados de la ciudad flotante como un poblador de la Tierra de sus antípodas.

El Inferior restableció la comunicación.

Esta vez su melena era como una catarata irisada, teñida a mechones en todos los colores primarios. A sus espaldas, paseaba, entre un vaivén de discos transportadores, una muchedumbre de titerotes que se agolpaban delante de los escaparates, se rozaban sin disculparse ni enfadarse, y hacían flotar en el ambiente un murmullo musical como de flautas y clarinetes: el lenguaje de los titerotes.

El Inferior preguntó:

- ¿Alguna novedad?

- Ninguna - dijo Chmeee -. Hemos perdido el tiempo. Indudablemente, hubo un período de gran actividad solar hace diecisiete falans... unos tres años y medio, pero eso ya lo habíamos adivinado. Las pantallas de sombra se juntaron para proteger la superficie del Anillo. Por lo visto, van guiadas por un sistema independiente.

- Eso también podíamos intuirlo. ¿Nada más?

- El hipotético Centro de Mantenimiento de Luis, si existe, se halla inactivo. Ese pantano que hemos sobrevolado no estaba previsto. Imagino que alguna corriente importante habrá cambiado de curso impidiendo su desagüe. Hemos conocido algunas variedades de homínidos más o menos inteligentes. De los que construyeron el Mundo Anillo, ni rastro, a menos que hayan sido los antepasados de Halrloprillalar. Me inclino a pensar que sí fueron ellos.

Luis abrió la boca... y bajó los ojos al notar un dolorcillo súbito en la pierna. Halló cuatro uñas kzinti ligeramente clavadas en su muslo, y prefirió callar. Chmeee continuó:

- No hemos visto a nadie de la raza de Halrloprillalar. Es posible que no hayan sido nunca una población muy numerosa. Han llegado hasta nosotros rumores acerca de otra raza, el Pueblo de la Máquina, que tal vez los haya desplazado. Estamos buscándolo.

- El Centro de Reparación está inactivo, sí - dijo el Inferior, malhumorado -. He averiguado muchas cosas. Puse una sonda a trabajar...

- Pon las dos - exigió Chmeee.

- La otra queda en reserva para repostar la «Aguja». He tenido suficiente con una para descubrir el secreto de las montañas derramadas. Mirad...

La pantalla más a la derecha se iluminó mostrando las imágenes tomadas por la sonda. Era un recorrido a lo largo de la pared; un detalle había sido pasado por alto y luego la cámara retrocedió más despacio y lo exploró.

- Luis me aconsejó que explorase el muro. La sonda había entrado apenas en su rutina de deceleración cuando apareció esto. Pensé que valía la pena investigarlo.

Se veía un saliente en la coronación del muro. Era una tubería que discurría aplastada contra la superficie, y hecha del mismo scrith gris y translúcido. La sonda fue acercándose hasta que la cámara mostró un tubo de unos cuatrocientos metros de diámetro.

- Muchas características del Mundo Anillo reflejan un planteamiento de fuerza bruta - comentó el Inferior.

Y la sonda reseguía la trayectoria del tubo por encima del borde y hacia la cara exterior del muro, donde la conducción desaparecía en el material expandido que formaba el blindaje contra asteroides de la superficie externa del Anillo.

- Ya veo - dijo Luis - ¿Y no reflejaba ningún rastro de actividad?

- No. Intenté detectar la trayectoria de esa tubería y he tenido bastante éxito.

La escena cambió. La pantalla oscura reflejaba el rápido movimiento de la sonda, mientras ésta navegaba a bastante distancia, en el exterior del Mundo Anillo. El paisaje circulaba invertido en la parte superior de la imagen, tomada con luz infrarroja. La sonda redujo velocidad, se detuvo y empezó a ganar elevación.

Para que un meteorito chocase contra el Mundo Anillo, antes habría recorrido una larga caída por el espacio interestelar, por lo que incidiría con su propia velocidad, más los mil doscientos kilómetros por segundo del propio Anillo. En aquel punto había chocado un meteorito. La nube de plasma había excavado una galería tremenda, desintegrando el material expandido protector y atravesando cientos de kilómetros de subsuelo marino. El tubo de algunos cientos de metros de diámetro se hundía en esa excavación y subía hasta llegar al fondo del mar.

- Un sistema de reciclaje - murmuró Luis

El titerote explicó:

- Si no se contrarrestase la erosión, todas las tierras altas del Mundo Anillo acabarían en el fondo del mar al cabo de pocos milenios. Supongo que los tubos salen del fondo del mar, rodean la superficie externa y ascienden otra vez hasta coronar el muro. De esta manera, vierten los Iodos de los fondos marinos formando las montañas derramadas. La mayor parte del agua se evapora en la parte de arriba del muro, a cincuenta kilómetros de altura, puesto que allí reina casi el vacío. La montaña se va hundiendo gradualmente bajo su propio peso, y sus materiales, arrastrados por los vientos y los ríos, retornan a la superficie.

Chmeee dijo:

- Mera suposición, pero plausible. ¿Dónde está ahora tu sonda, Inferior?

- Voy a hacer que regrese de la cara exterior del Anillo, y la reinsertaré en el sistema de transporte.

- Hazlo. ¿Tiene radar de penetración la sonda?

- Sí, pero de escaso alcance.

- Haznos una radiografía de las montañas. Distan entre sí... ¿digamos entre treinta y cincuenta mil kilómetros? Según eso, deberían hallarse alrededor de ambos muros del orden de unas cincuenta mil montañas de ésas. Algunas podrían muy bien haber servido de escondrijo para el Centro de Mantenimiento.

- Pero ¿por qué iba a estar escondido el Centro de Mantenimiento?

Chmeee emitió un sonido despectivo.

- ¿Y si hubiese una insurrección de las razas sometidas, o una invasión? Por supuesto, el Centro de Mantenimiento debe de estar escondido, e incluso fortificado. ¡Registra todas las montañas!

- Muy bien. Necesitaré una rotación del Anillo para explorar todo el margen de estribor.

- Explora luego el otro.

Luis dijo:

- Y pon en funcionamiento las cámaras también. No olvides que seguimos buscando los reactores correctores de posición... aunque empiezo a creer que disponían de algún otro sistema.

El Inferior desconectó. Luis se volvió hacia la escotilla. Hacía rato que le intrigaba aquella línea pálida que ceñía los límites del pantano, mucho más recta que cualquier río. Señaló un par de puntos, apenas visibles, que se movían sobre la misma.

- Será mejor que vayamos a verlo. ¿Querrías bajar un poco?

Era una carretera. Desde una altura de treinta metros se apreciaba su construcción primitiva: tratábase de una simple cinta de grava. Luis comentó:

- El Pueblo de la Máquina, supongo. ¿Quieres que sigamos la pista a esos vehículos?

- Espera a que estemos más cerca de la ciudad flotante.

Parecía ridículo abandonar una oportunidad presente, pero Luis no se atrevió a objetar. La tensión del kzin se mascaba en el aire.

La carretera evitaba las zonas bajas y pantanosas. Se hallaba en buenas condiciones. Chmeee la siguió a baja velocidad, sobre una altura de treinta metros.

En una ocasión, pasaron cerca de un puñado de edificios, el más grande de los cuales parecía una refinería. Varias veces pasaron por encima de vehículos en forma de cajones. Sólo una vez fueron vistos. Uno de los cajones frenó de súbito y salió un enjambre de figuras humanoides, que se dispersaron corriendo en círculo y luego apuntaron al módulo con una especie de bastones. Instantes después desaparecieron atrás, a lo lejos.

En la selva húmeda destacaban unas grandes formas blanquecinas, que no podían ser rocas puestas al descubierto por la erosión. Luis se preguntó si no serían unos hongos gigantes. Pero dejó de preguntárselo al observar que uno de ellos se movía. Intentó llamar la atención de Chmeee, pero el kzin no le hizo ningún caso.

La carretera torcía a contragiro y se internaba en un macizo de peñascos, el cual cruzaba aprovechando un desfiladero entre los mismos, en vez de abrirse su propio camino; luego doblaba otra vez a la derecha siguiendo de nuevo el límite de la región de los pantanos.

Pero Chmeee desvió el rumbo a la izquierda y aceleró. El módulo dejó la cadena rocosa a babor, echando una lengua de fuego por la popa. De súbito, el kzin hizo girar la nave, frenó y aterrizó al pie de un risco de granito.

- Salgamos - dijo.

El núcleo de scrith de la montaña bastaba para incomunicar los micrófonos del Inferior, pero estaban todavía más seguros fuera de la nave. Luis siguió los pasos del kzin.

El día era claro y soleado... demasiado soleado en realidad, ya que aquel sector del Anillo se acercaba a su mínima distancia con respecto al sol. Soplaba una brisa ardiente. El kzin preguntó:

- Estuviste a punto de decirle al Inferior lo de los Ingenieros del Mundo Anillo, ¿verdad, Luis?

- Seguramente, ¿por qué no?

- Supongo que hemos llegado a la misma conclusión.

- Lo dudo. ¿Qué sabrá un kzin de los protectores de Pak?

- Sé todo lo que hay en los archivos del instituto Smithsoniano, que no es gran cosa. He estudiado la declaración del minero del cinturón de asteroides Jack Brennan, y he visto las

holografías de los restos momificados del alienígena Phssthpok y de la bodega de carga de su nave.

- ¿Cómo lograste hacerte con todo eso, Chmeee?

- ¡Qué importa el cómo! ¿Acaso no era yo un diplomático? La existencia de los Pak ha sido un Secreto del Patriarca durante generaciones, pero todo kzin llamado a tratar con humanos tiene la obligación de estudiar los archivos. Es preciso que conozcamos a nuestros enemigos. Quizá sepa yo más de tus antepasados que tú mismo. Y estoy convencido de que el Mundo Anillo fue construido por Pak.

Seiscientos años antes de que Luis Wu hubiese nacido, un protector de Pak llegó al sistema de Sol en una misión de emergencia. A través de este Phsstkpok, y por mediación del pionero Jack Brennan, los historiadores supieron el resto.

Los Pak eran oriundos de un mundo del núcleo galáctico. En sus vidas atravesaban tres fases, la de niños, la de criadores y la de protectores. Los adultos o criadores disponían apenas de la inteligencia necesaria para esgrimir un palo o arrojar una piedra.

Al llegar a la madurez, si llegaban a vivir tanto, se suscitaba en los criadores Pak un afán insaciable de comer de la planta llamada árbol de la Vida. Un virus, simbionte de la planta, desencadenaba el cambio. El criador perdía las gónadas y los dientes. Su cráneo y su cerebro se desarrollaban. Los labios y las encías se deformaban y refundían hasta constituir un grueso pico. La piel se arrugaba, se espesaba y se endurecía. Las articulaciones se hacían más gruesas, proporcionando mejores inserciones musculares y aumentando su fuerza física. Y se les formaba en la ingle un corazón de doble cavidad.

Phssthpok venía siguiendo la pista a un navío colonizador de Pak, que había alcanzado la Tierra más de dos millones de años atrás.

Los Pak vivían en estado de guerra constante. Las primeras colonias en los mundos cercanos del núcleo galáctico eran superadas constantemente por nuevas oleadas de naves. Quizá por eso, aquélla había llegado tan lejos.

La colonia había sido numerosa y bien equipada, y conducida por seres mucho más fuertes y más hábiles que los humanos. Y, sin embargo, fracasó. El árbol de la Vida arraigaba en el suelo de la Tierra, pero no así el virus. Los protectores se extinguieron, dejando una población de criadores Pak abandonada a su suerte... y grabaciones de una llamada de auxilio que cruzó treinta mil años luz hasta llegar al mundo natal de Pak.

Phssthpok encontró esas grabaciones en una antigua biblioteca de Pak. Y Phssthpok viajó esos treinta mil años luz, a solas en una nave de propulsión sublumínica, en busca del sistema Sol. Los recursos incorporados en la construcción de aquella nave, en cuanto a conocimientos, inteligencia y materiales, eran recursos conquistados y pretendidos por Phssthpok mediante la guerra. Su bodega de carga iba repleta de raíces y semillas del árbol de la Vida, así como de sacos de óxido de talio. Sus propias investigaciones le habían revelado la necesidad de este abono poco habitual.

Pudo habérsele ocurrido que se producirían mutaciones entre los criadores.

En el mundo de Pak, un mutante no tenía ninguna oportunidad. Cuando un niño les parecía un poco raro a sus abuelos protectores, lo eliminaban. En la Tierra... tal vez Phssthpok especulaba con un índice de mutaciones más bajo, ya que allí no existía una densidad de radiaciones cósmicas tan intensa como en los soles del núcleo galáctico. Quizá jugaba tan sólo con una probabilidad favorable.

Y, efectivamente, los criadores habían mutado. Para cuando llegó Phssthpok apenas guardaban ya ningún parecido con los criadores de Pak, a excepción de ciertos cambios que se manifestaban a edad avanzada, cuando cesaba en las hembras la producción de óvulos, y se presentaba en ambos sexos el arrugamiento de la piel, la pérdida de los dientes, la hinchazón de las articulaciones, así como una inquietud y una insatisfacción que eran los últimos recuerdos del hambre antigua del árbol de la Vida. Posteriormente, sufrían dolencias cardiacas, debidas a la ausencia del segundo corazón adventicio.

Pero Phssthpok no llegó a saber nada de todo esto. El salvador murió casi sin dolor y sospechando apenas que aquellos a quienes había venido a salvar estaban convertidos en monstruos y no necesitaban de él para nada.

Ésa fue la historia que Jack Brennan contó a los representantes de las Naciones Unidas antes de su desaparición. Mas para entonces, Phssthpok ya había muerto, y el testimonio de Jack Brennan era bastante dudoso. Había comido del árbol de la Vida, y se había convertido en un monstruo. En particular, su cráneo estaba tremendamente abultado y desfigurado. Era posible que además se hubiese vuelto loco.

Era como si hubiesen derramado sobre aquella zona rocosa una carga de fideos con espinacas. Rayas de verdor viscoso al tacto se agarraban a los lugares donde había llegado a formarse un poco de tierra entre las peñas. Enjambres de insectos zumbaban alrededor de los tobillos, manteniéndose a escasos centímetros del suelo.

- Protectores de Pak - dijo Luis -. Eso fue lo que pensé, pero me costaba convencerme de ello.

Chmeee dijo:

- Los trajes de vacío y la armadura del gigante herbívoro mostraban sus formas: humanoides, pero con las articulaciones abultadas y con prognatismo facial. Pero hay otras pruebas. Hemos conocido muchas especies de homínidos, todas diferentes, pero que deben derivar de un antepasado común: el tuyo, el criador de Pak.

- Sin duda. Además eso explicaría por qué murió Prill.

- ¿De veras?

- La droga de la juventud estaba hecha para el metabolismo del Homo sapiens. Halrloprillalar no podía usarla. Ella tenía su propia droga de longevidad, apta para cierto número de especies. Se me ocurrió pensar que la raza de Prill debió de hacer un extracto de árbol de la Vida.

- ¿Por qué?

Librodot

- Pues porque los protectores vivían miles de años. Algún principio activo del árbol de la Vida, o una dosis subcrítica del mismo, podría producir un cambio suficiente para dar el mismo resultado en un homínido. Y el Inferior dice que la dosis de Prill fue robada.

Chmeee asintió.

- Lo recuerdo. Uno de vuestros transportadores de minerales de los asteroides abordó la nave espacial Pak abandonada. El más viejo de la tripulación olfateó el árbol de la Vida y se volvió loco; comió de él hasta reventar, sin que sus compañeros pudieran impedírselo.

- Sí. No es demasiado improbable que le ocurriese lo mismo a algún ayudante del laboratorio de las Naciones Unidas. Hete aquí que Prill entra en el edificio de las Naciones Unidas llevando un frasco de la droga de longevidad del Mundo Anillo. Las Naciones Unidas quieren una muestra. Un muchacho, apenas en edad de tomar su primera dosis..., cuarenta o cuarenta y cinco años... abre el frasco, prepara la pipeta... y entonces le da el olor en las narices y se lo bebe todo de un trago.

Chmeee azotó el aire con la cola.

- No voy a decir que sintiese un gran aprecio hacia Halrloprilialar, pero no dejaba de ser una aliada.

- Yo sí la apreciaba.

El viento, caliente y cargado de polvo, les azotaba. Luis sentía como una urgencia; iba a pasar mucho tiempo antes de que tuvieran otra oportunidad de hablar a solas. Pronto, la sonda que servía para transmitir las señales de la «Aguja» hacia ellos y viceversa estaría tan alta en el cielo del Anillo, que aquel juego del escondite ya no les serviría.

- ¿Podrías tratar de pensar como un Pak para mí, Chmeee?

- Lo intentaré.

- Llenaron de mapas los Grandes Océanos. En vez de cartografiar a Kzin y a Down, y a Marte, y a Jinx, ¿sabrías explicarme por qué los protectores de Pak no se limitaron a exterminar a los kzinti, los grogs, los marcianos y los bandersnatchi?

- Brrrr. En efecto, ¿por qué no? Según el relato de Brennan, a los Pak no les importaba destruir especies ajenas.

Chmeee se puso a pasear de un lado a otro mientras rumiaba el problema; finalmente dijo:

- Quizá temían verse perseguidos. ¿Y si hubieran perdido una guerra? ¿Y si temían que los vencedores les persiguieran? Para los Pak, el descubrimiento de una docena de mundos calcinados en un radio de una docena de años luz revelaría, sin duda, la presencia de otros Pak.

- ¡Hum! Es posible. Y ahora, para empezar, dime por qué construyeron un Mundo Anillo. ¿Cómo rayos pensaban defenderlo?

Librodot

- Yo no intentaría defender una estructura tan vulnerable. Quizá lleguemos a saberlo. Por mi parte, yo me he preguntado por qué los Pak vinieron a esta región del espacio. ¿Por coincidencia?

- No. Está demasiado lejos.

- ¿Entonces?

- ¡Ah! No podemos sino hacer conjeturas... Supongamos que un cierto grupo deseaba alejarse de Pak lo más pronto y lo más lejos que pudieran. Digamos, una vez más, que perdieron una guerra. Que fueron expulsados del mundo de Pak. Pues bien, sabían que existía una ruta segura hacia uno de los brazos de la galaxia, una ruta explorada con anterioridad. La primera expedición, la que colonizó la Tierra, pudo llegar hasta el sistema de Sol sin tropezar con ningún peligro insuperable, y envió datos a casa. De manera que los vencidos siguieron esa ruta. Y para más seguridad, se establecieron a buena distancia del sistema de Sol.

Chmeee rumió sobre aquella posibilidad, y finalmente dijo:

- Como sea que llegasen hasta aquí, los Pak eran unos xenófobos inteligentes y guerreros. Lo cual tiene consecuencias que no podemos descuidar. El arma que desintegró la mitad del «Embustero», y que tú y Teela os empeñasteis en considerar una defensa antimeteoritos, casi indudablemente estaba programado para destruir naves intrusas. Y, si se presenta la oportunidad, disparará contra «La Aguja Candente de la Cuestión» o contra el módulo. En segundo lugar, digo que el Inferior no ha de enterarse de quiénes fueron los Ingenieros del Mundo Anillo.

Luis meneó la cabeza.

- Sin duda ha desaparecido desde hace mucho tiempo. Según Brennan, el único móvil de los actos de un protector era el de proteger su descendencia. No habrían permitido que prosperasen tantas mutaciones, ni que el Mundo Anillo llegase a chocar con su sol.

- Luis...

- Mejor dicho, deben de haber desaparecido hace cientos de miles de años. Fíjate en la variedad de homínidos que hemos visto.

- Millones de años, diría yo. Debieron de salir poco después de que la primera nave pidiese auxilio, y murieron poco después de terminar la estructura. ¿Cómo, si no, habrían tenido tiempo para desarrollarse tantas variedades? Pero...

- Fíjate en esto, Chmeee: supongamos que terminasen el Mundo Anillo hace sólo medio millón de años. Concedamos a los criadores la mitad de ese tiempo para diseminarse; mientras tanto, supongamos que no hubo guerras entre los protectores porque sobraba territorio para todos. Y que luego los protectores desaparecieron.

- ¿Por qué?

- No dispongo de datos suficientes.

- Lo acepto. ¿Qué más?

- Digamos que los protectores se extinguieron hace doscientos cincuenta mil años. Concedamos a los criadores la décima parte del tiempo que empleó la humanidad en evolucionar sobre la Tierra. La décima parte del tiempo, con abundancia de nichos ecológicos en donde desenvolverse, debido a que los protectores no aportaron ninguna especie predadora que pudiese hostilizar a los criadores, y con una base de población de miles de millones de individuos...

»¿Lo ves? En la Tierra habría quizá medio millón de criadores cuando desaparecieron los protectores. En el Mundo Anillo, tres millones de veces más espacio, y tiempo sobrado para ocuparlo antes de la extinción de los protectores. A los mutantes no debió de serles difícil sobrevivir.

- No admito que tengas razón - replicó Chmeee sin acritud -. Intuyo que se te escapa algún punto. Acepto que los protectores se extinguieron, lo que es casi seguro. Y digo casi. ¿Qué ocurriría si el Inferior se enterase de que este mundo era propiedad de ellos, creación suya?

- ¡Huy! Echaría a correr. Sin acordarse de nosotros.

- Oficialmente, no hemos adivinado el secreto de la construcción del Mundo Anillo, ¿de acuerdo?

- De acuerdo.

- ¿Y qué? ¿Seguimos buscando el Centro de Mantenimiento? El aroma del árbol de la Vida podría ser mortal para ti. Eres demasiado viejo para convertirte en un protector.

- No lo deseo. ¿No hay un espectroscopio en el módulo?

- Sí.

- El árbol de la Vida no crece en ausencia de un abono especial: el óxido de talio. Este elemento debe de ser mucho más corriente en el núcleo de la galaxia que aquí, en su extrarradio. Dondequiera que los protectores pasaran una temporada, se encontrará el óxido de talio que necesitaban para sus plantas. Así es como localizaremos el Centro de Mantenimiento. Si alguna vez conseguimos entrar allí, lo visitaremos metidos en trajes herméticos.

14 - El olor de la muerte

La voz del Inferior resonó como un trueno cuando salían a la carretera:

- ¡Módulo! ¡CHMEEE, LUIS! ¿DÓNDE OS ESCONDÉIS? INFERIOR LLAMANDO A MUNDO...

- ¡Cállate ya, nej, maldita sea! ¡Baja el volumen, que nos estás rompiendo los tímpanos!

- ¿Me oís ahora?

- Te oímos perfectamente.

Chmeee había replegado las orejas dentro de sus bolsas de pellejo. A Luis le habría gustado poder hacer lo mismo.

- Las montañas habrán bloqueado la señal.

- ¿Y de qué hablabais mientras hemos estado incomunicados?

- Planeando un motín. Pero hemos votado en contra.

Hubo un breve silencio, y luego:

- Muy prudentes - dijo el Inferior -. Quiero que me digáis cómo interpretáis este holograma.

Una de las pantallas mostraba una especie de puente que sobresalía del muro limítrofe del Anillo. La imagen tenía poca nitidez y la iluminación era extraña, puesto que se había tomado en el vacío, bajo luz solar de un lado y albedo del Anillo por el lado opuesto. El puente parecía de una pieza con el propio muro, como si se hubiese levantado una porción de scrith, y servía de unión a un par de anillos o toros separados por una distancia igual a su propio diámetro. No se veía nada más, excepto la coronación del muro, por lo que resultaba imposible juzgar los tamaños relativos.

- Fue tomada por la sonda - explicó el titerote -. Como dije, he insertado la sonda en el sistema de transporte del borde. Se está acelerando hacia el contragiro.

- Sí. ¿Qué te parece, Chmeee?

- Podría ser un reactor de posición del Anillo, aunque no estaría en funcionamiento aún.

- Es posible. Hay muchas maneras de diseñar un propulsor Bussard. ¿Has detectado algún efecto magnético, Inferior?

- No, Luis. La máquina parece en régimen quiescente.

- Puesto que se halla en el vacío, no habrá sido atacada por la plaga de los superconductores. No parece dañada. Pero los mandos podrían estar en otro lugar. En la superficie. Quizá fuese posible repararlos.

- Primero tendrías que encontrarlos. ¿En el Centro de Mantenimiento?

- Sí, tal vez.

La carretera discurría por entre pantanos y roquedales. Sobrevolaron lo que parecía otra instalación química. Sin duda fueron vistos, pues se oyó el aullido de una sirena y salió un penacho de humo de lo que podía tomarse por una chimenea. Chmeee no redujo la velocidad.

No vieron más de aquellos vehículos como cajones.

Luis había observado, muy a lo lejos en medio de los pantanos, unos resplandores blanquecinos que avanzaban poco a poco entre la espesura. Eran tan lentos como la niebla que flota sobre las aguas, o como un gran transatlántico en el momento de amarrar. Ahora, lejos y hacia proa, una forma blanca se apartó de los árboles dirigiéndose hacia la carretera.

El cuello delgado de la bestia, alzándose sobre la vasta masa blanca, portaba el bloque sensorial; la mandíbula, en cambio, estaba a ras de tierra, donde actuaba como una gran pala mecánica tragando agua del pantano y vegetación, mientras el animal se desplazaba reptando sobre la musculatura de su barriga. Era más grande que el mayor de los dinosaurios.

- Bandersnatch - dijo Luis. ¿Qué estarían haciendo allí? Los bandersnatchi eran una forma nativa de Jinx.

- Más despacio, Chmeee. Quiere hablarnos.

- ¿De qué?

- Tienen mucha memoria.

- Pero ¡qué van a recordar! Criaturas de los pantanos, comedoras de fango, y sin manos para construir armas. No.

- ¿Por qué no? Para empezar, a lo mejor nos cuentan lo que están haciendo unos bandersnatchi en el Mundo Anillo.

- Eso no es ningún misterio. Los protectores que acumularon sus mapas en el Gran Océano los poblarían con ejemplares de las especies que juzgasen peligrosas.

Chmeee jugaba a ser el mandón, lo que no agradaba a Luis.

- ¡Oye! ¿Qué te pasa? ¡Podríamos preguntar al menos!

El bandersnatch se quedó mirándoles. Chmeee gruñó:

- Evitas los enfrentamientos como un titerote de Pierson. ¡Preguntar a comedores de fango y salvajes! ¡Combatir con girasoles! El Inferior nos ha traído a esta estructura decadente en contra de nuestra voluntad, ¡y tú retrasando nuestra venganza para vértelas con unos girasoles! Dentro de un año, ¡qué les importará a los nativos del Anillo si paso por aquí el dios Luis e hizo un alto para recoger forraje!

- Yo los salvaría, si nos fuese posible.

- No podemos hacer nada. Es a los Ingenieros de la carretera a quienes hemos de buscar. Demasiado primitivos para hacernos daño, pero lo bastante adelantados como para contestar a ciertas preguntas. Cuando veamos un vehículo aislado, descenderemos sobre él.

Después de mediodía, Luis se hizo cargo de los mandos.

El pantano se había convertido en un río que se desviaba en un arco extenso hacia el sentido del giro, abandonando su lecho original. La carretera, toscamente construida, seguía el trazado

del nuevo río. Aún se distinguía el lecho original, más a babor, trazando armoniosos meandros, con ocasionales saltos o cascadas, pero todo ello completamente seco y yendo a morir en un desierto no menos árido. Aquel pantano habría sido sin duda un mar, antes de empezar a desecarse.

Luis titubeó, y luego siguió el lecho originario.

- Creo que llegamos justo a tiempo - le explicó a Chmeee -. La raza de Prill evolucionó mucho después de la desaparición de los Ingenieros. De todas las especies inteligentes que hay aquí, ellos fueron la más ambiciosa. Construyeron aquellas grandes y espléndidas ciudades. Luego, esa plaga insólita destruyó la mayor parte de su maquinaria. Ahora tenemos el Pueblo de la Máquina, que quizá sea de la misma especie. El Pueblo de la Máquina construyó esta carretera. Cuando lo hizo, el pantano estaba ya formado. Pero yo creo que se formó después de la caída del imperio de la raza de Prill.

»Por eso me dedico a buscar alguna ciudad antigua de la raza de Prill. Si tenemos suerte, quizá encontremos incluso una vieja biblioteca o una sala de cartografía.

Durante la primera expedición habían visto que las ciudades eran escasas. Esta vez llevaban horas volando sin ver nada, excepto dos veces unos grupos de chozas, y otra vez, una tormenta de arena del tamaño de un continente.

La ciudad flotante se alzaba todavía delante de ellos, de perfil, impidiendo ver detalles. Los bordes estaban ceñidos por una hilera de torres; en cambio, hacia el centro abundaban más las torres invertidas, es decir, colgantes.

El río seco daba a un mar seco. Luis resiguió el trazado de la costa desde treinta kilómetros de altura. El fondo marino era extraño, y bastante plano, excepto en los puntos donde algunas islas artísticamente repartidas se elevaban como pastelillos de molde.

Chmeee exclamó:

- ¡Pon el piloto automático, Luis!

- ¿Qué has visto?

- Una draga.

Luis se reunió con Chmeee ante el telescopio.

La había confundido con una de las islas de mayor tamaño. Era grande y plana, en forma de disco y del color de los Iodos marinos. Se veía que había estado sumergida cuando hubo agua en aquel mar. Tenía una falda en ángulo como la pala de una excavadora, y estaba encallada contra la base de la isla que ella misma había excavado del fondo.

Así era como los Ingenieros del Mundo Anillo llevaban los Iodos del fondo marino hacia los tubos de recirculación. La renovación no se habría sostenido por sí misma porque los mares apenas tenían calado.

- La tubería se atascó - especuló Luis - La draga siguió funcionando hasta que se rompió, o hasta quedarse sin propulsión... tal vez por culpa de la plaga de los superconductores. ¿Quieres que llame al Inferior?

- Sí. Que se ponga contento...

Pero el Inferior tenía noticias aún más importantes

- Fijaos - anunció.

Hizo pasar por una de las pantallas una rápida sucesión de hologramas. Un puente destacó en perfil saliente sobre el borde de la pared, portador de un par de anillos; luego otro, visto de más lejos, y en esta imagen aparecía una de las montañas de residuos al pie del muro. Su tamaño venía a ser como la mitad de la altura del puente. Apareció un tercero, y un cuarto, en proximidad del cual se adivinaban algunas estructuras. Y un quinto.

- ¡Alto! - exclamó Luis - Vuelve atrás.

El quinto puente se inmovilizó en pantalla durante unos instantes. No revelaba ningún accidente particular. Entonces, el Inferior pasó el cuarto holograma.

Estaba un poco falto de nitidez, debido a la velocidad de la sonda. Se veían máquinas elevadoras pesadas junto a la pared, y cerca del puente; un rudimentario generador de fusión; una cabria con motor; un malacate y su gancho flotando en suspensión al lado. El cable del malacate debía de ser de una delgadez extrema, que lo hacía invisible, pensó Luis. Podía ser alambre del utilizado en las pantallas de sombra.

- ¿Un equipo de mantenimiento en plena tarea? Brrrr. ¿Están montando los propulsores de posición o desmontándolos? ¿Cuántos tienen montados?

- La sonda nos lo dirá - explicó el Inferior - Llamo vuestra atención sobre otro problema. Os recordaré aquellos anillos que rodeaban el casco de la nave espacial anillícola intacta. Supusimos que servían para generar los campos magnéticos acumuladores para los propulsores Bussard.

Chmeee estudió la pantalla.

- Todas las naves del Mundo Anillo eran del mismo diseño. Me preguntaba el porqué - Quizá tengas razón.

Luis terció:

- No entiendo. ¿Qué tiene que ver...?

Dos serpientes de un solo ojo le contemplaron a través de otra pantalla.

- La especie de Halrloprillalar construyó parte de un sistema de transporte que le proporcionaría espacio ilimitado que colonizar y explorar. ¿Por qué no continuaron? Con el sistema de transporte del muro, todo el Mundo Anillo quedaba a su alcance. ¿Para qué emprenderían el esfuerzo de alcanzar las estrellas?

Todo ello, en conjunto, anunciaba un panorama bastante feo. Luis no deseaba creerlo, pero encajaba demasiado bien.

- Obtenían los motores gratis. Desmontaron varios de los propulsores de corrección del Anillo, les añadieron las naves y llegaron a las estrellas. Y como no pasaba nada, en apariencia, desmontaron unos cuantos más. Me pregunto qué cantidad de propulsores llegarían a utilizar.

- Con el tiempo, la sonda nos lo dirá - dijo el titerote -, A lo que parece, aún quedan algunos motores en posición. ¿Por qué no han corregido la desviación del Mundo Anillo antes de permitir que la inestabilidad aumentase demasiado? La pregunta de Chmeee es lógica. ¿Están montando los motores otra vez, o los roban para aprovecharlos en sus naves y ofrecer una escapatoria a una minoría de la raza de Halrloprillalar?

Luis soltó una carcajada amarga.

- ¡Qué os parece! Dejaron algunos propulsores en su lugar. Entonces, apareció la plaga que acabó con la mayor parte de sus máquinas. Algunos se dejaron vencer por el pánico. Tomaron todas las naves que tenían, y construyeron otras a toda prisa, y desmontaron la mayor parte de los propulsores de posición para hacerlo. Todavía están en eso. Han decidido abandonar el Mundo Anillo a su destino.

Chmeee comentó:

- ¡Locos! Se han condenado a sí mismos.

- Me pregunto si eso será cierto.

- Es la mera posibilidad lo que me parece más ominoso - dijo el titerote -. ¿No habrían acarreado tanta parte de su civilización como pudieran transportar? Indudablemente, habrían utilizado las máquinas transmutadoras.

Cosa extraña, esta vez Luis no tuvo deseos de burlarse, pero, ¿qué se podía contestar a aquello?

Fue el kzin quien halló la respuesta.

- Debieron de llevarse todo cuanto pudieron. Y acercarlo hacia la zona de los espaciopuertos. Todo cerca del muro, donde podían disponer del sistema transportador del borde. Hemos de buscar tierra adentro, y hemos de encontrar el Centro de Mantenimiento. Los de la raza de Prill que se encontrasen allí tratarían de salvar el Mundo Anillo, no de abandonarlo.

- Quizá.

- Nos convendría saber cuándo empezó a comerse sus superconductores la plaga - dijo Luis.

Si creyó que el titerote acusaría el golpe, se equivocaba. El Inferior dijo:

- Es probable que lo averigüéis antes que yo.

- Yo pensé que ya lo sabías.

- Llamadme si descubrís alguna cosa.

Y las cabezas de ofidio desaparecieron.

Chmeee estaba mirándole con aire de sorpresa, pero no dijo nada.

Luis retornó a los mandos de vuelo.

La divisoria era una sombra inmensa que venía por el sentido del giro, cuando Chmeee avistó la ciudad. Habían volado siguiendo un lecho fluvial cegado por la arena, a babor del lago seco. Allí el lecho se dividía en dos y la ciudad estaba situada en la confluencia.

La raza de Prill construía en grande aun cuando no hubiese ninguna necesidad de ello. Aquélla no había sido una ciudad muy extensa, pero sí grandiosa, hasta que los edificios flotantes cayeron, abatiéndose sobre las estructuras más pequeñas situadas debajo. Una torre esbelta se mantenía en pie, pero inclinada: se había clavado como una lanza en las capas inferiores.

Por babor venía una carretera, siguiendo uno de los brazos del río seco, y cruzaba luego un puente de una construcción tan pesada que sólo podía ser debida al Pueblo de la Máquina. La raza de Halrloprillalar habría usado materiales más resistentes o le habría dado una estructura flotante

Chmeee dijo:

- Habrán saqueado la ciudad

- Supongo que sí, puesto que alguien se molestó en construir una carretera hasta el lugar del saqueo. ¿Por qué no bajamos, de todos modos?

- ¿Curiosidad simiesca?

- Tal vez. Bastaría con describir un círculo alrededor para echar una ojeada.

Chmeee frenó el módulo con brusquedad, pasando casi en seguida a la caída libre. Tenía el pelo crecido, en forma de reluciente y decorativo abrigo color naranja, que era un recordatorio de la nueva juventud de Chmeee. Aquella segunda adolescencia no mejoraba su carácter. Cuatro guerras kzin-humanidad, más unos cuantos «incidentes»... Luis prefirió guardar silencio.

El módulo frenó y Luis esperó a dejar de sentirse aplastado por un peso tremendo para ponerse a ajustar las tomavistas exteriores. En seguida se dio cuenta de lo que ocurría.

Un vehículo en forma de cajón estaba detenido a un lado de la torre inclinada. Tendría capacidad para una docena de pasajeros. Por su tamaño, el motor, situado en la parte trasera, habría bastado para elevar un vehículo espacial... pero aquella gente eran unos primitivos. Quién sabe lo que usarían para propulsar el vehículo. Lo señaló con el dedo y dijo:

- Quedamos en que bajaríamos cuando viéramos un vehículo aislado, ¿no?

- Cierto.

Chmeee aterrizó y mientras lo hacía, Luis se dedicó a estudiar la situación.

La torre se había clavado en un edificio más bien cúbico; atravesó el techo y tres plantas, y hasta posiblemente un sótano. La carcasa del edificio atravesado mantenía en pie la torre. De dos ventanas de ésta brotaban, a intervalos irregulares, nubecillas blancas de vapor o de humo. Delante de la entrada principal del edificio cúbico bailaban unas figuras humanas de piel clara... bailaban, o hacían carreras... y dos de ellas descansaban boca arriba en el suelo, aunque en posturas bastante incómodas...

Justo cuando un muro, el único que restaba en pie de un edificio derrumbado, se interpuso entre la escena y la visual de Luis, éste lo comprendió todo con claridad. Los de piel blanca intentaban llegar a la entrada cruzando una calle cubierta de cascotes, y desde la torre, alguien disparaba contra ellos.

Parecía lógico.

- ¿Sabes algo sobre armas lanzaderas de proyectiles?

- Si admitimos que utilizan propelentes químicos, un arma portátil no penetra la coraza de impacto. Entraremos en la torre con los cinturones de vuelo. Lleva pistola de rayos paralizantes. No conviene que matemos a nuestros futuros aliados.

Cuando salieron era noche cerrada, y el cielo estaba encapotado, pero aún así clareaba el albedo del Arco y la ciudad flotante era un puñado de luminarias más apiñadas a babor. No tenían pérdida.

Luis Wu no se sentía cómodo. La coraza de impacto era demasiado rígida; el casco le tapaba la mayor parte del rostro. Los correajes del cinturón de vuelo, aunque acolchados, le dificultaban la respiración, e iba con los pies colgando. Pero, puesto que de todos modos nunca más volvería a sentirse como durante la hora de adicción al cable, se resignó. Al menos podía considerarse relativamente seguro.

Estaba flotando en el cielo y usaba unos binoculares con intensificador de luz.

Los atacantes no parecían demasiado temibles. Iban casi desnudos y no portaban armas. Tenían el pelo plateado y la piel muy blanca; eran esbeltos y bien parecidos. Incluso los hombres resultaban de caras lampiñas y de miembros más gráciles que robustos.

Se mantenían a cubierto en las zonas oscuras o detrás de las ruinas de los edificios derrumbados; sólo de vez en cuando, uno o dos se atrevían a salir corriendo en zigzag hacia el gran portal. Luis contó a veinte, once de ellos mujeres. Otros cinco yacían muertos en medio de la calle. Era posible que algunos hubiesen logrado entrar en el edificio.

Los defensores ya no disparaban. Quizá se habían quedado sin municiones. Usaban dos ventanas de la cara de la torre que quedaba mirando hacia abajo, a unos seis pisos de altura. Todas las ventanas de la torre estaban rotas.

Se acercó al voluminoso bulto flotante que era Chmeee:

- Pasemos al otro lado, con las luces a baja intensidad y la apertura al máximo. Entraré yo primero, porque soy humano, ¿entendido?

- Entendido - dijo Chmeee.

Los cinturones se elevaban por la repulsión frente al scrith, lo mismo que el módulo, y llevaban además unos pequeños propulsores a la espalda, para el desplazamiento horizontal. Luis voló alrededor del edificio, volviéndose para ver si Chmeee le seguía, y entró flotando por una de las ventanas, confiando en no haberse equivocado de piso.

Éste constaba de un solo recinto, y estaba abandonado. El olor le cosquilleó la nariz y tuvo ganas de estornudar. Había muebles de tela, semipodridos, y una larga mesa de cristal hecha añicos. Al fondo de la pendiente debida a la inclinación del suelo, un bulto informe resultó ser una mochila con sus correajes para los hombros. Habían pasado por allí. Y el olor...

- Cordita - dijo Chmeee -. Propelentes químicos. Si disparan contra nosotros, cúbrete los ojos con la visera.

Se acercó a una puerta, y tras tomar apoyo en una pared, la forzó sin mayor dificultad. Eran unos lavabos y tampoco había nadie.

Otra puerta más grande colgaba de sus goznes debido a la inclinación. Con la paralizadora en una mano y el láser en la otra, Luis se acercó, excitado por la proximidad del peligro.

Al otro lado de la puerta de madera ricamente tallada, una gran escalera de caracol descendía hacia la oscuridad. Luis alumbró hasta donde la espiral del pasamanos y la base del edificio se hundían en un caos de ruinas. La luz reveló un arma provista de culata y para uso a dos manos, una caja de la que se derramaban numerosos pequeños cilindros dorados; un poco más abajo, otra arma, así como una guerrera con tirantes y otras prendas esparcidas por los escalones. Al fondo, una forma humana acurrucada. Era un hombre desnudo, más musculoso y de piel más oscura que los atacantes.

La excitación se le hacía a Luis casi incontenible. ¿Sería, pues, aquello lo que había estado buscando? No el contactor ni la corriente, sino el peligro de la vida para demostrarse su valía. Luis ajustó el cinturón flotador y saltó por encima de la barandilla.

Cayó poco a poco. Lo único humano que se veía en la escalera eran los objetos abandonados: ropas anónimas, armas, botas, otra mochila. Luis siguió bajando hasta que creyó haber llegado al piso que buscaba. Mediante un rápido reajuste de su cinturón, pasó al vuelo una puerta en busca de un olor radicalmente distinto del que Chmeee había llamado cordita.

Estaba fuera de la torre y le faltó poco para estrellarse contra una pared, ya que todavía se hallaba dentro del edificio cuadrado y hundido por la caída del otro. Había perdido la lámpara láser; aumentó la ganancia de sus binoculares intensificadores de luz y se volvió hacia la derecha, donde se divisaba claridad.

Cerca de la entrada principal yacía una mujer, muerta: era una de las atacantes. Un charco de sangre se había formado alrededor de la herida que tenía en el pecho, causada por un proyectil. Luis sintió una gran tristeza al verla..., y al mismo tiempo un deseo impaciente, al que reaccionó pasando al vuelo sobre ella y saliendo al exterior.

El albedo del Arco, aumentado por el intensificador, resplandecía incluso a través de la capa de nubes. Encontró a los atacantes, y a los defensores también. Unos y otros habían formado parejas, cuerpos pálidos y esbeltos con otros más oscuros y que a lo mejor aún llevaban puesta

alguna prenda, una bota, una gorra o una camisa desabrochada. Copulaban con tanta furia que no hicieron caso del hombre volante.

Pero una de las mujeres no tenía pareja. Cuando Luis detuvo su vuelo, ella alzó el brazo y le agarró por el tobillo, sin insistencia y sin temor. Tenía el cabello plateado y era muy blanca, y las finas facciones de su cara eran de una belleza indescriptible.

Luis desconectó el cinturón de vuelo y se dejó caer al lado de ella, para tomarla en sus brazos. Las manos de la mujer se pasearon, interrogantes, sobre sus extrañas vestiduras. Luis dejó caer la paralizadora, se quitó el chaleco y el cinturón de vuelo, la coraza de impacto, el mono, con los dedos entorpecidos por la precipitación. La poseyó sin contemplaciones. Su ardor pudo más que cualquier consideración para con ella, pero la impaciencia de ella era por lo menos igual que la suya.

No se daba cuenta de nada, excepto de él mismo y de aquella mujer. Por supuesto, no advirtió que Chmeee estaba junto a ellos, y sólo tuvo tiempo para un breve sobresalto cuando el kzin machacó la cabeza de su nueva amante con su láser. Luego, la garra peluda del alienígena se hundió en la melena plateada y tiró de ella hacia atrás, forzándola a apartar sus colmillos de la garganta de Luis Wu.

15 - El Pueblo de la Máquina

El viento llenó de polvo las narices de Luis Wu y le azotó la cara con sus propios cabellos. Luis se los apartó del rostro y abrió los ojos. Quedó cegado por el resplandor. Sus manos, explorando a tientas, hallaron un esparadrapo de plástico en su cuello y unos binoculares que le tapaban los ojos. Se los quitó.

Rodó por el suelo lejos de la mujer y se sentó.

Amanecía, es decir, que se acercaba cada vez más la divisoria entre el mundo oscuro y el iluminado. A Luis le dolían todos los músculos, como si le hubieran dado una paliza, pero paradójicamente se sentía la mar de bien. Durante demasiados años había usado el sexo sólo en raras ocasiones, y aun entonces, para disimular, ya que como es sabido, a los cabletas no les interesan esas cosas. Pero la noche pasada había ejercido con toda su alma.

¿La mujer? Era como de la estatura de Luis y tirando a bonita, sin ser nada extraordinario. De pecho, normal, ni plana ni exageradamente desarrollada. Llevaba el pelo negro recogido en una larga trenza, y una desconcertante barba en forma de collar que enmarcaba la mandíbula. Dormía con el sopor pesado del agotamiento, y bien justificado, por cierto. Por parte de ambos, como ahora empezaba a recordar Luis, aunque no conseguía dar hilación a sus recuerdos.

Había hecho el amor..., o mejor dicho, había perdido la cabeza con aquella mujer pálida y esbelta de los labios rojos. Ver su propia sangre en la boca de ella, sentir la mordedura en el cuello, apenas le había producido sino una tremenda sensación de pérdida. Luis había gritado cuando Chmeee le torció la cabeza a la mujer hasta romperle el cuello. Y quiso luchar con él

cuando el kzin le arrancó de sobre la muerta, cargando con él debajo del brazo. Y aún rabiaba y peleaba cuando Chmeee sacó del chaleco de Luis el equipo de primeros auxilios, le puso el esparadrapo en el cuello y volvió a guardar el equipo.

Luego Chmeee los mató a todos, exterminó a toda la tribu de mujeres y hombres bellos y de cabellos plateados. A todos les atravesó la cabeza con la aguja brillante color rubí de su láser, manejado con infalible puntería. Luis recordó que había intentado impedírselo y se había visto rodando por el suelo lleno de cascotes. Entonces se había puesto en pie, y al reparar en algo que se movía se había acercado a ella, la mujer de pelo oscuro, la única defensora que había quedado con vida. Y cayeron el uno en brazos del otro.

¿Por qué lo hizo? Y eso que Chmeee trataba de llamarle la atención... ¿verdad? Luis recordaba un rugido como el de un tigre en plena lucha.

- ¡Feromonas! - había dicho - ¡Y parecían tan inofensivos!

Luis se había incorporado para mirar a su alrededor, horrorizado. Estaba todo lleno de cadáveres: los de piel oscura, con la mordedura en el cuello; los de piel blanca, con la boca llena de sangre y la marca negra de una quemadura en sus cabelleras de plata.

A los defensores no les habían valido sus armas de fuego. Lo que tenían los vampiros era peor que un tasp. Lanzaban una nube superestimulante de feromonas, esas sustancias humanas que inducen a la disponibilidad sexual. Uno de los vampiros, o una pareja, debió de llegar hasta la torre. Y los defensores salieron corriendo, desprendiéndose de sus armas y de sus ropas, como el que sale de la trinchera para ir al encuentro de la muerte.

Pero una vez exterminados todos los vampiros, ¿por qué él y la mujer morena...?

El viento agitaba los cabellos de Luis. Claro. Los vampiros estaban muertos, pero él y la mujer se hallaban envueltos todavía en una nube de feromonas. Se habían unido con frenesí...

- Si no se hubiese levantado viento, ahora todavía estaríamos haciéndolo. Sí. Y ahora... ¿dónde nej he dejado... todo lo mío?

Encontró la coraza de impacto y el cinturón de vuelo. El mono estaba hecho jirones. ¿Y dónde quedaba el chaleco? Vio que la mujer abría los ojos, que se incorporaba bruscamente con el terror pintado en los ojos, cosa que Luis entendió bien. Le dijo:

- Necesito encontrar el chaleco, porque allí está la traductora. Espero que Chmeee no te espante antes de que yo consiga...

¡Chmeee! ¿Qué le habría parecido todo aquello a él? La manaza de Chmeee se apoderó del cráneo de Luis y tiró de él hacia atrás. Luis estaba pegado a la mujer con todo su cuerpo y toda su mente y empujaba, empujaba; pero tenía los ojos llenos de aquella cara anaranjada de fiera, y los oídos atronados de insultos. Aquello le desconcentraba...

Chmeee no aparecía por ninguna parte. Luis halló el chaleco bastante lejos, aferrado por la mano de un vampiro muerto. No pudo encontrar la paralizadora. Pero ahora empezaba a preocuparse de veras; algo muy feo emergía de sus recuerdos. Echó a correr hasta llegar adonde habían posado el módulo.

Un pedrusco que tres hombres juntos no habrían sido capaces de levantar sujetaba un generoso montón de tela superconductora negra. El regalo de despedida de Chmeee. El módulo había desaparecido.

Tendré que enfrentarme a esto tarde o temprano, pensó Luis. Conque, ¿por qué no hacerlo ahora mismo? Un viejo amigo le había enseñado este dicho para uso propio, a modo de conjuro para salir de los estados de conmoción o de pena. A veces le había servido.

Estaba sentado en lo que había sido la barandilla de un porche, aunque ahora sólo quedaba el porche, asomado a un solar lleno de arena. Se había puesto la coraza de impacto y el chaleco, con todos sus bolsillos. Pretendía defenderse con prendas de ropa frente a un mundo inmenso y solitario. No era pudor, sino miedo,

Con eso agotó sus energías, y ahora estaba sentado. Sus pensamientos erraban sin rumbo fijo. Pensó en un contactor que funcionaba, pero tan lejos de allí como la Tierra de su satélite, y en un aliado de dos cabezas que no se arriesgaría a aterrizar allí para nada, ni siquiera para salvar la vida a Luis Wu. Pensó en los Ingenieros del Mundo Anillo y en su ecología idealizada, que no había querido traer cosas como mosquitos o murciélagos vampiro. Sus labios se distendieron en un comienzo de sonrisa, y luego asumió una expresión de difunto, es decir, que se le quedó la cara sin expresión.

Ya sabía adónde había ido Chmeee. Se sonrió otra vez, al pensar de qué poco iba a valerle el saberlo. ¿Se lo habría dicho el propio Chmeee? No importaba. El instinto de supervivencia, o la necesidad de compañera, o el deseo de vengarse del Inferior, coincidirían para empujar a Chmeee en una dirección determinada. Pero, ¿cuál de esos motivos podía inducirle a regresar para recoger a Luis Wu?

Pensó en lo poco que importaba su muerte, cuando miles de millones de habitantes del Mundo Anillo estaban condenados a un contacto íntimo con su propio sol.

En fin; a lo mejor Chmeee regresaría. Luis tendría que ponerse en marcha y tratar de alcanzar la ciudad flotante. Allí era adonde se dirigían, y donde esperaría hallarle Chmeee si le daba por retornar para salvar a un aliado que le había dado tan malos resultados. Tal vez allí, Luis llegaría a enterarse de alguna cosa interesante. En todo caso, de una manera u otra, tendría que sobrevivir durante el año o los dos años que le quedaban. Tendré que enfrentarme a ello tarde o temprano, conque ¿por qué no hacerlo ahora mismo?

Alguien gritó.

La mujer de pelo negro se había vestido con pantalón corto, guerrera y mochila. Llevaba un arma lanzadera de proyectiles y apuntaba con ella a Luis Wu. Con el otro brazo le hacía gestos, y volvió a chillar.

Se acabaron las vacaciones. De súbito Luis se dio cuenta de que llevaba puesto el casco. Si ella intentase disparar a la cabeza... bastaba con que le diera tiempo para bajarse la visera, y ya no le importaría si disparaba o no. La coraza de impacto frenaría cualquier proyectil mientras él echaba a correr. Lo que necesitaba, en realidad, era el cinturón de vuelo. ¿O tal vez no?

- Okey - dijo Luis, sonriendo y dejando ver las manos vacías a ambos lados. Lo que necesitaba en realidad era un aliado.

Deslizó una mano, muy despacio, hacia un bolsillo del chaleco, sacó la traductora y la sujetó debajo de su barbilla.

- Esto hablará por nosotros tan pronto como aprenda a hacerlo.

Ella hizo un ademán con el arma: «Camina delante de mí».

Luis anduvo hasta donde estaba el cinturón de vuelo y luego se detuvo a recogerlo, sin hacer ningún movimiento súbito. Se oyó un estampido. A un palmo del pie de Luis Wu, una piedra saltó violentamente por el aire. Dejó caer el arnés y retrocedió un paso.

¡Nej! ¡Pero si aquella mujer no decía ni palabra! Daba por supuesto que él no entendía su idioma, y no decía nada. ¿Cómo iba a aprender la traductora automática?

Aguardó manos arriba mientras ella registraba el cinturón con una mano, sin dejar de mantener con la otra el arma dirigida hacia él. Si tocaba algún mando, Luis podía despedirse de su cinturón y también de la tela superconductora. Pero ella lo dejó en el suelo, escrutó la cara de Luis y luego retrocedió y le hizo seña de que podía recogerlo.

Luis recogió su cinturón de vuelo. Cuando ella le indicó por señas que continuase hasta el vehículo, él denegó con la cabeza y se acercó al lugar donde Chmeee había dejado la pieza de tela superconductora, lastrada con un pedrusco demasiado pesado para apartarlo.

El arma de fuego no se desvió ni un punto de él mientras ataba la piedra con los correajes y activaba los mandos del cinturón. Incluso rodeó con los brazos el pedrusco (y el arnés, por si no estuviese bien atado), y lo elevó. La piedra se alzó en el aire. Hizo que se desviara un poco y descendió de nuevo. La piedra se posó en el suelo.

¿Sería de admiración aquella expresión en los ojos de ella, y si lo era, iría dirigida a su técnica o a su fuerza? Desconectó el cinturón, lo recogió, hizo lo propio con la tela superconductora y precedió a la mujer en dirección al vehículo. Ella abrió una doble puerta en un costado, y él descargó dentro del vehículo y miró luego a su alrededor.

Había banquetas a lo largo de tres costados, una pequeña estufa en el centro y una compuerta en el techo para la ventilación. Bandejas para equipajes detrás del asiento posterior. En la parte delantera, otra banqueta, mirando hacia el sentido de la marcha.

Retrocedió y volvió la mirada hacia la torre, dio un paso y se volvió a mirar a su guardiana. Ella comprendió la mímica y, después de titubear un instante, le hizo un gesto de asentimiento.

Los muertos hedían ya. Se preguntó si a ella se le ocurriría enterrarlos o quemarlos, pero pasaron entre los cadáveres sin detenerse. Fue Luis quien se detuvo para hundir los dedos en la melena plateada de una mujer.

Había demasiado pelo y demasiado poco cráneo. Hermosa sí lo era, pero con un cerebro más pequeño que el humano. Exhaló un suspiro y continuó.

La mujer le siguió a través de las ruinas del edificio bajo. Pasaron a la escalera de caracol de la torre y bajaron. Un hombre de la raza de ella yacía, roto, en el suelo del sótano; a su lado se hallaba la linterna láser. Cuando se volvió para mirar a la mujer vio que ésta tenía lágrimas en los ojos.

Quiso recoger el láser, pero ella hizo un disparo de aviso. La bala rebotó y le dio en la cadera; Luis recibió el golpe de la coraza súbitamente endurecida, y chocó de espaldas contra la pila de escombros, junto a la pared, mientras ella recogía el aparato.

Localizó el interruptor, y se vieron inundados por un ancho haz de luz. Luego, descubrió la manera de enfocarlo, y el haz se hizo estrecho como una aguja. Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se guardó el aparato en un bolsillo.

Mientras regresaban hacia el vehículo, Luis se bajó disimuladamente la visera, como si le molestase la luz del sol. Por si ella decidía que no necesitaba nada más de Luis Wu, o no llevaba ración de agua para dos, o se cansara de su compañía.

Pero ella no disparó contra él. Subió al automóvil y cerró las puertas con llave. Por un momento, Luis se vio abandonado allí, sin agua ni herramientas. Pero ella, con un gesto, le ordenó que se acercase a la ventanilla derecha, por el lado en donde se situaban los mandos, y empezó a enseñarle cómo se conducía.

Allí se rompió la incomunicación, tal como Luis había esperado. Repitió las palabras que ella le lanzaba a través de la ventanilla y las acompañó con las suyas. «Volante. Giro. Arranque. Llave. Acelerador. Decelerador.» Era muy hábil para expresarse por medio de gestos. Un manotazo al aire, y luego un dedo imitando una aguja sobre una escala significaban «anemómetro de velocidad».

La mujer tuvo una sorpresa cuando la traductora empezó a hablarle. Permitió que la lección de idiomas continuase durante un rato y luego abrió la cerradura de la puerta, se desplazó al otro extremo de la banqueta con el arma preparada y dijo:

- Sube. Conduce.

La maquinaria era ruidosa y pesada. La menor irregularidad del terreno se transmitía directamente al asiento del conductor, hasta que Luis aprendió a evitar los baches, los pedruscos y los vertidos de arena en la carretera. La mujer le observaba en silencio. ¿Acaso no sentía ninguna curiosidad? De pronto, recordó que acababa de perder como una docena de compañeros en la lucha con los vampiros. Teniendo en cuenta las circunstancias, no se podía decir que estuviera portándose mal.

Y en efecto, habló al cabo de un rato:

- Yo soy Valavirgillin.

- Yo soy Luis Wu.

- Tus aparatos son extraños. El que habla, el que levanta cosas, la luz variable..., ¿qué otras cosas tienes?

- ¡Nej y maldita sea! ¡Me he dejado los anteojos!

Ella se sacó los binoculares de un bolsillo.

- He encontrado esto.

Era posible que hubiese encontrado también la paralizadora, pero Luis prefirió no preguntarlo.

- Bien. Póntelos y te enseñaré cómo funcionan.

Ella sonrió y meneó la cabeza. Sin duda, temía que la pillara desprevenida.

- ¿Qué hacías en la vieja ciudad? ¿Dónde has encontrado esas cosas?

- Son mías, traídas de una estrella lejana.

- No quieras burlarte de mí, Luis Wu.

Luis se volvió a mirarla.

- ¿Tenían aparatos así los Ingenieros de las Ciudades?

- Tenían aparatos que hablan. Sabían construir edificios en el aire, ¿por qué no iban a volar ellos mismos?

- ¿Qué me dices de mi compañero? ¿Habías visto algo parecido en el Mundo Anillo?

- Me pareció monstruoso - y ruborizándose, añadió -: No tuve oportunidad de verle detenidamente.

En efecto, estuvo bastante distraída. ¡Caramba!

- ¿Por qué me apuntas con un arma? El desierto es el enemigo de ambos. Conviene que nos ayudemos el uno al otro.

- No tengo razones para confiar en ti. Ahora me pregunto si no estarás loco. Sólo los Ingenieros de las Ciudades viajaban entre las estrellas.

- Te equivocas.

Ella se encogió de hombros.

- ¿Por qué conduces tan despacio?

- Me falta práctica.

Pero Luis ya empezaba a acostumbrarse. La carretera era recta y no demasiado accidentada, y además, no venía nadie en dirección contraria. En cuanto a los vertidos de arena, Valavirgillin le dijo que no debía reducir la marcha para pasar sobre ellos.

Y con aquello adelantaba un buen trecho hacia su punto de destino. Preguntó:

- ¿Qué sabes de la ciudad flotante?

- Nunca estuve allí. La habitan los hijos de los Ingenieros de las Ciudades, sólo que ya no construyen, ni mandan allí. Pero tenemos establecido por costumbre que la ciudad es de ellos. Tienen muchos visitantes.

- ¿Turistas? ¿Personas que acuden a ver la ciudad?

Ella sonrió.

- En parte por eso y en parte por otras cosas. Es preciso ser invitado. ¿Para qué necesitas saber todas esas cosas?

- He de ir a la ciudad flotante. ¿Hasta dónde me llevarás contigo?

Ella se echó a reír.

- No creo que a ti te inviten. No eres ni famoso ni poderoso.

- Ya se me ocurrirá algo.

- Voy hasta la escuela en Recodo del Río. He de dar parte de lo ocurrido.

- ¿Qué fue lo ocurrido? ¿Por qué salasteis al desierto?

Ella se lo explicó. No fue fácil. Faltaban muchas palabras en el vocabulario de la traductora automática. Pero se las arreglaron con circunloquios.

El Pueblo de la Máquina era dueño de un poderoso imperio. Tradicionalmente, un imperio es una aglomeración de reinos casi autónomos. Estos reinos pagan tributos, y obedecen al emperador en lo relativo a la guerra, la lucha contra el bandidaje, el mantenimiento de las comunicaciones y, a veces, la religión oficial. Para todo lo demás, cada uno sigue sus propias costumbres.

Y esto era todavía más cierto en el Imperio de la Máquina, donde, por ejemplo, el estilo de vida de unos pastores carnívoros rivalizaba con el del Pueblo de la Sabana, resultaba útil a los comerciantes que compraban las manufacturas de cuero de los pastores, y no tenía ningún interés para los chacales. En algunos territorios, varias especies colaboraban, y todas daban paso franco a los chacales. Las diversas razas seguían sus propias costumbres de acuerdo con su constitución.

Chacales era el nombre que les daba Luis Wu. En cambio, Valavirgillin hablaba de un Pueblo de la Noche. Eran los encargados de recoger los desperdicios, y también los sepultureros, y por eso Valavirgillin no había enterrado los cadáveres de los suyos. Los noctívagos tenían habla y eran capaces de aprender los ritos funerales de las diferentes religiones de los homínidos. Servían de informadores al Pueblo de la Máquina, y las leyendas decían que habían servido lo mismo a los Ingenieros de las Ciudades cuando éstos mandaban.

Según Valavirgillin, el Imperio de la Máquina era un imperio comercial, y sólo los traficantes pagaban impuestos. Cuantas más cosas contaba, más excepciones hallaba Luis Wu. Los reinos mantenían las carreteras que servían de vías de comunicación del Imperio, siempre y cuando sus moradores fuesen capaces de hacerlo; algunos, como el Pueblo Colgante, que vivía en los árboles, no lo hacían. Las carreteras servían al mismo tiempo de fronteras entre los territorios ocupados por las diferentes razas de humanoides. Estaban prohibidas las guerras de conquista cruzando carreteras, y así éstas contribuían a evitar las hostilidades (aunque no siempre) por su mera existencia.

El imperio tenía autoridad para reclutar ejércitos a fin de luchar contra los bandoleros y los ladrones. Las grandes extensiones de terreno cuya propiedad se reservaba al imperio para establecer puntos de intercambio comercial, tendían a convertirse en verdaderas colonias. Como las comunicaciones del imperio estaban basadas en las carreteras y los vehículos, los reinos vasallos quedaban obligados a destilar y almacenar combustibles químicos. El imperio compraba (o confiscaba) yacimientos mineros, extraía sus propios minerales y cedía a contratistas el derecho a fabricar máquinas con arreglo a las normas imperiales.

Había escuelas para mercaderes. Valavirgillin y su grupo eran alumnos y un profesor de la escuela de Recodo del Río. Habían salido a hacer prácticas en una factoría comercial situada en las lindes de la selva donde vivía el Pueblo Colgante, (una especie de simios, dedujo Luis, que comerciaban en semillas y frutos secos) y también los Pastores, carnívoros que vendían artículos de cuero y manualidades. (No, no eran pequeños ni de piel roja. Se trataba de una especie distinta.) Se habían desviado de su ruta para visitar una antigua ciudad en el desierto.

No esperaban encontrar vampiros. ¿Dónde hallarían agua los vampiros en aquel desierto? ¿Cómo habrían llegado hasta allí? Los vampiros estaban casi extinguidos, excepto para...

- ¿Excepto para qué? Me parece que se me ha escapado algo.

Valavirgillin se ruborizó.

- Algunos viejos tienen vampiros con los colmillos limados para... para hacer rishathra. Es posible que una pareja domesticada lograse escapar, o una hembra embarazada.

- Es repelente eso, Vala.

- Lo es - replicó ella fríamente -. Jamás he oído que nadie confesara tenerlos. En el lugar de donde tú procedes, ¿no hacéis nunca nada que parezca vergonzoso a los demás?

Luis se sintió tocado.

- Algún día te hablaré de la adicción a la corriente, pero no ahora.

Ella le miró con atención, sin desviar en ningún momento el cañón de su arma. Pese a la orla de pelo negro que le enmarcaba la cara, tenía un aspecto bastante humano... aunque ensanchado. La curva del rostro era casi cuadrada. Luis no conseguía descifrar su expresión, lo que era lógico: las facciones humanas han evolucionado como instrumento de comunicación, pero la evolución de Vala era demasiado diferente de la suya.

Preguntó:

- ¿Qué quieres hacer ahora?

Librodot

- He de dar parte de las muertes... y entregar los artefactos de la ciudad del desierto. Son un botín, pero el imperio reclama la propiedad sobre todos los aparatos de los Ingenieros de las Ciudades.

- Te repito que son míos.

- Conduce.

Empezaban a aparecer oasis de verdor en el desierto. Cuando una de las pantallas de sombra dividía ya el disco solar por la mitad, Valavirgillin le ordenó que se detuviera. Se sintió aliviado, pues se hallaba exhausto después de soportar durante largas horas los baches de la carretera y la fatiga de mantener la dirección del vehículo.

Vala dijo:

- Vas a... la cena.

Estaban acostumbrados a las lagunas en la traducción.

- No he entendido esa palabra.

- Que si necesitas calentar los alimentos hasta que están en condiciones de consumirlo. ¿No sabes..., Luis?

- Cocinar.

No era probable que ella tuviese cazuelas sin fricción ni horno de microondas ni recipientes medidores ni azúcar refinado, mantequilla ni especia alguna que él conociese.

- No.

- Cocinaré yo. Enciende un fuego. ¿Qué comes tú?

- Carne, ciertas plantas, fruta, huevos, pescado. La fruta puedo comerla sin cocinar.

- Lo mismo que los míos, excepto el pescado. Bien. Sal y espera.

Le hizo apearse del vehículo, cerró por dentro y se metió en la parte de atrás. Luis estiró sus músculos doloridos. El sol era apenas un segmento deslumbrador; todavía no se podía mirar de cara, pero las sombras empezaban a extenderse por el desierto. Hacia el antigiro brillaba una ancha faja diurna. Estaban en medio de un matorral pardo y cerca de un grupo de árboles achaparrados, uno de ellos blanquecino, muerto por la sequía.

Ella asomó a gatas y le arrojó a los pies un objeto pesado.

- Haz leña y enciende una hoguera.

Luis lo recogió. Era un palo que llevaba en un extremo una cuña de hierro.

- No me gusta parecer estúpido, pero ¿qué es esto?

Ella le dijo el nombre.

- Se golpea un tronco con el filo, hasta derribar el árbol. ¿Lo entiendes?

- Un hacha.

Luis recordó las hachas de guerra que había visto en el museo de Kzin.

Contempló el hacha, luego el árbol seco... y de pronto decidió que estaba harto.

- Se está haciendo de noche - dijo.

- ¿No ves bien en la oscuridad? Toma - dijo ella, arrojándole el láser.

- ¿Bastará con ese árbol muerto?

Ella se volvió, dándole el perfil y apartando el cañón del arma. Luis ajustó el haz a máxima concentración y potencia. Lo puso en marcha. La espada de luz incidió cerca de la mujer y Luis cruzó con ella el arma, que explotó en una llamarada y se hizo pedazos.

Ella se quedó con la boca abierta y con los dos trozos de su arma en las manos.

- No me importa recibir sugerencias de una amiga y aliada - explicó él -. Pero estoy harto de recibir órdenes, empezando por mi peludo compañero. Quiero que seamos amigos.

Ella dejó caer los restos de su fusil y levantó las manos.

- Tienes más munición y más armas en la trasera del vehículo. Ve a por ellas.

Luis le volvió la espalda, y disparó el láser en zigzag contra el tronco muerto. Una docena de pedazos de madera cayeron ardiendo. Luis se acercó y los reunió a puntapiés hasta formar un montón alrededor de lo que restaba del tronco. Dirigió de nuevo el láser contra la leña hasta que hubo encendido la hoguera.

En aquel instante, recibió un golpe entre los omóplatos. La coraza se volvió rígida durante un segundo y oyó el estampido.

Luis aguardó unos momentos, pero no hubo ningún segundo disparo. Luego se volvió y se acercó al vehículo y a Vala, diciendo:

- Que no se te ocurra volver a hacer eso nunca más. ¡Nunca!, ¿me oyes?

Ella palideció, espantada.

- No lo haré.

- ¿Te ayudo a llevar los útiles de cocinar?

- No. Puedo hacerlo yo... ¿He fallado?

- No.

- Pero... ¿cómo?

- Uno de mis aparatos me ha salvado. Lo he traído después de viajar mil veces la distancia que la luz recorre en un falan, y es mío, ¿te enteras?

Ella hizo un ademán como de abandono con el brazo y se volvió.

16 - Estrategias comerciales

Por el suelo proliferaba una planta semejante a ristras de salchichones verdes y amarillos, de cuyas uniones salían unas raicillas. Valavirgillin echó unas cuantas rodajas de ella en un pote, añadió agua y vertió, además, un puñado de judías que tomó de un saco. Luego puso el pote al fuego.

Luis pensó que ¡nej!, para eso habría cocinado él mismo. La cena iba a ser algo insípida.

La claridad había desaparecido por completo. Un cúmulo de estrellas, a babor, correspondía sin duda a las luces de la ciudad flotante. El Arco se elevaba en medio del cielo negro, formando recuadros de azul cobalto y blanco. A Luis le parecía estar dentro de una especie de juguete descomunal.

- Ojalá tuviéramos algo de carne - dijo Vala.

- Dame los binoculares - replicó Luis.

Antes de ponérselos, se volvió de espaldas a la hoguera. Puso en marcha el intensificador de luz. El par de ojos que había estado espiándoles desde fuera del círculo de claridad de la hoguera se divisaba ahora perfectamente. Luis se alegró de no haber disparado al buen tuntún. Los dos bultos grandes y el otro más pequeño eran una familia de humanoides chacales.

En cambio, la otra sombra de ojos brillantes era pequeña y peluda. Luis le cortó la cabeza con el haz luminoso de su láser. Los chacales se echaron atrás e intercambiaron unos susurros entre ellos. La hembra quiso ir hacia el animal muerto, pero luego se detuvo respetando la primacía de Luis. Éste recogió la pieza y se quedó mirando la prudente retirada de los demás.

Los chacales parecían medrosos, aunque ocupaban un nicho ecológico seguro. Vala le había contado lo que ocurría cuando una raza se tomaba la molestia de enterrar o de quemar a sus muertos. Los chacales atacaban entonces a los vivos. Eran los amos de la noche, y se concentraban en ellos supersticiones de tantas religiones locales, que incluso se les suponía dotados de la facultad de hacerse invisibles. Incluso Vala lo creía.

Pero no eran ellos quienes preocupaban a Luis. ¿Para qué? Luis se comería la caza, y algún día tendría que morirse y entonces los chacales reclamarían su parte.

Mientras ellos le vigilaban a él, él contemplaba la pieza: un lepórido de rabo largo y aplanado, y desprovisto de patas delanteras. Menos mal que no se trataba de un humanoide.

Cuando alzó los ojos divisó a lo lejos, hacia babor, un débil resplandor violeta.

Luis contuvo el aliento, procuró mantenerse inmóvil y dio máximo aumento e intensificación de luz al mismo tiempo. Aunque en tales condiciones, incluso el batir de su pulso en las sienes bastaba para difuminar la imagen, supo lo que veía. La llama, aumentada, tenía un tono violáceo que hería los ojos, y se proyectaba como la llama de un cohete en el vacío. La base del chorro era invisible, oculta detrás de una línea recta de oscuridad: el borde del muro de babor.

Se alzó los binoculares. Una vez acomodada la visión, la llama violeta seguía siendo visible, aunque con dificultad. Tenue, pero tremenda, Luis se acercó a la hoguera y echó la pieza a los pies de Vala. A continuación, se alejó de la claridad mirando a estribor y volvió a ponerse los binoculares.

A estribor, el chorro parecía bastante más grande, aunque, por supuesto, aquel muro era con mucho el más cercano

Vala despellejó el animalillo y lo echó en el pote sin sacarle las vísceras. Cuando hubo terminado, Luis la tomó del brazo y la llevó hacia lo oscuro.

- Espera un ratito, y dime luego si ves una llama azulada a lo lejos.

- Sí, la veo.

- ¿Sabes lo que es?

- No, pero creo que mi padre sí lo sabe. La última vez que vino de la ciudad no quiso ni hablar de ello. Hay más. Vuelve la vista hacia la base del Arco, hacia la dirección del giro.

Una banda horizontal azul y blanca, correspondiente a una zona diurna, le obligó a cerrar los ojos. Luis hizo pantalla con la mano. Y entonces, ayudándose con los binoculares, pudo divisar otras dos luces en el borde del Arco, a manera de velitas, y dos aún más pequeñas, un poco más arriba.

Valavirgillin dijo:

- La primera apareció hace siete falans, cerca de la base del Arco, hacia el giro. Luego, hubo más en la misma dirección, y éstas más grandes a babor y estribor, y por fin otras más pequeñas en el Arco a contragiro. Ahora son veintiuna en total. Aparecen sólo durante dos días seguidos, cuando el brillo del sol arrecia.

Luis soltó un tremendo suspiro de alivio

- No entiendo qué quieres decir cuando haces eso, Luis ¿Estás enfadado, o asustado, o aliviado?

- Tampoco lo sé. Digamos que aliviado. Tenemos más tiempo del que me figuraba.

- Tiempo, ¿para qué?

Luis rió.

- ¿Aún no estás harta de mis locuras?

- Al fin y al cabo, puedo elegir entre aceptar lo que digas o no - se engalló ella.

Luis se puso furioso. No le desagradaba Valavirgillin, pero tenía mal carácter y ya había intentado matarle una vez.

- Muy bien. Si esa estructura en forma de anillo en la que vivís quedase abandonada a sí misma, terminaría por chocar contra las pantallas de sombra..., que son esas cosas que tapan el sol cuando se hace de noche..., dentro de cinco o seis falans. Con lo que todo el mundo moriría. Nadie quedará con vida cuando entréis en contacto con el sol mismo...

- ¿Y esto te produce alivio? - gritó ella.

- Calma. Tómalo con tranquilidad. El Mundo Anillo no está abandonado a sí mismo. Esas llamas son de unos reactores que lo mueven. Estamos casi en el punto de mayor proximidad al sol, y ellos lo frenan..., proyectan su haz hacia dentro, hacia el sol. De esta manera.

Hizo un esquema de la situación en el polvo, con un palo.

- ¿Lo ves? Corrigen la posición.

- Entonces, ¿dices que no moriremos?

- Quizá los motores no tengan potencia suficiente para evitarlo. Pero tardará más tiempo en suceder. Quizá nos queden diez o quince falans.

- Confío de veras en que estés loco, Luis. Sabes demasiado. Sabes incluso que el mundo es un anillo, y eso es secreto. - Encogió los hombros como el que se dispone a levantar un gran peso -. Sí, estoy harta. ¿Me explicarás ahora por qué no me has propuesto hacer rishathra?

- Creí que tenías rishathra suficiente para los restos - se sorprendió él.

- No se trata de ninguna broma. ¡Las treguas deben sellarse con un rishathra!

- ¡Ah, bueno! ¿Nos acercamos al fuego?

- Naturalmente, necesitaremos la luz.

Apartó un poco el pote de las llamas, para que hirviera más despacio.

- Es preciso discutir las condiciones. ¿Prometes no hacerme daño? - empezó, sentada en el suelo frente a él.

- Prometo no hacerte daño, siempre que no me vea atacado.

- Te concedo lo mismo. ¿Qué otra cosa quieres de mí?

Sus preguntas eran bruscas y objetivas; Luis le siguió el juego.

- Me transportarás tan lejos como puedas hacerlo sin apartarte de tu camino. Espero que, por lo menos, hasta... ¡ejem!... Recodo del Río. Respetarás mis aparatos, que no serán entregados, como tampoco mi persona, a ninguna autoridad. Me orientarás en la medida de tus conocimientos para permitirme entrar en la ciudad flotante.

- ¿Qué ofreces a cambio?

Pero, ¿no se hallaba aquella mujer a merced de Luis Wu por completo? En fin, no importaba.

- Trataré de descubrir si tengo alguna posibilidad de salvar el Mundo Anillo - y cuando acababa de decirlo se dio cuenta, con sorpresa, de que lo deseaba de veras -. Y si puedo, lo haré, cueste lo que cueste. Si decido que el Mundo Anillo no tiene salvación, procuraré salvarme yo, y a ti también, si no te opones.

Ella se puso en pie.

- Una promesa sin valor alguno. ¡Ofreces tus desvaríos como si fuesen realidades!

- ¿No has tratado nunca con locos antes, Vala? - se burló Luis, divertido.

- Nunca había tratado con alienígenas, ni locos ni cuerdos. ¡Soy sólo una estudiante!

- Tranquilízate. ¿Qué otra cosa podría ofrecerte? ¿Conocimientos? Estoy dispuesto a compartirlos gratis, valgan lo que valgan. Yo sé por qué fallaron las máquinas de los Ingenieros de las Ciudades, y quién lo hizo.

- ¿Más locuras?

- Ya lo decidirás tú misma. Y..., te regalo mi cinturón volador y mis binoculares cuando ya no los necesite

- ¿Y cuando será eso?

- Cuando regrese mi compañero, si es que regresa.

El módulo llevaba otro cinturón de vuelo y otros binoculares, los que debían servir para Halrloprillalar.

- O cuando yo muera. Entonces serán tuyos. Y te doy ahora mismo la mitad de mi pieza de tela. Bastaría hacer tiras de ella para reparar algunas de las antiguas máquinas de los Ingenieros de las Ciudades.

Vala lo meditó.

- Me gustaría ser más sabia. En fin, acepto todas tus condiciones.

- Y yo las tuyas.

Ella empezó a quitarse sus ropas y adornos. Lo hacía despacio, como si quisiera excitar a Luis, pero éste comprendió, al cabo de un momento, que en realidad se proponía demostrarle que estaba prescindiendo de cualquier posible arma ofensiva. Él aguardó hasta que ella estuvo

desnuda y entonces la imitó. Dejó caer el láser, los binoculares y las piezas de la coraza de impacto a cierta distancia de ella, e incluso añadió el cronómetro.

Luego hicieron el amor, pero no había amor en realidad. El delirio de la noche anterior se fue con los vampiros. Ella le preguntó con alguna insistencia cuál era su postura preferida, y él acabó eligiendo la del misionero. Fue todo como un formulismo, y tal vez lo era en realidad. Luego, mientras ella acudía a remover el guiso, Luis permaneció atento a que no se interpusiera entre él mismo y sus armas. La situación era de las que exigen tales medidas de prudencia.

Cuando se vieron de nuevo frente a frente, él explicó que los de su especie podían hacerlo más de una vez.

Sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y Vala sobre su regazo y rodeándole a su vez las caderas con sus piernas, se acariciaron el uno al otro, se excitaron mutuamente, aprendiendo sobre la marcha. A ella le agradaba que le rascasen la espalda. La tenía musculosa, mucho más ancha que la de él, y recorrida por una franja de pelo espina dorsal abajo. Dominaba a la perfección la musculatura de su vagina. El collar de barba era muy suave, muy fino.

Y Luis Wu tenía un disco de plástico en la coronilla, oculto bajo el cabello.

Estaban el uno en brazos del otro, y ella aguardó.

- Aunque no tengáis electricidad, algo sabréis de ella - empezó Luis - Los Ingenieros de las Ciudades la usaban para hacer funcionar sus máquinas.

- Sí. Sabemos sacar electricidad del caudal de un río. Dicen que antes de la caída de los Ingenieros, la electricidad bajaba del cielo en cantidades ilimitadas.

Lo cual venía a ser bastante exacto. En las pantallas de sombra había células de energía solar, que era retransmitida a unos colectores en la superficie del Mundo Anillo. Como era natural, los colectores empleaban cable superconductor, y como era lógico, por eso fallaron.

- Bien, pues cuando un hilo muy fino penetra en el punto exacto de mi cerebro... que es lo que yo hice... y se hace pasar una corriente de muy poca intensidad, los nervios registran una sensación de placer.

- ¿Como cuál?

- Como emborracharse, pero sin resaca ni mareos. Como el rishathra, o como copular de verdad, pero sin necesidad de amar a nadie sino a sí mismo, y sin detenerse nunca. Pero yo me detuve y lo dejé.

- ¿Por qué?

- Un alienígena se apoderó de mi fuente de electricidad. Pretendía darme órdenes. Pero incluso antes de eso, yo vivía avergonzado.

- Los Ingenieros de las Ciudades jamás se metieron alambres en el cerebro. Lo habríamos descubierto cuando exploramos las ruinas. ¿Dónde se practica esa costumbre? - preguntó ella, apartándose con repugnancia.

Era su pecado, el que más lamentaba después: no saber tener la boca cerrada.

- Lo siento - dijo.

- Dijiste que con unas tiras de esa tela se podría... ¿Qué es esa tela?

- Conduce corrientes eléctricas y campos magnéticos sin ninguna disipación. La llamamos superconductora.

- Sí, eso fue lo que les falló a los Ingenieros. Los... superconductores se corrompieron. Tu tela se pudrirá también, ¿no? ¿Cuánto dura?

- Es de otra calidad.

Ella le gritó:

- ¿Y cómo sabes tú eso, Luis Wu?

- El Inferior nos lo dijo. El Inferior es un alienígena que nos ha traído aquí en contra de nuestra voluntad. Nos privó de medios para regresar a nuestras casas.

- Ese Inferior, ¿os hizo esclavos suyos?

- Lo ha intentado. Pero los humanos y los kzinti no valemos para esclavos.

- ¿Se puede confiar en su palabra?

Luis hizo una mueca.

- No. Y él se llevó la tela y el alambre superconductor cuando huyó de su mundo. No tendría tiempo para fabricarlos; por consiguiente, debió averiguar dónde se almacenaban. Como otra cosa que llevó consigo: los discos transportadores. Era preciso que los tuviese a mano. Apenas había acabado de decirlo, supo que pasaba algo malo; pero tardó unos instantes en darse cuenta de lo que era.

La traductora se había interrumpido.

Luego habló con otra voz totalmente distinta.

- ¿Te parece prudente contarle todas esas cosas, Luis?

- En parte, ya las había adivinado, y estaba a punto de culparme a mí de la Caída de las Ciudades. Deja en paz mi traductora.

- ¿Debo tolerarte una sospecha tan vil? ¿Crees que mi raza sería capaz de semejante malicia?

- ¿Sospecha? ¡Cerdo!

Vala se incorporó, mirándole con ojos desencajados al ver que despotricaba a solas en una lengua extraña. No podía oír la voz del Inferior en los auriculares de Luis. Éste continuó:

- Te echaron de tu cargo de Inferior, y echaste a correr. Robaste cuanto te fue posible y pusiste pies en polvorosa. Discos transportadores, y tela y alambre superconductor, y una nave completa. Nada, ¡tonterías! Lo de los discos fue fácil, ya que los fabricáis a millones. Pero, ¿dónde tenías la tela superconductora, como si estuviera esperándote? ¡Y tú sabías que la del Mundo Anillo estaba podrida!

- ¿Por qué me haces eso, Luis?

- Tácticas comerciales. ¡Devuélveme la traductora!

Valavirgillin se puso en pie, apartó un poco el pote del fuego, removió su contenido, lo probó. Luego desapareció en dirección al vehículo y regresó con dos tazones de madera, que llenó con ayuda de un cucharón.

Luis aguardó, no muy tranquilo. El Inferior podía dejarle allí abandonado y desprovisto de traductora. Y a Luis no se le daban bien los idiomas.

- De acuerdo, Luis. No estaba previsto que sucediese así, y además ocurrió antes de mi mandato. Buscábamos una manera de extender nuestros territorios con un mínimo de riesgo. Los Exteriores nos vendieron la localización del Mundo Anillo.

Aquellos Exteriores eran unos seres fríos y frágiles que vagaban por la galaxia a bordo de naves sublumínicas. Traficaban en conocimientos. Era posible que conociesen el Mundo Anillo y que vendiesen esa información a los titerotes, pero...

- Espera un momento. Los titerotes temen los viajes por el espacio.

- Yo vencí ese temor. Si el Mundo Anillo resultaba habitable, valía la pena invertir la vida de un individuo en la exploración. Por lo que nos contaron los Exteriores y por lo que averiguamos mediante sondas automáticas y telescopios, el Mundo Anillo parecía ideal. Era preciso investigar.

- ¿Una facción experimentalista?

- Desde luego. Sin embargo, no nos decidíamos a establecer contacto con una civilización tan poderosa. Analizamos los superconductores del Mundo Anillo mediante el espectrógrafo láser. Sintetizamos una bacteria que se alimentaba de ellos. Las sondas hicieron la siembra de la plaga de los superconductores por todo el Mundo Anillo. Todo eso lo habrás adivinado, ¿verdad?

- Hasta aquí, sí.

- Entonces nos presentaríamos nosotros con nuestras naves mercantes. Nuestros traficantes traerían la solución providencial. Al tiempo que hicieran aliados, se enterarían de cuanto nos interesaba saber.

Clara y melodiosa, la voz del titerote no traslucía ningún remordimiento, ni siquiera una mínima compunción.

Vala dejó los tazones en el suelo y se sentó frente a él, ocultando la cara en la oscuridad. Por lo que concernía a ella, la traductora había dejado de funcionar en el peor momento.

Luis dijo:

- ¿Entonces los conservadores ganaron las elecciones, supongo?

- Inevitable. Una de las sondas localizó los reactores de corrección de posición. Sabíamos que el Mundo Anillo es inestable, por supuesto, pero confiábamos en que se hubiera solucionado de una manera más refinada. Cuando se publicaron las imágenes, cayó el gobierno. No tendríamos una oportunidad de regresar al Mundo Anillo, a menos que...

- ¿Cuándo? ¿Cuándo sembrasteis la plaga?

- Hará unos mil ciento cuarenta años terrestres. Los conservadores gobernaron durante seiscientos años. Luego, la amenaza de los kzinti consiguió que recuperasen el poder los experimentalistas. En el momento que juzgué oportuno, envié a Nessus con su equipo. Si la estructura del Anillo había resistido durante mil cien años después de la caída de la cultura que se encargaba de su mantenimiento, valdría la pena investigarla. Pude enviar una misión comercial y exploradora, pero desgraciadamente...

Valavirgillin tenía el láser en el regazo y apuntaba a Luis Wu.

- ...Desafortunadamente la estructura estaba dañada. Presentaba perforaciones debidas a los meteoritos y, estaba erosionada en muchos puntos hasta descubrir el scrith. Parece que ahora...

- ¡Emergencia! ¡Emergencia! - dijo Luis Wu, procurando que no se le alterase la voz.

¿Cómo se las habría arreglado? Él la había visto con un tazón humeante en cada mano. ¿Era posible que se hubiera pegado la linterna láser a la espalda? En fin, por lo menos no le había disparado todavía.

- Te oigo - dijo el Inferior.

- ¿Puedes desactivar los lásers con el telemando?

- Puedo hacer algo todavía mejor: conseguir que estalle y mate al que lo sostiene.

- ¿No podrías limitarte a desconectarlo?

- No.

- Pues entonces, devuelve la función a la traductora, ¡nej! ¡Pronto! Probando...

La máquina repitió la última palabra en el idioma del Pueblo de la Máquina. Vala contestó en seguida:

- ¿Con qué o con quién hablabas?

- Con el Inferior, el ser que nos trajo aquí. Entiendo que nadie ha intentado atacarme todavía, ¿no?

Ella titubeó antes de responder:

- En efecto.

- Entonces nuestra tregua todavía está en vigor, y yo todavía estoy reuniendo datos para tratar de salvar este mundo. ¿Te he dado algún motivo para dudar de ello?

La noche era cálida, pero Luis se sentía demasiado desnudo. El láser permaneció inactivo, y Vala preguntó:

- ¿Fue la raza del Inferior quien causó la Caída de las Ciudades?

- Sí.

- Rompe la negociación - le ordenó Vala.

- Él tiene la mayoría de nuestro instrumental de recogida de datos.

Vala lo pensó otra vez, y Luis guardó silencio. A sus espaldas, dos pares de ojos relucientes les espiaban. Luis se preguntó cuánto llegarían a escuchar los chacales con sus agudos oídos, y cuánto de lo que escuchaban entenderían.

- Usadlos, pues. Pero quiero oír todo lo que diga él - dijo Vala -. Ni siquiera sé cómo es su voz. Podría tratarse de otra imaginación tuya.

- ¿Lo oyes, Inferior?

- Lo oigo.

En los auriculares, Luis oía las palabras en Intermundial, pero el cajetín colgado delante de su garganta hablaba en el idioma de la raza de Valavirgillin. No estaba mal.

- He escuchado lo que prometiste a la mujer. Si consigues encontrar el modo de estabilizar esta estructura, hazlo.

- Seguro, y vosotros aprovecharéis el terreno.

- Si llegaras a estabilizar el Mundo Anillo con ayuda de mis medios, tengo derecho a exigir reconocimiento y la recompensa que quiera pedir.

Valavirgillin bufó con desprecio y reprimió una réplica. Luis se apresuró a responder:

- Tendrás el reconocimiento merecido.

- Ha sido mi gobierno, bajo mi dirección, el que ha tratado de llevar ayuda al Mundo Anillo mil cien años después de que se hiciera el daño. Vosotros seréis mis testigos.

- Lo seré, con ciertas reservas. - Luis hablaba a beneficio de Vala, y luego, volviéndose hacia ella, agregó -: Según nuestro pacto, ese objeto que tienes en las manos es de mi propiedad.

Ella le arrojó el láser, y él lo guardó aparte, al tiempo que caía sobre él el cansancio, o la sensación de alivio, o la de hambre. Faltaba tiempo.

- Cuéntanos cómo son los reactores de corrección de la posición.

- Son reactores Bussard montados sobre bridas en los muros de los bordes, a intervalos uniformes y a distancia de cinco millones de kilómetros los unos de los otros. Por tanto, deben hallarse doscientos sistemas en cada muro. Al funcionar, deben concentrar el viento solar en un radio de unos seis a ocho mil kilómetros, comprimiéndolo electromagnéticamente hasta desencadenar la fusión, y devolviéndolo en la dirección opuesta, a la manera de los cohetes, para frenar.

- Hemos visto algunos en funcionamiento. Vala dice que funcionan veintiuno, ¿verdad? - Ella asintió con la cabeza -. Lo que supone un noventa y cinco por ciento inactivos. ¡Malo!

- Muy probable. Desde la última vez que hablamos, he revisado las holografías de cuarenta alojamientos, y todos estaban vacíos. ¿Os parece que calcule cuánto empuje dan los que funcionan?

- Bien.

- Temo que no quedarán suficientes reactores montados para salvar la estructura.

- Sí...

- ¿Es posible que los Ingenieros del Mundo Anillo instalaran otro sistema estabilizador independiente?

No era ésa la mentalidad de los protectores de Pak, que tendían a confiar demasiado en su capacidad de improvisación.

- No es fácil, pero seguiremos buscando. Estoy hambriento y fatigado, Inferior.

- ¿Hay algo más de que hablar?

- Vigilemos los reactores de posición. Veamos cuántos funcionan y trataremos de estimar su empuje.

- Lo haré.

- Intenta establecer contacto con la ciudad flotante y diles...

- No puedo enviar ningún mensaje a través del muro, Luis. Naturalmente, puesto que estaba hecho de puro scrith.

- Pues desplaza la nave.

- No sería seguro.

- ¿Y por medio de la sonda?

- La sonda orbital está demasiado lejos para emitir sobre frecuencias aleatorias. - Y con infinita reticencia, el Inferior agregó -: Puedo enviar mensajes con la segunda sonda. De todas maneras, debía enviarla al otro lado del muro para repostar.

Librodot

- Sí. Que funcione como repetidor mientras pasa por encima del muro. Intenta comunicar con la ciudad flotante.

- Bastante me ha costado localizar tu traductora, Luis. He situado el módulo a casi veinticinco grados a contragiro de tu posición. ¿Por qué?

- Chmeee y yo hemos decidido dividir nuestra exploración. Yo me dirijo a la ciudad flotante. Él va encaminado hacia el Gran Océano.

No era prudente decir más.

- Chmeee no contesta a mis llamadas.

- Los kzinti no valen para esclavos. Estoy cansado, Inferior. Llámame dentro de doce horas.

Luis recogió del suelo su tazón y comió. Valavirgillin desconocía las especias. La carne y los bulbos hervidos no excitaban sus papilas gustativas, pero no le importó. Cuando el tazón quedó vacío lo lamió, aunque conservando la sensatez suficiente para no olvidar la píldora antialérgica.

Luego, se pusieron a dormir dentro del vehículo.

17 - El sol moviente

La banqueta del vehículo era un mal sucedáneo de las placas sómnicas y además le transmitía las sacudidas. Luis aún estaba agotado. Volvió a dormirse y volvió a despertar sacudido varias veces...

La última fue Valavirgillin quien le sacudió por el hombro, diciendo con ligero sarcasmo:

- Tu sierva se atreve a interrumpir tu bien merecido descanso, Luis.

- ¿Eh? ¡Ah, bueno! ¿Por qué?

- Hemos recorrido un buen trecho, pero nos hemos tropezado con bandidos de la raza de los Corredores. Uno de nosotros tendrá que hacer de ametrallador

- ¿No comen nada los del Pueblo de la Máquina, después de dormir?

Ella se sorprendió.

- No hay nada que comer. Lo siento. Nosotros sólo hacemos una comida y luego dormimos.

Luis se puso la coraza de impacto y el chaleco. Con ayuda de Vala, colocó una chapa metálica sobre la estufa y, puesto de pie sobre ella, Luis vio que llegaba a sacar la cabeza y los hombros por la ventana de ventilación practicada en el techo. Metiendo la cabeza dentro, preguntó:

- ¿Cómo son los Corredores?

- De piernas más largas que las mías, pecho ancho, manos largas. A veces llevan armas de fuego, que nos roban a nosotros.

El vehículo reanudó la marcha.

Iban por un terreno montañoso, cubierto de vegetación achaparrada. A la luz del día el Arco era visible si uno se fijaba bien; de lo contrario se esfumaba en lo azul del cielo. A lo lejos, entre la neblina, Luis pudo divisar una ciudad que flotaba en el aire al modo de los cuentos de hadas.

Parecía tan real, pensó, y dos o tres años más tarde, todo se habría desvanecido, como la pesadilla de un loco

Sacó del chaleco la traductora.

- Llamando al Ser último. Llamando al Ser último...

- Hola, Luis. Tu voz tiene un temblor extraño.

- Viaje accidentado. ¿Alguna novedad para mí?

- Chmeee sigue sin contestar a las llamadas, y tampoco los habitantes de la ciudad flotante. He sumergido la segunda sonda en un lago, sin mayores problemas. Dudo que nadie la descubra allá en el fondo. Dentro de un par de días, «La Aguja Candente de la Cuestión» quedará repostada a tope.

Luis renunció a contarle nada al Inferior acerca de las criaturas del lago. Cuanto más tranquilo estuviera el titerote, menos pensaría en abandonar el proyecto y dejar plantados al Mundo Anillo y a sus pasajeros.

- Una cosa quiero preguntarte. Tienes discos teleportadores montados en las sondas, ¿verdad? Si enviaras una adonde yo estoy, podría servir para trasladarme a la «Aguja», ¿no?

- No, Luis. Estos discos sólo conectan con los depósitos de la «Aguja», a través de un filtro que únicamente deja pasar los átomos de deuterio.

- Pero desmontando el filtro, ¿no podría pasar un hombre?

- Aun así, te verías dentro de un depósito de combustible ¿Por qué lo preguntas? En el caso más favorable, sólo te serviría para ahorrarle a Chmeee una semana de viaje.

- Quizá valiera la pena. Quizá se descubra algo.

¿Por qué ocultaba Luis Wu la desaparición del kzin? Luis se veía obligado a confesarse a sí mismo que el incidente le preocupaba. En realidad, no deseaba mencionarlo... el titerote podía ponerse nervioso.

- Procura elaborar un procedimiento de emergencia, sólo por si hiciera falta.

- Lo haré, Luis. He localizado el módulo a sólo un día de distancia del Gran Océano. ¿Qué espera encontrar allí Chmeee?

- Signos y maravillas. Lo nuevo y lo diferente. ¡Nej! ¡No iría si ya supiera lo que iba a encontrar!

- Es natural - dijo el titerote en tono de incredulidad. Y desconectó.

Luis sonrió. ¿Qué esperaba encontrar Chmeee en el Gran Océano? ¡Amor, y un ejército para él! Si el mapa de Jinx estaba habitado por bandersnatchi, ¿no era posible que ocurriese algo similar con el mapa de Kzin?

Necesidad sexual, afán de supervivencia o de venganza: cualquiera de estos motivos podía valer para que Chmeee quisiera visitar la reproducción de Kzin. Para Chmeee, la supervivencia y la venganza iban unidas, porque, si no dominaban al Inferior, ¿cómo lograrían regresar al espacio conocido?

Pero, incluso contando con un ejército de kzinti, ¿qué planeaba Chmeee contra el Inferior? Si se figuraba que sus congéneres dispondrían de naves, iba a sufrir una decepción, según pensaba Luis.

En todo caso, no faltarían hembras kzinti.

Una cosa sí podía hacer Chmeee con el Inferior, pero seguramente a él no se le ocurriría, y Luis no estaba en condiciones de decírselo, ni lo deseaba, de momento. Era algo demasiado drástico.

Luis frunció el ceño. El tono escéptico del titerote le preocupaba.

¿Habría intuido algo? El alienígena era un excelente lingüista pero, por lo mismo que se trataba de un no humano, los matices no se deslizarían en su voz involuntariamente, sino en tanto que él quisiera ponerlos de manera deliberada.

El tiempo lo diría. Mientras tanto, el chaparral se espesaba lo suficiente como para ocultar a un humano acuclillado. Luis miraba a todas partes, atento a las acumulaciones de vegetación y a las lomas de los alrededores. Su coraza de impacto detendría la bala de un francotirador, pero, ¿y si disparaban contra el vehículo? Podía uno verse atrapado entre hierros retorcidos y combustible en llamas.

Por lo que no dejó de dedicar toda su atención a la labor de vigía.

En aquellos momentos valía la pena. Unos troncos verticales como de un metro y medio de talla soportaban en sus extremos unas corolas grandiosas. En una de ellas se posó un pájaro de gran tamaño, semejante a un águila excepto en el pico, que lo tenía largo y recto como una espada. La raíz acodada, especie que conocía de su primera visita, a unos ciento cincuenta millones de kilómetros de allí, crecía en aquellos lugares, formando unos huertos irregularmente distribuidos y rodeados de empalizadas, y lo mismo la planta en forma de embutido de que habían comido la noche anterior. De súbito, se levantó un enjambre de mariposas, que vistas de lejos parecían en todo iguales a las de la Tierra.

Aquello acentuaba la sensación de realidad. Los protectores de Pak no construirían nada caprichoso. ¿O tal vez sí? Los Pak tenían una confianza inmensa en sus obras, en su capacidad para arreglarlo todo o incluso para crear artilugios nuevos a partir de cero.

Y todas aquellas especulaciones se basaban en la palabra de un hombre fallecido setecientos años atrás: Jack Brennan, el minero, el que conocía a los Pak por mediación de un solo individuo. El árbol de la Vida había convertido al propio Brennan en un humano evolucionado a protector: la piel acorazada, el segundo corazón, la caja craneana ampliada, todo. Pero quizá se volvió loco. O tal vez Phssthpok no era un representante típico de su especie. Y Luis Wu, sin otro recurso sino las opiniones de Jack Brennan sobre Phssthpok el Pak, pretendía adivinar lo que habría pensado otro supuestamente más inteligente que él.

Sin embargo, era preciso que hubiese un modo de salvar todo aquello.

Hacia el giro, el bosque achaparrado cedía su lugar a las plantaciones de bulbos-salchicha; una cadena de colinas bajas cerraba el panorama hacia el antigiro. Enfrente, Luis distinguió su primera estación donde repostar. Era una factoría química bastante grande, alrededor de la cual había empezado a formarse un poblado.

Vala le hizo bajar de su observatorio y dijo:

- Cierra el techo, quédate en la plataforma y no te dejes ver.

- ¿Soy un ilegal?

- Eres algo poco visto. Se admiten las excepciones, pero tendría que explicar por qué eres pasajero mío, y no se me ocurre ninguna explicación aceptable.

El vehículo se detuvo junto a un muro sin ventanas de la factoría. Por la ventanilla, Luis vio a Vala que charlaba con un grupo de gentes de piernas largas y pecho ancho. Las mujeres eran impresionantes, con grandes tetas en sus bustos voluminosos, pero Luis nunca diría que fuesen hermosas. A todas, el pelo largo y oscuro les enmarcaba la frente y las mejillas, dejando sólo un rostro menudo en forma de «T».

Luis se acurrucó detrás de la banqueta delantera, mientras Vala cargaba el vehículo por la puerta del lado opuesto. Pronto estuvieron en condiciones de reanudar el viaje.

Una hora después y lejos de todo lugar habitado, Vala sacó el vehículo de la carretera. Luis descendió de su puesto de tirador. Tenía un hambre canina. Vala había comprado comida: un ave de gran tamaño, ahumada, y néctar de las corolas gigantes. Luis hizo un destrozo con el ave y al cabo de un rato preguntó:

- ¿Tú no comes?

Vala sonrió:

- Nada, hasta la noche. Pero beberé contigo.

Sacó de la trasera del vehículo una botella de vidrio coloreado y añadió al néctar un líquido transparente. Bebió y luego le pasó la botella. Luis bebió.

Alcohol, naturalmente. En el Mundo Anillo no existían los pozos de petróleo, pero cabía la posibilidad de construir destilerías dondequiera que hubiera vegetales capaces de fermentar.

- Dime, Vala, ¿no ocurre a veces que alguna de las razas... ejem... vasallas... se acostumbre demasiado a este brebaje?

- A veces.

- ¿Y qué hacéis entonces?

La pregunta la sorprendió otra vez.

- Aprenden. La bebida incapacita a algunos, y saben que deben vigilarse mutuamente.

Era como el problema de los cabletas, pero en miniatura, y con la misma solución: el tiempo y la selección natural. No parecía preocupar a Vala... y Luis no quería permitir que acabase preocupándole a él. Preguntó:

- ¿Cuánto nos falta para llegar a la ciudad?

- Tres o cuatro horas hasta el puerto, pero allí nos detendrían. He pensado en tu problema, Luis. ¿Por qué no subes volando tú mismo?

- Dímelo tú. Estoy de acuerdo siempre que no me acribillen. ¿Dispararían contra un volador, o le dejarían explicarse?

Ella tomó un sorbo de la botella de alcohol con néctar.

- Las normas son estrictas. Los que no sean de la raza de los Ingenieros no pueden subir sin ser invitados. ¡Pero tampoco existen precedentes de que nadie haya intentado subir volando!

Le pasó la botella. El néctar era dulce, como un jarabe de grosella rebajado, pero el alcohol, de noventa y seis grados sin duda, era una coz en el estómago. Devolvió el frasco y se puso los binoculares para observar la ciudad.

Era un amasijo de torres verticales, de forma circular como de lirio de agua; las torres mismas presentaban una variedad de estilos alucinante: paralelepípedos, husos aguzados por arriba y por abajo, bloques traslucidos, prismas poliédricos, cilindros, conos con el vértice invertido. Algunos edificios eran todos ventanas, otros parecían hechos de balcones. Estaban unidos entre sí, a los más variados niveles, por airosos puentes o por anchas rampas rectilíneas. Aun admitiendo que los arquitectos no eran del todo humanos, a Luis todavía le costaba creer que nadie se molestase en construir una cosa tan grotesca con alguna finalidad.

- Debieron de venir de todas partes y desde miles de kilómetros de distancia - dijo -. Cuando falló la energía, quedaron los edificios dotados de generadores autónomos. Y se reunieron aquí. La raza de Prill los fundió en una sola ciudad. Así es como sucedió, ¿no?

- Nadie lo sabe, Luis, pero tú hablas como si lo hubieras visto.

- Para ti es algo familiar, conocido de toda la vida. No lo ves con los mismos ojos que yo.

Siguió mirando, y se fijó en un puente que salía de un edificio bajo y sin ventanas, situado debajo de la ciudad flotante, para elevarse en una graciosa curva hasta la base de una especie de obelisco, donde empezaba, al lado opuesto, un camino de piedra hasta el edificio más alto, en la cima de una colina.

- Apuesto a que los invitados han de pasar por allí arriba tras cruzar el puente colgante.

- Como es natural.

- ¿Y qué ocurre allí?

- Los registran, por si llevan objetos prohibidos. Son interrogados. Si los Ingenieros de las Ciudades son exigentes con los invitados a quienes permiten subir, nosotros no lo somos menos. A veces, algunos disidentes intentan pasar bombas de contrabando. En una ocasión, unos mercenarios contratados por los Ingenieros intentaron pasar las piezas de repuesto que necesitaban para reparar sus colectores mágicos de agua.

- ¿Sus qué?

Vala sonrió.

- Algunos funcionan todavía. Condensan la humedad del aire. Aun con eso, no tienen agua suficiente. Nosotros elevamos el agua del río. Cuando tenemos alguna diferencia política, ellos pasan sed, y nosotros nos quedamos sin las informaciones que ellos recogen, hasta que se alcanza un arreglo.

- ¿Qué clase de información? ¿Acaso tienen telescopios?

- Mi padre me lo contó una vez. Tienen una habitación donde se ve todo lo que ocurre en el mundo, mejor que con tus binoculares. Al fin y al cabo, Luis, están arriba y pueden verlo todo mejor.

- Me gustaría hablar con tu padre de todo eso. ¿Cómo...?

- No creo que sea una buena idea. Está muy..., no ve...

- ¿Acaso desagrada mi aspecto y mi color?

- Sí. El no creería que tú seas capaz de fabricar esas cosas que tienes. Intentaría quedárselas.

¡Nej, maldición!

- ¿Qué ocurre cuando han pasado los admitidos?

- Mi padre siempre regresa con una inscripción en el brazo, escrita en un idioma que sólo conocen los Ingenieros. Las letras brillan como hilos de plata. No se borran al lavarse, pero acaban por desaparecer al cabo de un falan o dos.

Probablemente no sería un tatuaje, sino más bien algún tipo de circuito impreso. Seguramente los Ingenieros controlaban a sus invitados mejor de lo que éstos se figuraban.

- Okey, y ¿qué hacen los invitados allá arriba?

- Hablan de política. Entregan regalos, grandes cantidades de comida y algunos herramientas. Los Ingenieros les enseñan sus maravillas y hacen rishathra con ellos.

Vala se puso en pie súbitamente y agregó:

- Más vale que continuemos.

El peligro de los bandidos había quedado atrás. Luis se sentó delante, al lado de Vala. El ruido era una molestia casi tan grande como los baches, obligándoles a levantar la voz. Luis gritó:

- ¿Rishathra?

- Ahora no, mientras conduzco - sonrió Vala mostrando todos los dientes -. Los Ingenieros son muy hábiles en el rishathra. Pueden hacerlo con casi todas las razas. Eso les ayudó a forjar su antiguo imperio. Utilizamos el rishathra para comerciar y para no tener hijos hasta que decidimos emparejarnos y formar familias propias, pero los Ingenieros no lo han dejado nunca.

- ¿No conoces a nadie que pudiera conseguirme una invitación? Digamos, para enseñar mis máquinas.

- Sólo a mi padre, pero él no querrá.

- Entonces, tendré que subir volando. Bien, ¿qué más hay debajo de la ciudad? ¿Puedo acercarme y echar a volar sin más?

- Debajo está la granja de las sombras. Podrías hacerte pasar por un granjero, si abandonas tus utilajes. Los granjeros son de todas las razas. Es un trabajo sucio. Las cloacas de la ciudad desaguan sobre la granja y hay que esparcir los desperdicios para abonar los cultivos. Son plantas de las que crecen en las cavernas, que pueden vivir en la oscuridad.

- Pero... ¡Ah, claro! Ahora lo entiendo. El sol no se mueve, de modo que debajo de la ciudad están siempre a oscuras. ¿Plantas de caverna? ¿Champiñones y cosas así?

Ella le miraba con extrañeza.

- ¡Luis! ¿Cómo se te ocurre decir que el sol podría moverse?

- Olvidaba dónde me encuentro. Lo siento - se disculpó él con una mueca. - ¡Cómo va a moverse el sol! No, claro. Son los planetas los que se mueven. Nuestros mundos son esferas que giran sobre sí mismas, ¿comprendes? Al que vive en un lugar, le parece que el sol sale por un lado del cielo y se pone por el lado opuesto; entonces se hace de noche, hasta que vuelve a salir el sol. ¿Para qué crees que pusieron las pantallas cuadradas los Ingenieros del Mundo Anillo?

El vehículo pareció perder la dirección. Vala estaba pálida y temblaba. Luis le preguntó con amabilidad:

- ¿Demasiadas cosas extrañas para ti?

- No es eso - y se interrumpió con un estertor, como una risa ahogada -. Las pantallas de sombra. Evidente hasta para la raza más estúpida. Las pantallas de sombra imitan los ciclos del día y de la noche de los mundos esféricos. Yo confiaba sinceramente en que estuvieras loco, Luis. ¿Qué podemos hacer?

Era necesario hallar una respuesta.

- Se me había ocurrido taladrar el fondo de uno de los Grandes Océanos - dijo -, justo en las fechas de mayor proximidad al sol. Para expulsar al espacio una masa de agua equivalente a varias veces la de la Tierra. La reacción haría que el Anillo retornase a la posición concéntrica, la correcta. ¿Me oyes, Inferior?

La voz exageradamente armoniosa de contralto intervino:

- No lo creo factible.

- Por supuesto, no lo es. En primer lugar, ¿cómo taparíamos luego el agujero? En segundo lugar, provocaríamos una oscilación del Anillo, una vibración de tal amplitud que acabaría con todos los seres vivientes y probablemente destruiría además la atmósfera. Pero seguiré pensándolo, Vala, seguiré pensándolo.

Ella emitió de nuevo aquella especie de gemido ahogado y meneó la cabeza con énfasis.

- ¡Al menos, piensas en grande!

- ¿Qué harían en una situación así los Ingenieros del Mundo Anillo? Y si un enemigo hubiera destruido la mayor parte de los reactores de corrección? No creo que construyeran el Anillo sin prever esta clase de eventualidades. ¡Necesito averiguar más cosas acerca de ellos! ¡Ayúdame a entrar en la ciudad flotante, Vala!

18 - La granja de las tinieblas

Empezaron a aparecer otros vehículos en dirección contraria: cajones con ventanas, todos con un cajón más pequeño en la parte trasera. La carretera se volvió más ancha y mejor cuidada, y las estaciones de servicio más frecuentes, construidas en la arquitectura cuadrática y pesada, peculiar del Pueblo de la Máquina. La circulación se hacía cada vez más densa y Vala tuvo que reducir la velocidad. Luis intuía la molestia de su presencia.

La carretera trepaba por una colina, al otro lado de la cual estaba la ciudad. Vala hizo de guía turística mientras se acercaban, entre una riada de vehículos.

Recodo del Río había empezado como una letanía de muelles en la orilla del anchuroso y pardo río Serpiente, lado del giro. Esta zona más antigua tenía ahora el aire de un suburbio venido a menos; la ciudad había saltado el río mediante varios puentes, y creció hasta que su perímetro adquirió la forma de un bollo al que hubieran dado un mordisco. Aquel trozo que faltaba era la zona de sombra de la ciudad flotante de los Ingenieros.

Librodot

Estaban rodeados de cajones automóviles, y el aire apestaba a alcohol. La marcha era muy lenta, y aunque Luis procuraba hundirse en el asiento, los demás conductores tuvieron ocasión sobrada de contemplar el extraño aspecto del hombre venido de las estrellas.

Pero no lo hicieron. No se fijaban en Luis ni en los demás conductores; sólo hacían caso de los demás vehículos. Y así Vala pudo llegar hasta el centro de la ciudad.

Allí las casas se apelotonaban las unas contra las otras. De tres o cuatro pisos de altura, se estrechaban sin dejar apenas espacios intermedios, quitándose mutuamente la luz. Contrastaban sobremanera con ellas los edificios públicos, también bajos, pero macizos, de extensa planta y situados en terrenos espaciosos. Allí se competía en ocupación de solares, no en altura. ¡Qué mérito podía tener un rascacielos, cuando eran vecinos de una ciudad que flotaba en lo alto!

Vala le mostró la escuela de comercio, amplio y opulento complejo de edificios de piedra. Pasaron por delante de otro bloque y Vala hizo una seña hacia una calle transversal:

- Yo vivo allá, en aquella casa de piedra roja, ¿la ves?

- ¿Serviría de algo que yo fuese allí?

Ella meneó la cabeza.

- Lo he pensado mucho. No. Mi padre jamás daría crédito a tus palabras. Cree que incluso las afirmaciones de los Ingenieros son mentiras, fanfarronadas, en su mayor parte. Yo también lo creía, pero después de todo lo que me has contado de esa... Halrloprillalar...

Luis rió.

- Ella sí era una mentirosa. Pero los de su raza fueron los amos del Mundo Anillo.

Salieron del Recodo del Río y continuaron hacia babor. Vala se apartó varios kilómetros antes de cruzar el último puente. Una vez lejos, a babor de la gran sombra, enfiló un camino casi invisible y se detuvo.

Salieron y pusieron manos a la obra, bajo un sol inclemente, sin hablar apenas. Luis utilizó el cinturón de vuelo para alzar un gran peñasco, y Valavirgillin cavó un hoyo. Allí fue a parar casi toda la porción de la valiosa tela negra propiedad de Luis. Luego taparon el hoyo y Luis lo cubrió con la roca.

Guardó el cinturón de vuelo en la mochila de Vala y se la cargó a la espalda. La mochila contenía además, su coraza de impacto, su chaleco, sus binoculares, el láser y la botella de néctar. Pesaba lo suyo. Luis se quitó la mochila y ajustó el cinturón para que aliviara un poco la carga. Colocó la caja de la traductora encima de los demás efectos y volvió a echarse la mochila a hombros.

Llevaba unos pantalones cortos de Vala, atados con una cuerda a modo de cinturón. Le quedaban demasiado anchos. Su rostro depilado podía pasar por ser una característica de su raza. En su persona no quedaba nada que denunciase al viajero interestelar, excepto, tal vez, el auricular de la traductora. Tendría que correr ese riesgo.

Apenas veía por dónde andaba. La claridad diurna era deslumbradora; las sombras, en cambio, excesivamente densas y negras.

Pasaron directamente del día a la noche. Vala daba muestras de conocer el camino a la perfección. Luis la siguió pisándole los talones, hasta que sus ojos se acostumbraron y pudo empezar a distinguir el sendero en medio de los cultivos.

Los hongos eran de todos los tamaños, desde los que parecían botones hasta los que alcanzaban la estatura del propio Luis, con tallos tan gruesos como su cintura. Unos tenían forma de seta y otros no tenían forma alguna. Flotaba en el aire un olor nauseabundo. Los huecos entre los edificios flotantes arrojaban haces rectilíneos de luz solar tan brillante que parecían columnas macizas.

Unos hongos amarillos esponjosos formaban macizos sobre caballones de mugre gris. Otros se erguían como lanzas medievales, color blanco moteado de rojo. Un tronco muerto aparecía recubierto de anaranjado, de amarillo y de negro.

La gente era casi tan variada como las setas. A un lado se veían unos Corredores manejando la sierra doble para cortar un gran hongo elíptico de rayas anaranjadas. Más allá, unos humanoides bajitos, de cara ancha y grandes manos, llenaban cestas de botones blancos, que eran transportadas por gigantes herbívoros. Vala comentó, bajando la voz a un susurro:

- Muchas razas prefieren contratarse por grupos, para evitar el trauma cultural. Los tenemos en barracones separados.

A otro lado, un grupo numeroso repartía el estiércol y los desperdicios fermentados, como Luis no tardó en advertir por el olfato. ¿No eran de la misma raza que Vala? Sí, en efecto, eran del Pueblo de la Máquina, pero dos de ellos se mantenían aparte y vigilaban, armados.

- ¿Quiénes son ésos? ¿Prisioneros?

- Son reos de delitos menores, que sirven a la sociedad por espacio de veinte a cincuenta falans en este...

Y se interrumpió al ver que uno de los guardianes se acercaba.

Saludó a Vala.

- Éste no es lugar para usted, señora. Sería usted un rehén demasiado provechoso para esos acarreadores de mierda.

Vala respondió en tono de gran fatiga:

- Tengo una avería en el coche. Debo ir a la escuela y dar parte de lo ocurrido. ¿Me permiten que cruce por la granja de las tinieblas? Los mataron a todos. Todos muertos por los vampiros. Debo avisar. ¡Por favor!

El guardián titubeó.

- Puede pasar, pero voy a ponerle una escolta. Silbó una breve melodía y luego se volvió hacia Luis.

- ¿Y tú?

Vala respondió por él:

- Lo he alquilado para que lleve mi equipaje.

El guardián dijo, hablando muy despacio y subrayando la pronunciación:

- Tú. Ve con la mujer hasta donde ella quiera, pero sin salir de la granja. Luego volverás a tu trabajo. ¿Qué estabas haciendo?

Sin la traductora, Luis estaba mudo. Se acordó de su láser, guardado en la mochila. Con un gesto al azar, señaló un hongo de bordes morados y luego, un poco más allá, un macizo de hongos parecidos.

- Bien.

El guardián miró por encima del hombro de Luis y exclamó:

- ¡Eh!

Por el olor, Luis supo quiénes eran antes de volverse. Aguardó con docilidad, mientras el vigilante daba instrucciones a una pareja de humanoides chacales:

- La señora y su porteador irán hasta el otro lado de la granja. Que nadie les haga daño.

Caminaron en fila india por entre los sembrados, hacia el centro de la granja de las tinieblas. El chacal macho iba delante y la hembra cerraba la marcha. El olor a podrido era cada vez más insoportable. Por todas partes acarreaban cargas de abono.

¡Sangre y nej! ¿Cómo se las arreglaría para librarse de los chacales?

Luis se volvió. La mujer chacal le sonrió. A ella, por supuesto, no le afectaba el hedor. Sus dientes eran triángulos de buen tamaño, perfectamente dispuestos para descarnar las piezas, y sus orejas puntiagudas estaban erguidas en señal de atención. Como su compañero, llevaba un saco a hombros y nada más; de todos modos, tenían el cuerpo cubierto de pelo casi por entero.

Salieron a un claro. Más allá del mismo se veía un pozo inmenso, cubierto de niebla que no dejaba ver la orilla de enfrente. Un tubo arrojaba sus aguas negras al pozo. Luis siguió el tubo con la mirada hasta perderlo en la oscuridad del cielo.

La mujer chacal le habló al oído, con no poco sobresalto por parte de Luis. Usaba el idioma del Pueblo de la Máquina.

- ¿Qué diría el rey de los gigantes si supiera que Luis y Wu eran la misma persona?

Luis se quedó de una pieza.

- ¿No puedes hablar sin tu cajita? No te preocupes. Estamos a tu servicio.

El hombre chacal hablaba con Valavirgillin, y ella hizo un gesto de asentimiento. Ambos se salieron del sendero. Luis y la mujer los siguieron, y todos fueron a ocultarse bajo el sombrero de un descomunal hongo blanco.

Vala estaba nerviosa; quizá le afectaba el hedor lo mismo que a Luis.

- Kyeref dice que esto es estiércol fresco. Dentro de un falan habrá fermentado, trasladarán el tubo y empezarán a llevarse el abono. Mientras tanto, no viene nadie por aquí.

Le quitó la mochila a Luis y esparció sus pertenencias. Él echó mano a la traductora (las orejas del hombre chacal se irguieron con rapidez cuando la mano de Luis se acercó a la linterna láser) y después de darle volumen preguntó:

- ¿Qué es lo que sabe el Pueblo de la Noche?

- Mucho más de lo que nos figurábamos - dijo Vala.

Pero, aunque parecía deseosa de decir más, no se atrevió. El hombre contestó:

- El mundo está condenado a un cataclismo dentro de no muchos falans. Sólo Luis Wu puede salvarnos.

Sonrió, en un impresionante despliegue de blancos colmillos. Su aliento era como el de un basilisco.

- No sé si lo dices con sarcasmo - dijo Luis -. ¿Tenéis confianza en mí?

- Los acontecimientos insólitos pueden despertar en el alienado el don de profecía. Pero sabemos que tienes artefactos no conocidos en otros lugares, y que eres de una raza también desconocida. El mundo es muy grande y tampoco lo conocemos por completo. Y tu amigo peludo es de una raza más extraña aún.

- No has contestado a mi pregunta.

- ¡Sálvanos! Nosotros no te lo impediremos.

El chacal dejó de sonreír, aunque no por eso llegaron a juntarse sus labios. (Se habría necesitado un esfuerzo deliberado para eso, con aquellos dientes...)

- Si eres un loco, ¿qué nos importa? Las actividades de las demás especies rara vez interfieren con las nuestras. A la hora postrera, todos nos pertenecen.

- Me pregunto si no seréis los verdaderos amos de este mundo - dijo Luis por diplomacia; pero en seguida se preguntó, intranquilo, si no sería más verdad de lo que él mismo pensaba.

La mujer contestó:

- Muchas razas pretenden ser dueñas del mundo, o de su parte de él. ¿Vamos a reivindicar para nosotros las copas de los árboles como el Pueblo Colgante, o las alturas sin aire del Pueblo de las montañas derramadas? ¿Y qué raza querría quedarse con nuestro dominio?

Se estaban burlando de él, seguro.

Luis dijo:

- En alguna parte de este mundo tiene que existir un Centro de Mantenimiento. ¿Sabéis dónde?

- Indudablemente tienes razón, pero no sabemos dónde puede encontrarse - dijo el hombre chacal.

- ¿Qué sabéis de los muros de los bordes? ¿Y de los Grandes Océanos?

- Hay demasiados océanos. Ignoramos a cuál te refieres. Ha habido mucha actividad cerca de los muros antes de que apareciesen por primera vez las grandes llamas.

- ¡No me digas! ¿Qué clase de actividad?

- Muchos aparatos elevadores levantaban máquinas incluso más arriba del nivel donde vive el Pueblo de la Montaña. Allí se reunían en gran número gentes de la raza de los Ingenieros de Ciudades y del Pueblo de la Montaña, junto con algunos de otras especies. Se ha trabajado en la misma coronación del mundo. Quizá tú puedas explicarnos qué significa todo eso.

Luis estaba asombrado.

- ¡Nej y maldición! Ha debido de ser...

Sin duda volvían a montar los reactores que previamente habían saqueado. Pero no deseaba manifestarlo en voz alta. Demasiado poder y ambición, y demasiado cerca, seguramente, para los nervios de un titerote.

- Mucho corren los mensajes en boca de los comedores de carroña.

- Más corre la luz. ¿Afectan esas noticias a tus predicciones catastróficas?

- Temo que no - aun cuando existiera una brigada de reparación en algún lugar, apenas debían de quedarles reactores Bussard para volver a montarlos -. Pero, mientras funcionen las grandes llamas, es posible que nos queden más de los siete u ocho falans que yo había previsto.

- Es una buena noticia. ¿Qué vas a hacer ahora?

Por un instante, Luis se sintió tentado a dejar correr la ciudad flotante y asociarse con los chacales. Pero había viajado demasiado para eso, y además, los hombres chacales se encontraban en todas partes.

- Esperaré a que se haga de noche, y entonces subiré. Tu parte de la tela, Vala, está en el vehículo. Te agradecería que no se la enseñaras a nadie ni hables de mí a nadie hasta... dentro de un par de giros. Me parece qué con eso será suficiente. En cuanto a mi parte, puedes enviar a buscarla dentro de un falan si no he regresado para reclamarla. Para mí, me quedo con ésta.

Y se palmeó un bolsillo del chaleco, donde tenía como un metro cuadrado de la tela semiconductora; doblado, abultaba como un pañuelo poco más o menos.

- Preferiría que no entrase en la ciudad - dijo Vala.

- ¡Qué importa! Creerán que es sólo una tela, mientras no les diga yo que es otra cosa - dijo Luis.

Era casi una mentira, ya que se proponía utilizar el material superconductor.

Los chacales miraron con atención mientras él se quitaba los pantalones... para añadir detalles a su descripción, sin duda, con objeto de localizar el origen de su raza en el Mundo Anillo. Luego se endosó la coraza de impacto.

La mujer preguntó de improviso:

- ¿Cómo pudiste convencer a una mujer del Pueblo de la Máquina de que no eras un loco?

Vala hizo el relato de lo sucedido, mientras Luis se ponía el chaleco y los binoculares, y se embolsaba el láser, cuya visión casi hizo que los chacales perdieran la sonrisa. La mujer preguntó:

- ¿Crees que podrás salvar el mundo?

- No lo dejéis todo en mis manos. Buscad el Centro de Mantenimiento. Haced que corra la noticia. Tratad de interrogar a los bandersnatchi..., quiero decir, a esas enormes bestias blancas que viven en el gran pantano, a giro de aquí.

- Sabemos quiénes son.

- Muy bien. Vala...

- Voy a dar parte de la muerte de mis compañeros. Quizá no volvamos a vernos nunca, Luis.

Valavirgillin recogió su mochila vacía y se alejó con presteza.

- Hemos de darle escolta - dijo la mujer chacal, y le dejaron solo.

No le habían deseado buena suerte. ¿Por qué? Dado su estilo de vida... quizás imperaba entre ellos el fatalismo. ¿Qué podía significar la suerte para ellos?

Luis escrutó el cielo. Tuvo la tentación de subir en seguida, sin más espera. Pero valía más aguardar a que se hiciera de noche. Habló a la traductora:

- Hablo al Ser Último. ¿Estás ahí? - Por lo visto, el titerote no estaba.

Luis salió a gatas de debajo del hongo. El hedor parecía menos intenso a ras de suelo. Pensativo, sorbió un trago de la botella de alcohol con néctar que Vala le había dejado.

¿Quiénes eran en realidad aquellos chacales? Con una situación tan privilegiada en el sistema ecológico, ¿cómo lograron preservar su inteligencia? Quizá tuvieron que luchar de vez en cuando para defender sus prerrogativas, o para hacerse respetar. Por otra parte, el

encendérselas con un millar de religiones locales también podía requerir una notable facilidad de palabra.

Luego se planteó una cuestión más práctica: ¿En qué le servirían de ayuda? Tal vez quedaba en algún lugar un enclave chacalero donde recordaran los orígenes de la droga de la inmortalidad. Fabricada, para continuar con la hipótesis, de la raíz del árbol de la Vida de los Pak.

Cada cosa a su tiempo. Lo primero era entrar en la ciudad.

Los pilares de luz palidecieron y acabaron por oscurecerse. Otras luces se manifestaban ahora en medio de la oscuridad opaca: centenares de ventanas iluminadas. Ninguna de ellas relucía sobre su cabeza, ya que nadie querría vivir de cara a un vertedero de basuras (a menos que tampoco tuviera dinero para pagar la luz).

La granja de las sombras parecía desierta. Luis no oyó sino el soplo del viento. Trepó a la cima del hongo y pudo atisbar el resplandor de ventanas lejanas, que titilaban como velitas: las viviendas de los campesinos, fuera del perímetro del vertedero.

Luis pulsó el mando de elevación de su cinturón y empezó a ascender verticalmente.

19 - La ciudad flotante

A poco más de trescientos metros el aire fresco predominaba, y se empezaba a entrar en la ciudad flotante. Rodeó el extremo redondeado de una torre invertida: cuatro pisos de ventanas a oscuras, seguidos de un garaje. El portón del garaje estaba cerrado. Luis voló en círculo, buscando una ventana rota, pero no había ninguna.

Aquellas ventanas habían sobrevivido mil cien años. Seguramente no conseguiría romper ninguna de ellas aunque lo intentase, y en todo caso no deseaba presentarse en la ciudad como un ladrón.

Prefirió seguir el recorrido de la tubería de evacuación, pensando que así sería más fácil pasar desapercibido. Se vio rodeado de rampas, pero no observó alumbrado público en ninguna parte. Tras localizar una acera, empezó a seguirla. Ahora ya no llamaría tanto la atención.

La ciudad estaba como desierta. La ancha cinta de piedra artificial contorneaba los edificios, a izquierda y derecha, arriba y abajo, y derivaba de vez en cuando a calles secundarias. Pese a la altura de trescientos metros, no había barandilla ni defensa alguna; la raza de Halrloprillalar debía de sentirse mucho más próxima de sus antepasados arborícolas que los oriundos de la Tierra. Luis anduvo en dirección hacia la zona iluminada, temeroso, procurando no apartarse del centro de la acera.

¿Dónde estaba la gente? La ciudad producía una sensación de agorafobia, pensó Luis. Había muchas viviendas, y rampas entre las zonas residenciales, pero ¿dónde estaban las tiendas, las

Librodot

salas de espectáculos, los bares, los centros comerciales, las cafeterías? No había anuncios, y todo se ocultaba detrás de los muros.

Era preciso que encontrase a alguien, para presentarse, o de lo contrario continuar a escondidas. ¿Y aquel bloque de vidrio con las ventanas a oscuras? Si entrase por arriba podría asegurarse de si estaba desierto.

Un individuo se acercaba por la misma acera.

Luis exclamó:

- ¡Eh! ¿Entiendes mi idioma?

Y oyó al mismo tiempo sus palabras traducidas a la lengua del Pueblo de la Máquina.

El desconocido respondió en el mismo idioma:

- No le aconsejo que ande por la ciudad a oscuras. Podría caerse.

Estaba más cerca ahora. Tenía grandes ojos y no era de la raza de los Ingenieros de las Ciudades. Llevaba un chuzo casi tan largo como él mismo. Como se hallaba a contraluz, Luis no pudo distinguir más detalles.

- A ver el brazo - dijo.

Luis se descubrió el brazo izquierdo. Por supuesto, no llevaba ninguna identificación. Entonces, dijo lo que pensaba decir desde el principio:

- Sé reparar vuestros condensadores de agua.

El bastón fue a golpearle.

Le rozó la cabeza con un destello; Luis esquivó el golpe echándose hacia atrás. Hizo una voltereta y se halló de nuevo sobre sus pies, acuclillado, ágil, funcionando perfectamente los bien entrenados reflejos. Pero levantó los brazos demasiado tarde y no pudo parar el golpe siguiente. El chuzo le acertó en el cráneo. Vio centellas delante de los ojos y perdió el sentido.

Se hallaba en caída libre. Notó el azote del viento. Incluso para un hombre semiinconsciente, la situación estaba clara. ¡Perforación en una nave espacial! ¿Dónde estoy? ¿Dónde están los parches contra meteoritos? ¿Y mi traje presurizado? ¿Y el mando de la alarma?

El mando. Recordó a medias. Sus manos acudieron al pecho, palparon los mandos del cinturón, pulsaron con fuerza el botón de elevación.

El cinturón, con empuje tremendo, frenó en seco la caída y le hizo dar la vuelta de campana en el aire, hasta quedar con los pies colgando. Luis intentó despejar la neblina de sus sentidos. Miró hacia arriba. A través de un hueco en la oscuridad adivinó la corona del sol oculto tras una pantalla de sombra; vio que la negrura opaca bajaba a toda velocidad para aplastarle. Redujo el mando de ascensión para frenar su rápida subida.

Salvado.

Sentía revueltas las tripas y dolorida la cabeza. Necesitaba ganar tiempo para pensar. Evidentemente, su primera aproximación había sido errónea. Pero si el vigilante le había precipitado de la acera abajo... Luis se palpó los bolsillos. Estaba todo allí. ¿Por qué no le había robado antes?

Luis medio recordaba la solución: él había saltado, pero no alcanzó al guardián y luego, en la voltereta hacia atrás, había perdido el sentido. Lo cual cambiaba todo el aspecto de la cuestión. Habría sido mejor esperar. Demasiado tarde ahora.

Quedaba sólo el otro procedimiento.

Voló por debajo de la ciudad, dirigiéndose hacia la periferia, pero sin llegar hasta allí, porque había en ella demasiadas ventanas iluminadas. Cerca del centro vio un doble cono sin luz alguna. El vértice inferior estaba truncado, con una plataforma de piedra artificial que servía de puerto. Luis pasó volando la entrada.

Aumentó la ganancia de sus binoculares, censurándose por no haberlo hecho antes. Como si el golpe en la cabeza le hubiese privado de su sentido común.

Recordó que los congéneres de Prill, los Ingenieros de las Ciudades, tenían vehículos volantes. Pero allí no había ninguno. Vio unos carriles Oxidados que cruzaban el suelo, y al fondo una silla mal entablada, sin brazos, y un graderío, con tres filas de bancos a cada lado del carril. La madera estaba mohosa y el metal carcomido por el orín.

No fue sino después de examinar la silla con detenimiento cuando comprendió. Estaba construida para deslizarse por los carriles y volcarse al llegar a la salida. Luis se hallaba en una cámara de ejecución, en donde se había previsto la asistencia de espectadores.

¿Encontraría tribunales en los pisos de encima, o una cárcel? Luis había casi decidido probar fortuna en otra parte, cuando una voz cavernosa, hablando desde la oscuridad, dijo en una lengua que no había escuchado desde hacía veintitrés años.

- Enséñame el brazo, intruso. Y muévete despacio.

Una vez más Luis dijo:

- Sé reparar vuestros condensadores de agua.

Y oyó que la traductora hablaba en la lengua de Halrloprillalar.

Debía de tenerla programada de antemano.

Su oponente se encontraba bajo el dintel de una puerta, al fondo de una escalinata. Su estatura era como la de Luis y tenía los ojos fosforescentes. Llevaba un arma parecida a la de Valavirgillin.

- No hay nada en tu brazo. ¿Cómo has entrado aquí? ¡A menos que hayas venido volando!

- Sí.

- Asombroso. ¿Es un arma eso?

Sin duda se refería a la linterna láser.

- Sí. Ves muy bien en la oscuridad. ¿Quién eres?

- Soy Mar Korssil, una hembra de los Cazadores Nocturnos. Arroja tu arma.

- No quiero.

- No me gustaría tener que matarte. Lo que has dicho antes podría ser cierto...

- Lo es.

- No deseo despertar a mi ama, y no te dejaré pasar por esta puerta. Depón tus armas.

- No. Ya me he visto atacado una vez esta noche. ¿No podrías cerrar esta puerta de manera que ninguno de los dos consiga abrirla?

Mar Korssil corrió alguna especie de cerrojo que rechinó en el momento de echarlo.

- Vuela para mí - dijo con su voz de bajo profundo.

Luis se elevó como medio metro y volvió a posarse en el suelo.

- Asombroso.

Mar Korssil bajó por la escalera con el arma en ristre.

- Tenemos tiempo para hablar. Cuando amanezca vendrán a abrir. ¿Qué ofreces y qué pretendes?

- ¿He acertado cuando he supuesto que vuestros condensadores de agua no funcionan? ¿Se estropearon cuando la Caída de las Ciudades?

- Que yo sepa, no han funcionado nunca. ¿Quién eres tú?

- Soy Luis Wu, macho de la especie que podríamos llamar el Pueblo de las Estrellas. Vengo de otro mundo, de una estrella tan tenue que ni se ve. Llevo material para reparar por lo menos algunos de los condensadores de agua de la ciudad, y tengo mucho más en depósito. Y creo que podré daros luz también.

Mar Korssil le escrutó con sus ojos azules, grandes como unos anteojos. Tenía unas garras formidables en lugar de dedos, y colmillos como navajas. ¿Sería por casualidad un carnívoro cazador de roedores?

- Si puedes reparar nuestras máquinas, me parece bien. En cuanto a lo de reparar las de otros edificios, mi ama lo decidirá. ¿Qué pides a cambio?

- Informaciones. Acceso a cuanto posea la ciudad en materia de conocimiento acumulado: mapas, historia, leyendas...

- No creerás que estamos en condiciones de enviarte a la Biblioteca. Si lo que has afirmado es verdad, eres demasiado valioso. Nuestro edificio no es rico, pero podemos adquirir informaciones a la Biblioteca si tienes algo concreto que preguntar.

Cada vez estaba más claro que la ciudad flotante no era una ciudad, lo mismo que la Grecia de Pericles no era una nación. Cada edificio era independiente, y él se había metido en el edificio equivocado.

- ¿Dónde está el edificio de la biblioteca? - preguntó.

- A babor y hacia el giro de aquí. Es un cono puesto con el vértice hacia abajo. ¿Por qué lo preguntas?

Luis se llevó la mano al pecho, se elevó y echó a volar hacia la oscuridad exterior.

Mar Korssil disparó. Luis cayó pataleando, con el pecho en llamas. Gritó y se desprendió de la coraza, revolcándose para alejarse del fuego. Los mandos del cinturón de vuelo ardieron con llamaradas amarillas y pequeñas explosiones de azul y blanco.

Luis se encontró con el láser en la mano y apuntó a Mar Korssil. La Cazadora no pareció hacer caso.

- No me obligues a hacerlo otra vez - dijo ella -. ¿Estás herido?

Estas palabras la salvaron, pero Luis necesitaba disparar contra cualquier cosa.

- Suelta el arma o te parto en dos, como a eso - dijo, cruzando con el rayo del láser la silla de ejecución, que se hizo pedazos, envuelta en llamas.

Mar Korssil no hizo ningún movimiento.

- Sólo quiero salir de vuestro edificio. Por tu culpa estoy embarrancado aquí. Tendré que cruzar por el edificio, pero prometo abandonarlo a través de la primera rampa que vea. Deja caer el arma o morirás.

Una voz de mujer habló desde la escalera.

- Suelta el arma, Korssil.

La Cazadora Nocturna obedeció.

La mujer empezó a bajar por la escalera. Era más alta que Luis, y muy esbelta. La nariz era menuda, y los labios tan delgados que resultaban invisibles; tenía la frente calva, pero le flotaba abundante cabello blanco por detrás. Luis supuso que el cabello blanco sería síntoma de vejez. Ella no se mostró atemorizada lo mas mínimo por su presencia.

- ¿Tú eres el ama? - preguntó él.

- Yo y mi compañero oficial somos los amos. Soy Laliskareerlyar. ¿Tú dices llamarte Luhiwu?

- Te has acercado bastante.

Ella sonrió.

- Hay una mirilla. Mar Korssil dio la alarma desde el garaje, lo que no es habitual. Vine a ver y escuchar. Lamento lo de tu artefacto volador No hay nada igual en toda la ciudad.

- Si reparo vuestro condensador de agua, ¿me pondréis en libertad? Además, necesito orientaciones.

- Considera tu posición negociadora. ¿Serías capaz de oponerte a mis guardias, que esperan afuera?

Luis estaba casi resignado a tener que abrirse paso matando. Hizo un nuevo intento. El suelo parecía hecho de la acostumbrada piedra artificial. Dibujó lentamente un círculo en el mismo con el láser, y una losa de un metro de grueso cayó hacia la oscuridad. Laliskareerlyar perdió la sonrisa.

- Ya veo que quizá sí. Se hará lo que solicitas. Acompáñanos, Mar Korssil, y no permitas que seamos molestados. Deja el arma donde está.

Subieron por una escalera automática de caracol, que no funcionaba. Luis contó catorce vueltas, equivalentes a otros tantos pisos. Se preguntó si se habría equivocado en lo de la edad de Laliskareerlyar; la mujer de la raza de los Ingenieros subía los escalones con soltura y aún le sobraba aliento para conversar. Pero tenía arrugas en las manos y en la cara, que parecían como desgastadas.

Costaba acostumbrarse a tal aspecto, pensó Luis, aunque intelectualmente uno supiese lo que era: las marcas de la edad, y la herencia de su antepasado, el protector de Pak.

Subieron alumbrándose con la linterna láser de Luis. Las puertas se abrían y asomaban moradores curiosos, pero Mar Korssil les ordenó que desaparecieran. La mayoría era de la raza de los Ingenieros, pero los había también de otras especies.

Aquellos criados habían servido a la familia Lyar durante muchas generaciones, explicó Laliskareerlyar. La familia de vigilantes nocturnos Mar había sido de policías al servicio de un juez Lyar. Los cocineros eran del Pueblo de la Máquina y llevaban casi el mismo tiempo a su servicio. Los criados y los amos Ingenieros de las Ciudades se consideraban como miembros de una sola familia, unida por periódicos rishathra y por tradicionales lazos de lealtad. En conjunto, el edificio Lyar alojaba unas mil personas, la mitad de las cuales eran Ingenieros unidos por vínculos de parentesco.

A medio camino, Luis se detuvo a mirar por una ventana. ¿Una ventana, en una escalera de caracol que ocupaba el centro de un edificio? Era un holograma, una vista tomada desde uno de los muros marginales y que mostraba un amplio panorama de parte del Anillo. Se trataba de uno de los últimos objetos de valor de los Lyar, como le explicó Laliskareerlyar con orgullo y melancolía. Otros muchos habían sido vendidos, a lo largo de cientos de falans, para pagar las facturas del agua.

Luis también estuvo muy hablador. Desconfiaba, y estaba furioso y cansado, pero al mismo tiempo sentía una atracción inexplicable hacia la anciana de la raza de los Ingenieros. Ella

conocía la existencia de otros planetas. No ponía en duda la veracidad de Luis. Sabía escuchar. Se parecía tanto a Halrloprillalar que, sin darse cuenta, Luis se puso a hablar de ella: de cómo la antigua prostituta inmortal de las naves había vivido como una diosa medio enloquecida hasta que llegó Luis Wu con su abigarrada tripulación; de cómo ella los ayudó, y luego abandonó al lado de ellos su civilización arruinada, y de cómo murió.

Laliskareeriyar preguntó:

- ¿Por eso no mataste a Mar Korssil?

La Cazadora Nocturna le miró con sus ojazos azules.

- Tal vez - rió Luis.

Luego les contó lo de su victoria sobre la plaga de los girasoles. Con ello rozaba un tema peligroso, pues no le parecía conveniente decirle a Laliskareerlyar que el mundo iba a precipitarse contra su sol.

- Me gustaría salir de este mundo sabiendo que no hice daño a nadie. Tengo más de esa tela enterrada cerca de aquí..., ¡nej! Ahora se me ocurre que no sé cómo ir a por ella.

Habían llegado al punto más alto de la espiral. Luis jadeaba, Mar Korssil descorrió el cerrojo de una puerta. Aún quedaban más escalones al otro lado. Laliskareerlyar preguntó:

- ¿Eres noctívago?

- ¿Qué? No.

- Será mejor esperar a que se haga de día. Ve y tráenos desayuno, Mar Korssil. Que venga Whil con sus herramientas. Luego puedes irte a dormir.

Mientras Mar Korssil enfilaba escalera abajo, obediente, la anciana se sentó, con las piernas cruzadas, sobre una alfombra antigua.

- Supongo que será preciso trabajar fuera - dijo -. No entiendo por qué has corrido ese riesgo. ¿Para qué? ¿En busca de conocimientos? ¿Qué conocimientos?

Resultaba difícil mentirle, pero el Inferior podía hallarse a la escucha.

- ¿Sabes algo de una máquina que servía para convertir una clase de materia en otra? ¿El aire en barro, el plomo en oro?

Ella se mostró interesada.

- Se dice que los antiguos magos sabían convertir el vidrio en diamantes. Pero ésos son cuentos de niños.

Y eso fue todo.

- ¿Qué me dices de un Centro de Mantenimiento para este mundo? ¿Hay alguna leyenda al respecto, de donde pueda deducirse dónde estaba?

Le miró con asombro

- ¿Como si el mundo no fuese sino un objeto artificial, una ciudad como ésta a gran escala?

Luis rió.

- A muy gran escala. A una escala enorme, ¿no?

- No.

- ¿Y sobre una droga de la inmortalidad? Sé que eso es realidad. Halrloprillalar la usaba.

- Por supuesto era realidad. No ha quedado nada en la ciudad, ni en ningún otro lugar que yo sepa. Es una historia favorita de los... - la traductora usó un término en Intermundial -, de los timadores

- ¿Dice ese cuento de dónde procedía?

Una joven, de la raza de los Ingenieros, apareció jadeante por el último tramo de escalera, portando un tazón grande y de fondo plano. De súbito, Luis olvidó su temor al envenenamiento. Eran una especie de gachas de avena medio frías, y comieron metiendo las manos en el recipiente.

- La droga de la juventud viene de la dirección del giro - dijo la vieja -, pero no sé si de muy lejos. ¿Son ésos los tesoros de sabiduría que buscabas?

- Uno de los muchos, pero sería uno de los más importantes

Sin duda tendrían árbol de la Vida en aquel Centro de Mantenimiento, pensó Luis, preguntándose cómo lo utilizarían. Ningún humano hubiera deseado convertirse en un protector, seguramente, pero tal vez algún homínido sí.. En fin, aquellos enigmas podían esperar.

Whil era un humanoide robusto, de facciones simiescas, vestido de una tela cuyos colores prístinos había devorado el tiempo, y que ahora parecía el arco iris de un dios loco. No era muy hablador. Tenía los brazos cortos y gruesos, y parecía poseer una fuerza descomunal. Precedidos por él, subieron el último tramo de escalera, con las herramientas, y salieron al exterior.

Se vieron al comienzo de una pasarela, en la cúspide truncada del doble cono. El camino tendría sólo medio metro de ancho, y a Luis se le cortó la respiración. Estropeado definitivamente su cinturón volador, tenía motivos para temer la altura. El viento le azotaba con fuerza y hacía ondear la túnica de Whil como una bandera multicolor.

Laliskareerlyar preguntó:

- ¿Qué? ¿Puedes arreglarlo?

- No desde aquí, pero la maquinaria debe de estar debajo.

Y así era, pero no resultaba fácil llegar hasta ella. La canalización del registro era apenas más ancha que el mismo Luis Wu. Whil le precedió a rastras, abriendo mirillas según se le iba ordenando.

El registro era de forma tórica y rodeaba la maquinaria que, a su vez, rodeaba el colector. Entendió que el agua debía de precipitar en el colector, bien fuese por condensación, ¿o quizá porque disponían de algún procedimiento más avanzado?

La maquinaria oculta detrás del registro era complicada y totalmente desconocida para Luis Wu. Estaba perfectamente limpia, excepto..., ¡ah, sí! Luis se acercó para ver mejor, conteniendo la respiración. Un hilillo de polvo había caído sobre los aparatos. Luis procuró adivinar su situación originaria. Esperaba que el resto funcionase todavía.

Retrocedió y pidió prestados a Whil unos guantes fuertes y unos alicates de punta fina. Arrancó una tira delgada de la pieza de tela negra que guardaba en el bolsillo y la retorció para formar un cable, que enrolló alrededor de dos bornes.

No ocurrió nada perceptible. Siguió explorando el círculo detrás de Whil. En total encontró seis pistas de polvo, y montó seis cordones de superconductor en los lugares que estimó más oportunos.

Salió del conducto y dijo:

- Desde luego, es posible que la fuente de alimentación haya dejado de funcionar desde hace mucho tiempo.

- Vamos a verlo - dijo la vieja.

Y todos salieron otra vez al exterior.

La superficie pulida del colector apareció cubierta de rocío. Luis se arrodilló y lo tocó. Era humedad. El agua estaba caliente y las gotitas ya se fundían y empezaban a deslizarse hacia las tuberías. Luis hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, pensativo. Otra buena acción que iba a carecer de importancia transcurridos unos quince falans.

20 - Negocios en Lyar

Justo debajo del diámetro máximo del edificio Lyar, se encontraba lo que parecía una combinación entre sala de audiencias y dormitorio. Una gran cama circular con dosel y cortina, sofás y sillones alrededor de mesas grandes o pequeñas, una falsa ventana en la parte que daba a la granja de las tinieblas, y un bar abierto que ofrecía una gran variedad de bebidas. Pero tal variedad había desaparecido. Laliskareerlyar sirvió de un jarro de cristal en un vaso con dos asas, tomó un sorbo y se lo ofreció luego a Luis.

Él preguntó:

- ¿Se celebran audiencias aquí?

- En cierto sentido. Son reuniones de familia - sonrió ella.

¿Orgías? Era muy probable, en el supuesto de que fuese el rishathra lo que mantenía unida a la familia Lyar. Una familia venida a menos. Luis tomó un sorbo y notó el sabor a néctar con alcohol. Aquello de compartir las copas y los platos... ¿sería por temor al envenenamiento? Sin embargo, ella lo hacía con toda naturalidad. Y no existían las enfermedades en el Mundo Anillo.

- Lo que hiciste por nosotros va a mejorar nuestro prestigio y nuestro patrimonio - dijo Laliskareerlyar - Pregunta.

- Necesito llegar hasta la Biblioteca, entrar en ella, y persuadir a los que gobiernan aquello para que pongan a mi disposición todos sus conocimientos.

- Eso costaría muy caro

- Pero ¿no es imposible? Bien.

Ella sonrió.

- Demasiado caro. Las relaciones entre los edificios son complejas. Los Diez controlan la circulación de turistas...

- ¿Los Diez qué?

- Los diez edificios más grandes, Luhiwu, los más poderosos de entre nosotros. Nueve de ellos todavía tienen luz y condensadores de agua. Juntos construyeron el puente hasta la Colina del Cielo. Bien, pues ellos dirigen el negocio turístico, y abonan alquileres a los edificios inferiores que se avienen a prestar hospitalidad a los invitados del exterior, por el uso de las plazas públicas, y unos honorarios especiales por los actos que se celebran en edificios privados. Son ellos quienes cierran todos los acuerdos con las demás especies, como en el caso del agua que el Pueblo de la Máquina bombea para nosotros. Pagamos alquileres a los Diez por el agua y por concesiones especiales. Tu caso sería una concesión extraordinaria..., aunque a veces pagamos a la Biblioteca una matrícula de educación general.

- ¿La Biblioteca es uno de los Diez?

- Sí. Mira, Luhiwu, nosotros no tenemos tanto dinero. ¿Existe alguna posibilidad de que pudieras prestar un buen servicio a la Biblioteca? A lo mejor tus investigaciones podrían servirles de ayuda a ellos.

- Es posible.

- A cambio de un servicio prestado creo que descontarían algo de la matrícula, o incluso de lo pagadero, quizá. Pero nosotros no tenemos nada de eso. ¿Les venderías tu arma portátil o la máquina que habla por ti?

- Me parece que eso no me gustaría. Pero tal vez quieran que les arregle el condensador de agua.

- Voy a enterarme de lo que piden por dejarte entrar en el edificio Orlry.

- No lo dirás en serio.

- Sí. Tendrán que asignarte una escolta para evitar que te lleves las armas. Pagarás un billete para ver las antigüedades, y mas si quieres asistir a una demostración. Si llegas a ver sus instalaciones de mantenimiento podrás descubrir algún punto débil. Lo preguntaré. - Y poniéndose en pie, agregó -: ¿Quieres que practiquemos rishathra?

Hasta cierto punto Luis esperaba esa pregunta, y no fue el extraño aspecto de la vieja lo que motivó su titubeo. Era el miedo a quitarse su armadura y sus artefactos. Recordó el antiguo chiste del rey que medita, sentado en su trono: Estoy paranoico. Pero, ¿lo estoy bastante?

¡Y sin embargo, estaba cayéndose de sueño! No tendría más remedio sino confiar en los Lyar.

- De acuerdo - dijo, y empezó a quitarse la coraza.

La edad había tratado de una manera extraña a Laliskareerlyar. Luis conocía la literatura antigua, piezas teatrales y novelas anteriores al descubrimiento de los elixires. La vejez era como una enfermedad incapacitante..., pero aquella mujer no estaba incapacitada. Le colgaba la piel y sus miembros no eran tan flexibles como los de Luis, pero ponían un interés sin límites en el acto del amor y en la novedad del cuerpo y los reflejos de Luis.

Tardó mucho en poder conciliar el sueño, tras declinar explicaciones sobre el disco de plástico instalado debajo de su cabello. Pensó que ojalá ella no se lo hubiera recordado. El Inferior tenía un contactor en buen estado de funcionamiento... y se aborreció a sí mismo cuando se sorprendió deseándolo.

Le despertaron poco antes del anochecer. La cama dio dos sacudidas, y él parpadeó y se dio la vuelta. Al hacerlo se vio en compañía de Laliskareerlyar y de otro hombre, un Ingeniero marcado también por los estragos de la edad.

Laliskareerlyar se lo presentó bajo el nombre de Fortaralisplyar, su compañero oficial y el anfitrión de Luis. Después de unas palabras de agradecimiento por haber reparado la antigua maquinaria del edificio, pasaron a la cena, que ya estaba servida en una de las mesas, y Luis fue invitado a compartirla: era una gran sopera llena de estofado, demasiado soso para el gusto de Luis. Pero comió.

- Orlry nos exige más de lo que tenemos - le explicó mientras tanto Fortaralisplyar -. Hemos comprado a nombre de usted el derecho a entrar en tres edificios vecinos nuestros. Si consigue arreglar aunque sólo sea uno de los condensadores, podremos hacer que entre en el edificio Orlry. ¿Le parece satisfactorio?

- Excelente. Lo que necesito son máquinas que no hayan funcionado desde hace mil cien años, y que nadie haya intentado intervenir.

- Mi compañera me lo ha contado.

Al anochecer, Luis les dejó que siguieran durmiendo; le habían invitado a participar, y sobraba sitio en la gran cama redonda, pero Luis estaba descansado y necesitaba otra actividad.

El edificio era como una enorme tumba. Desde los pisos superiores, Luis buscó señales de actividad en el laberinto de puentes, sin ver otra cosa sino, de vez en cuando, algún Cazador Nocturno de grandes ojos. Hizo cálculos. Si los Ingenieros dormían diez horas seguidas de cada treinta, ello vendría a coincidir con el período de oscuridad. Se preguntó si dormirían también en los edificios iluminados.

- Llamando al Ser último - dijo.

- Sí, Luis. ¿Hay que traducir?

- No es necesario, no nos oye nadie. Me hallo en la ciudad flotante Necesitaré un día o dos para entrar en la Biblioteca. Creo que estoy embarrancado aquí. Han estropeado mi cinturón de vuelo.

- Chmeee sigue sin contestar.

Luis suspiró:

- ¿Otras novedades?

- Dentro de dos días mi sonda número uno completará su recorrido de los muros exteriores. La llevaré hasta la ciudad flotante, si te parece. ¿Quieres que negocie yo directamente con los habitantes? Tenemos experiencia en eso. Al menos, puedo respaldar tu relato.

- Ya te lo diré. ¿Qué me cuentas de los reactores de posición del Mundo Anillo? ¿Has visto si se habían montado más?

- No. De los que ya conocíamos, los veintidós están funcionado. ¿Llegas a verlos?

- Desde donde estoy, no. Oye, Inferior, ¿querrías averiguar algunas cosas sobre las propiedades del scrith, el material que forma el subsuelo del Mundo Anillo? ¿Su resistencia, su flexibilidad, sus propiedades magnéticas?

- Lo he estudiado bastante, ya que los muros laterales se hallan al alcance de mis instrumentos. El scrith es mucho más denso que el plomo. La base de scrith del Mundo Anillo probablemente tiene menos de treinta metros de espesor. A tu regreso te mostraré mis datos.

- Bien.

- Puedo evacuarte si quieres. Aunque sería más fácil si pudiera enviar a Chmeee.

- Magnífico. Y... ¿por qué medio?

- Tendrás que esperar a la llegada de mi sonda. Luego recibirás más instrucciones.

Cuando el Inferior hubo cortado la comunicación, Luis se quedó mirando la ciudad aparentemente desierta. Solo, en un edificio perdido de una ciudad perdida, sin su contactor...

Una voz dijo a su espalda:

- Le dijiste a mi ama que no eras noctívago.

- Hola, Mar Korssil. Usamos la luz eléctrica, y algunos vivimos con arreglo a horarios de lo más extraño. Además, estoy habituado a días más cortos - dijo Luis.

La humanoide de grandes ojos no apuntaba a Luis con su arma, precisamente.

- Durante estos últimos falans, el día ha empezado a cambiar de duración. Es molesto.

- Sí.

- ¿Con quién hablabas?

- Con un monstruo de dos cabezas.

Mar Korssil se retiró, tal vez ofendida, según le pareció a Luis. Éste permaneció junto a la ventana, evocando en asociación libre los recuerdos de una vida larga y pródiga en acontecimientos. Había abandonado la esperanza de retornar al espacio conocido. Había abandonado el contactor. A lo mejor era ya hora de madurar... un poco más.

El edificio Chkar era un prisma de piedra artificial recubierto de balcones. Uno de sus lados estaba destrozado por las explosiones, que habían puesto al descubierto el armazón metálico. El condensador de agua estaba en un depósito de la azotea, algo desnivelado. Una explosión antigua había sembrado de partículas de metal fundido la maquinaria. Luis no confiaba en que su intervención sirviera, como así ocurrió en efecto.

- La culpa es mía - dijo Laliskareerlyar -. Olvidaba que el edificio Chkar y el edificio Orlry lucharon el uno contra el otro hace dos mil falans.

El edificio Panth tenía la forma de una cebolla de pie sobre su tallo. Luis supuso que en sus orígenes había sido un club de salud; identificó las piscinas, los solariums, las saunas, las mesas de masaje y un gimnasio. Allí, por lo visto sobraba el agua. Y un olor tenue, pero conocido, cosquilleó su olfato...

Panth también había peleado contra Orlry. Aún se veían los cráteres. Un individuo joven y calvo, llamado Arrivercompanth, juró que el condensador de agua no se había estropeado jamás. Luis encontró las pistas de polvo en la maquinaria, y los contactos a los que correspondían. Cuando hubo realizado sus reparaciones, empezaron a formarse gotitas de agua que corrieron hacia el canalón de recogida.

Hubo algunas dificultades en cuanto al pago. Arrivercompanth y su gente querían pagar en rishathra y en promesas. (Y entonces, Luis reconoció el olor que cosquilleaba su olfato y su cerebelo. Estaba en una casa de mala nota, y había vampiros en alguna parte.) Laliskareerlyar deseaba cobrar en efectivo y al contado. Luis escuchó la discusión, no sin curiosidad. Dedujo que los Diez se molestarían cuando Panth cancelara las compras de agua, y que tratarían de multarles por fraude. Arrivercompanth pagó.

Gisk había sido una comunidad de vecinos, o algo parecido, cuando la Caída de las Ciudades. Tenía forma cúbica, con un patio en el centro para la ventilación, y estaba desierto. A juzgar por el olor que exhalaba el lugar, el agua era allí un artículo de lujo. Luis estaba ya bastante familiarizado con el aspecto de la maquinaria; hizo la reparación con rapidez, y funcionó en

seguida. Los Gisk pagaron sin rechistar, y cayeron a los pies de Laliskareerlyar para expresarle su agradecimiento... olvidando al humilde sirviente que había manejado las herramientas. Bien. Poco le importaba.

Fortaralisplyar estuvo contentísimo; depositó dos puñados de monedas en el bolsillo del chaleco de Luis y le explicó la intrincada estrategia del soborno. Aquel lenguaje plagado de eufemismos forzaba hasta los límites la capacidad de la traductora.

- En caso de duda, no haga nada - le dijo Fortaralisplyar -. Mañana le acompañaré al edificio Orlry. Yo me encargo del regateo.

El edificio Orlry quedaba al lado de babor de la ciudad. Luis y Fortaralisplyar se tomaron su tiempo para hacer un recorrido turístico, subiendo hasta las rampas más altas con objeto de ver mejor el panorama. Fortaralysplyar estaba orgulloso de su ciudad.

- Algo de civilización se ha conservado, incluso después de la Caída - dijo.

Le indicó la situación de Rylo, edificio que había sido el castillo de un emperador. Era bello, pero estaba calcinado. El emperador había reclamado el dominio de la ciudad justo hacia la época en que llegaron los del edificio Orlry. Chank era un obelisco afilado, semejante a una columna de templo griego que sólo se sustentase a sí misma; había sido un centro comercial. Sin sus almacenes, procedentes de sus mercados, sus restaurantes, sus tiendas de ropa y lencería e incluso sus comercios de juguetes, todo lo cual le permitía comerciar con el Pueblo de la Máquina, la ciudad habría desaparecido. La vía aérea que descendía hasta la Colina del Cielo, salía de los sótanos de Chank.

El edificio Orlry era un disco de diez metros de espesor y cien de diámetro, cuyas líneas se inspiraban en la estética de una tarta. A un lado, un poderoso torreón lleno de aspilleras, plataformas con ralles y una grúa, le recordó a Luis el puente de mando de una nave de combate. La rampa de acceso a Orlry era ancha, pero sólo había un camino y una entrada. El borde superior estaba flanqueado de mirillas, que a juicio de Luis debían corresponder a otras tantas cámaras o sensores, aunque ya no funcionasen. En la pared se abrían algunas ventanas, que evidentemente eran reformas posteriores a la construcción originaria. Los cristales estaban muy mal ajustados.

Fortaralisplyar vestía una túnica púrpura y amarilla, hecha de lo que a Luis le pareció una fibra vegetal: basta a su entender, pero muy vistosa cuando se contemplaba desde cierta distancia. Entraron en Orlry y se vieron en una espaciosa zona de recepción. Estaba iluminada, pero con una luz titilante, ya que procedía de un gran número de quinqués de alcohol montados cerca del techo.

Once individuos de ambos sexos y de la raza de los Ingenieros, les aguardaban. Vestían todos casi idénticamente, con calzones anchos y capas de colores brillantes, cuyos bordes presentaban una rica decoración asimétrica. ¿Galones, tal vez? Un hombre canoso que se adelantó a saludarles era el que llevaba la capa más recamada y un arma de fuego al hombro.

Se dirigió a Fortaralisplyar.

- Deseaba ver con mis propios ojos al ser capaz de darnos agua procedente de una maquinaria que no ha funcionado desde hace más de mil falans.

Su arma corta, que llevaba en una vieja funda de plástico pendiente del hombro, era pequeña y de líneas prácticas y eficientes, pero Filistranorlry no conseguía tener aspecto de guerrero ni con ella. Sus facciones menudas expresaban una curiosidad divertida mientras inspeccionaba a Luis Wu.

- Desde luego, su aspecto es bastante raro, pero... en fin. Puesto que habéis pagado, veréis lo que habéis venido a ver.

Hizo un ademán a los soldados.

Fueron registrados, primero Fortaralisplyar y luego Luis. Hallaron su linterna láser, la probaron y se la devolvieron. Después se quedaron muy intrigados por su traductora, hasta que Luis dijo:

- Este artefacto habla por mí.

Filistranoriry dio un respingo.

- ¡Luego es verdad! ¿Quieres vendérmelo?

Como se había dirigido a Fortaralisplyar, éste replicó:

- No es mío.

- Sin él me quedaría mudo - explicó Luis.

El amo de Orlry pareció darse por satisfecho con la aclaración.

El condensador de agua era un cono invertido en el centro del extenso tejado de Orlry. Los conductos de acceso situados debajo eran demasiado estrechos para Luis, ni siquiera quitándose la coraza, cosa que desde luego no tenía ninguna intención de hacer.

- ¿Quiénes son los reparadores aquí? ¿Ratones?

- Gente del Pueblo Colgante - explicó Filistranoriry -. Nos vemos precisados a alquilar sus servicios. Iban a ser llamados por el edificio Chilb. ¿Ves alguna otra dificultad?

- Sí.

A aquellas alturas, la maquinaria le era ya bien familiar; Luis había reparado tres edificios y fracasado en el cuarto. Logró distinguir lo que le parecieron un par de contactos Buscó el hilillo de polvo de debajo y no lo halló.

- ¿Se ha intentado alguna reparación con anterioridad?

- Lo supongo. ¿Cómo íbamos a saberlo después de cinco mil falans?

- Tendremos que esperar a los reparadores. Espero que sepan entender las órdenes.

¡Nej! Alguien fallecido desde hacía largos años, amenazaba con estropearlo todo, al haber aventado los indispensables rastros de polvo. Pero Luis estaba seguro de que llegaría a meter mano allí...

Filistranorlry preguntó:

- ¿Te gustaría ver nuestro museo? Has adquirido ese derecho

Luis nunca había sido un fanático de las armas. Reconoció algunos de los principios de funcionamiento, aunque no las formas, de los trastos de matar que se exhibían allí, detrás de vitrinas y urnas de cristal. En muchos casos utilizaban proyectiles, o explosivos, o ambas cosas a la vez. Algunas armas disparaban un rosario de diminutas balas destinadas a estallar como petardos en la carne del enemigo. Los escasos lásers eran voluminosos y pesados, por consiguiente poco prácticos. En otro tiempo, irían montados sobre tractores o plataformas flotantes, pero aquellos habían sido desmontados para sus uso en otras aplicaciones.

Un Ingeniero hizo acto de presencia, seguido de media docena de operarios. Los individuos del Pueblo Colgante apenas le llegaban a Luis a la altura del esternón. Sus cabezas parecían demasiado abultadas para los cuerpos, los dedos de los pies eran largos y hábiles, y los dedos de las manos los arrastraban casi por el suelo.

- Seguramente será perder el tiempo - dijo uno de ellos.

- Hacedlo bien y cobraréis igualmente - les dijo Luis.

A lo que el individuo contestó con una mueca despectiva.

Llevaban monos sin mangas con muchos bolsillos, y éstos repletos de herramientas. Cuando los soldados quisieron registrarles, ellos se quitaron los monos y dejaron que registrasen las prendas. Quizá les desagradaba ser tocados.

Eran tan diminutos. Luis le preguntó a Fortaralisplyar:

- ¿Los de vuestra especie hacen rishathra con éstos?

- Sí, pero con cuidado - ironizó el ingeniero.

Los del Pueblo Colgante se arracimaron alrededor de Luis Wu y observaron cómo éste metía los brazos en la tubería del registro. Llevaba puestos los guantes aisladores que le había prestado Mar Korssil.

- Todos los contactos son como éstos. Hay que fijar la tira de tela así... y así. Supongo que encontraréis seis pares de contactos. Y es posible que debajo de algunos de ellos haya un rastro de polvo.

Cuando hubieron desaparecido por un recodo del conducto, se volvió hacia los amos de Orlry y de Lyar:

- Si cometen alguna equivocación, nunca lo sabremos. Me gustaría poder inspeccionar su trabajo.

Pero no hizo ninguna alusión a su otro temor.

Los del Pueblo Colgante regresaron y todo el mundo salió al tejado: los obreros, los soldados, los amos y Luis Wu. Contemplaron cómo se formaba el rocío y se iba condensando el agua para correr luego hacia el centro del embudo.

Y seis humanoides del Pueblo Colgante quedaron enterados de cómo se reparaban los condensadores de agua mediante unas tiras de tela negra.

- Quiero comprar esa tela negra - dijo Filistranorlry.

Los del Pueblo Colgante y el Ingeniero que los supervisaba, desaparecieron escalera abajo. Filistranorlry y diez de sus soldados tomaron posiciones para cortar la salida a Luis y a Fortaralisplyar.

- No vendo - dijo Luis.

El canoso contestó:

- Creo que os retendré aquí hasta que haya logrado persuadimos de que os conviene vender. Si me obligáis a insistir mucho, insistiré también en que vendáis la máquina que habla.

Luis casi lo había esperado.

- ¿Pueden retenerle aquí a la fuerza, Fortaralisplyar?

El amo de Lyar miró fijamente a los ojos del amo de Orlry antes de replicar:

- No, Luis. Las complicaciones iban a ser desagradables. Los edificios inferiores se aliarían con nosotros para liberarme. Los Diez preferirían convertirse en los Nueve antes que arriesgar la ausencia de visitantes.

Filistranorlry soltó una carcajada y dijo:

- Los edificios inferiores van a pasar mucha sed...

Pero la sonrisa se le fue borrando a medida que la de Fortaralisplyar se hacía más ancha. Ahora el edificio Lyar tenía agua para dar y vender.

- No podéis retenerme. Sería como echar a los visitantes rampas abajo. Los dramas de Chkar y los servicios de Panth quedarían vedados para vosotros...

- Márchate, pues.

- Luis viene conmigo.

- Él no.

Luis dijo:

- Cobre y váyase. Así se facilitan las cosas para todos los interesados.

Tenía la mano puesta en el bolsillo, sobre el láser.

Filistranorlry exhibió una bolsita, que Fortaralisplyar aceptó, poniéndose a contar su contenido. Luego pasó por entre los soldados y empezó a bajar por la escalera. Cuando hubo desaparecido, Luis se caló la visera de su coraza de impacto.

- Ofrezco un precio alto. Doce... - seguido de una palabra no traducida -. No serás engañado.

Eso decía Filistranorlry, pero Luis, prudente, iba acercándose al borde del tejado. Vio que Filistranorlry hacía una seña a los soldados, y echó a correr.

El borde del tejado tenía una barandilla que llegaba hasta el pecho, rematada en zigzag para imitar la figura de la raíz de codo. Abajo, a lo lejos, se divisaba la granja de las tinieblas. Luis corrió, siguiendo la barandilla en dirección a la salida. Los soldados estaban cerca, pero Filistranorlry, desde la retaguardia, se había puesto a disparar su pistola. Los estampidos eran desconcertantes e incluso terroríficos. Una bala impactó en el costado de Luis; la coraza adquirió rigidez al instante pero él rodó por el suelo como una estatua derribada. Se rehizo y echó a correr otra vez. Al ver que dos soldados se abalanzaban sobre él, saltó sobre la barandilla y de allí abajo.

Fortaralisplyar, que iba por la acera, se volvió sorprendido.

Luis aterrizó de bruces, mientras su coraza de impacto se volvía rígida como el acero. Aquella especie de ataúd hecho a medida amortiguó el golpe en parte, pero de todos modos quedó medio conmocionado. Unas manos le pusieron en pie antes de que tuviera verdaderos deseos de levantarse. Fortaralisplyar se pasó el brazo de Luis por los hombros y le ayudó a alejarse de allí.

- Vámonos. Pueden volver a disparar - jadeó Luis.

- No se atreverán. ¿Se ha hecho daño? Le sangra la nariz.

- Ha valido la pena.

21 - La Biblioteca

Entraron en la Biblioteca a través de un vestíbulo de reducidas dimensiones, situado en la planta baja del cono, en su vértice.

Detrás de un ancho y macizo mostrador de madera, dos bibliotecarios trabajaban frente a unas pantallas de lectura, máquinas voluminosas construidas en forma de cajones apilados, y que tenían los libros en cintas a pasar por la lectora. Los bibliotecarios parecían sacerdote y sacerdotisa, con sus hopalandas azules idénticas, de cuellos acuchillados. Debieron de pasar varios minutos antes de que la mujer hiciera caso de los recién llegados.

Su cabello era de un blanco purísimo, seguramente de nacimiento, pues no se trataba de ninguna anciana; tenía la edad a la que una mujer de la Tierra, sin duda, pensaría en la primera inyección rejuvenecedora. Era alta y esbelta, y bonita a los ojos de Luis. De pecho era plana, por supuesto, pero estaba muy bien hecha. De Halrloprillalar, Luis había aprendido a

considerar hermosas las cabezas calvas y perfectamente redondeadas. Si se hubiese avenido a sonreír..., pero se mostró seca e imperiosa incluso con Fortaralisplyar:

- ¿Sí?

- Soy Fortaralisplyar. ¿Tiene usted mi contrato? Ella pulsó unas cuantas teclas de la máquina lectora.

- Sí. ¿Es éste?

- En efecto.

Entonces se volvió hacia Luis.

- Luhiwu, ¿puedes entenderme?

- Sí, con la ayuda de esto.

Cuando la traductora empezó a hablar la bibliotecaria se descompuso por unos momentos, pero se rehizo en seguida. Entonces dijo:

- Soy Harkabeeparolyn. Tu amo ha adquirido para ti el derecho a investigar sin limitaciones durante tres días, con opción sobre tres días más. Podrás moverte libremente por la Biblioteca, con excepción de las zonas residenciales, que corresponden a las puertas con marco dorado. Cualquier máquina se hallará a tu disposición, a menos que esté marcada como ésta - le mostró una cuadrícula de color anaranjado -. Para usar éstas necesitarás ayuda. Dirígete a mí o a cualquiera que lleve en la ropa un cuello como el mío. Estás autorizado a usar la cantina. Para dormir o tomar un baño, deberás regresar al edificio Lyar.

- Bien.

La bibliotecaria se mostró ligeramente sorprendida, y el propio Luis también. ¿Por qué había asentido con tanta fuerza? Y se halló pensando que el edificio Lyar le evocaba más el propio hogar que cualquier apartamento que hubiese tenido nunca en Canyon.

Fortaralisplyar pagó en monedas de plata, se despidió de Luis con una inclinación y salió. La bibliotecaria se volvió hacia su máquina de lectura. (Harkabeeparolyn. Estaba harto de memorizar nombres polisílabos, pero aquél valía la pena recordarlo bien.) Harkabeeparolyn se volvió cuando Luis dijo:

- Hay un lugar que me gustaría visitar.

- ¿En la Biblioteca?

- Así lo espero. Recuerdo que hace mucho tiempo estuve en un lugar así. Uno se veía en el centro de un círculo, y ese círculo era el mundo. La pantalla central giraba y uno podía ver aumentada cualquier parte del mundo que quisiera.

- Tenemos una sala de mapas. Por esa escalera, arriba.

Se la mostró con un ademán y luego le volvió la espalda.

Un estrecho caracol de escalones metálicos se ceñía alrededor del eje de la Biblioteca, fijado sólo por sus extremos superior e inferior, por lo que Luis experimentó una fuerte oscilación mientras subía. Pasó frente a varias puertas con marco dorado, todas ellas cerradas. Más arriba, una sucesión de pasillos abovedados daba a otras tantas salas de lectura, donde se alineaban las pantallas. Luis contó hasta cuarenta y seis Ingenieros usando las máquinas de lectura, dos ancianos del Pueblo de la Máquina, un macho corpulento y muy peludo de váyase a saber qué raza, y una mujer chacal que leía sola en una habitación.

La sala de mapas estaba en el piso más alto, como supo tan pronto como se halló en ella.

La primera vez que vieron una sala de mapas fue en un palacio flotante abandonado. La pared tenía forma de anillo azul escaqueado de blanco, y pudieron observar las proyecciones de diez mundos con atmósfera de oxígeno. En una pantalla, se observaba a gran aumento cualquier detalle que uno eligiera. Sólo que las escenas mostradas tenían miles de años de antigüedad. Presentaban una civilización anillícola rebosante de vitalidad: ciudades deslumbrantes, vehículos que describían bucles rectangulares junto a los muros de los bordes, aeronaves tan grandes como aquella misma Biblioteca y astronaves aún mayores.

En aquella ocasión, no buscaban ningún centro de mantenimiento, sino la manera de escapar del Mundo Anillo. Evidentemente, aquellas cintas tan antiguas resultaron casi inútiles.

Llevaban demasiada prisa entonces, así que veintitrés años más tarde, en otra coyuntura no menos desesperada, había que intentarlo otra vez...

Cuando Luis Wu asomó la cabeza por la escalera de caracol, vio relucir el Anillo a su alrededor. Luis Wu era, en aquellos momentos, el sol del sistema. El mapa tenía sesenta centímetros de altura y casi doce metros de diámetro. Las pantallas de sombra se hallaban a la misma altura, pero en un círculo mucho más próximo, y sobre todo ello, se cernía un techo negro como la tinta, en donde relucían millares de estrellas. También el suelo era negro y tachonado de astros.

Luis se acercó a una de las pantallas de sombra y la atravesó. Eran hologramas, naturalmente, lo mismo que los de aquella primera sala de mapas. Pero esta vez no aparecieron las vistas de los mundos terraformes.

Luis miró el reverso de una de las pantallas de sombra, pero no mostraba ningún detalle. No era nada más que un simple rectángulo negro, ligeramente curvado.

La pantalla ampliadora estaba siendo utilizada.

Era un rectángulo de sesenta por noventa centímetros, debajo del cual se veían los elementos de mando, todo ello montado sobre un carril circular dispuesto entre las pantallas de sombra y el Anillo. El muchacho estaba contemplando una vista ampliada de uno de los reactores Bussard montados. Estaba semioculto por un resplandor azulado y el chico fruncía el ceño en el intento de distinguir mejor los detalles.

Parecía apenas adolescente. Tenía todo el cráneo recubierto de cabello castaño muy fino, que se espesaba alrededor de las sienes y en la nuca. Vestía la toga azul de bibliotecario, pero con una sola muesca en el cuello.

Librodot

Luis preguntó:

- ¿Permites que mire por encima de tu hombro?

El chico se volvió. Sus facciones eran menudas y prácticamente inescrutables, como las de casi todos los Ingenieros, lo que le aventajaba en cierto modo.

- ¿Está usted autorizado?

- El edificio Lyar ha adquirido plenos privilegios para mí.

- ¡Ah! - El muchacho dirigió de nuevo la vista a la pantalla -. De todos modos, ahora no se puede ver nada. Dentro de dos días desconectarán las llamas.

- Pues entonces, ¿qué estabas mirando?

- Observaba el equipo de reparación.

Luis intentó distinguir algo a través del resplandor. Una tormenta de luz blanquecina y azulada velaba la pantalla, excepto un círculo de oscuridad en el centro, y dentro de éste, un punto de color rosado marcaba la situación del reactor.

Las líneas electromagnéticas de fuerza concentraban el hidrógeno a alta temperatura del viento solar, lo guiaban y lo comprimían hasta la fusión, y lo proyectaban de nuevo hacia el sol. La maquinaria luchaba con fútil obstinación para estabilizar el Anillo contra la fuerza de gravedad de su astro. Pero de todo ello, lo único que se distinguía era aquella luz azul pálido y el punto rojizo sobre la línea de coronación del muro

- Casi han terminado - dijo el muchacho -. Suponíamos que acudirían a nosotros en demanda de ayuda, pero no lo han hecho.

Se adivinaba un tonillo de despecho.

- A lo mejor es que no poseéis lo medios para captar sus llamadas - aventuró Luis, procurando hablar en tono de indiferencia. ¡Equipo de reparación! -. Me figuro que habrán terminado del todo. Ya no quedan más motores.

- No. Mire.

El muchacho desplazó el punto de mira a lo largo del muro, y la vista se detuvo en seco, bastante lejos del resplandor azul. Luis vio unos objetos de metal colocados contra el muro.

Los estudió con atención hasta estar bien seguro. Barras de metal, un gran cilindro plano a modo de carrete de bobina...; eran las piezas de lo que habían visto a través del telescopio de la «Aguja», y el andamiaje para volver a montar los reactores de posición del Mundo Anillo.

El equipo de reparación habría tenido que decelerar aquellos equipos a la velocidad orbital, empleando un segmento del sistema de transporte del borde, pero ¿cómo pensaban invertir luego el procedimiento? La maquinaria tendría que ser acelerada a la velocidad de rotación del Anillo para izarla a su punto de destino.

¿Mediante la fricción con la atmósfera? Si aquellos materiales eran tan duraderos como el scrith, el calentamiento no sería problema.

- Y aquí.

La vista se desplazó de nuevo hacia la dirección del giro, siempre siguiendo el muro, hasta la zona de los espaciopuertos. Se veían con claridad las cuatro grandes naves de los Ingenieros. «La Aguja Candente de la Cuestión» era un punto en el cielo. Luis no habría reparado en él si no hubiera sabido exactamente dónde buscar: a kilómetro y medio de la única nave que todavía estaba ceñida por su reactor Bussard.

- Ahí, ¿lo ve? - El muchacho señaló los dos anillos de color cobrizo -. Sólo queda un motor. Cuando el equipo de reparación lo haya montado, habrán concluido su trabajo.

Megatoneladas de material de obra bajaban por la pared, indudablemente, acompañadas de una muchedumbre de obreros de quién sabe qué razas, y todo ello cerca del establecimiento de la «Aguja». El Inferior no se sentiría muy contento.

- Concluido, sí. Pero no será suficiente - dijo Luis.

- Suficiente, ¿para qué?

- Déjalo. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando ese equipo de reparación? ¿De dónde han salido?

- A mí nadie me cuenta nada - dijo el muchacho -. Flup. Apestoso flup. ¿Por qué anda todo el mundo tan excitado? Pero ¡qué le cuento a usted! Si tampoco lo sabe.

Luis pasó en silencio este comentario.

- ¿Quiénes son? ¿Cómo averiguaron el peligro?

- Nadie lo sabe. No sabíamos nada de ellos, hasta que empezaron a montar las máquinas.

- ¿Cuánto tiempo hace de eso?

- Ocho falans.

Trabajaban con rapidez, pensó Luis. Poco más de un año y medio, más el tiempo que hubiesen invertido en los preparativos. ¿Quiénes serían? Gente decidida, activa, inteligente, que no retrocedía ante los grandes proyectos ni ante los grandes números... Casi era posible que fuesen..., pero los protectores habían dejado de existir hacía mucho tiempo. Tenían que serlo.

- ¿Han hecho otras reparaciones?

- El maestro Wilp dice que han estado desatascando las tuberías de drenaje. Hemos visto niebla alrededor de algunas montañas derramadas. ¿No le parece que sería una gran cosa que desbloquearan un tubo de drenaje?

Luis lo pensó.

Librodot

- Grande, sí. Aunque se lograse volver a poner en marcha las dragas de los fondos marinos... aún faltaría calentar los tubos. Puesto que pasan por debajo del mundo, el limo de los fondos se congelaría dentro de los conductos, supongo.

- Flup - dijo el muchacho.

- ¿Cómo?

- La sustancia parda que sale de los tubos se llama flup.

- ¡Ah!

- ¿De dónde ha salido usted?

Luis sonrió.

- Vengo de las estrellas, en esto - dijo, pasando la mano por encima del hombro del muchacho para indicar, en la pantalla, la manchita que era «La Aguja candente de la cuestión».

El chico puso los ojos como platos.

Con más torpeza que el muchacho, Luis hizo que la vista se deslizara siguiendo el recorrido del módulo desde que abandonara la pared. En la zona donde habían prosperado los girasoles se veía una nube blanca del tamaño de un continente. Más a babor, se observaba un extenso pantano verde, y luego un río que había excavado un lecho nuevo, mientras el antiguo quedaba como una serpiente parda en medio del desierto amarillento. Siguió el curso del lecho seco, y le mostró al muchacho la ciudad de los vampiros.

El chico deseaba creerle. ¡Hombres de las estrellas, venidos para salvarnos! Pero temía parecer excesivamente crédulo. Luis le sonrió con ironía y continuó.

El terreno verdeaba otra vez. La carretera del Pueblo de la Máquina se reseguía con facilidad, ya que separaba zonas muy diferentes en buena parte de su recorrido. Al llegar al punto donde se desviaba el río para retornar a su antiguo curso, aumentó la escala otra vez y pudo contemplar la ciudad flotante.

- Nosotros - dijo.

- Ya lo sé. Hablemos de los vampiros.

Luis titubeó, pero al fin y al cabo, los de la raza del muchacho eran, en aquel mundo, los expertos en relaciones sexuales interespecíficas.

- Pueden obligarte a hacer rishathra con ellos cuando se les antoja, y entonces te muerden en el cuello - explicó, mostrándole la cicatriz en su garganta -. Chmeee mató a la vampiro que... ¡hum!... me atacaba.

- ¿Cómo no le atacaron a él?

- Chmeee no se parece a nadie de este mundo. Sería como tratar de seducirle con una remolacha.

- Nosotros hacemos el perfume de los vampiros - dijo el chico.

- ¿Cómo? ¡A ver si se ha estropeado la traductora!

El muchacho hizo una mueca de enterado.

- Algún día lo verá. Debo irme. ¿Volverá usted por aquí? Luis asintió.

- ¿Cómo se llama usted? Mi nombre es Kawaresksenjajok.

- Luhiwu.

El muchacho salió por la escalera de caracol y Luis se quedó mirando la pantalla con el ceño fruncido.

¿Perfume? El olor a vampiros en el edificio Panth... Y entonces Luis recordó aquella noche que Harloprillalar se había acercado a su lecho, veintitrés años atrás. Intentaba dominarle. Ella misma lo dijo. ¿Habría usado con él su perfume de vampiro?

Poco importaba en aquellos momentos.

- Llamando al Inferior. Llamando al Ser último.

Nada.

La perspectiva no se podía bascular; miraba siempre abajo, de espaldas a las pantallas de sombra. Molesto, pero informativo: podía significar que las imágenes estaban siendo retransmitidas precisamente desde el mismo círculo de dichas pantallas.

Redujo la escala de la imagen, y mudó el punto de vista a una velocidad vertiginosa siguiendo la dirección del giro, hasta enfocar un mundo acuático. Localizado éste, se dejó caer como si volara en picado. Era divertido. Los recursos de la Biblioteca eran considerablemente mejores que el telescopio de la «Aguja».

El mapa de la Tierra era anticuado. En medio millón de años el perfil de los continentes había variado. ¿O quizá serían más? ¿Un millón o dos? Sólo un geólogo habría sido capaz de decirlo.

Luis pasó a estribor, según se miraba a contragiro, hasta que el mapa de Kzin llenó la pantalla: un archipiélago arracimado alrededor de una placa de hielo. ¿Y qué antigüedad tendría la topografía de aquel mapa?

Sólo Chmeee habría sido capaz de contestar.

Luis dio más aumentos, canturreando mientras trabajaba. Recorrió una selva de tonos amarillentos y anaranjados. La cámara exploró la cinta plateada de un río, el cual siguió hasta el mar. Las ciudades se hallarían probablemente cerca de las desembocaduras de los ríos.

Estuvo a punto de pasar por alto el detalle. En un delta donde confluían dos ríos predominaba una cuadrícula de tonos más claros sobre la coloración esplendoroso de la selva. Algunas ciudades humanas tenían «cinturones verdes», pero en el caso de las urbes kzin éstos venían a

ser más extensos que el propio casco urbano. Utilizando el máximo aumento, apenas se llegaba a distinguir el trazado de las calles.

A los kzinti nunca les habían agradado las megalópolis. Tenían el olfato demasiado sensible. Pero aquella ciudad era casi tan grande como la sede del patriarcado en Kzin.

Luego existían ciudades. ¿Y qué más? Si poseían algún tipo de industria, tendría que haber... ¿puertos de mar? ¿Poblados mineros? Era preciso seguir buscando.

Localizó otra zona en donde clareaba la selva. El color pardo amarillento del erial dibujaba una figura que no podía corresponder a ninguna ciudad. Parecía un blanco de arquero, pero deformado. Podía ser una mina a cielo abierto, muy grande y muy antigua.

Medio millón de años atrás, o más, habían dejado allí una población de kzinti. Luis no creía encontrar poblados mineros, y era una suerte para ellos si habían hallado algo que explotar. Ya que durante ese medio millón de años habían vivido confinados en un solo mundo, cuyo subsuelo apenas tenía unas decenas de metros de profundidad. Pero, por lo visto, los kzinti lograron recomponer su civilización.

Aquellos felinos tenían buenos cerebros. Llegaron a dominar una civilización interestelar respetable. ¡Nej! ¡Pero si, en realidad, fueron los kzinti quienes enseñaron el uso de los generadores gravitatorios a los humanos! Y, sin duda, Chmeee había arribado al mapa de Kzin bastantes horas antes, en su busca de aliados para luchar contra el Inferior.

Luis, después de reseguir el recorrido del río hasta el mar, desplazó su ojo todopoderoso al «sur», contorneando la costa del continente principal de aquel mapa. Buscaba puertos, aunque los kzinti nunca fueron grandes marineros. No les gustaba el agua. Sus puertos de mar eran ciudades industriales, y nadie vivía en ellas por gusto.

Pero todo eso era cierto sólo en el Imperio kzinti, que utilizaba los generadores gravitatorios desde hacía milenios. Luis se sorprendió al observar un puerto que hubiera podido competir con el de Nueva York, surcado por las estelas de numerosas naves, si bien éstas no eran lo bastante grandes como para ser vistas. El puerto tenía el perfil casi circular de un cráter meteorítico.

Luis redujo aumentos, como si se elevase para alcanzar una perspectiva más amplia.

Parpadeó. ¿Le había engañado otra vez su deficiente sentido de las proporciones? ¿O había equivocado el manejo de los mandos?

En el puerto había un barco atracado, y tal barco era de semejante tamaño que el puerto se hubiera confundido con una bañera.

Las estelas de las embarcaciones más pequeñas continuaban allí. Por tanto, sin duda alguna, eran reales. Y estaba viendo un barco de las dimensiones de una ciudad, que casi tapaba por completo la bocana de aquel puerto natural.

Luis se figuró que no lo moverían a menudo, ya que los motores debían causar estragos en el fondo marino. Si zarpase aquel barco, el régimen de oleaje del puerto nunca volvería a ser el mismo. ¿Y cómo propulsaban los kzinti una cosa tan grande? ¿Cómo lo movieron la primera vez? ¿Y de dónde habían sacado tanto metal? ¿Y por qué?

Luis nunca se había preguntado seriamente si Chmeee encontraría lo que buscaba en el mapa de Kzin. Esta vez sí se lo preguntó.

Hizo girar el mando del aumento. Su punto de vista se elevó en el espacio hasta que el mapa de Kzin no fue más que un grupo de manchitas en medio de un vasto mar azul. Otros mapas empezaban a aparecer por los bordes de la pantalla.

El mapa más próximo al de Kzin era un punto redondo de color rosa: Marte... y distaba de Kzin lo mismo que la Luna de la Tierra.

¿Cómo vencer tales distancias? Ni siquiera un telescopio lograría penetrar más de trescientos mil kilómetros de atmósfera. La idea de cruzar semejante distancia en un navío sobre las aguas (aunque el tamaño de ese navío fuese como el de un pueblo)... ¡Nej!

- Llamando al Ser último. Luis Wu llamando al Ser Ultimo.

A Luis Wu se le terminaba el tiempo, en la medida en que los reparadores se acercasen a la «Aguja» y Chmeee reclutase guerreros en el mapa de Kzin. Luis no tenla ninguna intención de contar nada de esto al Inferior, ya que sólo hubiera servido para poner nervioso al titerote.

¿Qué estaría haciendo el Inferior? ¿Por qué no contestaba a las llamadas?

¿Podría ningún humano responder nunca a esa pregunta?

A seguir explorando, pues.

Luis redujo la escala hasta que logró ver los muros de los dos lados. Buscaba la montaña del Puño-de-Dios, cerca de la línea media del Anillo, a babor del Gran Océano. No aparecía por allí. Aumentó la imagen. Una mancha desértica más grande que la Tierra era todavía pequeña, según la escala del Mundo Anillo... Pero ahí estaba, rojiza y estéril... y la mancha pálida que se veía en su centro era el Puño-de-Dios, una elevación de mil seiscientos metros coronada de scrith desnudo.

Se desvió a babor, buscando el camino que habían seguido después de estrellarse el «Embustero». Mucho antes de lo que se figuraba, vio el agua, un extenso brazo del Gran Océano, a la vista de cuya bahía de habían detenido. Luis volvió atrás en busca de lo que, visto desde arriba, debía de parecer como una nube de forma alargada.

Pero el ojo de la tormenta no estaba allí.

- ¡Llamando al Inferior, en nombre de Kdapt y de Finagle y de Alá yo te conjuro, nej y maldita sea! Llamando...

- Aquí estoy, Luis.

- ¡Hola! Me hallo en una biblioteca de la ciudad flotante. Tienen una sala de mapas. Echa un vistazo a las grabaciones de Nessus, de la sala de mapas que...

- Las recuerdo - replicó fríamente el titerote.

- Bien, pues lo que había en aquella sala de mapas eran cintas antiguas. ¡La de aquí funciona en tiempo real!

Librodot

- ¿Estás a salvo?

- ¿A salvo? Sí, bastante, creo. He utilizado la tela superconductora para hacer amigos e influir sobre las personas. Pero estoy atrapado aquí. Aunque lograse salir de la ciudad a fuerza de sobornos, aún tendría que pasar por la terminal del Pueblo de la Máquina en la Colina del Cielo. Preferiría no tener que abrirme paso a tiros.

- Muy prudente.

- ¿Alguna novedad por tu parte?

- Dos datos. En primer lugar, tengo hologramas de los otros dos espaciopuertos. Las once naves han sido saqueadas.

- ¿Desaparecidos los reactores Bussard? ¿Todos?

- Sí, todos.

- ¿Y qué más?

- No esperes que Chmeee vaya a rescatarte. El módulo se ha posado en el mapa de Kzin, en medio del Gran Océano - informó el titerote - Debí suponerlo. El kzin ha desertado y se ha llevado la naveta.

Luis ahogó una maldición. ¡Cómo no había adivinado lo que significaba aquel tono frío, aparentemente desprovisto de emoción! El titerote estaba muy preocupado, y eso le hacía perder el dominio de los matices más sutiles del lenguaje humano.

- ¿Dónde está? ¿A qué se dedica?

- Le he vigilado a través de la cámara del módulo mientras sobrevolaba el mapa de Kzin. Ha encontrado un barco de gran capacidad...

- Yo también lo he encontrado.

- ¿Y cuál ha sido tu conclusión?

- Intentan explorar o colonizar los demás mapas.

- Sí. En el espacio conocido, los kzinti terminaron por conquistar otros sistemas estelares. Sobre el mapa de Kzin, habrán mirado hacia las otras orillas del océano. No era probable que llegase a desarrollar el viaje espacial, naturalmente.

- No.

El primer paso para iniciarse en el espacio es poner algo en órbita. En Kzin, la velocidad orbital mínima era de unos diez kilómetros por segundo. En el mapa de Kzin esa velocidad sería de mil doscientos treinta kilómetros por segundo.

- Tampoco es fácil que hayan construido muchos barcos así. ¿De dónde sacarían los metales? Y los viajes durarían decenios, por lo menos. Incluso me pregunto cómo llegaron a saber que existían otros mapas.

- Vamos a suponer que lanzaron cohetes equipados con cámaras tele ópticas. Se trataría de instrumentos muy rápidos, dada la imposibilidad de poner el vehículo en órbita; únicamente se lograría elevarlo y que volviera a caer.

- Me pregunto si llegarían hasta el mapa de la Tierra. Está a otros ciento cincuenta mil kilómetros, en la dirección de Marte... y Marte no es un lugar bueno para quedarse en él.

¿Qué hallarían los kzinti en el mapa de la Tierra? ¿Sólo el homo habilis? ¿O también a los protectores de Pak?

- A estribor tienen el mapa de Down, y no sé qué otro mundo hacia el sentido del contragiro.

- Lo sabemos. Los nativos son de mentalidad comunitaria. Suponemos que no llegarán a desarrollar nunca los viajes espaciales. Sus naves tendrían que sustentar a todo un enjambre.

- ¿Son hospitalarios?

- No. Lucharían contra los kzinti. Y es evidente que los kzinti han abandonado la conquista del Gran Océano. El barco grande por lo visto les sirve para bloquear la salida del puerto.

- Sí. Sospecho que, además, es la sede de una especie de gobierno. Pero estabas hablándome de Chmeee.

- Después de enterarse de todo lo que pudo dando vueltas sobre el mapa de Kzin, descendió sobre el gran barco. De éste despegaron aviones y le atacaron con explosivos. Chmeee no hizo caso, y los cohetes no le inflingieron ningún daño. Luego Chmeee destruyó cuatro aeronaves. Las demás continuaron el combate hasta acabar las municiones y el combustible. Y cuando regresaron al barco, Chmeee las siguió. En estos momentos el módulo permanece posado en una plataforma de aterrizaje, sobre el puente de mando del barco. El combate prosigue. ¿Crees que estará buscando aliados contra mí?

- Si te sirve de consuelo, creo que no hallará nada que pueda prevalecer contra un casco de la General de Productos. Ni siquiera conseguirán dañar el módulo de aterrizaje.

Hubo una larga pausa y luego prosiguió:

- Creo que tienes razón. Los aviones usan reactores de hidrógeno y lanzan cohetes propulsados por explosivos químicos. Sea como fuere, tendré que acudir a rescatarte yo mismo, la sonda llegará al anochecer.

- ¿Cómo es eso? Queda la pared del borde. Dijiste que los discos teleportadores no podían emitir a través del scrith.

- He utilizado la segunda sonda para situar un par de discos sobre la coronación del muro, como repetidores.

Librodot

- Si tú lo dices. Estoy en un edificio en forma de pastel, en la zona periférica de babor, según se mira hacia el giro. Deja la sonda al pairo hasta que decidamos cómo utilizarla. No estoy seguro de querer salir de aquí todavía.

- Debes hacerlo.

- ¡Es posible que la biblioteca contenga la solución que necesitamos!

- ¿Has adelantado algo hasta ahora?

- Detalles sueltos. Todos los conocimientos de la raza de Halrloprillalar están archivados en este edificio. Además, quiero interrogar a los chacales. Son carroñeros y por lo visto circulan por todas partes.

- Al menos adquirirás práctica en preguntar. Bien, Luis. Te concedo un par de horas. Al anochecer te acercaré la sonda.

22 - Latrocinio

La cantina estaba en una planta intermedia del edificio. Luis tuvo un nuevo motivo para estar satisfecho de su suerte: los Ingenieros eran omnívoros. El estofado de carne con setas estaba un poco falto de sal, pero sirvió para colmar el vacío de su estómago.

Nadie ponía sal suficiente en aquel mundo, y todos los mares, excepto los Grandes Océanos, eran de agua dulce. A lo mejor él era el único homínido que necesitaba la sal, y no podría prescindir eternamente de ella.

Comió con rapidez. El tiempo le apuraba; el titerote estaba empezando a ponerse nervioso y lo extraño era que no hubiera decidido huir, dejando que Luis y el desertor Chmeee compartiesen el sino del Mundo Anillo. Casi se le podía admirar, pensó Luis, por molestarse en rescatar a su apurado compañero.

Pero, si se le acercaban demasiado los reparadores, era posible que cambiase de opinión. Luis necesitaba volver a bordo de la «Aguja» antes de que al titerote se le ocurriera volver su telescopio en esa dirección.

Subió otra vez a las salas de lectura.

Todas las pantallas que ensayó le dieron alfabetos ilegibles, sin imágenes ni voz. Por fin, al fondo y frente a un grupo de pantallas, distinguió un cuello de corte familiar.

- ¿Harkabeeparolyn?

La bibliotecaria se volvió. Nariz pequeña y chata; labios delgados, frente despejada y cráneo de finas líneas, cabello largo y ondulado por detrás, muy blanco... caderas bien torneadas y bonitas piernas. A lo humano, tendría unos cuarenta años, pero era posible que los Ingenieros envejeciesen más de prisa, o más despacio: Luis no lo sabía.

- ¿Sí?

Hablaba con voz cortante. Luis dio un respingo.

- Necesito una pantalla con programa de voz y una cinta que me informe sobre las características del scrith.

Ella frunció el ceño.

- No entiendo qué quiere decir con eso de un programa de voz.

- Que quiero que me lea la cinta en voz alta.

Harkabeeparolyn se quedó mirándole y luego se echó a reír. Trató de contener la risa, pero no pudo, y en todo caso ya era demasiado tarde: todo el mundo se había vuelto hacia ellos.

- No existe tal cosa, ni ha existido nunca - procuró susurrar, pero la hilaridad la vencía y la obligaba a levantar la voz más de lo que se proponía -. ¿Qué pasa? ¿Es que no sabe usted leer?

¡Sangre y nej! Luis notó que empezaban a encendérsela hasta las orejas. El alfabetismo era algo admirable, por supuesto, y todo el mundo aprendía a leer tarde o temprano, al menos en Intermundial. Pero no era ninguna cuestión de vida o muerte, ¡puesto que todos tenían las cajitas parlantes! ¡Y sin una de éstas, su traductora no le servía de nada!

- Necesito más ayuda de la que me figuraba. Necesito que alguien lea para mí.

- Necesita más ayuda de la que ha pagado. Que su amo lo negocie otra vez.

Luis no quería arriesgar un intento de soborno a aquella mujer tan altiva.

- ¿Querrá ayudarme a encontrar las cintas que necesito?

- Ha pagado para eso. Ha pagado incluso por el derecho a interrumpir mis propias investigaciones. Dígame qué necesita - dijo ella con brusquedad, y pulsó varias teclas.

Por la pantalla desfilaron varias páginas de una escritura desconocida.

- ¿Sobre las características del scrith? Aquí tenemos un texto de física. Hay capítulos sobre la estructura y la dinámica del mundo, y uno de ellos habla del scrith. Quizá sea demasiado elevado para usted.

- Quiero eso, y también un texto de física elemental.

Ella no pareció muy convencida.

- Muy bien - pulsó más teclas -. Una cinta antigua, para estudiantes de ingeniería, sobre la construcción del sistema de transporte de los bordes. Tiene sólo un interés histórico, pero tal vez le diga algo a usted.

- Lo quiero. ¿Ustedes vieron alguna vez la parte inferior del mundo?

La bibliotecaria se irguió.

- Por supuesto debió de ser así. Éramos los amos del mundo y de las estrellas y poseíamos máquinas tales que harían que el Pueblo de la Máquina nos adorase si las tuviéramos todavía.

De nuevo se puso a tocar las teclas.

- Pero no tenemos registros de tal hecho. ¿Para qué necesita saber

todo eso?

- Ni yo mismo lo sé todavía. ¿Puede ayudarme a rastrear los orígenes de la antigua droga de la inmortalidad?

Harkabeeparolyn rió, con discreción esta vez.

- No creo que pueda transportar tantas cintas. Los que fabricaban la droga nunca transmitieron su secreto. Los que han escrito tantos libros sobre ella no la han visto jamás. Puedo darle cintas religiosas, informes de policía, invenciones, relatos de expediciones a diferentes partes del mundo. Tenemos, por ejemplo, esta leyenda de un vampiro inmortal que asedió durante un millar de falans a los gigantes de las praderas, y que a medida que pasaban los años se volvía más astuto, hasta que llegó un día en que...

- No.

- El escondrijo donde tenía la droga no fue hallado nunca. ¿No? veamos qué más hay. El edificio Ktistek entró en la federación de los Diez porque a los demás edificios se les acabó la droga antes que al Ktistek. Un episodio político fascinante...

- No, dejémoslo. ¿Sabe algo acerca del Gran Océano?

- Hay dos grandes océanos - le informó ella -. De noche se distinguen con facilidad en el Arco. Algunas de las historias más antiguas sobre la droga de la inmortalidad aseguran que procedía del Océano que está a contragiro.

- ¡Ah!

Harkabeeparolyn sonrió; aquella boca sin labios podía asumir una expresión pícara.

- Es usted un ingenuo. Las únicas características del Arco que se distinguen a simple vista son ésas. Si viniese de muy lejos algo muy valioso que luego dejó de venir, nunca faltaría quien situara sus orígenes en uno de los Grandes Océanos. ¿Quién podría rebatírselo o indicar otro origen?

- Seguramente tiene usted razón - suspiró Luis.

- ¿Qué relación tienen entre sí sus preguntas, Luhiwu?

- A lo mejor, ninguna.

Ella le trajo las bobinas solicitadas, y otra más: un volumen de cuentos infantiles del Gran Océano.

- Ignoro si pueden serle de utilidad. No puede robarlos, porque le registrarán antes de salir, y además, tampoco podría llevarse una máquina lectora.

- Gracias por su ayuda.

Necesitaba que alguien le leyera.

No tenía valor para dirigirse a un desconocido cualquiera, conque ¿por qué no probar con un desconocido que no fuera cualquiera? En una de aquellas salas había visto una mujer chacal. Si los de la granja de las sombras tenían noticias de Luis Wu, posiblemente aquélla también las tendría.

Pero la mujer chacal se había ido, dejando sólo el olor.

Luis se dejó caer en un sillón delante de una de las pantallas, y cerró los ojos. Las inútiles bobinas le abultaban dos de los bolsillos de su chaleco. Todavía no estoy vencido, pensó Si encontrase otra vez al chaval. O si consigo que me lea Fortaralisplyar, o enviar a por alguien. Costará más, naturalmente. Siempre cuesta todo más. Y lleva más tiempo.

La máquina lectora era un trasto grande, amarrado, además, a la pared mediante un grueso cable. Los fabricantes de aquello, evidentemente, no disponían de superconductores. Luis cargó una de las bobinas y se quedó mirando aquellos jeroglíficos. La definición de la pantalla no era muy buena, y no quedaba sitio para ninguna rejilla de altavoz: Harkabeeparolyn le había dicho la verdad.

«No tengo tiempo para esto.»

Luis se puso en pie. No le dejaron otra opción,

El tejado de la Biblioteca era un extenso jardín. Los senderos estaban dispuestos en sentido radial, a partir de la salida de la escalera de caracol. Entre ellos, macizos de flores gigantes productoras de néctar se criaban en una rica tierra negra. Había también pequeños dragones de piedra verde oscuro cuyas bocas eran floreros de pequeñas corolas azules, y una mancha de plantas «salchicha» que al abrirse dejaban brotar hermosas flores doradas, y árboles de zarcillos colgantes que parecían fideos moteados de verde y amarillo.

En los bancos dispuestos aquí y allá, las parejas ignoraban la presencia de Luis, dándole una sensación de seguridad. Vio bastantes túnicas azules del personal de la biblioteca; un bibliotecario alto encabezaba un grupo parlanchín de turistas de la raza del Pueblo Colgante. No se veía a nadie que tuviera cara de guardián. Del tejado de la biblioteca no partía ninguna rampa exterior, así que no había nada que guardar, excepto si el posible ladrón estuviera dotado de la facultad de volar.

Luis se proponía dar muy mal pago a la hospitalidad recibida; claro que había tenido que comprarla..., pero aun así le causaba remordimiento.

A un lado se alzaba el condensador de agua, que tenía la figura de una vela triangular y precipitaba el líquido a un estanque en media luna, rodeado de críos de la raza de los Ingenieros. Luis oyó su nombre: «¡Luhiwu!» y se volvió justo a tiempo para sujetar un balón que habían arrojado contra su pecho.

El muchacho de pelo castaño a quien había conocido en la sala de mapas dio una palmada y le reclamó la pelota.

Luis titubeó. ¿Debía advertirle que abandonase el tejado? Ya que aquel lugar iba a resultar pronto muy peligroso. Pero el muchacho era listo, quizá lo suficiente para entender las implicaciones de tal advertencia y llamar a los guardias.

Luis le devolvió la pelota, le hizo una seña de despedida con la mano y se alejó.

¡Ojalá se le ocurriese algún truco para evacuar por completo el tejado!

No había barandilla ni antepecho al borde del mismo. Luis se acercó con precaución. Rodeó un macizo de árboles de troncos retorcidos y, tras ocultarse detrás, se consideró suficientemente al abrigo de indiscreciones para usar la traductora.

- ¿Inferior?

- Te oigo. Chmeee sigue combatiendo. Ha golpeado una vez, y ha fundido uno de los lanzaproyectiles del gran barco. No adivino sus motivos. Que está demostrándoles la superioridad de sus defensas.

- Luego negociará

- ¿Para qué?

- No creo que ni él mismo lo sepa. Dudo que estén en condiciones de ayudarle, a no ser para ofrecerle un par de hembras. Oye, Inferior, no vale la pena continuar la investigación aquí. Me es imposible leer las pantallas, y además hay demasiado material. Podría llevarme una semana.

- ¿Qué será capaz de perpetrar Chmeee en una semana? No me atrevo ni a pensarlo.

- Sí. He conseguido varias bobinas de máquina lectora. Nos servirían para averiguar la mayor parte de lo que necesitamos saber, si fuéramos capaces de descifrarlas. ¿Sabrías apañárselas con ellas?

- No lo creo. ¿Podrías tú proporcionarme una de esas máquinas lectoras? Con eso podría pasar las cintas por la pantalla y reproducirlas para el ordenador de a bordo.

- Es una máquina pesada, y tiene un cable muy grueso que...

- Corta el cable.

Luis suspiró.

- De acuerdo, y luego, ¿qué?

Librodot

- Ya veo la ciudad flotante a través de la cámara de la sonda. La conduciré hasta ti. Hay que desmontar el filtro de deuterio para acceder al disco teleportador. ¿Tendrás al menos una llave?

- No tengo ni una sola herramienta. Sólo me han dejado la linterna láser. Ya dirás por dónde he de cortar.

- Espero que merezca la pena arriesgar la mitad de mis medios de aprovisionamiento. Muy bien. Si logras hacerte con una de esas máquinas lectoras, y si podemos trasladarla con uno de nuestros discos, estupendo. De lo contrario, llévate las cintas; a lo mejor conseguimos hacer algo con ellas.

Luis, de pie al borde del tejado de la Biblioteca, contemplaba el paisaje, en el que destacaba la mancha de sombra de la granja, el terreno circundante, bañado por el resplandor del mediodía, estaba cuadriculado de cultivos en todas direcciones; el río Serpiente se alejaba describiendo una curva hacia babor y desaparecía entre dos colinas. Más allá de éstas se divisaban lagos, llanos, una cordillera en miniatura, otros lagos diminutos, todo ello azulado por la distancia, y al final la curva ascendente del Arco. Medio hipnotizado, Luis se quedó contemplando el cielo y apenas reparó en el paso de las horas.

De pronto, apareció en el aire la sonda, seguida de una estela azulada. Cuando aquel fuego casi invisible tocó el techo de la Biblioteca, el jardín y el suelo se convirtieron en un infierno anaranjado. Los diminutos humanoides del Pueblo Colgante, los bibliotecarios ensotanados de azul y los niños echaron a correr hacia la escalera de caracol, entre gritos desesperados.

La sonda se posó en medio de un hervor de llamas y se tumbó horizontalmente bajo el efecto de los correctores de posición, pequeña corona de llamas en el borde superior. Era un cilindro de tres metros de diámetro y unos seis de altura, cargado de cámaras y otros instrumentos.

Luis aguardó hasta que se hubieron extinguido los chorros, y luego se acercó a la sonda andando sobre el suelo carbonizado. El tejado estaba desierto según todas las apariencias. Desierto incluso de seres humanos. No había ocurrido ninguna desgracia. Menos mal.

La voz de la traductora fue dándole instrucciones mientras él cortaba el grueso filtro molecular de la parte superior de la sonda. El disco transportador quedó al descubierto, y entonces preguntó:

- Y ahora ¿qué?

- He invertido la acción del disco teleportador de la otra sonda y le he quitado el filtro. ¿Vas a conseguir esa máquina lectora?

- Lo intentaré, pero esto no me gusta nada.

- Dentro de dos años importará muy poco. Te concedo treinta minutos; luego pasarás con lo que hayas podido conseguir.

Un grupo de sotanas azules casi estaba decidido a ir a por él, cuando apareció en el umbral de la escalera, con la visera del casco bajada. Los trozos de metal pesado que dispararon contra él rebotaron en su coraza de impacto, lo que le obligó a avanzar dando tumbos.

El ametrallamiento amainó hasta cesar por completo, y los atacantes emprendieron una prudente retirada.

Cuando estuvieron lo bastante lejos, Luis saltó sobre la escalera de caracol; como ésta se hallaba sujeta sólo por los extremos, empezó a rebotar como un resorte, amenazando las cabezas de los que se asomaban desde los pisos. Los bibliotecarios tuvieron que esconderse y Luis se quedó solo en los dos pisos superiores.

Cuando se volvió hacia la sala más próxima, vio que Harkabeeparolyn le cerraba el paso con un hacha en las manos.

- Otra vez necesito tu ayuda - le dijo.

Ella levantó el hacha y la arrojó. Luis la cazó al vuelo cuando el arma rebotó en su hombro y ella se abalanzó contra él tratando de arrebatársela.

- Mira - dijo.

Y esgrimiendo el láser cortó el cable de alimentación de una de las lectoras.

El cable despidió una llamarada y cayó al suelo, partido.

- ¡El edificio Lyar lo pagará muy caro! - gritó la bibliotecaria.

- Eso no se puede evitar. Quiero que me ayudes a transportar la máquina hasta el tejado. Creí que tendría que agujerear una pared, pero así es mejor.

- ¡No lo haré!

Luis asestó el haz contra otra de las lectoras, que se incendió después de hacerse cisco, despidiendo un olor nauseabundo

- Tú dirás si estás dispuesta.

- ¡Amante de vampiras!

La máquina pesaba bastante y Luis no estaba dispuesto a soltar el láser, así que Harkabeeparolyn tuvo que cargar con la mayor parte del peso. Luis le dijo:

- Si la dejas caer volveremos a por otra.

- ¡Idiota!... ¡Si ya... has estropeado... el cable!

Él no contestó.

- ¿Por qué haces eso?

- Intento evitar que este mundo se precipite contra su sol.

La bibliotecaria dio tal respingo que por poco deja caer la máquina.

- Pero... ¡los motores! ¡Han vuelto a montarlos en su lugar!

- ¡De manera que lo sabías! Demasiado tarde. Muchas de vuestras espacionaves no regresaron. Faltan motores. ¡Muévete!

Cuando salieron al tejado la sonda se elevó y se acercó a ellos con sus propulsores de posición. Colocaron la máquina, pero no entraba. Luis rechinó los dientes y tras desmontar la pantalla, la colocó en posición sobre la placa.

Harkabeeparolyn se quedó mirándole, demasiado fatigada incluso para protestar.

La pantalla cabía en el hueco dejado por el filtro molecular y desapareció. Lo que quedaba, las tripas de la máquina, era mucho más pesado. Luis logró introducirlo en parte y, tumbándose de espaldas, empujó con los pies hasta alojar el aparato en el hueco y lograr que desapareciera también.

- El edificio Lyar no tiene nada que ver con esto - le explicó luego la cuestión a la bibliotecaria -. No están al corriente de mis propósitos. Toma.

Dejó caer a los pies de la mujer un pedazo de tela negra y suave.

- En el edificio Lyar os dirán cómo arreglar los condensadores de agua y otras máquinas antiguas con esto. Es suficiente para independizar del Pueblo de la Máquina a toda la ciudad.

Ella le contemplaba con ojos llenos de espanto, de modo que Luis no supo si le había escuchado o no.

Se introdujo a sí mismo en la sonda, con los pies por delante.

Y salió con la cabeza por delante a la bodega de carga de la «Aguja»

Tercera Parte

23 - Oferta definitiva

Estaba en una gran botella de vidrio, llena de ecos, en medio de la semioscuridad. A media luz, las astronaves medio desmontadas se intuían a través de los mamparos transparentes. La sonda había retornado a su alojamiento en la pared del fondo de la bodega de carga, a cinco metros de altura sobre el suelo pintado de gris. Y Luis se acurrucaba dentro de la sonda, en el hueco dejado al desmontar el filtro de deuterio, como un huevo en una huevera.

Luis salió, se colgó de las manos y se dejó caer. Sentía una fatiga tremenda. Una última complicación le aguardaba antes de poder descansar. La seguridad era estar al otro lado de una pared impenetrable, entre las placas sómnicas que entreveía desde la bodega...

- Bien - habló la voz del Inferior desde algún punto próximo al techo -. ¿Es ésta la pantalla de la lectora? No creí que fuese tan voluminosa. ¿Tuviste que partirla por la mitad?

- Sí.

Las piezas también habían caído desde cinco metros de altura. Menos mal que los titerotes eran hábiles con las herramientas...

- Espero que tengas aquí otro juego de discos transportadores.

- He previsto las emergencias. Mira hacia delante, a la izquierda. ¡Luis!

Un alarido de terror se alzó a su espalda, y Luis se volvió.

Harkabeeparolyn estaba agazapada en la sonda, en el mismo lugar donde Luis se hallaba momentos antes. Sus manos aferraban la culata de un arma de fuego. La boca fruncida en una fea mueca dejaba al descubierto los dientes, y los ojos miraban enloquecidos a todas partes, arriba, abajo, a la derecha, a la izquierda, sin encontrar nada que tranquilizase a su propietaria.

El Inferior inquirió con su voz monótona:

- ¿Quién es esa intrusa que ha invadido mi nave, Luis? ¿Es peligrosa?

- No, tranquilo. No es más que una bibliotecaria desorientada. Vuélvete por donde has venido, Harkabeeparolyn.

El aullido subió de tono, y de pronto la mujer se puso a sollozar:

- ¡Conozco este lugar! ¡Lo he visto en la sala de mapas! Es el espaciopuerto, en las afueras del mundo! ¡Dime quién eres en realidad, Luhiwu!

Luis la apuntó con el láser.

- Vete.

- ¡No! ¡Has robado a la Biblioteca y has estropeado sus propiedades! Pero... si el mundo está en peligro, ¡yo quiero ayudar!

- Ayudar, ¿cómo? ¡Loca! Voy a decirte una cosa: regresa a la Biblioteca en seguida y averigua de dónde venía la droga de la inmortalidad antes de la Caída de las Ciudades. Ése es el lugar que andamos buscando. Si hay algún modo de desplazar el Anillo sin los grandes motores, allí estarán los mandos.

Ella meneó la cabeza.

- No sé... ¿Cómo sabéis todo eso?

- Es la base primaria. Los pro... los ingenieros del Mundo Anillo tendrían una plantación cerca de allí... ¡Nej! Son suposiciones..., nada más que suposiciones. ¡Nej y maldita sea! - Luis se llevó las manos a las sienes, que le dolían como si su cráneo fuese un tambor. - Yo no había previsto lo que ocurrió. ¡Fui secuestrado!

Harkabeeparolyn salió de la sonda y se dejó caer al suelo. Su túnica de gruesa tela azul estaba empapada de sudor. Se parecía bastante a Halrloprillalar.

- Puedo ayudar. Puedo leer para ti.

- Tenemos una máquina que lo hará.

Ella se acercó más, dejando colgar el arma como si se hubiera olvidado de ella.

- Nosotros mismos somos los culpables, ¿verdad? Mi raza desmontó los reactores de posición del mundo para sus astronaves. ¿Me permitís que ayude a enmendar el error?

El Inferior dijo:

- La mujer no puede regresar, Luis. El disco de la primera sonda funciona todavía como emisor. ¿Es un arma eso que lleva en la mano?

- Dame eso, Harkabeeparolyn.

Ella obedeció, y Luis sujetó con torpeza el arma de fuego, que por su aspecto parecía fabricada por los del Pueblo de la Máquina.

El Inferior ordenó:

- Llévala a la esquina de delante, a la izquierda. El transmisor está en esa parte de la bodega.

- No lo veo.

- Está repintado. Deja el arma en la esquina y apártate. ¡Y tú, mujer, no te muevas!

Luis obedeció, y el arma desapareció. Luis adivinó por el rabillo del ojo un movimiento en el exterior del casco; era que el arma acababa de ser arrojada por el borde de la zona del espaciopuerto. El Inferior había establecido un disco teleportador en el exterior del casco de la nave.

Luis se quedó maravillado. La paranoia del titerote llegaba a extremos de sutileza florentina.

- Bien, y ahora... ¡Luis! ¡Otro! Una cabellera color castaño asomaba por la parte superior de la sonda. Era el chico de la sala de mapas, totalmente desnudo y goteando agua. Se tambaleó en el momento de incorporarse y mirar a su alrededor. Tenía los ojos abiertos como platos. Estaba en la edad exacta para su primer enfrentamiento con lo prodigioso.

Luis ladró:

- ¡Inferior! ¡Desconecta esas placas ahora mismo!

- Acabo de hacerlo. Debí hacerlo antes. Y ése, ¿quién es?

- Un aprendiz de bibliotecario. Tiene uno de esos nombres de seis sílabas que no consigo recordar.

- Kawaresksenjajok - gritó el muchacho, sonriendo -. ¿Dónde estamos, Luhiwu? ¿Qué hacemos aquí?

- Sólo Finagle lo sabe.

- ¡Luis! ¡No quiero a esos extranjeros en mi nave!

- Si se te ha ocurrido arrojarlos al espacio, ¡olvídalo! No lo permitiré. - Entonces deberán permanecer en la bodega de carga, y tú también. Me parece que esto lo habéis planeado entre tú y Chmeee. No debí confiar jamás en ninguno de los dos.

- ¿Acaso has confiado alguna vez?

- Repite eso, por favor.

- Nos moriremos de hambre aquí.

Hubo una larga pausa. Kawaresksenjajok salió ágilmente de la sonda, y se puso a discutir furiosamente, pero en voz baja, con Harkabeeparolyn.

- Tú regresarás a tu celda - dijo el Inferior de pronto -. Ellos, que se queden aquí. Dejaré en funcionamiento uno de los discos teleportadores para que puedas pasarles comida. Eso quizá dé buenos resultados.

- ¿Por qué lo dices?

- Es bueno que sobrevivan algunos nativos del Mundo Anillo

Los anillícolas no estaban lo bastante cerca como para escuchar la traductora de Luis. Éste replicó:

- No estarás pensando abandonar tan pronto, ¿verdad? Lo que contienen esas cintas podría llevarnos directamente al artefacto transmutador mágico.

- Sí, Luis. Y toda la riqueza de los mapas de varios mundos puede caer pronto en manos de Chmeee. Podemos contar con que la distancia nos protegerá durante dos o tres días más, pero sin pasar de ahí. Hemos de irnos pronto.

Los nativos se volvieron cuando Luis se acercó a ellos y dijo:

- Harkabeeparolyn, ayúdame a transportar la máquina lectora.

Diez minutos después, las bobinas, la máquina lectora y la pantalla quedaban del lado del Inferior. Harkabeeparolyn y Kawaresksenjajok aguardaron nuevas órdenes.

- Tendréis que permanecer aquí durante algún tiempo - les dijo Luis -. No sabemos lo que va a ocurrir. Os enviaré alimentos y cama en que acostamos. Confiad en mí.

Un instante después se halló de nuevo en su celda, con el traje presurizado, el chaleco y todo lo demás.

Luis se desnudó y marcó en el teclado para obtener un pijama cómodo. Se sentía ya mucho mejor. Estaba fatigado, pero al menos tenía la seguridad de que Harkabeeparolyn y Kawaresksenjajok no iban a carecer de nada. La cocina no quiso entregar lencería de cama, de manera que compuso el código para cuatro ponchos de buena talla, con capuchas, y los envió a la bodega por medio de las placas.

Buceó en su memoria. ¿Cuáles eran las comidas favoritas de Halrloprillalar? Omnívora sí lo era, pero prefería los alimentos frescos. Eligió comestibles para ellos y contempló a través del mamparo las caras de duda que ponían mientras los examinaban.

Para sí mismo pidió nueces y un Borgoña de buena añada. Mientras masticaba y tomaba sorbos, puso en marcha las placas sómnicas, se tumbó entre ellas y empezó a meditar en suspensión libre.

El edificio Lyar iba a tener que responder de aquel desaguisado. ¿Habría recordado Harkabeeparolyn dejar la tela superconductora en la Biblioteca, como compensación por los daños? No podía estar seguro ni siquiera de eso.

¿Qué estaría haciendo Valavirgillin en aquellos momentos? Espantada ante el sino de toda su especie, de todo su mundo, y sin posibilidad de evitarlo, por cortesía de Luis Wu. Igualmente asustados estarían la mujer y el muchacho encerrados en la bodega de carga... y si le ocurriese algo a Luis Wu durante las próximas horas, no le sobrevivirían durante mucho tiempo.

Todo ello era parte del precio. Su propia vida estaba en juego también.

Primer paso: Situar la linterna láser a bordo de la «Aguja». Hecho.

Segundo paso: ¿Sería posible hacer que el Mundo Anillo recuperase su posición? Faltaban un par de horas para saber que tal vez no era posible; todo dependía de las propiedades magnéticas del scrith.

Si el Mundo Anillo no puede ser salvado, entonces: huir.

Si puede ser salvado, entonces...

Tercer paso: Tomar una decisión. ¿Tienen Chmeee y Luis Wu alguna posibilidad de regresar vivos al espacio conocido? Caso contrario...

Cuarto paso: El amotinamiento.

Hubiera sido mejor dejar aquel pedazo de tela semiconductora en el mismo edificio Lyar. Hubiera sido mejor recordarle al Inferior que debía desconectar los discos teleportadores. La realidad era que Luis Wu tomaba decisiones poco acertadas últimamente. Eso le preocupaba, ya que sus pasos más inmediatos iban a tener una importancia descomunal.

Pero de momento... robaría un par de horas de sueño, para no perder la costumbre de robar.

Voces tenuemente percibidas. Luis rebulló, se dio la vuelta en el aire y miró a su alrededor.

Al otro lado del mamparo de popa, Harkabeeparolyn y Kawaresksenjajok conversaban animadamente con el techo. A Luis le pareció un galimatías. Estaba sin su traductora. Pero los Ingenieros señalaban un holograma rectangular que flotaba fuera del casco, ocultando parte de la zona del espaciopuerto.

A través de aquella especie de ventana Luis pudo ver el patio de un castillo de piedra berroqueña, iluminado por el sol. Era de grandes sillares tallados a escuadra; predominaban los ángulos rectos y unas aspilleras verticales eran sus únicas ventanas. Por una de las paredes trepaba una especie de hiedra, una hiedra de un amarillo claro brillante con vetas escarlata.

Luis se desplazó para ver mejor.

El titerote estaba en su puesto del puente de mandos. Aquel día su melena tenía un aspecto de nube fosforescente; cuando advirtió la cercanía de Luis volvió una de sus cabezas.

- Espero que habrás descansado bien, Luis.

- Sí, y falta que me hacía. ¿Alguna novedad?

- He conseguido arreglar la máquina lectora. El ordenador de la «Aguja» no domina tanto la lengua de los Ingenieros como para leer cintas de física. Espero recopilar un vocabulario suficiente hablando con los nativos que tenemos aquí.

- ¿Cuánto tiempo te llevará? Tengo un par de preguntas que hacer sobre el diseño general del Mundo Anillo.

¿Era posible utilizar el subsuelo del Anillo, con su enorme extensión superficial, para manipular electromagnéticamente la posición del mismo? ¡Necesitaba estar seguro!

- Entre diez y veinte horas, supongo. Todos tenemos necesidad de descansar de vez en cuando.

Demasiado tarde, pensó Luis, puesto que se les echaba encima la brigada de reparación. Mala suerte.

- ¿De dónde proviene esta imagen, de la naveta?

- Sí.

- ¿Podríamos pasarle un mensaje a Chmeee?

- No.

- ¿Por qué no? Seguro que lleva consigo su traductora

- Cometí la equivocación de efectuar una desconexión forzada de la traductora. No la lleva consigo.

- ¿Qué ha pasado? - preguntó Luis -. ¿Y qué está haciendo en un castillo medieval?

El Inferior dijo:

- Hace unas veinte horas que Chmeee arribó al mapa de Kzin. Ya te conté cómo hizo su vuelo de reconocimiento, cómo dejó que le atacaran las aeronaves kzinti y cómo aterrizó sobre el gran barco y dejó que continuara el ataque. Así estuvieron unas seis horas, hasta que el propio Chmeee se cansó y voló a otra parte. Me gustaría saber qué esperaba conseguir con eso, Luis.

- Yo tampoco lo sé, de verdad. Continúa.

- Los aviones le persiguieron durante un rato y luego regresaron. Chmeee siguió buscando. Encontró una zona selvática con un pequeño castillo de piedra, rodeado de muros defensivos, en la cima de la colina más alta. Aterrizó en el patio. Le atacaron, naturalmente, pero los defensores sólo tenían arcos y flechas y cosas por el estilo. Cuando estuvieron bien cerca del módulo, los regó con el cañón paralizante. Entonces...

- ¡Calla!

Un kzin salió corriendo por uno de los arcos de piedras y cruzó corriendo a cuatro patas la ventana del holograma. Tenía que ser Chmeee, ya que se cubría con la coraza de impacto. Llevaba una flecha clavada en el ojo, un largo dardo de madera con la cola de papeles en vez de plumas.

Otros kzinti le perseguían esgrimiendo espadas y mazas. Desde las troneras le disparaban flechas que rebotaban en la coraza de impacto. En el instante en que Chmeee llegaba a la escotilla del módulo, un rayo de luz descargó desde una ventana. El haz del láser levantó llamaradas de los adoquines y luego se enfocó sobre el módulo. Chmeee ya estaba dentro. El rayo se fijó en la naveta... y luego se esfumó, mientras la aspillera desaparecía en una llamarada cárdena y blanca.

- ¡Qué imprudencia! - murmuró el Inferior - ¡Dejar un arma así en manos del enemigo!

La otra cabeza hurgaba en los mandos. Conmutó a una cámara interior. Luis vio cómo Chmeee cerraba la compuerta estanca y luego andaba tambaleándose hasta el autoquirófano, mientras pugnaba por quitarse la coraza de impacto, hasta que por fin la arrojó al suelo. Debajo de la armadura, una pierna del kzin apareció desgarrada. Levantó la tapa del autoquirófano y se dejó caer dentro.

- ¡Nej! ¡No ha puesto en marcha los monitores! Ayudémosle, Inferior.

- ¿Cómo, Luis? Si quisieras ir allí por medio de los platos teleportadores, te abrasarías a temperatura de fusión. Entre tu velocidad y la del módulo...

- Ya sé.

El Gran Océano estaba a treinta y cinco grados sobre la curva del Anillo. La diferencia de energía cinética habría sido suficiente para volatilizar una ciudad. No se podía ayudar.

Chmeee estaba tumbado, perdiendo sangre.

De pronto lanzó un rugido, se volvió a medias y sus gruesos dedos aporrearon las teclas del quirófano automático. Luego se tumbó de espaldas, levantó una mano y cerró la tapa.

Librodot

- Bien hecho - dijo Luis. La flecha había penetrado en la órbita pero muy ladeada hacia el exterior. Sería un milagro que no hubiera destruido tejidos cerebrales -. Ha sido un temerario, de acuerdo. Continúa.

- Chmeee usó el cañón paralizador para irradiar todo el castillo. Luego se pasó tres horas cargando a los kzinti inconscientes en plataformas repulsoras y enviándolos fuera. Atrancó las puertas y salió del módulo para meterse dentro de la casa. Durante nueve horas no vi nada de él. ¿Porqué sonríes?

- ¿A que no sacó a ninguna de las hembras?

- No. Me parece que ahora lo entiendo.

- Estuvo afortunado al ponerse esa coraza rápido. La herida de la pierna debieron de hacérsela cuando aún no se había revestido.

- Creo que por ahora Chmeee no supone ningún peligro para mí.

Luis calculó que necesitaría entre veinte y cuarenta horas de autoquirófano. Ahora todo dependía de su propia decisión.

- Sería preciso que discutiéramos con él una cosa, pero ahora no puede atendernos. Te ruego que grabes la conversación a partir de este momento, Inferior. Envía una cinta al módulo y que la oiga Chmeee cuando se haya recuperado.

El titerote se volvió. Parecía estar comiéndose el cuadro de mandos.

- Hecho. ¿Qué hemos de discutir?

- Chmeee y yo no estábamos convencidos de que tuvieras intención de devolvernos al espacio conocido, ni de que pudieras.

El titerote le contempló con sus dos cabezas muy separadas, para verle desde dos puntos distintos y obtener el máximo efecto de relieve, como si así pudiera escudriñar mejor a su dudoso aliado y posible enemigo.

- ¿Por qué no, Luis?

- En primer lugar, sabemos demasiado. En segundo lugar, tú no tienes ningún motivo para regresar a ningún mundo del espacio conocido. Con o sin el transmutador mágico, lo que tú quieres es alcanzar la Flota de los Mundos.

Al Inferior se le disparó un tic muscular en los cuartos traseros. (Con ellos combatían los titerotes: volver la espalda al enemigo, enfocarle con los ojos bien separados y ¡patadón!)

- ¿Qué tendría de malo eso?

- Desde luego sería mejor que permanecer aquí - concedió Luis -. ¿Cuáles eran realmente tus intenciones?

- Podemos vivir muy cómodamente. Como sabes, tenemos la droga de la longevidad de los kzinti. Estamos en condiciones de conseguir también el rejuvenecedor. En la «Aguja» caben

hembras de homínido y de kzinti; de hecho, tenemos a bordo una hembra de la raza de los Ingenieros. Viajaríais en estasis, de manera que la estrechez de espacio no sería problema. Tú y tus acompañantes podríais establecemos en uno de los cuatro planetas agrícolas de la Flota. Seríais los dueños, prácticamente.

- ¿Y si nos cansamos de la vida pastoril?

- Absurdo. Tendríais acceso a todas las bibliotecas de vuestros mundos natales. ¡Acceso a todos los saberes que han maravillado a la humanidad desde nuestra revelación! La Flota navega por el espacio a velocidad próxima a la de la luz, con el fin de alcanzar la Nube Magallánica. Con nosotros os salvaréis de la explosión del núcleo de la galaxia. Es posible que os necesitemos para explorar... territorios interesantes en vanguardia de nuestro rumbo.

- Peligrosos, querrás decir.

- ¿Qué otra cosa podría significar?

Luis se sintió bastante más tentado de lo que le hubiera gustado confesar. ¿Cómo se tomaría Chmeee semejante oferta? ¿Como un aplazamiento de su venganza? ¿Como una oportunidad para hacer daño a los mundos originarios de los titerotes en un lejano futuro? ¿O como una simple proposición de cobardía?

- ¿Está condicionada esta oferta al hallazgo del transmutador mágico por nuestra parte?

- No. Con independencia de ello, vuestra capacidad siempre puede ser útil. No obstante..., cualquier promesa formulada por mí ahora se vería mucho mejor respaldada bajo un régimen experimentalista. Los conservadores posiblemente no sabrían apreciar tu valía, ni la de Chmeee.

La evasiva no carecía de elegancia, como hubo de admitir Luis.

- Hablando de Chmeee...

- Es un desertor, pero mantengo abierta mi proposición también para él. Ha encontrado hembras kzinti a quienes salvar. Quizá tú puedas convencerte.

- No estoy muy seguro.

- Y también es posible que volváis a ver vuestros mundos natales. Dentro de otros mil años, el espacio conocido tal vez haya olvidado a los titerotes. Para ti sólo serán unos cuantos decenios de viaje, a la velocidad sublumínica de la Flota de los Mundos.

- Dame tiempo para pensarlo. Y para planteárselo a Chmeee cuando se presente la oportunidad.

Luis se volvió y halló que los Ingenieros le miraban. Lástima que no fuese posible consultarles, puesto que allí se decidía también el destino de ellos.

Pero la decisión ya estaba tomada.

- Ante todo me gustaría acercarme al Gran Océano. Podríamos entrar por la montaña del Puño-de-Dios y reducir la velocidad...

- No tengo la menor intención de desplazar la «Aguja». ¡Sin duda habrá otros peligros aparte las defensas antimeteoritos, y con eso basta!

- Sé una cosa que te hará cambiar de opinión. ¿Recuerdas que descubriste un aparato elevador para izar los reactores Bussard hasta la coronación del muro? Échale una ojeada ahora.

El titerote se quedó petrificado un instante. Luego se volvió como el rayo y desapareció en la parte oculta de sus dominios.

Aquello sería suficiente para tenerle un rato distraído.

Con absoluta calma, Luis Wu se dirigió hacia el montón formado por las ropas y el equipo que acababa de quitarse, y sacó el láser del chaleco.

Paso cuarto: la insurrección. Lástima que su autoquirófano estuviera en el módulo, a más de cien millones de kilómetros de distancia. Podía darse el caso de necesitarlo.

El casco exterior de la «Aguja», indudablemente, llevaba un revestimiento antilumínico. Todas las naves lo tenían al menos en las ventanas. Bajo una luz excesivamente fuerte, el blindaje se convertía en un espejo, tal vez a tiempo de salvarle los ojos al tripulante.

Evitaba los resplandores solares, y evitaba los lásers. Y si el Inferior se había molestado en instalar mamparos indestructibles entre sí mismo y sus cautivos, indudablemente habría rodeado todo el puente con el mismo tipo de revestimiento.

Pero, ¿y el suelo?

Luis se arrodilló. El hiperpropulsor ocupaba toda la longitud de la nave; era de color de bronce, con algunas partes de cobre y otras de metal para cascos. Con sus cantos redondeados, como los de todas las máquinas de los titerotes, parecía ya medio fundido. Luis le apuntó con el láser y disparó a través del piso transparente.

La luz rebotó en la superficie broncínea. Se desprendieron vapores metálicos, y cayeron gotas de metal fundido. Luis dejó que el haz profundizase y luego lo desplazó poco a poco, para quemar o fundir todo lo que se le antojara interesante, al tiempo que lamentaba no haber estudiado mejor la tecnología de los sistemas de hiperpropulsión.

El láser empezaba a calentarse en su mano. Llevaba funcionando varios minutos. Lo apuntó hacia uno de los seis soportes en que se apoyaba el propulsor dentro de su cámara de vacío. No se fundió, pero se reblandeció y cedió. Atacó otro. La inmensa masa del motor retembló y quedó torcida.

Hubo una intermitencia en el rayo, que no tardó en apagarse por completo. Agotada la batería del láser, Luis lo arrojó lejos de sí, recordando que el titerote podía hacer que estallara en sus manos.

Se acercó a la pared delantera de su celda. No se veía ni rastro del titerote, pero Luis oyó unos ruidos como de organillo a vapor agonizante.

El titerote asomó de detrás de su sección pintada de verde y le miró de hito en hito; todo su pellejo estaba recorrido por tics nerviosos.

- Mira. Vamos a discutir la jugada - dijo Luis Wu.

Sin manifestar ninguna precipitación, el titerote apoyó las dos cabezas entre sus patas delanteras y se hizo un ovillo en el suelo.

24 - Contraoferta

Luis Wu despertó con la cabeza despejada y hambriento. Permaneció inmóvil durante varios minutos, saboreando la sensación de flotar en caída libre; luego alargó la mano y desconectó el campo. Su reloj le dijo que había dormido siete horas.

Los huéspedes de la «Aguja» dormían debajo de una de las enormes pinzas que servían para sujetar el módulo de excursión. La mujer de cabellos blancos había tenido un sueño intranquilo, y yacía en postura forzada, envuelta en su poncho y con una pierna destapada. El muchacho de pelo castaño dormía como un bebé.

No se les podía despertar, ni había motivo para ello. El mamparo no dejaría pasar el sonido, y la traductora no funcionaba. El enlace por medio de discos teleportadores nunca habría permitido trasladar sino un peso limitado. ¿De veras temía el Inferior algún tipo de conspiración retorcida? Luis se sonrió. Su rebelión había sido la sencillez misma.

Programó en el teclado un desayuno de tostadas con queso y se puso a comer mientras se acercaba al mamparo delantero de su celda.

Durante el sueño, el Inferior se aovillaba en forma de huevo, escondiendo las cabezas y las patas. Un plumero de pelos blancos coronaba la parte más voluminosa de su cuerpo. No se había movido durante las últimas siete horas.

Luis había observado el mismo comportamiento en Nessus. Era la reacción de los titerotes ante una contrariedad: quedarse contemplando el propio ombligo y olvidar el resto del universo. No estaba mal, pero nueve horas parecían ya demasiadas. Si el titerote se había quedado catatónico debido al tratamiento de choque de Luis, podía significar el fin para todos.

Los oídos del titerote estaban en las cabezas. Las palabras de Luis tendrían que atravesar un espesor considerable de carne y hueso.

- ¡Quiero exponerte unos puntos para que los consideremos! - gritó.

El titerote no reaccionó. Luis se puso a pensar en voz más bien fuerte:

- Esta estructura va a caer sobre su sol. Podríamos intentar algo, pero no mientras te quedes ahí mirándote el ombligo. Nadie sino tú sabes manejar los mandos de la «Aguja», los sensores, los instrumentos, etcétera, y así fue como tú mismo lo planeaste. De manera que cada minuto que permanezcas ahí presa de tu complejo de alfombra, es un minuto más que todos, Chmeee, tú y yo, nos aproximamos a una ocasión que no desdeñaría ningún astrofísico.

Había terminado su tentempié mientras hablaba. Los titerotes eran magníficos lingüistas en todos los idiomas universales. ¿Reaccionaría el titerote ante una trampa verbal?

Y en efecto, el Inferior asomó un poco una de sus cabezas, lo justo para preguntar:

- ¿Qué ocasión?

- La de estudiar las manchas solares por dentro.

La cabeza se retiró para esconderse bajo la barriga del titerote.

Luis aulló:

- ¡Que viene la brigada de reparación!

La cabeza y el cuello aparecieron otra vez y el aullido de respuesta fue:

- ¿Qué has hecho con nosotros? ¿A qué nos has expuesto a todos, incluyéndote a ti mismo y a esos dos nativos que hubieran podido salvarse de la quema? ¿Se te ocurrió pensar en algo aparte tus instintos vandálicos?

- Lo hice. Como tú dijiste una vez, algún día habría que decidir quién manda en esta expedición. Hoy es ese día - dijo Luis Wu -. Deja que te explique por qué debes acatar mis órdenes.

- Nunca hubiera adivinado que un cableta tuviese afán de poder.

- Pues métete esto en las cabezas. Que a mí se me da mejor que a ti lo de adivinar cosas.

- Continúa.

- No nos vamos de aquí. A velocidad sublumínica, ni siquiera la Flota de los Mundos se halla a nuestro alcance. Si el Mundo Anillo se pierde nos perdemos todos. Hay que conseguir que retorne a su posición, sea como sea.

»Y el tercer punto: los Ingenieros del Mundo Anillo se extinguieron hace por lo menos un cuarto de millón de años, ¿no? - procuró hablar con prudencia -. Chmeee habría dicho un par de millones. Los homínidos no hubieran experimentado mutaciones ni evolución en presencia de los Ingenieros del Anillo. Éstos no lo habrían permitido; eran protectores de Pak.

Luis esperaba una reacción de horror o de sorpresa, pero el titerote no demostró sino resignación.

- Xenófobos - dijo -. Despiadados, obstinados y muy inteligentes. Algo debía haber sospechado.

- Mis antepasados - dijo Luis Wu -. Ellos construyeron el Mundo Anillo y ellos crearon el sistema, sea cual sea, que lo mantiene en su lugar. ¿Quién de nosotros tiene más posibilidad de pensar como un protector de Pak? Uno de nosotros debe intentarlo.

- Esta discusión carecería de sentido si nos hubieras dejado la posibilidad de abandonar. Yo confiaba en ti, Luis.

- No me gustaría pensar que seas tan estúpido. Yo no vine voluntario a esta expedición. Los kzinti y los humanos no servimos para esclavos.

- ¿Te queda algún otro argumento?

Luis hizo una mueca.

- Chmeee está defraudado conmigo. Él pretendía doblegarte por fuerza. Cuando le cuente que recibes órdenes mías, quedará muy impresionado. Y le necesitamos.

- Sí, creo que sí. Es posible que su mentalidad sea más semejante a la de un protector de Pak que la tuya.

- ¿Y bien?

- ¿Cuáles son tus órdenes?

Luis se lo explicó.

Harkabeeparolyn se había puesto en pie y no se dio cuenta de que Luis había aparecido en el rincón. Lanzó una exclamación, se agachó y se cubrió con los ponchos. Un poncho arrugado echó a andar hacia una túnica azul que yacía en el suelo.

Peculiar comportamiento. ¿El tabú de la desnudez en la raza de los Ingenieros? ¿Tal vez él debía de haberse presentado vestido? Hizo lo que le pareció más considerado: volverse de espaldas y dirigirse al muchacho.

Éste se hallaba junto al mamparo más exterior, contemplando las grandes naves estelares desguazadas. Le sobraba poncho por todas partes.

- ¿Eran ésas nuestras naves, Luhiwu?

- Sí.

- ¿Los de tu raza construían naves tan grandes como éstas? - sonrió el chico.

Luis trató de recordar.

Las espacionaves lentas tenían casi esas dimensiones. Necesitábamos naves muy grandes hasta que aprendimos cómo romper la barrera de la luz.

- ¿Es ésa una de vuestras naves? ¿Puede viajar más rápida que la luz?

- Podía, pero ahora ya no. Creo que los cascos número cuatro de la General de Productos eran todavía más grandes que los vuestros, pero no los construíamos nosotros. Eran naves de los titerotes.

- Como el que nos hablaba ayer, ¿verdad? Hizo muchas preguntas acerca de ti, pero no pudimos contarle gran cosa.

Harkabeeparolyn se reunió con ellos. Había recobrado su compostura, una vez envuelta de nuevo en su túnica azul de bibliotecaria. Preguntó:

- ¿Acaso ha cambiado nuestra situación aquí, Luhiwu? Teníamos entendido que no se te permitiría visitamos.

Aún no se atrevía a mirarle de frente.

- He asumido el mando - explicó Luis.

- ¿Así de fácil?

- He pagado un precio a cambio.

El chico los interrumpió:

- ¡Luhiwu! ¡Nos movemos!

Todo va bien.

- ¿Es posible bajar la luz aquí?

Luis dio la voz e inmediatamente se sintió más cómodo. La oscuridad ocultaba su desnudez. La actitud de Harkabeeparolyn era contagiosa

«La Aguja Candente de la Cuestión» se alzó unos cuatro metros sobre la zona del espaciopuerto. Con rapidez, casi furtivamente y sin efectos pirotécnicos, la nave se aproximó al confín del Anillo y se salió de él.

- ¿Adónde vamos? - quiso saber la mujer.

- Vamos a inspeccionar el mundo por debajo. Saldremos al Gran Océano.

La sensación de caída no existía, pero el borde del espaciopuerto se deslizaba en silencio hacia arriba; el Inferior dejó que la nave cayera varios kilómetros antes de poner en marcha los reactores de posición. La «Aguja» deceleró y empezó a dar el rodeo hacia la cara exterior del Anillo.

El filo de la oscuridad se elevó en el cielo. A sus pies tenían un piélago de estrellas, más brillantes que las que hubiera visto jamás un nativo del Mundo Anillo a través de la atmósfera y de la luz que dispersaba el propio Arco. En cambio, arriba, el cielo era la esencia de lo negro.

La funda de scrith expandido del Mundo Anillo no reflejaba la luz de las estrellas.

Luis aún se sentía incómodo en su desnudez.

- Regreso a mi camarote - dijo -. ¿Por qué no os venís conmigo? Hay comida y muda de ropa, y mejores camas, si lo preferís.

Harkabeeparolyn se materializó la última en la cola para pasar por el disco teleportador, e hizo un respingo. Luis soltó la carcajada y ella intentó fulminarle con la mirada, pero tuvo que apartar los ojos. ¡Desnudo!

- Mejor así. ¿Te parezco estúpida?

Luis compuso el código para un albornoz y se cubrió.

- No. Creo que como no tenéis controlado el clima, no podéis salir desnudos a todas partes, y por tanto, os parece chocante. Quizá me equivoco.

- Quizá tienes razón - dijo ella, sorprendida.

- La pasada noche habéis dormido en la bodega. Probad la cama de agua. Cabéis los dos y aun otra pareja más, y de momento Chmeee no la necesita.

Kawaresksenjajok se echó en plancha sobre la cama tapizada de piel y rebotó mientras las olas se propagaban por toda la superficie.

- ¡Me gusta, Luhiwu! ¡Es como nadar, pero en seco!

Desconfiada, con la espalda rígida, Harkabeeparolyn se sentó al borde de la movediza superficie, y preguntó en tono incierto:

- ¿Chmeee...?

- De dos metros y medio de altura, y recubierto de pelo anaranjado. Está... en misión en la región del Gran Océano. Ahora iremos a reunirnos con él. A lo mejor conseguirás convencerle de que comparta la cama contigo.

El chico rió, pero la mujer dijo:

- Tu amigo tendrá que buscar otra compañera. Yo no hago rishathra.

Luis contuvo la risa (pero en el fondo de su mente algo le dijo: ¡nej!).

- Chmeee es mucho más raro de lo que crees. Antes haría rishathra con una alcachofa. No correrías ningún peligro, salvo que quiera la cama para él solo, lo cual es muy posible. Y hay que cuidar de no sacudirle para que despierte. Si quieres, puedes probar las placas sómnicas.

- ¿Usas tú las placas sómnicas?

- Ciertamente.

El campo puede ajustarse para dormir separados.

Y adivinando lo que había querido decir (¡Nej! ¿Acaso la inhibía la presencia del muchacho?) Ella continuó:

- Nos hemos presentado como unos intrusos y estamos estorbando tu misión. ¿Vinisteis sólo para hurtar conocimientos?

Un sí habría sido la respuesta más exacta, pero no fue menos cierto lo que contestó Luis.

- Estamos aquí para salvar el Mundo Anillo.

Ella contestó, pensativa:

- ¿Y en qué puedo yo...? - Se interrumpió, mirando por encima del hombro de Luis.

El Inferior esperaba al otro lado del mamparo, y su aspecto era glorioso. Llevaba las garras enfundadas en plata y la melena a mechones de plata y oro. El pelaje corto del resto de su cuerpo estaba tan cepillado que relucía.

- Harkabeeparolyn, Kawaresksenjajok, sed bienvenidos - salmodió -. Se necesita urgentemente vuestra ayuda. Hemos viajado una larga distancia entre las estrellas con la esperanza de salvar a vuestras naciones y a vuestro mundo de una muerte horrible.

Luis contuvo la carcajada. Por fortuna, sus acompañantes sólo tenían ojos para el titerote Pierson.

- ¿De dónde eres? - preguntó el muchacho -. ¿Cómo es tu mundo?

El titerote trató de explicárselo. Les habló de planetas que viajaban a través del espacio a velocidades próximas a la de la luz, de cinco mundos dispuestos en un pentágono, una roseta de Kemplerer. Soles artificiales orbitaban alrededor de cuatro de ellos a fin de asegurar el sustento de la población del quinto. Éste brillaba sólo con la luz de sus calles y sus edificaciones. Los continentes relucían en tono amarillo claro, y los océanos eran oscuros. Unas estrellas muy brillantes, aisladas y rodeadas de niebla, eran factorías flotantes, cuyo exceso de calor servía para hervir el agua. El sobrante de calor producido por la industria era lo único que evitaba la congelación de aquel planeta.

El muchacho se quedó sin aliento mientras escuchaba. La bibliotecaria se dijo en voz baja:

- Debe de ser verdad que proceden de las estrellas. Su forma es diferente de la de cualquier ser vivo conocido.

El titerote habló de calles abarrotadas de viandantes, de edificios colosales, de parques que eran el último refugio de la vida primigenia del planeta. Habló de cadenas de discos teleportadores mediante las cuales uno podía dar la vuelta al mundo en cuestión de minutos.

Harkabeeparolyn meneó la cabeza con energía, y alzó la voz:

- Lo siento, pero no tenemos tiempo. Perdona, Kawa. Deseamos saber más, necesitamos saber más, pero ahora... ¡nuestro mundo, nuestro sol! No debí dudar nunca de ti, Luis. ¿Qué podemos hacer para ayudar?

El Inferior dijo:

- Lee para mí.

Kawaresksenjajok estaba tumbado de espaldas y veía desfilar el reverso del mundo.

La «Aguja» navegaba bajo un techo negro y uniforme, en el que el Inferior había situado dos «ventanas» por medio de la holografía. Uno de los grandes rectángulos era una imagen tomada con intensificador de luz; el otro examinaba el fondo del Mundo Anillo mediante infrarrojos. En el espectro infrarrojo, el reverso de las zonas diurnas aparecía más brillante que el de las nocturnas cubiertas por las pantallas de sombra; los ríos y los mares eran oscuros de día y brillantes por la noche.

- Como el reverso de una máscara, ¿lo ves? - dijo Luis en voz baja, para no molestar a Harkabeeparolyn -. Ese sistema fluvial, ¿ves cómo sobresale? Y los mares aparecen también en relieve. Y esa hilera de cavidades es un cadena montañosa.

- ¿Son así vuestros mundos?

- No, no. En uno de mis planetas el subsuelo es sólido y la superficie ha ido formándose al azar. Aquí el mundo ha sido esculpido. Fíjate en que todos los mares tienen la misma profundidad, y están dispersos de modo que no falte agua en ninguna parte.

- ¿Alguien grabó el mundo como un bajorrelieve?

- Eso mismo.

- Eso da miedo, Luhiwu. ¿Quiénes lo hicieron?

- Pensaban en grande, y amaban a sus hijos, y parecían armaduras vivientes.

Luis había decidido no profundizar demasiado en el tema de los progenitores.

- ¿Qué es esto? - preguntó el chico señalando con el dedo.

Era como una oquedad en el subsuelo del Anillo, rellena de neblina.

- No lo sé.

- Me figuro que será una perforación debida a un meteorito. Al otro lado se observaría un ciclón sobre ella.

La pantalla lectora estaba en el puente de mando, puesta de cara al mamparo divisorio para que Harkabeeparolyn pudiera leerla. El Inferior había reparado todos los daños y añadido un cable de muchas vías que iba al panel de mandos de la nave. Mientras Harkabeeparolyn leía en voz alta, el ordenador de a bordo leía la cinta y establecía la correlación con la voz y con los conocimientos de la lengua de Halrloprilialar que tenía almacenados en su memoria

Dicha lengua habría cambiado a lo largo de los siglos, pero no demasiado, al tratarse de una lengua escrita. Era de esperar que el ordenador consiguiera leer solo a no tardar.

En cuanto al propio Inferior, se había retirado a la sección oculta. El alienígena había padecido demasiadas conmociones y a Luis no le extrañaba que estuviera un poco histérico.

La «Aguja» siguió acelerándose; en aquellos momentos el paisaje invertido desfilaba con demasiada velocidad para poder observar detalles. Y la voz de Harkabeeparolyn empezaba a sonar algo ronca

Hora de almorzar, decidió Luis. Se planteó entonces un problema. Luis montó un almuerzo a base de filet mignon y patatas al horno, con queso Brie como postre y pan de molde. El chico se quedó espantado Y lo mismo la mujer, que miraba fijamente a Luis Wu.

- Lo siento. Ha sido un descuido de mi parte. Os creí todavía omnívoros.

- Lo somos. Nos alimentamos lo mismo de carne que de vegetales - dijo la bibliotecaria -. ¡Pero no consumimos alimentos corrompidos!

- No es para tanto. Aquí no interviene ningún microorganismo. Carne correctamente curada, leche sometida a la acción de un fermento...

Luis echó los platos de sus acompañantes al vertedero. Luego marcó los códigos para fruta y encargó una ensalada vegetal que venía con una salsa blanca de la que Luis prescindió, y una zarzuela de pescado incluyendo sashimi. Sus huéspedes no habían comido nunca pescado de agua salada; les gustó, pero les dio una sed tremenda.

Además ponían cara de repugnancia al ver lo que comía Luis. ¿Qué podía hacer él, acaso dejarse morir de hambre?

¿De dónde iba a sacar carne fresca para ellos? Aunque bien pensado, la cocina automática del lado de Chmeee podía suministrarla. La asarían con el haz del láser o se arriesgarían a morir de hambre.

Otro problema era que quizás estaban consumiendo demasiada sal.

Luis no sabía cómo remediarlo, a menos que el Inferior supiera corregir los ajustes del sintetizador de alimentos.

Después de almorzar, Harkabeeparolyn regresó a su lectura. Como el Anillo desfilaba a gran velocidad y no había nada que curiosear, Kawaresksenjajok se aburría y paseaba de un lado a otro de la bodega.

Luis también se sentía inquieto. Necesitaba estudiar, repasar las grabaciones del primer viaje, o las de las aventuras de Chmeee en el mapa de Kzin. Pero el Inferior no se dejaba ver.

Poco a poco fue dándose cuenta de otro motivo de intranquilidad.

Deseaba a la bibliotecaria.

Le gustaba su voz. Aunque llevaba horas leyendo, no había perdido su timbre agradable. Le había contado que a veces leía para niños que no podían leer por sí mismos. Luis se sentía conmovido sólo con pensarlo. Le gustaba por la dignidad y el valor que demostraba. Le gustaba su cuerpo ceñido por la túnica, y además la había visto desnuda.

Luis llevaba muchos años sin hacer el amor con una mujer estrictamente humana, y Harkabeeparolyn se acercaba demasiado a eso. Y no tenía otra pareja. Cuando el titerote hizo por fin acto de presencia, Luis se sintió aliviado por la distracción.

Hablaron en voz baja, en Intermundial, mientras Harkabeeparolyn seguía dictando para el ordenador.

- ¿De dónde habrán salido esos reparadores aficionados? - decía Luis -. En este mundo, ¿quién posee los conocimientos necesarios para volver a montar los reactores de posición? Y sin embargo, lo que saben no es bastante todavía, por lo visto.

- Déjalos - dijo el Inferior.

- Tal vez ellos también saben que no saben lo suficiente. Es posible que esos pobres diablos se limiten a hacer lo que buenamente pueden. Y luego la cuestión de averiguar de dónde sacaron los equipos. A lo mejor proceden del centro de mantenimiento.

- No te busques más complicaciones. Déjalos.

- Por esta vez creo que tienes razón. Pero no puedo dejar de preguntármelo. Teela Brown adquirió sus conocimientos en el espacio humano. Para ella, la construcción de grandes estructuras en el espacio no sería ninguna novedad. Y ella debió de saber lo que significaba que el sol se saliera de su centro.

- ¿Cabe pensar que Teela Brown haya organizado un esfuerzo tan colosal?

- Tal vez no, pero no olvidemos que estaba con ella el Caminante. ¿Dicen algo del Caminante tus cintas? Era un nativo del Mundo Anillo, y tal vez inmortal. Teela lo encontró. Un poco alocado, pero muy capaz para una organización así. Dijo que había sido rey, y en más de una ocasión.

- Teela Brown fue un experimento fallido. Quisimos obtener un humano que tuviese la suerte a su favor, creyendo que los titerotes podríamos asociarnos a ese factor suerte. Bien, pues no sabemos si Teela ha sido especialmente afortunada o no, pero, desde luego, su buena estrella no se contagia. No queremos encontrar a Teela Brown.

- Desde luego que no - se estremeció Luis.

- En consecuencia, hemos de evitar que la brigada de reparación se fije en nosotros.

- Añade una posdata a la cinta que enviarás a Chmeee - dijo Luis -. Luis Wu declina tu oferta de asilo en la Flota de los Mundos. Luis Wu ha asumido el mando de «La Aguja Candente de la Cuestión» y ha destruido el motor de hiperpropulsión. Eso le obligará a reflexionar.

- Yo también he reflexionado. Mis sensores no pueden atravesar el scrith, Luis. Tu mensaje tendrá que esperar.

- ¿Cuánto tardaremos en reunirnos con él?

- Unas cuarenta horas. He acelerado a una velocidad de crucero de mil quinientos kilómetros por segundo. A esa velocidad necesitamos una aceleración angular de más de cinco g para mantener el rumbo.

- Podemos soportar hasta 30 g. Eres demasiado precavido.

- Acepto esa opinión.

- Me parece que tú tampoco sirves para acatar órdenes - comentó Luis.

25 - Semilla de Imperio

El subsuelo del Mundo Anillo desfilaba a modo de techo arqueado.

A cincuenta mil kilómetros de distancia y mil quinientos kilómetros por segundo no era un gran espectáculo. El revestimiento no dejaba ver muchos detalles. El muchacho se quedó dormido sobre la piel anaranjada. Luis montó guardia, ya que no había otra cosa que hacer para distraer las meditaciones sobre si posiblemente estaban todos condenados a muerte por culpa de su acción.

Por fin el Inferior le ordenó a la mujer de la raza de los Ingenieros:

- ¡Basta!

Luis salió de su ensimismamiento. Harkabeeparolyn se masajeó la garganta dolorida. Contemplaron cómo el Inferior cargaba en la máquina cuatro de las cintas robadas.

Fue cuestión de escasos minutos.

- Que trabaje el ordenador ahora - dijo el titerote -. He programado las preguntas. Si las contestaciones se hallan en las cintas, lo sabremos dentro de un par de horas como máximo. Dime, Luis, ¿qué haremos si no nos satisfacen las respuestas?

- Sepamos cuáles son las preguntas

- Si hay antecedentes de actividades de mantenimiento en el Mundo Anillo, y si los hay, de dónde procedía la maquinaria utilizada en las reparaciones. Si éstas son más frecuentes en alguna región concreta. Si alguna sección del Anillo está mejor conservada que las demás. Que localice todas las referencias a seres que se parezcan a los protectores de Pak. Si los tipos de armamento varían en función de la distancia a algún punto determinado. Y cuáles son las propiedades magnéticas del suelo del Anillo en particular y del scrith en general.

- Bien.

- ¿He descuidado algún punto?

- Sí. Necesitamos conocer el origen más probable de la droga de la inmortalidad. Podría ser el Gran Océano, pero vale más preguntarlo de todos modos.

- Lo haré. ¿Porqué el Gran Océano?

- ¡Ah! En parte, porque es lo más visible. Y en parte porque conocemos un ejemplo viviente y sólo uno. Halrloprillalar poseía la droga, y a ella la encontramos en proximidad del Gran Océano.

Y en parte porque caímos allí, pensó Luis Wu. La suerte de Teela Brown falseaba las probabilidades. La suerte de Teela pudo llevarnos derechos al Centro de Mantenimiento la primera vez.

- ¿Se te ocurre algo que hayamos olvidado, Harkabeeparolyn?

- No comprendo vuestras intenciones - replicó ella con voz ronca. ¿Cómo explicarlo?

- Nuestra máquina recuerda todo lo que contienen tus cintas. Le diremos que busque en su memoria las contestaciones a nuestras preguntas.

- Pregúntale cómo se puede salvar el Mundo Anillo.

- No, las preguntas han de ser algo más concretas. La máquina puede recordar, establecer correlaciones y efectuar operaciones matemáticas, pero no piensa por sí misma. No tenemos potencia suficiente para eso.

Ella meneó la cabeza.

- ¿Y si las respuestas no son las que esperamos? - preguntó el Inferior -. No podemos escapar.

- Intentaremos otra cosa.

- He estado pensándolo. Será preciso que nos pongamos en órbita polar alrededor del sol, a fin de reducir al mínimo el peligro de resultar destruidos por un fragmento del Anillo cuando éste se desintegre. Pondré la «Aguja» en estasis hasta que alguien venga a rescatarnos. Ya sé que no habrá tal rescate, pero eso es mejor que el peligro inmediato que nos amenaza ahora.

El caso era posible, pensó Luis.

- Bien. Eso nos daría un par de años para tratar de buscar una oportunidad mejor.

- No tantos. Si...

- Cállate.

La bibliotecaria, agotada, se dejó caer en la cama de agua. La falsa piel de kzin se removió bajo su peso. Ella se quedó un instante rígida, y luego se tendió con precaución. La superficie de la cama no dejaba de agitarse. Poco a poco la mujer fue cediendo en su rigidez y se abandonó a las agradables vibraciones. Kawaresksenjajok formuló una protesta en sueños y se dio la vuelta.

El aspecto de la bibliotecaria era de lo más tentador. Luis contuvo el deseo de acostarse al lado de ella.

- ¿Cómo estás?

- Fatigada, hecha migas. ¿Volveré a ver mi ciudad alguna vez? Si llega el fin... Cuando llegue... me gustaría esperarlo en la terraza de la biblioteca. Aunque para entonces todas las flores se habrán marchitado, ¿verdad? Abrasadas o congeladas.

Librodot

- Sí.

Luis estaba conmovido. Él tampoco había regresado nunca a su casa natal.

- Intentaré conseguir tu regreso. Ahora lo que necesitas es dormir, después de un buen masaje en la espalda.

- No.

Qué raro. ¿Acaso no era Harkabeeparolyn de la raza de los Ingenieros, del pueblo de Halrloprillalar, aquél que había llegado a dominar el Mundo Anillo, principalmente, a través del sexo? A veces costaba recordar que las diferencias entre los individuos de una especie no terrestre podían ser tan marcadas como las existentes entre los humanos.

- Los bibliotecarios parecéis más bien miembros de una casta sacerdotal. ¿Hacéis votos de continencia?

- Mientras trabajamos en la biblioteca practicamos la continencia. Pero yo he sido continente por propia voluntad. - Se incorporó sobre un codo y le miró fijamente -. Sabemos que todas las demás especies desean hacer rishathra con los Ingenieros de las Ciudades. ¿Ocurre lo mismo contigo?

Él confesó que sí.

- Espero que logres resistirlo.

- ¡Ah, nej! Sí - suspiró él -. Soy viejo, he vivido muchos falans. He aprendido a distraerme solo.

- ¿Cómo?

- Por lo general, busco otra mujer.

La bibliotecaria no rió la broma.

- ¿Y cuando no hay otra mujer disponible?

- ¡Bah! Hago ejercicio hasta el agotamiento... Me emborracho. Me tomo unas vacaciones a solas, vagando por el espacio interestelar en una nave de una plaza. O me dedico al trabajo.

- No deberías emborracharte - dijo ella, y tenía razón -. ¿A qué otros placeres puedes recurrir?

¡El contactor! Un solo toquecito de corriente, y dejaría de importarle Harkabeeparolyn aunque la viera convertida en un asqueroso protoplasma verde allí mismo. Y además, ¿por qué había de importarle ahora? No la admiraba... o tal vez sí, un poco. Pero ella ya había cumplido con su parte. Estaban en condiciones de salvar el Mundo Anillo, o de perderlo, sin más ayuda por parte de ella.

- Tendrás tu masaje de todas maneras - dijo.

Y alargó la mano sobre la cama para tocar los mandos de la cabecera.

Ella se sorprendió un poco, y luego sonrió y se relajó totalmente, al sentirse rodeada por las vibraciones acústicas del agua. Al cabo de pocos minutos se quedó dormida. Luis dejó ajustado el grupo para que siguiera funcionando durante veinte minutos más.

Luego se encerró en sus pensamientos.

De no haber vivido un año con Halrloprillalar no le habría parecido hermosa Harkabeeparolyn, con su frente calva, sus labios delgados como cuchillos y su nariz pequeña y achatada. Pero la cuestión era que sí había vivido...

Él tenía vello donde ningún Ingeniero lo tenía. Quizás era eso. O tal vez el olor de lo que comía, o de su aliento, o alguna seña social que él desconocía.

No era lógico que el hombre que había robado una nave interestelar, que se había apostado la vida a una oportunidad de salvar miles de millones de vidas, que había vencido el peor de los hábitos estupefacientes, perdiera el sueño por una distracción tan trivial como la presencia de una compañera de habitación atractiva. Un toquecito de corriente le daría la claridad necesaria para asumirlo. Sí.

Luis se acercó al mamparo anterior

- ¡Inferior!

El titerote se dejó ver.

- Pásame las grabaciones del Pak. Las revistas y los informes médicos sobre Jack Brennan, las autopsias del extraterrestre, todo lo que encuentres. Intentaría remediarse con el trabajo.

Luis Wu flotaba en medio del aire, en la posición del loto, y sus ropas flotaban alrededor de él. En una pantalla que flotaba también, inmóvil, en el exterior del casco de la «Aguja», un hombre muerto hacía muchísimos años pronunciaba una conferencia sobre los orígenes de la Humanidad.

- Los protectores tienen escaso libre albedrío - estaba diciendo - Son demasiado inteligentes para dejar de ver la conducta adecuada. Pero, además de eso, existen los instintos. Cuando a un protector de Pak no le quedan descendientes vivos, por lo general muere. Deja de alimentarse. Algunos protectores son capaces de generalizar ese instinto y buscan el modo de hacer algo positivo para su especie. Eso les salva la vida. Creo que para mí ha sido más fácil que para Phssthpok.

- ¿Qué ha descubierto usted? ¿Cuál es el motivo que le induce a seguir alimentándose?

- Advertiros de la existencia de los protectores de Pak

Luis asintió, mientras recordaba los datos de la autopsia del extraterrestre. El cerebro de Phssthpok era más voluminoso que un cerebro humano, pero el aumento de volumen no abarcaba a los lóbulos frontales. En cambio, el cráneo de Jack Brennan parecía hendido por la mitad debido al desarrollo frontal humano y a la elevación de la parte posterior del cráneo.

La piel de Brennan era como una coraza de cuero muy arrugado. Tenía las articulaciones anormalmente hinchadas. Sus labios y dientes se habían fundido en un pico rígido. Pero al ex minero del Cinturón no parecía importarle tan drástica alteración de su persona.

- Todos los síntomas de la vejez son testimonios de la conversión de criador a protector - le explicaba a un interrogador de la BRAZO también desaparecido hacía mucho tiempo - La piel se hace más gruesa y se llena de arrugas; en principio debería llegar a ser como ésta, capaz de detener una cuchillada. Se pierden los dientes para que puedan endurecerse las encías. El corazón se debilita en espera de que se forme en la ingle el segundo corazón supletorio de dos cavidades.

La voz de Brennan era un graznido.

- Las articulaciones se hinchan a fin de ofrecer palanca a una futura musculatura más poderosa. Pero nada de eso sale del todo bien sin el árbol de la Vida, y no existe en la Tierra ese árbol desde hace tres millones...

Luis se sobresaltó al notar que le tiraban del albornoz.

- Tengo hambre, Luhiwu.

- Sí.

De todas maneras estaba harto de estudiar, ya que no se enteraba de nada que pudiera serle útil.

Harkabeeparolyn aún dormía. Despertó al olorcillo de la carne asada bajo el rayo de la linterna láser. Luis pidió fruta e hirvió verduras para ellos. Les enseñó dónde podían arrojar lo que no quisieran consumir, y cenó a solas en la bodega.

Le preocupaba el tener personas a su cargo. Aunque ambos fuesen víctimas de las acciones de Luis Wu, ¡era una lata que no se les pudiera enseñar ni a guisar su propia comida! Los mandos de la cocina sintetizadora estaban rotulados en Intermundial y en la Lengua del Héroe.

¿Qué podían hacer? Era preciso inventar algo. Lo aplazó para el día siguiente.

El ordenador empezó a entregar los primeros resultados. El Inferior andaba ocupadísimo. Cuando Luis logró recabar su atención un instante, le pidió las grabaciones que había tomado de Chmeee durante el ataque al castillo.

La fortificación se hallaba en la cima de una colina. En el valle pastaban rebaños de unos animales que semejaban porcinos, de pelaje amarillo con una franja anaranjada. La naveta volaba en círculo alrededor del castillo y luego se posaba en el patio, en medio de una nube de flechas.

Durante varios minutos no pasó nada.

Luego pasaron unos destellos anaranjados, demasiado rápidos para distinguir nada concreto, por entre los soportales.

Echados en el suelo que parecían alfombras, empuñando sus armas, fueron acercándose a la base del módulo. Eran kzinti, pero parecían algo contrahechos. Habían seguido una evolución diferente durante un cuarto de millón de años.

Harkabeeparolyn habló a espaldas de Luis:

- ¿Son ésos de la raza de tu compañero?

- Parecidos. Éstos son un poco más bajos y más oscuros, y... la mandíbula inferior se diría más maciza.

- Te abandonó. ¿Por qué no te desentiendes de él?

Luis rió.

- ¿Para quedarte con la cama para ti sola? Estábamos en una situación de combate y dejé que una mujer vampiro me sedujera. Eso le repugnó. Desde el punto de vista de Chmeee, el desertor soy yo.

- Ningún hombre ni mujer puede resistirse a un vampiro.

- Chmeee no es ningún hombre. No desearía hacer rishathra con ningún vampiro u otro homínido.

Eran ya bastante numerosos los grandes gatos apostados en puntos estratégicos cerca del módulo. Dos de ellos acercaron un gran cilindro metálico manchado de orín. Los que estaban más cerca del módulo, como una docena, se alejaron. El cilindro desapareció en el fogonazo blanco y amarillo de la explosión. El módulo se desplazó un metro o dos de su punto de aterrizaje originario. Los kzinti aguardaron y luego se acercaron de nuevo con cautela para observar los resultados.

Harkabeeparolyn se estremeció.

- Parecen más inclinados a deseamos para zampársenos como desayuno.

Luis empezaba a enfadarse.

- Es posible, pero recuerdo una vez que Chmeee estaba muriéndose de inanición, y no me tocó ni un pelo de la ropa. ¿Qué te pasa? ¿Acaso no teníais carnívoros en vuestra ciudad?

- Sí.

- ¿Y en la Biblioteca?

Creyó que no iba a contestarle. (Caras peludas detrás de las troneras. La explosión no había causado ningún daño apreciable.) Pero al final habló:

- Estuve en el edificio Panth durante una temporada - dijo, apartando la mirada.

Librodot

Por unos instantes él no supo a qué se refería. Luego recordó el edificio Panth. Como una cebolla puesta del revés. La reparación del condensador de agua. El dueño que quiso pagar en servicios sexuales. El olor a vampiros en los pasillos.

- ¿Hiciste rishathra con carnívoros?

- Con Pastores y con gentes de la raza de la sabana y con otros del Pueblo de la Noche. Son cosas que no se olvidan.

Luis se apartó un poco.

- ¿Con los hombres chacales?

- El Pueblo de la Noche es muy importante para nosotros. Nos aportan información lo mismo que al Pueblo de la Máquina. Gracias a ellos se conserva lo que resta de civilización, y nos interesa mucho no ofenderles.

- ¡Hum!

- Pero fue lo que... Los chacales tienen un olfato muy desarrollado, Luhiwu. El olor a vampiros los enloquece. Me ordenaron que hiciera rishathra con un Cazador de la Noche, y sin usar la esencia de vampiro. Entonces pedí el traslado a la Biblioteca.

Luis se acordó de Mar Korsill.

- No me parecen tan repugnantes.

- Pero, ¿para hacer rishathra? Los que no tenemos padres, hemos de pagar nuestra deuda a la sociedad antes de que se nos permita buscar pareja y establecer un hogar. Perdí el patrimonio que había acumulado cuando solicité el traslado. Y aún me costó algún tiempo conseguir la plaza - le miró a los ojos -. No fue divertido. Pero he pasado otras temporadas malas. Aunque el olor a vampiros acabe por desvanecerse, los recuerdos no se desvanecen. El olor a sangre en el aliento de los Cazadores nocturnos, a corrupción en el de los del Pueblo de la Noche.

- Te has librado de todo eso - dijo Luis.

Algunos de los kzinti intentaban incorporarse. Habían caído dormidos. Diez minutos después se abrió la escotilla y Chmeee bajó por la rampa dispuesto a hacerse el amo.

Era ya tarde cuando el Inferior hizo de nuevo su aparición. Parecía arrugado de cansancio.

- Por lo visto tu intuición era acertada - dijo -. Además de poseer susceptibilidad magnética, el scrith que forma la estructura del Mundo Anillo está estrecruzado de cables superconductores.

- Eso es bueno - dijo Luis, y sintió que se le quitaba un gran peso de encima -. ¡Eso es magnífico! Pero, ¿cómo iban a saberlo los Ingenieros de Ciudades? No los imagino hurgando hasta llegar al scrith para averiguarlo.

- No. Tenían imanes para utilizarlos como brújula, y localizaron la red de líneas superconductoras que forma un dibujo hexagonal en el subsuelo del Mundo Anillo, con una

anchura de ochenta mil kilómetros. Eso les ayudó a trazar sus primeros mapas. Pasaron siglos antes de que los Ingenieros progresaran lo suficiente en física como para saber cuál era el fenómeno que estaban observando, pero sus deducciones les llevaron a desarrollar por su cuenta los superconductores.

- La bacteria que sembrasteis...

- No habrá afectado a los superconductores enterrados en el scrith. Aunque no olvido que el subsuelo del Anillo es vulnerable a los meteoritos. Hemos de confiar en que ninguno haya roto la red de superconductores.

- Tenemos una buena probabilidad a favor.

El titerote meditó lo que iba a decir y continuó:

- ¿Estamos buscando todavía el secreto de la transmutación a gran escala, Luis?

- No.

- Sería una solución muy elegante a nuestro problema - dijo el Inferior -. El mecanismo debió operar a una escala tremenda. Convertir materia en energía debe de ser mucho más fácil que transmutar una materia en otra. Pero supongamos que simplemente disparásemos... digamos un cañón transmutador en la cara exterior del Mundo Anillo, en su punto de máxima distancia al sol. La reacción haría que la estructura retornase a su lugar. Naturalmente, habría algunos problemas. La onda de choque mataría a muchos nativos, pero se salvarían muchos más. Y la protección antimeteoritos quemada podría sustituirse más tarde. ¿De qué te ríes?

- Eres brillante, pero el problema es que nunca tuvimos motivos para creer que existiese un cañón transmutador.

- No te entiendo.

- Halrloprillalar se limitó a inventar historias, como después nos confesó. Al fin y al cabo, ¡qué sabía ella acerca de cómo se construyó el Mundo Anillo! Sus antepasados eran poco más que simios cuando eso sucedió. - Luis vio que las cabezas empezaban a ocultarse, y se apresuró a decir -: ¡No te enrolles! No disponemos de tiempo para eso.

- A la orden.

- ¿Qué más tienes?

- Poca cosa. Aún no he terminado el análisis de los textos. Las fantasías alrededor del Gran Océano no me dicen gran cosa. Inténtalo tú.

- Mañana.

Unos sonidos demasiado tenues como para interpretarlos en seguida le despertaron. Luis se volvió en medio de la oscuridad y la suspensión en caída libre.

Librodot

Pero la claridad estelar era suficiente para ver. Kawaresksenjajok y Harkabeeparolyn estaban el uno en brazos del otro y se murmuraban cosas al oído. La traductora de Luis no llegaba a captarlas, pero parecía amor. Se sonrió burlándose de sí mismo al darse cuenta de que había sentido una súbita punzada de envidia. Había creído que el muchacho era demasiado joven, y que la mujer había optado definitivamente por la abstinencia. Pero aquello no era rishathra, puesto que sucedía entre seres de una misma especie.

Luis les volvió la espalda y cerró los ojos. Sus oídos esperaban escuchar un chapoteo rítmico, pero no sucedió nada, y luego se quedó dormido.

Soñó que estaba en una de sus excursiones vocacionales.

Caía, caía hacia las estrellas. Cuando el mundo se volvía demasiado abundante para él, demasiado variado y exigente, entonces había llegado el momento de dejar atrás todos los mundos. Lo había hecho muchas veces. A solas, en una nave estelar pequeña, huía hacia los huecos inexplorados, más allá del espacio conocido, para ver lo que hubiese que ver y para saber si aún se apreciaba lo suficiente a sí mismo. Ahora Luis flotaba entre las placas sómnicas y soñaba en viajes felices entre las estrellas Sin obligaciones, sin promesas que cumplir.

Entonces una mujer aulló de pánico junto a su oído. Un talón le asestó una fuerte patada debajo de las costillas flotantes y Luis se dobló, privado de aliento. Unos brazos le aporrearon como aspas de molino y luego rodearon su cuello como si pretendieran estrangularle. Todo ello entre fuertes sollozos.

Luis hizo presa en los brazos para quitárselos del cuello, y gritó:

- ¡Campo sómnico fuera!

La gravedad volvió a actuar. Luis y su atacante cayeron sobre la placa inferior. Harkabeeparolyn dejó de gritar y permitió que le bajara los brazos a viva fuerza.

El muchacho Kawaresksenjajok estaba arrodillado a su lado, confuso y poniendo cara de espanto. Hizo preguntas apresuradas en el idioma de los Ingenieros. La mujer le contestó con un bufido.

El chico volvió a hablar. Harkabeeparolyn le echó una larga perorata. El muchacho asintió con la cabeza, de mala gana. Lo que acababa de escuchar, fuera lo que fuese, no le había gustado. Se retiró al rincón, despidiéndose con una mirada que Luis no supo interpretar, y desapareció hacia la bodega de carga.

Luis alargó la mano en busca de la traductora.

- Bueno, ¿qué pasa aquí?

- ¡Estaba cayéndome! - sollozó ella.

- No es nada - la consoló Luis -. A algunos nos gusta dormir así. Ella le miró a la cara.

- ¿Cayendo?

- Sí.

No fue difícil interpretar la expresión de la mujer. Un loco. Loco de atar... y el encogimiento de hombros. Hizo un visible esfuerzo por contenerse, y luego dijo:

- Me he enterado de que he dejado de seros útil, ahora que vuestras máquinas leen con más rapidez que yo. Sólo puedo hacer una cosa para que nuestra misión sea más llevadera, y es calmar el tormento de tu deseo frustrado.

- ¡Qué alivio! - dijo Luis con sarcasmo que no supo si ella sería capaz de captar, y muy poco inclinado a aceptar tal género de caridad.

- Si te bañas y te lavas bien la boca...

- Déjalo. Tu sacrificio en aras de nuestros fines superiores es muy encomiable, pero sería una descortesía por mi parte si aceptase.

- Así, ¿no quieres hacer rishathra conmigo, Luhiwu? - se extrañó ella.

- No, gracias. ¡Conectado el campo sómnico!

Luis se elevó en flotación, lejos de ella. Por sus experimentos anteriores adivinaba la inminencia de una discusión acalorada, que no iba a servir de nada. Pero si ella ensayaba otra vez la fuerza, no tardaría en experimentar de nuevo la temida sensación de caída.

Una vez más la mujer le sorprendió al decir:

- Sería una tragedia para mí si concibiera un hijo ahora, Luhiwu.

Bajó la mirada. Ella no estaba enfadada, pero sí muy seria, y prosiguió:

- Si ahora me apareo con Kawaresksenjajok, quizá procrearíamos un hijo condenado a morir en el fuego solar.

- Pues no lo hagáis. De todas maneras, es demasiado joven.

- No, no lo es.

- ¡Ah! Bien. ¿Acaso no llevas...? Pero no, no creo que lleves anticonceptivos. ¿No podrías calcular tu período fértil para evitarlo?

- No te entiendo. ¡Ah! Espera... ahora sí que lo entiendo. Ten en cuenta, Luhiwu, que nuestra especie ha dominado la mayor parte del mundo gracias a nuestro dominio de los matices y variaciones del rishathra. ¿No sabes cómo llegamos a aprender tanto acerca del rishathra?

- Gracias a vuestra buena suerte, supongo

- Algunas especies son más fértiles que otras, Luhiwu.

- ¡Ah!

- Desde la prehistoria hemos sabido que el rishathra es un sistema para no tener hijos. Si nos apareamos, cuatro falans después nace un niño. Dime, Luhiwu, ¿puede salvarse el mundo? ¿Nos salvaremos nosotros?

¡Ah, las vacaciones! Solo en una nave de una sola plaza, a años luz de cualquier responsabilidad que no afectase directamente a Luis Wu... o hallarse bajo los efectos del cable.

- No garantizo nada.

- ¡Entonces haz rishathra conmigo para que yo pueda dejar de pensar en Kawaresksenjajok!

No era la proposición más halagadora que hubiese escuchado Luis Wu en su joven existencia.

- ¿Y qué haremos para aliviarle a él?

- Lo del chico no tiene remedio, ¡pobre! ¡Que se fastidie!

Pues fastidiaos los dos, pensó Luis Wu. Pero no se atrevió a decirlo. La mujer hablaba en serio, sufría y tenía razón. No sería buen momento para traer al mundo un nuevo Ingeniero.

Y la deseaba.

Salió del campo de caída libre y la llevó hasta la cama de agua. Menos mal que Kawaresksenjajok se había retirado a la bodega de carga. ¿Qué diría el chico a la mañana siguiente?

26 - Bajo las aguas

Luis despertó bajo los efectos de la gravedad, sonriente, con todos los músculos llenos de agradables agujetas y picor en los ojos. Había dormido muy poco la noche pasada. Harkabeeparolyn no había exagerado su estado de necesidad. Pese a la época vivida con Halrloprillalar, él no sabía que los Ingenieros fuesen capaces de tal fogosidad.

Se dio la vuelta, y la gran cama empezó a oscilar debajo de él. Otro cuerpo tropezó con el suyo: era Kawaresksenjajok que, boca abajo y con todos los miembros separados como una estrella de mar, roncaba suavemente.

Harkabeeparolyn, al pie de la cama y envuelta en la piel anaranjada, rebulló y se puso en pie. Tal vez para excusarse por haberle dejado, explicó:

- Me interrumpe el sueño a cada momento eso de que la cama se mueva debajo de una.

Choque cultural, pensó él, recordando que a Halrloprillalar le agradaba el campo sómnico, pero no para dormir.

- Hay suelo en abundancia. ¿Cómo estás?

- Mucho mejor, por ahora, gracias a ti.

- Gracias a ti. ¿Tienes hambre?

- Aún no.

Hizo sus ejercicios. Los músculos estaban fuertes todavía, pero faltos de entrenamiento. Los Ingenieros le contemplaron extrañados. Luego compuso el desayuno marcando los códigos para melón, soufflés al Grand Marnier, bollos y café. Sus invitados rechazaron el café, como era de esperar, y también los bollos.

El Inferior apareció con muestras de gran cansancio, desmochado y abatido.

- Las pistas que buscábamos no aparecen con claridad en las grabaciones de la ciudad flotante - dijo -. Todas las especies daban a sus armaduras las formas de los protectores de Pak. Sin ser las mismas en todos los lugares, ni mucho menos, sin embargo la variación es muy limitada. Quizá pueda atribuirse a la dispersión de la cultura de los Ingenieros. Su imperio fundió las ideas y los inventos a tal punto, que resulta imposible rastrear los orígenes.

- ¿Y qué se sabe de la droga de la inmortalidad?

- Tenías razón. El Gran Océano es contemplado como origen de horrores y de delicias, entre las que se incluye la inmortalidad. El regalo no es siempre una droga, sino que a veces se concede sin advertencia previa, como un capricho de los dioses. Estas leyendas no tienen sentido para mí, Luis, puesto que no soy humano.

- Monta la cinta para que la veamos; supongo que nuestros invitados querrán mirar también. A lo mejor ellos consiguen interpretar lo que yo no entienda.

- A la orden.

- ¿Qué hay de las reparaciones?

- No hay precedentes de actividades de mantenimiento en toda la historia registrada del Mundo Anillo.

- ¡Estás bromeando!

- ¿Qué aspecto y cuánto tiempo abarcan los archivos de la ciudad? Muy poco. Aparte de eso, he estudiado las antiguas entrevistas con Jack Brennan. Sospecho que los protectores tienen la vida muy larga y una capacidad de atención extraordinaria. Prefieren no utilizar servomecanismos si pueden hacer ellos el trabajo. Por ejemplo, a bordo de la nave espacial de Phsstkpok no había piloto automático.

- Ilógico. El sistema de las tuberías de drenaje es, ciertamente, automático.

- Pero planteado de una manera muy primitiva, con arreglo a un sistema de fuerza bruta. No sabemos por qué murieron o abandonaron el Mundo Anillo los protectores. Es posible que conocieran su destino y tuvieran tiempo para automatizar el sistema de los drenajes. ¿Qué falta nos hace saber todo eso, Luis?

- ¿Eh? Sí, claro. La defensa contra meteoritos también es automática, probablemente. ¿No te gustaría saber algo más acerca de esa defensa?

- Ya lo creo.

- Y los reactores de corrección de posición también eran automáticos. Posiblemente podía anularse el automatismo por medio de mandos manuales. Pero desde que desaparecieron los Pak, han evolucionado miles de especies humanoides, y sin embargo los automatismos siguen funcionando. O bien los protectores tuvieron desde siempre la intención de marcharse... cosa que me cuesta creer...

- O bien tardaron muchos años en extinguirse - dijo el Inferior -. Tengo ideas propias al respecto.

Y no quiso agregar nada más.

Luis tuvo una buena distracción aquella mañana. Los cuentos del Gran Océano proporcionaban una lectura fascinante, con héroes y reyes, con aventuras de búsqueda y magia, y monstruos terroríficos, y un sabor muy distinto del de cualquier mitología humana. Allí el amor no era eterno. Los compañeros del héroe (o heroína) Ingeniero eran siempre del sexo opuesto, la lealtad se confirmaba mediante rishathras pródigamente descritos, y el ejercicio de poderes maravillosos se daba por descontado. Los magos no eran malvados por definición, y los peligros que iban saliendo al paso eran para ser evitados, no para luchar contra ellos.

Luis halló los denominadores comunes que andaba buscando. El tema predominante era el de la inmensidad del mar y el terror a las tormentas y a los monstruos marinos.

Entre éstos figuraban los tiburones, los cachalotes, las ballenas asesinas, los destructores Gummidgy, el pez sombra wunderlandés o las algas estranguladoras. Algunos de estos seres poseían inteligencia. Había serpientes de mar que medían kilómetros de longitud y que echaban humo por las narices (¿tal vez implicando la respiración pulmonar?) y tenían bocas enormes llenas de dientes. Aparecía una tierra que abrasaba a todos los que se acercaban a ella, quedando invariablemente un solo superviviente (¿fantasía o alusión a los girasoles?). Algunas islas eran monstruos marinos de vida sedentaria, a tal punto que llegaba a establecerse en la joroba del animal todo un sistema ecológico, hasta que desembarcaban unos marinos y molestaban a la criatura, y ésta decidía sumergirse. A no ser por otras leyendas parecidas de la literatura terrestre, esta última le habría parecido verosímil a Luis.

En cuanto a las feroces tormentas, las consideró creíbles. En aquella geografía descomunal podían formarse tempestades terribles, incluso sin el efecto de Coriolis que origina los huracanes en los mundos esféricos. En el mapa de Kzin había visto un barco grande como una ciudad; era posible que se necesitase un barco de tanta eslora para capear las tormentas del Gran Océano.

Tampoco desconfiaba por entero de la existencia de magos. En tres de las leyendas estos personajes parecían ser de la raza de los Ingenieros de Ciudades. Pero, a diferencia de los magos de la mitología terrestre, éstos eran también grandes guerreros. Y los tres llevaban armadura.

- Oye, Kawaresksenjajok, ¿es que los magos siempre llevan armadura?

El muchacho le lanzó una mirada extraña.

- Quieres decir en los cuentos, ¿no? No, aunque sí la llevan los que andan cerca del Gran Océano, me parece. ¿Por qué?

- ¿No luchan los magos, acaso? ¿No son grandes guerreros?

- No siempre.

Aquellas preguntas ponían nervioso al muchacho. Harkabeeparolyn intervino:

- Quizá yo sepa más que Kawa de esas leyendas infantiles. ¿Qué intentas averiguar?

- Busco el origen de los Ingenieros del Mundo Anillo. Esos magos con armaduras podrían ser ellos, excepto que aparecen demasiado tarde en la historia.

- Entonces no serán ellos.

- Pero, ¿qué motivó las leyendas? ¿Estatuas? ¿Hallazgos de momias en el desierto? ¿La memoria racial?

Ella lo meditó.

- Los magos siempre suelen pertenecer a la especie de quien cuenta la historia. Las descripciones varían en cuanto a la estatura, el peso, lo que toman como alimento, pero siempre tienen rasgos comunes. Son luchadores terribles, no defienden ninguna causa moral, y se les puede evitar, pero no derrotar.

«La Aguja Candente de la Cuestión» viajaba debajo del Gran Océano como un submarino que cruza el polo por debajo de los hielos.

El Inferior había reducido la velocidad, lo que les permitió observar cómodamente la bandeja invertida y de complicadas formas que era el fondo del Océano. Presentaba las mismas irregularidades que las tierras de la plataforma continental: montañas cuya altura seguramente les permitía sobresalir del agua, y cañones submarinos de ocho o diez kilómetros de ancho.

Lo que veían ahora (un techo de guijarros excesivamente oscuro incluso visto con el intensificador de luz, y cercano, pese a encontrarse a cinco mil kilómetros sobre sus cabezas) era el mapa de Kzin; al menos el ordenador así lo aseguró. Kzin debía de tener actividad tectónica en la época en que se esculpió el mapa; las costas aparecían bien definidas, y las montañas eran escarpadas y bastante pronunciadas.

Luis no lograba orientarse; para él no era suficiente con ver unas formas del revés y recubiertas de expandido protector. Necesitaba contemplar el panorama a la luz del sol y ver la selva amarilla y anaranjada.

- Que sigan funcionando las cámaras. ¿Se capta alguna señal del módulo?

Librodot

Desde su puesto ante los mandos, el Inferior volvió una de sus cabezas.

- No, Luis. El scrith las intercepta. ¿Ves esa gran bahía casi circular, allá donde desemboca el río? Allí es donde está anclado el barco que bloquea la salida. Y a este lado, en la confluencia de esos ríos, está el castillo donde aterrizó el módulo.

- Muy bien. Acerquémonos unos miles de kilómetros. Sobrevolemos... o mejor dicho, infravolemos el paisaje.

La «Aguja» se metió dentro del panorama invertido. El Inferior comentó:

- Ese mismo viaje lo hiciste con el «Embustero». ¿Esperas ver algún cambio?

- No. ¿Estás impaciente?

- Claro que no, Luis.

- Ahora sé más cosas de las que sabía entonces. Quizá descubra detalles que aquella vez pasaron inadvertidas. Como... ¿qué es eso que sobresale cerca del polo sur?

El Inferior les pasó una vista ampliada. Era un triángulo largo y estrecho, muy negro, y con una textura especial en la superficie, que destacaba nítidamente en el centro del mapa de Kzin.

- Un radiador - explicó el titerote -. Hay que refrigerar la zona antártico, naturalmente.

Los nativos del Mundo Anillo estaban estupefactos.

- No lo entiendo - dijo Harkabeeparolyn -. Creí saber algo de ciencia, pero... ¿qué es eso?

- Es demasiado complicado. Inferior...

- ¡Luhiwu! ¡No soy una niña ni una tonta!

No debía de tener mucho más de cuarenta años, pensó Luis.

- Muy bien. La finalidad de todo esto es la de simular otro planeta. Una esfera que da vueltas, ¿entiendes? La luz solar llega casi horizontal a los polos de la esfera, y por eso hace frío allí. En consecuencia, hay que enfriar las zonas polares de esa imitación. Danos más aumentos, Inferior.

La superficie texturada de la aleta se reveló compuesta de millares de alerones horizontales ajustables, plateados por arriba y negros por debajo. El verano y el invierno, se dijo, y exclamó en voz alta, involuntariamente:

- ¡No me lo puedo creer!

- ¿El qué, Luhiwu?

El volvió las palmas de las manos hacia arriba en un ademán de impotencia.

- Me desorientan una y otra vez. Creí haberío captado, pero en el fondo es todo demasiado grande para mí.

Los ojos de Harkabeeparolyn estaban llenos de lágrimas.

- Ahora sí que lo creo. Nuestro mundo es una imitación de otro mundo real.

Luis la rodeó con sus brazos.

- Pero también es real. ¿No te parece? Tú eres tan real como yo. Pisa el suelo. El mundo es tan real como esta nave. Sólo que mucho más grande. Tremendamente grande.

- ¿Luis? - intervino el Inferior.

Trabajando con el telescopio había descubierto más aletas, de menor tamaño, alrededor del perímetro del mapa.

- Naturalmente, las regiones árticas deben de ser refrigeradas también.

- Sí. Estaré repuesto dentro de un minuto. Llévanos hacia el Puño-de-Dios, pero sin prisas. ¿Puede localizarlo el ordenador?

- Sí.

- Cabe la posibilidad de que lo hallemos taponado? Dijiste que habían taponado o reparado el ojo de la tormenta.

- No sería fácil taponar el Puño-de-Dios. El agujero tenía el tamaño de toda Australia y sobresalía con mucho de la atmósfera.

Mantenía los ojos cerrados y se los frotaba con vigor.

Esto no puede pasarme a mí, pensó. Lo que está ocurriendo es real, y lo que es real, puedo manipularlo con mi cerebro. ¡Nej! Nunca debí aficionarme al cable. Ha echado a perder mi sentido de la realidad. Pero... ¡aletas refrigeradores debajo de los polos!

Abandonaron el reverso del mapa de Kzin. El radar de profundidad no revelaba la existencia de ningún conducto bajo el fondo marino. Lo que significaba que la protección antimeteoritos debía de ser de scrith expandido. Los tubos tenían que estar allí, o de lo contrario los fondos marinos se hubieran llenado de flup.

Aquellos cañones en el fondo de los mares del Mundo Anillo... una draga en cada uno de ellos y un orificio de purga en un extremo, serían suficientes para mantener limpios los fondos.

- Desvíate un poco, Inferior. Llévanos debajo del mapa de Marte. Y luego debajo del de la Tierra. No nos apartará mucho de nuestro rumbo.

- Casi dos horas.

- Arriesguémonos.

Dos horas. Luis las pasó en el campo sómnico. Había aprendido que un aventurero debe atrapar el sueño donde pueda. Despertó con tiempo sobrado, mientras el fondo marino desfilaba todavía sobre las cabezas de los pasajeros de la «Aguja». Luego la velocidad disminuyó hasta llegar a la detención total.

El Inferior dijo:

- Marte no está.

Luis meneó la cabeza con violencia. ¡Despierta!

- ¿Cómo?

- Marte es un mundo frío, seco y casi privado de atmósfera, ¿no? Todo el mapa de Marte debería de estar refrigerado, y desecado también de alguna manera, y elevado por encima del nivel de la atmósfera.

- Sí, todo eso es verdad.

- Pues mira. Ahora deberíamos estar debajo del mapa de Marte. Dime si ves un radiador más grande que el que encontramos debajo del mapa de Kzin. ¿Ves alguna cavidad prácticamente circular y que se eleve treinta kilómetros?

Sobre sus cabezas no aparecía nada salvo la bandeja invertida correspondiente al fondo marino.

- Esto es inquietante, Luis. Si empieza a fallarnos la memoria del ordenador...

El Inferior empezó a doblar las patas y a meter las cabezas hacia abajo y hacia dentro.

- La memoria del ordenador se encuentra en buen estado - dijo Luis -. Tranquilízate. No le pasa nada al ordenador. Mira si se eleva la temperatura del océano sobre nuestras cabezas.

El Inferior titubeó, poco inclinado a abandonar su postura fetal; luego, obedeció y regresó a los instrumentos.

- A la orden.

Harkabeeparolyn preguntó:

- ¿He entendido bien? ¿Falta uno de vuestros mundos?

- Uno de los más pequeños. Mera negligencia, querida.

- Éstas no son esferas - dijo ella, pensativa.

- No. Son como si se hubiese pelado una fruta y se hubiese extendido la cáscara sobre una mesa.

El Inferior intervino:

Librodot

- Las temperaturas varían en esta región. Haciendo caso omiso de las partes provistas de aletas, encuentro temperaturas entre cinco y veinticinco grados.

- El agua debe de estar más caliente alrededor del mapa de Marte.

- El mapa de Marte no se sabe dónde se encuentra, y la temperatura del agua no aumenta en ningún lugar.

- ¡Cómo...! ¡Eso sí que es raro!

- Si interpreto bien esa expresión... sí, tenemos un problema.

Los cuellos del titerote se volvieron hacia dentro, hasta que se halló mirándose sus propios ojos. Luis le había visto hacerlo a Nessus, y se preguntó si sería así la risa de los titerotes. O tal vez su manera de ponerse en concentración. A Harkabeeparolyn le daba grima verlo, pero no podía dejar de mirar.

Luis aguardó. Era obligado que Marte tuviese refrigeración. Por tanto, ¿dónde...?

El titerote silbó un extraño arpegio.

- ¿La rejilla?

Luis interrumpió de súbito sus paseos.

¿Así de fácil?

- La rejilla, ¡justo! Y eso significaría que... ¡canastos!

- Pudiera decirse que estamos haciendo progresos. ¿Tus órdenes? Habían aprendido mucho contemplando los reversos de los mundos, así que Luis dijo:

- Al mapa de la Tierra, por favor. Al sótano.

- A la orden - dijo el Inferior.

Y la «Aguja» continuó hacia el sentido del giro.

Tanto océano y tan poca tierra, pensó Luis. ¿Para qué necesitaban los ingenieros del Mundo Anillo tanta agua salada en dos embalsamientos? Dos, por supuesto, por razones de equilibrio, pero ¿por qué tan grandes?

¿Depósitos? Tal vez. ¿Reservas para la flora y la fauna marina de un mundo Pak abandonado? Un ecologista habría alabado tal idea, pero aquellos protectores de Pak sólo se ocupaban de lo que pudiera servir a su propia seguridad y a la de sus descendientes.

Los mapas, pensó Luis, eran un soberbio ejemplo de maniobra de distracción.

Pese a las irregularidades del fondo marino, la Tierra se distinguía con facilidad. Luis fue mostrando a sus acompañantes los contornos de las plataformas continentales mientras pasaban debajo de África, Australia, las Américas, Groenlandia... las aletas refrigerantes

Librodot

debajo de la Antártida y del Océano Glacial Ártico... Los anillícolas miraban y asentían educadamente. Al fin y al cabo, a ellos ¿qué les importaba? No era su planeta natal.

Sí. Tendría que hacer cuanto le fuese posible para conseguir que Harkabeeparolyn y Kawaresksenjajok regresaran a su hogar, aunque no se les pudiese ayudar de otra manera. En aquellos momentos, Luis estaba más cerca de la Tierra de lo que, seguramente, volvería a hallarse jamás.

Recorrieron otro trecho de fondo marino.

Luego vieron el perfil de una costa: una plataforma continental no muy pronunciada, con un laberinto de golfos y bahías, deltas fluviales y penínsulas, islas y otros muchos detalles excesivamente sutiles para el ojo humano. La «Aguja» se desvió a babor según el sentido del giro. Pasaron una serie de huecos correspondientes a montañas, y algunos lagos menores. Una línea finamente trazada señalaba hacia el sentido del giro, y al final de la misma, un destello de luz...

El Puño-de-Dios.

Un cuerpo de considerable tamaño había chocado con el Mundo Anillo hacía mucho tiempo. La bola de fuego había elevado el fondo del Anillo imprimiéndole la forma de un cono inclinado, y finalmente, lo había perforado. Casi al otro lado de aquel inmenso embudo se veían las huellas de un meteorito muy posterior: una nave accidentada de la General de Productos, con todos sus pasajeros congelados en estasis, había chocado a una velocidad horizontal de mil kilómetros por segundo. ¡Incluso habían deformado el scrith!

«La Aguja Candente de la Cuestión» entró en el haz de luz, que era la claridad solar que caía a plomo sobre el cráter de la montaña Puño-de-Dios. Estiletes de scrith esculpidos por la penetración de la antigua bola de fuego se alzaban como picos menores alrededor del cráter del falso volcán. La nave se elevó por encima de ellos.

El desierto se extendía en todas direcciones como una llanura inmensa. El impacto que originó el Puño-de-Dios, había calcinado la superficie de la Tierra. A lo lejos, muy a lo lejos, el azul de la distancia se confundía con el azul marino, y sólo la altitud de la «Aguja» les permitía ver a tanta distancia.

- Continuemos - dijo Luis -. Y pásanos la imagen de las cámaras del módulo, a ver cómo se las arregla Chmeee.

- A la orden, señor.

27 - El Gran Océano

Seis ventanas rectangulares flotaban al otro lado del casco. Seis cámaras mostraban el puente de mando del módulo, la cubierta inferior y cuatro panorámicas exteriores.

La cubierta de vuelo estaba desierta. Luis buscó las luces de emergencia y no localizó ninguna.

El autoquirófano era todavía como un gran ataúd cerrado.

Pasaba algo raro con las cámaras exteriores, el encuadre aparecía borroso, se movía y los colores eran demasiado brillantes. Luis pudo distinguir el patio, las aspilleras y varios kzinti que montaban guardia, revestidos con corazas de cuero. Otros kzinti cruzaban la escena a grandes saltos, distinguibles apenas como destellos anaranjados.

¡Llamas! Los defensores habían montado una pira alrededor del módulo.

- ¡Inferior! ¿No puedes hacer que despegue el módulo? Dijiste que podías comandarlo a distancia.

- Podría hacer que despegara - dijo el Inferior -, pero sería peligroso. Estamos... a doce minutos de arco hacia el giro y un poco más a babor que el mapa de Kzin, o sea a unos quinientos mil kilómetros. ¿No querrás que pilote un módulo con un retardo del orden de tres segundos y medio, condicionado por la velocidad de la luz en ida y vuelta? Los sistemas de supervivencia están en buenas condiciones.

Cuatro kzinti cruzaron corriendo el patio para abrir los portalones de la entrada. Un vehículo sobre ruedas entró y se detuvo frente al módulo.

Era más voluminoso que el vehículo del Pueblo de la Máquina en que Luis había viajado hasta la ciudad flotante, y sacaba cañones lanzaproyectiles por cuatro troneras. Un grupo de kzinti se apearon de él y estudiaron la naveta.

Podía ser que el amo del castillo hubiera pedido ayuda a un vecino, o que el vecino se hubiese acercado a reclamar sus derechos sobre un fuerte volador tan inexpugnable.

Los cañones del vehículo giraron hasta quedar apuntando a las cámaras, y escupieron fuego. Los fogonazos velaron la imagen y las cámaras retemblaron. Los gatazos anaranjados, que se habían echado cuerpo a tierra antes de disparar, se alzaron para estudiar los resultados.

En el puente aún no se habían encendido las luces de emergencia.

- Esos salvajes no tienen medios para dañar el módulo - dijo el Inferior.

Una rociada de proyectiles explosivos cubrió de nuevo la nave.

- Confío en que tengas razón - dijo Luis -. Sigue vigilando. ¿Estamos lo bastante cerca como para que yo pudiera pasar al módulo por medio de los discos teleportadores?

El titerote volvió a mirarse los ojos a sí mismo, y mantuvo esa postura durante varios segundos. Luego dijo:

- Estamos a unos cuatrocientos ochenta mil kilómetros a giro, y ciento cincuenta mil kilómetros a babor del mapa de Kzin. La distancia a babor es irrelevante, pero la existente en el sentido del giro sería letal, ya que supone una velocidad relativa entre la «Aguja» y el módulo del orden de un kilómetro y cuarto por segundo.

- ¿Es demasiado?

- Nuestra técnica no hace milagros, Luis. Los discos teleportadores pueden absorber energías cinéticas de hasta sesenta metros por segundo, pero no más.

Las explosiones habían aventado la hoguera, y los guardias acorazados kzinti se acercaron a recomponerla.

Luis contuvo una palabrota.

- Muy bien. La manera más rápida de llegar allá consiste en dirigirnos a contragiro sin más rodeos hasta que sea posible usar los discos teleportadores. Luego maniobraremos a estribor.

- A la orden, señor. ¿A qué velocidad?

Luis se quedó con la boca abierta y se quedó así mientras lo pensaba.

- Ésa sí que es una pregunta interesante - dijo -. ¿Qué identificaría como un meteorito la defensa antimeteoritos del anillo? ¿O como una nave invasora?

El titerote se ocupó de los mandos que tenía a su espalda, tomándolos con sus bocas.

- He reducido nuestra aceleración. Conviene que discutamos eso. No entiendo, Luis, cómo supieron los Ingenieros de las Ciudades que se podía construir un sistema de transporte en los bordes. Tenían razón, pero ¿cómo lo supieron?

Luis meneó la cabeza. Entendía que los protectores del Mundo Anillo hubieran programado la defensa antimeteoritos para que no disparase sobre los muros de los bordes. Un corredor para el paso de sus propias naves... o de lo contrario se encontrarían con que el ordenador disparaba contra los reactores de corrección de posición cada vez que éstos soltasen un chorro de gas a alta velocidad.

- Pues yo diría que los Ingenieros comenzaron con naves pequeñas y luego las fueron aumentando. Hicieron la prueba y salió bien.

- Sería estúpido, peligroso.

- Sabemos que han hecho cosas parecidas.

- Ya tienes mi opinión. A tus órdenes, Luis. ¿A qué velocidad?

El altiplano iba perdiendo altura: un desierto calcinado y sin vida, una ecología destruida, llevada a la incandescencia muchos miles de falans atrás. ¿Qué sería lo que golpeó por debajo el Mundo Anillo? Los cometas normales no eran tan grandes. Ni había asteroides ni planetas, puesto que los habrían despejado del sistema cuando construyeron el Mundo Anillo.

La velocidad de la «Aguja» era ya bastante respetable. Empezó a verse terreno verde y cruzado por los hilos plateados de los ríos.

- Durante la primera expedición volamos a dos Match usando las aerocicletas - dijo Luis -. Eso nos costaría... ocho días, hasta estar en disposición de usar los discos teleportadores. ¡Nej, demasiado tarde! Supongo que la defensa contra meteoritos debe de disparar contra todo lo que se mueva a una cierta velocidad con respecto a la superficie. ¿Qué velocidad será ésa?

- Para averiguarlo, lo más fácil sería acelerar hasta que pase algo.

- ¿Ha dicho eso un titerote de Pierson? No doy crédito a mis oídos.

- Confía en la técnica titerote, Luis. El campo de estasis funcionará. No hay armas que puedan hacernos daño mientras nos encontremos en estasis. En el peor de los casos, volveremos al estado normal una vez hayamos chocado con la superficie, a partir de lo cual seguiremos a una velocidad más baja. En el peligro también hay jerarquías, Luis. Lo más peligroso que pudiéramos hacer durante los próximos dos años sería escondernos.

- No puedo... Si eso lo hubiese dicho Chmeee..., ¡pero un titerote! Espera un minuto...

Luis cerró los ojos e intentó reflexionar. Luego dijo:

- A ver qué te parece esto. En primer lugar elevamos la sonda estropeada, la que dejamos en la biblioteca...

- Ya la he desplazado.

- ¿Adónde?

- A la montaña más cercana que tuviese la cima de scrith al desnudo. Es lo más seguro que pude encontrar. La sonda sigue siendo valiosa, aunque por ahora no sirva para repostar.

- Es buena idea. Que no despegue. Limítate a poner en marcha todos los sensores de la sonda, y todos los detectores de a bordo de la «Aguja» y del módulo. Que apunten casi todos hacia las pantallas de sombra. ¿Dónde si no instalarías tú una defensa antimeteoritos? Tengamos en cuenta que, por lo que hemos visto, no dispara contra las cosas que se hallan debajo del Mundo Anillo

- Yo no pienso.

- Muy bien. Apuntaremos las cámaras a todo el contorno del Arco. Cámaras hacia las pantallas de sombra. Cámaras mirando al sol. Cámaras mirando a los mapas de Kzin y de Marte.

- Por supuesto.

- Nos mantendremos a una altura de mil quinientos kilómetros. ¿Desmontamos la sonda de la bodega de carga, para que nos siga?

- ¿Y privamos de nuestro único medio para repostar? No.

- Entonces, empieza a acelerar hasta que pase algo. ¿Cómo te suena eso?

- A sus órdenes, señor - dijo el Inferior, y se volvió hacia los mandos.

Luis, que habría preferido un poco de discusión para ganar tiempo y armarse de valor, hubo de guardar silencio.

Las cámaras lo captaron, aunque ninguno de los pasajeros de la «Aguja» lo vio. Y aunque hubieran estado mirando, tampoco lo habrían visto. Habrían visto las estrellas de blancura deslumbradora sobre el fondo negro del espacio, y un círculo negro en lo alto del Arco, donde la protección antideslumbramiento de la «Aguja» borraba la imagen del sol desnudo.

Pero ni siquiera estaban mirando hacia arriba.

Debajo del motor de hiperpropulsión estropeado, el paisaje se animaba, verde de vida. Selvas, pantanos y sabanas predominaban, aunque de vez en cuando se advertía la cuadrícula irregular de unos cultivos. Y eso que, de las diferentes especies de homínidos anillícolas que habían conocido hasta entonces, pocas parecían dotadas para la agricultura.

Había grupos de barcas en los lagos de escaso fondo. Una vez pasaron sobre una telaraña de caminos de media hora de extensión, o sea de unos once mil kilómetros. El telescopio mostró caballos que llevaban jinetes a lomos o tiraban de pequeños carritos, pero ningún vehículo a motor. Una cultura de Ingenieros había caído allí en la decadencia, y en ella se quedó.

- Me siento como una diosa - comentó Harkabeeparolyn -. Nadie más tiene una perspectiva así.

- Yo conocí a una diosa - dijo Luis -. Al menos ella creyó serlo. Era de los Ingenieros, como tú, y formaba parte de la tripulación de un vehículo espacial. Seguramente vio lo que tú ves ahora.

- ¡Ah!

- No dejes que se te suba a la cabeza.

El Puño-de-Dios fue empequeñeciéndose poco a poco. La Luna terrestre habría cabido en aquella inmensa sima. Era necesario ver la montaña a aquella distancia, presidiendo un paisaje más vasto que todas las superficies habitables de todos los mundos del espacio conocido, para calibrar su tamaño. Luis no se sentía como un dios, sino más bien como un enano. Vulnerable.

En el módulo, la tapa del autoquirófano aún no se había levantado. Luis preguntó:

- ¿Es posible que Chmeee tuviese otras heridas, Inferior?

El titerote se mantenía oculto en alguna parte, pero su voz se oyó con claridad.

- Desde luego.

- Podría estar muriéndose ahí.

- No, Luis. Estoy ocupado. ¡No me molestes!

La imagen del telescopio estaba confusa ahora. Mil quinientos kilómetros más abajo, el terreno se desplazaba visiblemente. La velocidad de la «Aguja» excedía ya de los ocho kilómetros por segundo. La velocidad orbital, en la Tierra.

El reflejo de la luz en una capa de nubes le hirió en los ojos. Muy lejos, a popa, desaparecía el dibujo a retales de los cultivos; abajo, el terreno totalmente llano, cubierto de hierba hasta

donde alcanzaba la vista a derecha e izquierda, sobre cientos de kilómetros. Los ríos que iban a morir en aquella llanura se convertían en pantanos, distinguibles por un verdor más intenso.

La mirada podía reseguir una línea irregular de bahías, rías, islas, penínsulas: una de las características costas del Mundo Anillo, diseñada para la comodidad de barqueros; pero ésa era la costa a sentido del giro, y más allá, varios cientos de kilómetros de tierra baja, salitroso, y aún más lejos, la línea azul del océano. A Luis se le pusieron los pelos de punta mientras contemplaba aquel recordatorio del impacto que había formado el Puño-de-Dios: incluso a aquella distancia se había levantado la costa del Gran Océano y las aguas habían retrocedido mil doscientos o mil cuatrocientos kilómetros.

Luis se frotó los ojos, deslumbrado. Demasiado resplandor allí abajo. Unos reflejos de color violeta...

Luego, la oscuridad.

Luis cerró los ojos, apretando fuerte los párpados. Cuando los abrió fue como si los tuviera todavía cerrados: todo negro, como un estómago visto por dentro.

Harkabeeparolyn gritó. Kawaresksenjajok azotó el aire; uno de sus brazos tropezó con el hombro de Luis, y el muchacho se le colgó del brazo con las dos manos. El grito de la mujer se quebró de súbito y luego ella preguntó, con voz que dejaba adivinar el castañeteo de dientes:

- ¿Dónde estamos, Luwihu?

Luis replicó:

- Echándole imaginación, diría que estamos en el fondo del océano.

- Tienes razón - moduló la voz de contralto del Inferior -. Tengo una vista excelente a través del radar de profundidad. ¿Queréis que encienda un foco?

- Claro.

El agua estaba turbia. La «Aguja» no se hallaba a tanta profundidad como era de temer. Nadaban peces alrededor de ella e incluso, a cierta distancia, podía distinguirse un macizo de algas.

El chico se desprendió de Luis y corrió a aplastar la nariz contra uno de los mamparos. Harkabeeparolyn miraba también, pero aún estaba temblando.

- ¿Puedes explicarme lo que ha ocurrido, Luhiwu? ¿Qué sentido le ves?

- Ya lo averiguaremos - dijo Luis -. Elévanos, Inferior. Regresemos a los mil quinientos kilómetros de altitud.

- A la orden, señor.

- ¿Cuánto tiempo hemos permanecido en estasis?

- No puedo decirlo; el cronómetro de la «Aguja» se detuvo, naturalmente. Daré señal a la sonda para que nos envíe datos, aunque el retardo debido a la velocidad de la luz será de unos dieciséis minutos.

- ¿A qué velocidad nos movemos?

- A nueve coma tres kilómetros por segundo.

- Pues reduce a ocho y quedémonos así hasta que hayamos averiguado lo que ocurre.

Las señales del módulo volvieron a llegar tan pronto corno la «Aguja» emergió a la superficie. Todavía estaba cercado de fuego y el autoquirófano continuaba cerrado. Luis pensó que a aquellas alturas Chmeee debería de haber salido ya.

De pronto, se vieron inundados de luz azul. La «Aguja» se libró de las aguas y se elevó hacia el sol. La cubierta apenas retembló, mientras el océano quedaba atrás, empujado por una aceleración de 20 g.

El panorama a popa era de lo más instructivo.

A setenta u ochenta kilómetros a sus espaldas, la resaca rompía contra las orillas de lo que había sido una plataforma continental submarina. De la costa partía una zanja en línea recta. La «Aguja» no se había estrellado en el agua, sino en la tierra, convertida en una bola de fuego que siguió abriéndose paso.

Más allá, la playa cedía su lugar a unos prados y éstos, a un bosque. Todo estaba en llamas. Era un incendio de miles de hectáreas, con llamas que brotaban de todas partes y un gran hongo de humo que se alzaba a partir del centro, como aquella nube de vapor que ellos habían levantado en el campo de girasoles. No era posible que el impacto de la «Aguja» hubiera hecho aquello.

- Ahora ya lo sabemos - dijo el Inferior -. La defensa antimeteoritos está programada para disparar sobre los territorios habitados. Estoy espantado, Luis. La energía invertida en esto viene a ser del orden de magnitud de la que necesitó el proyecto que puso en marcha la Flota de los Mundos. Y, sin embargo, la instalación automática ha de ser capaz de hacerlo repetidas veces.

- Ya sabemos que los Pak pensaban en grande. ¿Cómo lo hicieron?

- No me molestes ahora. Dentro de un rato lo sabrás - dijo el Inferior, y desapareció.

Era molesto. El titerote controlaba todos los instrumentos. Podía mentir cuanto quisiera y, ¿cómo iba Luis a averiguarlo? Aunque de momento, el titerote no estaba en condiciones de variar el acuerdo...

Se dio cuenta de que Harkabeeparolyn le estaba tirando del brazo, y dijo con cierta brusquedad:

- ¿Qué pasa?

- No pregunto por curiosidad, Luis. Mi razón flaquea. Me veo sacudida por fuerzas que ni siquiera logro describir. ¿Qué nos ha ocurrido? ¡Por favor!

Luis suspiró.

- Será preciso explicarte lo que es un campo de estasis y lo de la defensa del Anillo contra los meteoritos. Y también, lo de los titerotes de Pierson y los cascos de la General de Productos, y lo de Pak.

- Te escucho.

Y entonces, él habló, y ella asintió e hizo más preguntas, y él siguió hablando. No había manera de saber hasta qué punto entendía ella lo que se le explicaba y, por otra parte, él sabía mucho menos de lo que deseaba dar a entender, naturalmente. Casi todas las explicaciones consistieron en eso, en asegurar que Luis Wu sabía bien de qué hablaba. Y cuando ella se hubo convencido de eso, se tranquilizó bastante, que a fin de cuentas era lo que se trataba de conseguir.

Luego, ella le condujo hacia la cama de agua, sin hacer caso de la presencia de Kawaresksenjajok, quien se limitó a sonreír y a echarles una sola ojeada por encima del hombro, después de lo cual, se volvió para contemplar el espectáculo del Gran Océano, que pasaba debajo de ellos.

En el rishathra uno encontraba la seguridad. Una falsa seguridad quizá, pero ¡qué importaba!

Desde luego, había mucha agua allí abajo.

A mil quinientos kilómetros de altura, la vista podía extenderse muy lejos antes de que las capas del aire limitasen la perspectiva. ¡Y en la mayor parte de aquella inmensidad, ni siquiera aparecía una islita! Se veían los fondos marinos, que en algunos lugares eran de poquísima profundidad. Pero lo archipiélagos habían quedado muy atrás, y sin duda, no habrían sido sino prominencias submarinas antes de que el Puño-de-Dios deformase el suelo y los convirtiese en tierras emergidas.

Y había tormentas. Hubiera sido vano buscar las figuras espirales indicativas de un huracán o de un tifón. Pero las nubes dibujaban formas que semejaban ríos en medio del aire, cuyo movimiento vertiginoso resultaba perceptible, incluso desde aquella altura.

Los kzinti que se habían aventurado en aquella inmensidad, ciertamente no eran unos cobardes, y los que lograron regresar demostraron prudencia. Aquellas islas que se perfilaban en el horizonte, a babor (había que fruncir el entrecejo para estar seguro de verlas), serían sin duda el mapa de la Tierra, y parecía perdido en medio de tanto azul.

Una voz fría y meticulosa de contralto se insinuó en sus pensamientos.

- ¿Luis? He reducido nuestra velocidad máxima a cinco kilómetros por segundo.

- Bien. Cinco o cuatro, ¡qué importaba!

- ¿Dónde dijiste que estaba emplazada la defensa contra meteoritos, Luis?

Había algo en aquel retintín de la voz del titerote...

- Yo no dije nada. No lo sé.

- En las pantallas de sombra, dijiste. Está grabado. Que debía de ser en las pantallas de sombra, puesto que la defensa no actuaba en la cara exterior del Anillo.

La voz no tenía ninguna expresión ni entonación especial.

- ¿He de entender que estaba equivocado?

- No, Luis. Escucha. Cuando pasábamos a unos seis kilómetros por segundo, hubo un destello del sol. Lo tengo en la grabación del vídeo. Nosotros no lo vimos, debido a la protección antideslumbrante. El sol lanzó un chorro de plasma de muchos millones de kilómetros de longitud. Es difícil de observar, porque venía dirigido contra nosotros. No se dobló por efecto del campo magnético solar como suele ocurrir con las protuberancias normales.

- Eso que nos dio no fue ninguna protuberancia.

- El chorro se extendió sobre varios millones de kilómetros durante veinte minutos, y luego se concentró en un láser violeta.

- ¡Dios mío!

- Un láser de gas a muy gran escala. El suelo todavía está incandescente en el lugar donde cayó el rayo. Calculo que cubriría una sección de diez kilómetros; no era un haz demasiado concentrado, pero tampoco hacía falta. Incluso bajo un rendimiento mediano, un chorro de esa magnitud alimentaría un láser de gas con una energía de tres por diez elevado a la veintisiete ergios por segundo, durante una hora.

Silencio.

- ¿Luis?

- Concédeme un minuto, Inferior. Ésa sí que es un arma impresionante.

Entonces cayó en la cuenta, y comprendió el secreto de los Ingenieros del Mundo Anillo.

- Por eso se sentían seguros. Por eso se vieron capaces de construir un Mundo Anillo. No temían a ningún género de invasión. Poseían un arma láser más grande que los planetas, más grande que el sistema Tierra-Luna y más grande que... ¿Inferior? Creo que voy a desmayarme.

- No tenemos tiempo para eso, Luis.

- ¿Cómo se produjo? Algo debió de hacer que el sol arrojase el chorro de plasma. Un efecto magnético, ha de ser eso. ¿Podría ser una de las funciones de las pantallas de sombra?

- No lo creo. Las grabaciones de las cámaras indican que el círculo de pantallas se movió para apartarse y dejar pasar el haz, mientras en otros puntos se estrechaba, sin duda para evitar los efectos del aumento de insolación a nivel del suelo. No cabe pensar que ese mimo círculo de

pantallas cuadradas manipulase magnéticamente la fotosfera. Todo Ingeniero inteligente proyectaría dos sistemas independientes.

- Estás en lo cierto. Totalmente en lo cierto. Verifícalo de todas maneras, ¿quieres? Hemos grabado todos los efectos magnéticos posibles desde tres ángulos distintos. Averigua lo que produjo la protuberancia solar.

¡Por Alá, Kdapt, Brahma y Finagle! ¡Que fuesen las pantallas de sombra!

- Oye, Inferior. Encuentres lo que encuentres, no se te ocurra querer pegármela.

Hubo una pausa peculiar, y luego:

- Bajo las circunstancias actuales, eso no serviría sino para perdernos a todos. No lo haría, salvo que no quedase ninguna esperanza. ¿Qué estás pensando?

- Siempre hay alguna esperanza. No lo olvides.

Al fin avistaron el mapa de Marte. Estaba más lejos que el de la Tierra (unos ciento sesenta mil kilómetros más a estribor) pero, a diferencia de éste, lo constituía una sola masa compacta. Bajo el ángulo con que se les presentaba a ellos, parecía una línea negra: treinta kilómetros sobre el nivel del mar, tal y como había previsto el Inferior.

Una luz roja parpadeaba en el panel de instrumentos del módulo. La temperatura, cuarenta y cinco grados, no hubiera estado mal para una sauna. En el gran ataúd que contenía a Chmeee no parpadeaba ninguna lámpara: el autoquirófano tenía su propia regulación de temperatura.

Al parecer, los kzinti defensores habían agotado los explosivos. En cambio, sus provisiones de leña para quemar parecían inacabables.

Les quedaban por recorrer unos treinta mil kilómetros, a seis kilómetros por segundo.

- ¿Luis?

Luis se salió del campo sómnico de mala gana. Pensó que el Inferior presentaba un aspecto horrible. Con la melena en desorden y perdidos todos los adornos de un lado. Se tambaleaba como si tuviera las rodillas de palo.

- Hemos de pensar otra cosa - le dijo Luis. Hubiera deseado alargar la mano al otro lado del mamparo acariciarle la melena al titerote, inspirarle algún tipo de confianza - A lo mejor, hay alguna biblioteca en ese castillo. A lo mejor, Chmeee ha averiguado algo que nosotros todavía no sabemos. ¡Nej! Puede que la brigada de reparadores sepa ya la solución.

- La misma que nosotros. Una oportunidad para estudiar las manchas solares desde dentro. - La voz del titerote sonaba helada como la de una computadora -. Tú lo habías adivinado, ¿verdad? Formas conductoras hexagonales empotradas en el suelo del Mundo Anillo. Se puede magnetizar el scrith con objeto de inducir chorros de plasma en la fotosfera solar.

- Sí.

Librodot

- Pudo ser un suceso así lo que descentró el sistema del Mundo Anillo. Un chorro de plasma formado para combatir a un meteorito, a un cometa despistado, o incluso a una flota procedente de la Tierra o de Kzin. El plasma chocó sobre el Mundo Anillo. Pero no estaban los reactores para volver a corregir la posición. Sin el chorro de plasma, tal vez el mismo meteorito habría bastado. El equipo de reparación llega tarde, demasiado tarde.

- Esperemos que no.

- La reja superconductora no sirve para sustituir los reactores de corrección.

- No. ¿Te encuentras bien?

- No.

- ¿Qué piensas hacer?

- Obedecer órdenes.

- Bien.

- Si yo fuese todavía el Ser último de esta expedición, abandonaría ahora mismo.

- Te creo.

- ¿A que no has adivinado lo peor? He calculado que el sol posiblemente podría ser desplazado. Se puede hacer que arroje plasma, y que el plasma se concentre en un láser de gas, lo que equivaldría a un motor de fotones para el sol mismo. El Mundo Anillo se vería arrastrado por la gravedad del sol. Pero incluso el empuje máximo sería demasiado minúsculo, demasiado poco para servirnos de algo. Y si la aceleración fuese superior a dos por diez elevado a menos cuatro g, el Anillo quedaría atrás. En cualquiera caso, las radiaciones del chorro de plasma arruinarían el sistema ecológico. ¿Te hace gracia, Luis?

El aludido reía.

- Nunca se me ocurrió mover el sol. No serviría. ¿De veras hiciste los cálculos para esa posibilidad?

De nuevo la voz fría y mecánica dijo:

- Lo hice. Y no sirve. ¿Qué otra cosa hay?

- Obedecer mis órdenes. Mantén el rumbo a contragiro, a seis kilómetros por segundo, y dime cuándo puedo trasladarme al módulo.

- A la orden, señor.

- ¿Inferior?

Una de las cabezas se volvió.

- A veces es absurdo abandonar.

28 - El mapa de Kzin

Todas las lámparas piloto estaban en verde. Cualquiera que fuese la situación médica, el autoquirófano se juzgaba en condiciones de ponerle remedio. Chmeee estaba vivo ahí dentro... aunque tal vez en no muy buen estado.

Pero el termómetro de la cabina de vuelo indicaba los setenta grados.

- ¿Estás preparado para pasar, Luis? - preguntó el Inferior.

El mapa de Marte era una línea oscura debajo de la serie de «ventanas» holográficas, a estribor. El mapa de Kzin se divisaba con bastante más dificultad. Alejado de Marte varios grados de arco, y a ochenta mil kilómetros de donde ellos se encontraban, Luis distinguió un grupo de puntos azul grisáceo sobre el mar gris azulado.

- Todavía no estamos exactamente en oposición - dijo.

- No. El giro del Mundo Anillo impondrá todavía una diferencia de velocidad entre la «Aguja» y el módulo. Pero el vector está orientado verticalmente. Disponemos de margen suficiente para compensarlo.

Luis tardó un ratito en trasladar aquellas palabras a un diagrama. Luego ordenó:

- Te hundirás en el océano desde una altura de mil quinientos kilómetros.

- Sí. Ningún riesgo resulta insensato ahora, dada la situación en que nos vemos por tu propia insensatez.

Luis soltó la carcajada (un titerote pretendiendo infundirle valor a Luis Wu) pero se puso serio en seguida. ¿Cómo, si no, iba a recobrar algo de su autoridad un ex Ser último?

- Está bien. Lánzate - dijo.

Compuso un código y se consiguió un par de zuecos de madera. Se despojó de su traje de vuelo y revistió con él la coraza de impacto y el chaleco de las utilidades, pero sin soltar de la mano el láser. La extensión marina empezaba a dilatarse.

- Preparado.

- Adelante.

Luis cruzó doscientos mil kilómetros en un solo paso de gigante.

Kzin, veinte años atrás.

Luis se tumbó en un fooch muy desgastado por el uso, dispuesto a concederse un buen respiro.

Librodot

Aquellos bancos de piedra de forma extraña llamados foochesth eran ubicuos en los cazaderos de Kzin, como si éstos fuesen parques. Eran de diseño arriñonado, para dar cabida a un kzin macho medio enrollado sobre sí mismo. Los cazaderos kzin eran silvestres a medias, y poblados tanto por predadores como por animales de caza; en aquellas selvas anaranjadas y amarillas, los foochesth venían a ser el único signo de civilización. Con una población de varios cientos de millones, el planeta estaba superpoblado a tenor de las normas kzinti. Y el parque se hallaba demasiado poblado también.

Luis llevaba toda la mañana andando por la selva. Estaba fatigado. Dejó colgar las piernas y observó las actividades de los nativos.

En el seno de la selva, los kzin eran casi invisibles con su pelo anaranjado. En un momento dado, uno no veía nada; al instante próximo, aparecía un cuarto de tonelada de carnívoro inteligente siguiendo el rastro de alguna presa veloz y espantada. El kzin macho se detenía entonces en seco y se quedaba mirando... la sonrisa de Luis, con los labios apretados (porque mostrar los dientes es señal de desafío entre los kzin) y el emblema protector del Patriarca sobre su hombro (Luis se había asegurado de que resaltase bien). Entonces el kzin decidía que aquello no era asunto suyo y continuaba su camino.

Era curioso cómo aquel predador se manifestaba únicamente como una presencia intuida en medio del rico follaje amarillo. Ojos vigilantes y llenos de intención asesina en alguna parte. De súbito, apareció un macho adulto acompañado de un adolescente, cachorro peludo cuya estatura sería como la mitad de la de su progenitor. Ambos contemplaban al intruso.

Luis tenía algunas nociones de la Lengua del Héroe, por lo que entendió lo que decía el cachorro kzin cuando éste alzó la mirada hacia su padre:

- ¿Es bueno para comer?

Los ojos del adulto se cruzaron con los de Luis. Éste ensanchó la sonrisa permitiendo que asomaran los dientes.

- No - dijo el adulto.

Con la seguridad que le daban cuatro guerras Kzin-Humanidad (sin contar los innumerables incidentes), a siglos de lejanía en el pasado, pero todas ganadas por los hombres, Luis siguió sonriendo y asintió con la cabeza. Díselo, papaíto. ¡Dile que comer carne humana es más perjudicial que comer arsénico!

El Mundo Anillo, veinte años después:

El calor de las paredes le bañó el cuerpo en sudor. No le importó. Sabía lo que era una sauna. Setenta grados apenas son calor para una sauna.

La voz grabada del Inferior gruñía y maullaba en la Lengua del Héroe, ofreciendo asilo en la Flota de los Mundos.

- ¡Quita esa grabación! - ordenó Luis.

Y fue obedecido.

Librodot

Las llamas, muy crecidas, lamían las escotillas. El vehículo portador del cañón había sido apartado. Un par de kzinti, apenas visibles a través de las vaharadas de aire caliente, cruzaban el patio a saltos y arrojaban bidones debajo del módulo, para refugiarse luego en la seguridad de los zaguanes.

Aquellos no eran kzinti normales: no estaban tan civilizados como Chmeee. Si llegaban a echarle la zarpa a Luis Wu... Pero allí dentro se hallaba a salvo.

Luis trató de distinguir algo a través de las llamas. Habían echado hasta seis bidones debajo del módulo. Bombas, sin duda alguna. De un momento a otro harían que explosionaran, sin esperar a que el calor las hiciera detonar una a una.

Luis sonrió. Sus manos se apoyaron en los mandos mientras luchaba contra la tentación. Luego programó las instrucciones con rapidez. Los botones estaban incómodamente calientes. Afirmó las piernas y se agarró al respaldo del asiento, después de protegerse las manos con el mono de vuelo.

La naveta se elevó entre las llamas y al mismo tiempo estalló un anillo de bolas de fuego abajo. En pocos segundos, el castillo quedó reducido al tamaño de un juguete, cada vez más pequeño. Luis aún sonreía; se sentía virtuoso, puesto que había vencido la tentación. Si hubiera despegado con el reactor de fusión, en vez de limitarse a usar los propulsores, los kzinti habrían tenido oportunidad de maravillarse de la potencia de sus explosivos.

Hubo un chaparrón como de granalla sobre el casco y las escotillas. Luis miró hacia arriba, sorprendido, y vio que una docena de juguetes con alas maniobraban hacia él. Luego, los aviones se apartaban volando en curva. Luis hizo una mueca y ajustó el piloto automático para estabilizar la naveta a una altitud de ocho kilómetros. No estaba seguro de desear quitarse de encima aquellos aviones. Tal vez no.

Poniéndose en pie, se encaminó hacia la escalera.

Luis soltó un bufido cuando hubo leído los instrumentos, y llamó al Inferior.

- Chmeee está completamente curado y duerme pacíficamente dentro del autoquirófano. El automático no le despierta para que salga, porque las condiciones exteriores no son conformes para la habitabilidad.

- ¿Que no hay habitabilidad?

- Hace demasiado calor. El autoquirófano no está programado para permitir que el paciente salga a exponerse a una hoguera. Ahora que hemos salido de las llamas las cosas van a enfriarse un poco.

Luis se pasó la mano por la frente y el sudor le corrió hasta el codo.

- ¿Querrás explicarle a Chmeee la situación cuando salga? Necesito una ducha fría.

Estaba en la ducha cuando el suelo retembló bajo sus pies. Luis echó mano a una toalla y se envolvió en ella mientras subía corriendo por la escalera. Los proyectiles seguían lloviendo sobre el casco.

Despacio, con mucho cuidado, como si todavía se sintiera herido, Chmeee se volvió, apartando su atención de los mandos. Bizqueaba horriblemente y tenía todo el pelo afeitado alrededor del ojo. Una tira de piel sintética le corría por todo el muslo hasta la ingle.

- Hola, Luis. Ya veo que has sobrevivido - dijo.

- Sí. ¿Qué haces?

- He dejado hembras embarazadas en el castillo.

- ¿Crees que se van a morir ahora mismo? ¿O podemos permanecer al pairo un par de minutos?

- ¿Tenemos algo que discutir? Te considero lo bastante inteligente como para no meterte en esto.

- Tal como están las cosas, tus hembras habrán muerto dentro de dos años.

- Me las llevaré a casa en estasis, a bordo de la «Aguja». Todavía confío en convencer al Inferior...

- Convénceme a mí. He asumido el mando de la «Aguja».

Chmeee movió las manos y el suelo brincó brutalmente. Luis se aferró al respaldo de un sillón, mientras una ojeada a los instrumentos le indicaba que la «Aguja» había frenado su descenso. El chaparrón de proyectiles había cesado también, aunque los aviones seguían dando vueltas alrededor del módulo. La fortaleza estaba debajo de ellos, como a ochocientos metros.

- ¿Cómo lo conseguiste? - preguntó Chmeee.

- Le fundí el motor de la hiperpropulsión.

El kzin se movió con una rapidez tremenda. Antes de que Luis pudiese hacer ni siquiera un gesto, se vio arropado en una manta de pelo anaranjado. El kzin retenía a Luis contra su pecho con un brazo, mientras amenazaba con su garra los ojos del humano.

- Muy listo - dijo Luis -. Pero que muy listo. ¿Cómo continúan tus planes después de esto?

El kzin no se movió. La piel arañada de Luis soltó algunas gotas de sangre. Creyó que iba a romperle la espalda.

- Por lo visto, he tenido que salvarte otra vez.

El kzin le soltó y se hizo atrás cuidadosamente, como si temiese a sus propios impulsos.

- ¿Nos has condenado a todos, o tienes alguna idea sobre cómo devolver el Mundo Anillo a su posición? - preguntó.

- Lo segundo.

- ¿Cómo?

- Hace un par de horas te lo habría contado, ahora tendremos que buscar otra solución.

- ¿Por qué lo hiciste?

- Quiero salvar el Mundo Anillo, y sólo había una manera de obtener la colaboración del Inferior. Ahora su vida también está en juego, y él lo sabe. ¿Qué puedo hacer para conseguir tu colaboración?

- Estás loco. Por mi parte, estoy interesado en descubrir la manera de desplazar el Mundo Anillo, aunque sólo fuese por salvar a mis descendientes. Tu problema es convencerme de que te necesito a ti para ello.

- Los Pak que construyeron el Mundo Anillo eran antepasados míos, ¿lo recuerdas? Estamos intentando adivinar cómo pensaban, ¿no? ¿Qué dispositivos previeron aquí y que pudieran servirnos para ese trabajo? Además tengo a dos bibliotecarios de la raza de los Ingenieros, con buenos conocimientos de historia del Mundo Anillo. Contigo no colaborarían, ya que te consideran un monstruo, y eso que aún no has acabado conmigo.

Chmeee lo pensó.

- Si me temen, me obedecerán. Es su mundo lo que está en juego. Y también son descendientes de los Pak.

La temperatura en el interior del módulo era ya demasiado fría para un hombre desnudo, pero Luis sudaba a mares.

- Tengo localizado el Centro de Reparación.

- ¿Dónde?

Luis consideró la conveniencia de reservarse aquella información, pero no tardó en decidirse.

- En el mapa de Marte

Chmeee se dejó caer en el asiento.

- ¡Pues eso sí es impresionante! Esos kzinti exiliados averiguaron muchas cosas acerca del mapa de Marte durante su era de exploraciones, pero no averiguaron lo que tú dices.

- Apuesto a que desaparecieron muchas naves en las cercanías del mapa de Marte.

- Un piloto de avión me contó que en efecto desaparecían muchas, y que jamás se sacó del mapa de Marte nada de provecho. Los exploradores trajeron riquezas de otro mapa más alejado hacia el sentido del giro, pero nunca lo suficiente como para amortizar el coste de los barcos. ¿Necesitas el autoquirófano?

Luis se limpió la sangre de la cara con el traje de vuelo.

- Todavía no. Ese mapa más hacia el giro podría ser el de la Tierra. Así que no estaba defendida.

- A lo que parece, no. Pero hay otro mapa más a babor, y las naves que pusieron rumbo allí no regresaron nunca. ¿Podría encontrarse allí el centro de mantenimiento?

- No, aquello es el mapa de Down. Lo que pasó fue que se tropezaron con los Grogs.

Luis se limpió la cara otra vez. Las garras no se habían clavado mucho, pero las heridas del rostro suelen sangrar en abundancia. - Ocupémonos de tus hembras embarazadas. ¿Son muchas?

- No lo sé. Seis de ellas estaban en celo.

- En todo caso, aquí no caben. Tendrán que quedarse en el castillo. ¿O crees que el amo del lugar les dará muerte?

- No, pero es muy posible que mate a mis hijos varones. Otro factor de peligro... En fin, sé cómo hacer frente a eso.

Chmeee se volvió hacia los mandos y agregó:

- La civilización más poderosa es la que han construido alrededor de una de las antiguas naves exploradoras, la Behemoth. Si averiguan que estoy aquí tal vez pongan cerco a la fortaleza.

Los aviones ardieron como antorchas mientras caían. Chmeee sondeó el cielo con el radar, el radar de profundidad y el infrarrojo. No quedaba nadie.

- ¿No quedaban más, Luis? ¿Ha aterrizado alguno?

- No lo creo. Si lo hicieron sería porque se quedaron sin combustible, y no veo que haya muchas pistas por aquí... ¿Carreteras? Explora las carreteras. No des ocasión a que se comuniquen por radio con el gran barco.

Allí, la radio se propagaría hasta donde alcanzase la vista, y además era probable que la atmósfera del Mundo Anillo tuviese una capa de Heaviside.

Sólo había una carretera, y muy pocos tramos rectos en ella. En cambio, había más de una pradera lo bastante llana y extensa... Chmeee tardó algunos minutos más en darse por satisfecho y admitir que no quedase ningún avión.

- Ahora, a la fase siguiente - dijo Luis -. No puedes limitarte a exterminar todo ser viviente del castillo. Creo que las hembras kzinti no saben valerse por sí mismas.

- No... pero ocurre algo raro, Luis. Las hembras de ese castillo eran mucho más inteligentes que las del Patriarcado.

- ¿Tan inteligentes como tú?

- ¡No! Pero incluso disponen de un vocabulario reducido.

- ¿No sería posible que los de tu raza seleccionasen expresamente a las hembras jóvenes por su docilidad, rehusando emparejarse con las que diesen signos de inteligencia, y eso durante cientos de miles de años? Al fin y al cabo, las especies esclavas se crían.

Chmeee rebulló con nerviosismo.

- No diré que no. Los machos también son diferentes aquí. Quise hacer tratos con los jefes del barco explorador. Les hice una demostración de mi poder y aguardé a que se avinieran a negociar. Pero ellos ni siquiera lo intentaron. Se comportaron como si no hubiese otra salida sino pelear hasta destruirme o resultar destruidos. Tuve que insultar a Chjarrl, burlarme de sus antepasados y herirle en su amor propio, para que consintiese en hablar conmigo.

Pero es que estos kzinti no han sido seleccionados por los titerotes por su docilidad, pensó Luis.

- Bien, pues si no puedes sacar a tus hembras de la fortaleza, ni liquidar a todos los machos, ¡nej!, no te queda otro remedio sino negociar con ellos. ¿El gambito del dios te parece bien?

- Quizá sea la solución. Mira, vamos a hacerlo así...

El módulo se mantuvo a altitud constante, muy lejos del alcance de las flechas y lo bastante lejos del vehículo blindado con su cañón. La sombra de la naveta se cernía sobre las cenizas de la pira que habían armado en el patio. Luis oyó la voz de la traductora de Chmeee y esperó la señal de Chmeee.

Chmeee desafió a los arqueros para que disparasen contra él. Les dirigió halagos, promesas y amenazas. El trueno intermitente del láser pulverizó una roca. Chmeee gruñó, bufó y escupió.

Y les habló de su amo, que ése sí era peligroso de veras. Estuvo cuatro horas abajo. Luego se hizo presente en una de las troneras y empezó a flotar hacia el módulo. Luis aguardó a que hubiera entrado y luego alzó el vuelo.

Al poco, apareció Chmeee a su espalda, ya desprovisto del cinturón volador y de la coraza de impacto. Luis le dijo:

- No hiciste la señal convenida para el gambito del dios.

- ¿Te he ofendido?

- No, claro que no.

- Habría sido contraproducente. Además..., no me vi capaz de hacerlo. Al fin y al cabo, son de mi especie. No puedo intimidarles con la amenaza... de un hombre.

- Entiendo.

- Kathakt educará a mis hijos como héroes. Les enseñará el manejo de las armas, y los armará bien, y cuando tengan edad suficiente, los enviará a hacer conquistas, para que sean dueños de sus propias tierras. Así no constituirán ninguna amenaza para sus propios dominios,

Librodot

¿comprendes?, y tendrán buenas posibilidades de sobrevivir, aunque yo no regrese. Le he dejado mi láser a Kathakt.

- Bien pensado.

- Así lo supongo.

- ¿Hemos terminado con el mapa de Kzin?

Chmeee meditó la respuesta.

Capturé a uno de los pilotos. Son todos de noble familia, con grandes apellidos y excelente educación. Como me había burlado de sus antepasados, Chjarrl me contó muchas cosas de la era de las exploraciones. Creo probable que exista una importante biblioteca histórica a bordo de la Behemoth. ¿Quieres que nos apoderemos de ella?

- Cuéntame lo que te dijo Chjarrl. ¿Hasta dónde llegaron en sus correrías por Marte?

- Hasta una catarata, una pared de agua que no les permitió seguir. Generaciones más recientes inventaron los trajes presurizados y los aviones estratosféricos. Exploran los contornos del mapa y una expedición llegó hasta el centro, hasta la capa de hielo.

- Entonces, creo que podemos prescindir de la biblioteca de la Behemoth, puesto que nunca llegaron a penetrar en el interior. ¿Estás ahí, Inferior?

Un micrófono contestó:

- Sí, Luis.

- Nos dirigimos al mapa de Marte. Haz lo mismo, pero manteniéndote a babor, por si nos viéramos en la necesidad de pasar.

- A la orden, señor. ¿Alguna novedad?

- Chmeee ha recogido algunas informaciones. Los kzinti exploraron la superficie de Marte y no encontraron nada que pareciese no marciano. Así que todavía no sabemos dónde buscar una entrada.

- Tal vez por debajo.

- ¡Ah, es posible! Eso sí que sería una contrariedad. ¿Cómo se portan tus invitados?

- Sería conveniente que regresaras pronto para acompañarles.

- Tan pronto como pueda. Mira si hay datos sobre Marte en el ordenador de a bordo de la «Aguja». Y sobre los marcianos. Corto y cierro.

Se volvió hacia Chmeee.

- ¿Te importa pilotar tú este trasto? No pases de seis kilómetros por segundo.

El módulo se elevó y se proyectó hacia delante obedeciendo a las instrucciones de Chmeee. Un muro gris de nubes se abrió para dejarles pasar; al otro lado, sólo había un azul infinito, cada vez más oscuro a medida que ganaban altura. El mapa de Kzin empezó a quedar atrás.

Chmeee comentó:

- Está muy dócil el titerote.

- Psé.

- Pareces muy seguro de lo del mapa de Marte.

- Sí - sonrió Luis -. Es una buena maniobra de engaño, pero por otra parte, podría ser perfecto, ¿no? Tenían mucho que esconder, en cuanto al tamaño. Para llegar aquí hemos pasado antes por debajo del Anillo. ¿A que no sabes lo que vimos mientras pasábamos bajo el mapa de Marte?

- No me vengas con acertijos.

- Nada. Nada excepto el fondo marino. Ni siquiera las aletas refrigerantes. La mayoría de los demás mapas tienen radiadores para enfriar los polos. Sistemas pasivos de enfriamiento. Debería existir uno que enfriase el mapa de Marte. ¿Adónde irradia el calor? Pensé que directamente al mar, pero no es así. Creemos que el calor se inyecta directamente en la reja superconductora del subsuelo.

- ¿Reja superconductora?

- De enormes dimensiones, pero que controla los efectos magnéticos del subsuelo del Anillo, y lo usan para controlar los fenómenos solares. Si el mapa de Marte estuviese conectado a esa reja, habríamos encontrado el centro de mando del Mundo Anillo.

Chmeee lo pensó.

- No es lógico pensar que evacuasen el calor en el mar. El aire caliente y húmedo, al subir, daría lugar a la formación de nubes, que se concentrarían en el interior desde una gran distancia. Desde lejos, el mapa de Marte parecería una diana de tiro al blanco. ¿Tú concibes que los protectores de Pak cometiesen un error de tal calibre?

- No.

Aunque Luis no lo veía así.

- Apenas recuerdo nada sobre Marte. Nunca fue un planeta demasiado importante para los tuyos, ¿no? Sólo servía para dar pie a leyendas. Sé que el mapa está a treinta kilómetros de altura, para imitar la atmósfera tenue del planeta original.

- Treinta kilómetros de alto y una superficie de ciento cuarenta y cinco millones de kilómetros cuadrados. Eso nos da cuatro mil trescientos cincuenta millones de kilómetros cúbicos de volumen donde esconder cosas.

- ¡Grrr! - replicó Chmeee -. Supongo que tienes razón. El mapa de Marte es el Centro de Reparación y los Pak se tomaron muchas molestias para esconderlo bien. Chjarrl me habló de

los monstruos, las tormentas y las enormes distancias del Gran Océano. Excelentes defensas pasivas. Una flota invasora no habría adivinado jamás el secreto.

Luis se frotó cuatro puntos del entrecejo que le picaban.

- Cuatro mil trescientos cincuenta millones de metros cúbicos. Confieso que la cifra me aturde. ¿Qué guardarán ahí dentro? ¿Parches lo bastante grandes como para tapar el cráter del Puño-de-Dios? ¿Maquinaria lo bastante grande como para transportar esos parches e instalarlos? ¿Aquellos sistemas elevadores que vimos en la pared del borde, para los reactores de corrección de posición? ¿Reactores de repuesto? ¡Nej! ¡Ya me gustaría hallar reactores de repuesto! Pero aun así, me parece demasiado volumen.

- Flotas de guerra.

- Sí. Conocemos ya su arma definitiva, pero... flotas de guerra, naturalmente, y también naves para transportar refugiados. Es posible que todo el mapa no sea más que un solo barco de transporte. Tuvo que ser muy grande para evacuar el Mundo Anillo antes de que la población empezase a ocupar todos los nichos ecológicos.

- ¿Un vehículo espacial? ¿Lo bastante grande como para remolcar el Anillo y devolverlo a su posición? Me cuesta pensar a una escala tan descomunal, Luis.

- A mí también. No creo que fuese suficientemente grande.

- Entonces, ¿en qué estabas pensando cuando destruiste nuestra hiperpropulsión? - rugió el kzin, enseñando los colmillos con súbito enfado.

Luis optó por no hacer caso.

- Me figuré que el Mundo Anillo estaba preparado para influir en el sol magnéticamente. Y casi estaba en lo cierto. Sólo que...

La voz del Inferior ladró por el altavoz.

- ¡Luis! ¡Chmeee! Poned el piloto automático del módulo y saltad aquí, ¡pronto!

29 - El mapa de Marte

Chmeee dio un salto tremendo para colocarse sobre el disco antes que Luis. Éste pensó que cuando convenía, el kzin también sabía obedecer, aunque se guardó de expresar tal idea.

Los Ingenieros miraban hacia el exterior del casco, pero no hacia el mar (que era sólo un espectáculo monótono de azul oscuro abajo y azul celeste arriba, estriado de nubes, hasta el infinito), sino contemplando un holograma del tamaño de una pantalla de cine. Cuando Chmeee hizo su aparición sobre el disco receptor, tuvieron una reacción de espanto, pero luego, procuraron disimular.

Luis dijo:

- Chmeee, te presento a Harkabeeparolyn y a Kawaresksenjajok, bibliotecarios de la ciudad flotante. Nos han prestado un gran servicio con sus informaciones.

- Bien. ¿Cuál es el problema, Inferior? - dijo el kzin. Luis le tiró del pellejo y le indicó un punto en el cielo.

- Sí - dijo el titerote -. El sol.

El sol aparecía en el holograma aumentado y con el brillo atenuado. Cerca de su centro, una mancha brillante cambiaba de forma, se retorcía y se desplazaba.

- ¿No hacía eso mismo, el sol, justo antes de que abordáramos la zona de los espaciopuertos? - preguntó Chmeee.

- Cierto. Estás contemplando la defensa antimeteoritos del Mundo Anillo. ¿Qué hacemos ahora, Inferior? Podemos reducir la velocidad, pero no veo ningún modo de salvar el módulo.

- Lo primero que se me ocurrió fue tratar de salvar vuestras valiosas personas - contestó el titerote.

Debajo mismo de la «Aguja» en vuelo, el océano arrojó un haz de luz que se fue intensificando cada vez más, y adquirió un tinte violáceo. Por un momento, el brillo se hizo intolerablemente intenso; luego se dibujó una mancha oscura en el casco, debajo de sus pies.

Y una línea de un negro intenso, rodeada de un halo violeta blanquecino, se alzó en el horizonte hacia el sentido del giro, una columna vertical que iba del suelo al cielo. Por encima de ella no se veía la atmósfera.

El kzin masculló algunas palabras en la Lengua del Héroe.

- Todo esto está muy bien - dijo el Inferior en Intermundial.

- ¿No está el mapa de la Tierra en esa dirección? - preguntó Luis.

- Sí, y también una buena cantidad de agua y de paisaje del Mundo Anillo.

Cuando el rayo tocó el suelo, se alzó un resplandor blanco que inundó todo el horizonte. Chmeee seguía hablando en la Lengua del Héroe, en voz baja, pero Luis le entendió.

- Si tuviese un arma así, reduciría la Tierra a cenizas.

- Que te calles.

- Ha sido una idea instintiva, Luis.

- Ya.

El rayo se cortó de súbito. Luego volvió a tocar la tierra algo más lejos, varios grados más a babor.

- ¡Nej y maldita sea! Subamos un poco, Inferior, para poder usar el telescopio.

Librodot

En el mapa de la Tierra se veía un punto incandescente, blanco amarillento. Parecía el impacto de un asteroide de gran tamaño.

Más lejos, en la orilla distal del Gran Océano, aparecía otro punto similar.

La actividad del sol había disminuido y empezaba a perder coherencia el rayo.

- ¿Había aviones o naves espaciales en esa dirección? ¿Algún objeto que se moviese con rapidez?

- Tal vez los instrumentos hayan registrado algo - dijo el Inferior.

- Averígualo. Y bájanos a kilómetro y medio de altitud. Creo que será mejor aproximarnos al mapa de Marte a nivel inferior al de la plataforma continental

- ¿Luis?

- Haz lo que te digo.

- ¿Tienes alguna noción de cómo se produce ese rayo láser? - preguntó Chmeee

- Luis te lo contará - dijo el titerote -. Voy a estar ocupado

La «Aguja» y el módulo se reunieron sobre el mapa de Marte procedentes de dos direcciones distintas. El Inferior los mantuvo en paralelo de manera que fuese posible pasar de uno a otro vehículo.

Luis y Chmeee se trasladaron al módulo para almorzar. Chmeee estaba hambriento, y consumió varias libras de carne cruda, un salmón y cinco litros de agua. A Luis se le quitó el apetito al verle, y se alegró de que no estuviesen allí sus invitados.

- No entiendo por qué has recogido a esos pasajeros - comentó Chmeee -. A no ser para aparearte con la mujer, pero... ¿a qué viene entonces el muchacho?

- Son Ingenieros - replicó Luis -. Los de su raza fueron los dueños de casi todo el Mundo Anillo. A esos dos los saqué de una biblioteca. Háblales, Chmeee. Pregunta lo que se te ocurra.

- Me temen.

- Tú eres un diplomático melifluo, ¿no lo recuerdas? Invitaré al chico para que visite el módulo. Cuéntale cosas. Háblale de Kzin y de los grandes cazadores, y de la Casa del Patriarca. Cuéntale cómo se aparean los kzinti.

Luis pasó a la «Aguja», habló con Kawaresksenjajok y ambos pasaron a la naveta antes de que Harkabeeparolyn cayera en la cuenta de lo que tramaban.

Librodot

Chmeee le enseñó a pilotar. El módulo hizo cabriolas y dio saltos en el aire bajo la acción de los mandos, y el chico estaba en la pura gloria. Chmeee le mostró la magia de los binoculares, de la tela superconductora y de las corazas de impacto.

El muchacho quiso saber detalles sobre las costumbres amatorias de los kzinti.

¡Chmeee se había apareado con una hembra capaz de hablar! Aquello le había abierto perspectivas nuevas para él. Le contó a Kawaresksenjajok cuanto éste quiso saber (y que a Luis le pareció bastante aburrido), y luego hizo que el chico le hablase de apareamientos y de rishathra.

Kawaresksenjajok carecía de práctica pero se sabía bien la teoría.

- Grabamos a todas las especies, si nos lo permiten. Tenemos archivadas todas las cintas. Algunas especies hacen otras cosas en vez de rishathra, o les gusta mirar o hablar de ello. Unos se aparean siempre en la misma postura, y otros sólo en la temporada de celo, y al final todo se sabe. Lo cual es útil para las relaciones comerciales. Hay diferentes tipos de ayudas. ¿Te ha contado Luhiwu lo del perfume de vampiro?

Apenas se dieron cuenta de que Luis había regresado solo a la «Aguja».

Harkabeeparolyn estaba preocupada.

- ¿Y si le hace daño a Kawa, Luhiwu?

- Se llevan muy bien - explicó Luis -. Chmeee es mi compañero de tripulación y le gustan los niños de todas las especies. Kawa está perfectamente a salvo con él. Si quieres ser amiga suya también, ráscale detrás de las orejas.

- ¿Y cómo te hiciste esas heridas en la frente?

- ¡Ah! Eso fue un descuido. Mira, ya sé cómo tranquilizarte.

E hicieron el amor... o mejor dicho, rishathra, sobre la cama de agua y con el aparato de masaje en marcha. Tal vez fuese verdad que aquella mujer hubiese odiado su estancia en el edificio Panth, pero le había servido para aprender un montón de cosas. Dos horas después, Luis estaba seguro de que no podría volver a moverse jamás y Harkabeeparolyn le acariciaba la mejilla.

- Mi período de apareamiento acaba mañana. Entonces, podrás descansar.

- Por un lado lo celebro y por otro, no - bromeó él.

- Me sentiría más tranquila si te reunieras con Chmeee y con Kawa, Luhiwu.

- Muy bien. Fíjate como me pongo en pie, macilento. ¿Me ves sobre el disco teleportador? Allá voy. ¡Puf!, y desaparezco.

- Luhiwu...

- Bueno, como quieras.

El mapa de Marte, aquella línea negra, aumentó de tamaño hasta convertirse en muro que les cerraba el paso. Mientras Chmeee reducía la velocidad, los micrófonos instalados en el exterior del casco del módulo captaron una especie de susurro continuo, más intenso que el viento debido al rozamiento del aire.

Se acercaban a una catarata que era una inmensa pared de agua.

Desde un kilómetro de distancia, parecía infinitamente recta e infinitamente larga. El borde superior de la catarata quedaba a treinta kilómetros sobre sus cabezas, mientras la base desaparecía en medio de la niebla. El trueno del agua los ensordeció hasta que Chmeee desconectó los micrófonos, pero luego llegó a penetrar a través del casco de la naveta.

- Es como los condensadores de agua de la ciudad - observó el muchacho -. Así fue como debieron aprender los míos a construir condensadores de agua. ¿Te he contado lo de los condensadores de agua, Chmeee?

- Sí, y si los Ingenieros de las Ciudades llegaron tan lejos, me pregunto qué más hallaron por aquí. ¿Dicen algo vuestras leyendas acerca de un continente hueco?

- No.

- Todos los magos de sus leyendas tienen la anatomía de los protectores de Pak - observó Luis.

El muchacho preguntó:

- Luis, esta catarata enorme... ¿por qué ha de ser tan grande?

- Estoy seguro de que rodeaba toda la periferia del mapa. Es para eliminar el vapor de agua. La parte superior del mapa ha de estar perfectamente seca - dijo Luis -. ¿Me oyes, Inferior?

- Sí. ¿Cuáles son tus órdenes?

- Daremos una vuelta con el módulo, utilizando el radar de profundidad y los demás instrumentos. Tal vez encontremos una entrada debajo de la catarata. La «Aguja» nos servirá para explorar al mismo tiempo la plataforma superior. ¿Cómo andamos de combustible?

- Tenemos lo necesario, habida cuenta de que no vamos a regresar a casa.

- Bien. Vamos a desmontar la sonda y haremos que siga a la «Aguja», digamos... a unos quince kilómetros de distancia y rozando el suelo, diría yo. Mantén abiertos los enlaces teleportadores y los micrófonos. ¿Quieres pilotar el módulo, Chmeee?

- A la orden, señor - dijo el kzin. - Perfecto. Ven aquí, Kawa.

- Preferiría quedarme - dijo el chico.

- ¡Para que me despelleje Harkabeeparolyn! Acompáñame.

La «Aguja» se elevó treinta kilómetros y vieron ante ellos la extensión del planeta rojo.

Kawaresksenjajok comentó:

- Qué aspecto tan espantoso.

Luis ignoró la observación.

- Al menos, sabemos que estamos buscando una cosa de gran tamaño. Imagina un parche lo bastante grande como para tapar el cráter de Puño-de-Dios. Buscamos un tinglado de tamaño suficiente como para esconder ese parche más el vehículo que pudiera servir para transportarlo. ¿Dónde situarías eso en el mapa de Marte, Inferior?

- Debajo de la catarata - replicó el Inferior -. ¿Quién iba a verlo? El océano está vacío, y la caída del agua lo oculta todo.

- Sí, es lógico. Ya tenemos a Chmeee buscando por ese lado. ¿Qué otras posibilidades hay?

- ¿Si tuviera que esconder la planta de un almacén gigantesco en un paisaje marciano? Buscaría una forma irregular, con salida a través de un cañón largo y estrecho. O tal vez debajo de un casquete polar, fundiendo y volviendo a congelar el hielo cada vez que tuviera que entrar o salir.

- ¿Existe algún cañón así?

- Sí. He hecho mis estudios. Pero los polos son la mejor posibilidad. Los marcianos jamás se acercaban a los polos; el agua era mortal para ellos.

El mapa era una proyección polar; el polo sur venía a coincidir con la periferia exterior.

- Bien, pues llévanos al polo norte. Si no encontramos nada allí, empezaremos a buscar en espiral. Mantén la altura y todos los instrumentos en funcionamiento. No me importa demasiado que disparen contra la «Aguja». ¿Nos oyes, Chmeee?

- Os oigo.

- Cuéntanos todo lo que veas. Es más probable que encuentres tú lo que buscamos. No intentes hacer nada.

Se preguntó si sería obedecido en ese aspecto, y agregó:

- No vamos a invadir nada con el módulo. Somos unos intrusos, de manera que, si hay tiros, será mejor recibirlos dentro de un casco de la General de Productos.

El radar de profundidad se detenía ante el fondo de scrith. Por encima de éste, aparecían montes y valles como si fuesen translúcidos. Había océanos de polvo de marciano tan fino, que fluía como si fuese un líquido aceitoso. Debajo del polvo, dormían una especie de ciudades: edificios de piedra más densa que el polvo, de paredes curvilíneas, esquinas redondeadas y numerosísimas ventanas. Los Ingenieros de las Ciudades las contemplaron con asombro, y lo mismo Luis Wu, porque en el espacio humano los marcianos habían desaparecido cientos de años antes.

El aire era tan transparente como el mismo vacío. Hacia estribor, y rozando casi el horizonte, se alzaba una montaña más alta que ninguna de las de la Tierra. Mons Olympus, naturalmente. Y flotaba sobre el cráter una partícula blanca.

La «Aguja» cayó, y detuvo su caída a poca altura sobre las dunas semicirculares. La estructura todavía era visible, flotando a unos cincuenta o sesenta metros sobre la cúspide, y la «Aguja» también debía ser perfectamente visible para sus ocupantes.

- ¿Chmeee?

- A la escucha.

Luis reprimió su primer impulso, que había sido de hablar en voz baja.

- Hemos encontrado un rascacielos flotante. De unos treinta pisos de altura, con ventanas saledizas y una plataforma de aterrizaje para vehículos. Tiene forma de doble cono. Se parece mucho al edificio del que nos apoderamos en nuestra primera expedición, la excelente nave «Improbable».

- ¿Idéntico?

- No del todo, pero muy similar. Y está flotando sobre la montaña más alta de Marte como un condenado semáforo.

- Podría ser una señal dirigida a nosotros. ¿Me acerco?

- Todavía no. ¿Has visto algo?

- Creo que he descubierto el contorno de una compuerta inmensa debajo de la catarata. Sería suficiente para dejar pasar toda una flota de guerra, o el parche que sirviera para taponar el Puño-de-Dios. Quizá se abra por medio de señales. No lo he intentado todavía.

- No lo hagas. Quédate en régimen de espera. ¿Inferior?

- Tengo diagramas de radiación e imágenes del radar de profundidad. El edificio irradia poca energía. La levitación magnética no precisa grandes potencias.

- ¿Qué hay dentro?

- Mira.

El Inferior les pasó una imagen. Bajo el radar de profundidad, la estructura se mostraba de un gris traslúcido. Por lo visto, se trataba de un edificio flotante modificado para servir de transporte, con depósitos de combustible y un motor atmosférico instalado en la decimoquinta planta. El titerote explicó:

- Construcción sólida, de muros de hormigón o algo de parecida densidad. No hay vehículos en el muelle. Los instrumentos que se ven en la torre y en la base son telescopios u otros detectores parecidos. No se detecta si está habitado.

- Ése es el problema, en efecto. Quiero delinear una estrategia, y vosotros me diréis qué os parece. En primer lugar, nos situaremos con la mayor rapidez posible sobre la parte más alta.

- Convirtiéndonos en unos blancos perfectos.

- También lo somos ahora.

- No si las armas están en el interior del Mons Olympus.

- ¡Qué tontería! ¿No estamos dentro de un casco de la General de Productos? Si nadie dispara contra nosotros, pasamos a la segunda fase: exploración del cráter mediante el radar de profundidad. Si encontramos cualquier cosa que no sea un fondo de scrith pelado, vamos a la tercera fase: vaporizar ese edificio. ¿Podemos hacerlo con rapidez?

- Sí, aunque no tenemos reserva de potencia para hacerlo dos veces seguidas. ¿Cuál es la cuarta fase?

- Entrar de prisa, como sea. Chmeee se quedará fuera, para acudir en nuestro socorro si fuese necesario, y si le es posible. Ahora dime si vas a echarte atrás en algún punto de este programa.

- No me atrevería.

- Espera un momento. - Luis se había dado cuenta de que sus acompañantes nativos estaban lívidos de pánico, y le explicó a Harkabeeparolyn -: Si hay algún lugar desde donde pueda salvarse este mundo, es aquí, debajo de nosotros. Creemos haber encontrado la entrada. Alguien más la encontró también. No sabemos quién es o quiénes son. ¿Comprendes?

- Tengo miedo - dijo la mujer.

- También yo. ¿Podrás tranquilizar al muchacho?

- ¿Podrás tranquilizarme a mí? - dijo ella con una risa nerviosa -. Lo intentaré.

- Adelante, Inferior.

La «Aguja» se elevó hacia el cielo a 20 g, giró sobre su propio eje y se acercó al edificio en vuelo invertido, hasta quedar casi flotando junto a él. Luis sentía su estómago también del revés. Los dos Ingenieros chillaban de terror, y Kawaresksenjajok atenazaba el brazo de Luis.

A simple vista, el cráter estaba taponado de lava antigua. Luis se volvió hacia la imagen del radar de profundidad.

¡Allí estaba! Un agujero en el scrith, un embudo invertido que llevaba arriba, o mejor dicho abajo, a través del cráter de Mons Olympus. El pasadizo era, con mucho, demasiado pequeño para dejar pasar la maquinaria de reparación del Mundo Anillo. Se trataba de una mera compuerta de emergencia, pero más que suficiente para la «Aguja».

- Fuego - dijo Luis.

La última vez, aquel haz había sido usado como proyector por el titerote, pero a corta distancia, sus efectos eran devastadores. El edificio flotante se convirtió en un chorro

Librodot

incandescente que brotaba de una cabeza de cemento hirviente. Parecía un cometa. Luego, no fue más que una nube de polvo.

- En picado - dijo Luis.

- ¿Luis?

- Ofrecemos blanco aquí. No tenemos tiempo. En picado he dicho, a 20 g. Nos abriremos la puerta nosotros mismos.

El paisaje ocre se cerró como un techo sobre sus cabezas. El radar de profundidad mostraba un agujero en el scrith que se dilataba para recibirles, pero todos los demás sentidos mostraban el cráter lleno de lava solidificada, que bajaba a una velocidad terrible para aplastarles.

Kawaresksenjajok clavó las uñas en el brazo de Luis hasta sacarle sangre. Harkabeeparolyn parecía petrificada. Luis se apoyó para resistir el choque.

Oscuridad total.

La pantalla del radar reflejaba una claridad lechosa, sin forma alguna. De alguna parte, les llegaban resplandores tenues rojos, verdes y anaranjados. Eran los instrumentos de la cabina de mandos.

- ¿Inferior?

No hubo respuesta.

- ¡Danos un poco de luz, Inferior! ¡Usa el proyector, que veamos al menos lo que nos amenaza!

- ¿Qué ha pasado? - preguntó Harkabeeparolyn en tono quejumbroso.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la semioscuridad, Luis la vio acurrucada en el suelo, con los brazos alrededor de las rodillas.

Las luces de la nave se encendieron de nuevo y el Inferior dejó los mandos. Parecía arrugado, ya medio encogido sobre sí mismo.

- No lo aguanto más, Luis.

- Nosotros no sabemos manejar estos mandos, te consta. Monta un proyector para que podamos ver lo que hay afuera.

El titerote tocó varios elementos de mando con la boca, y se vieron bañados por una luz blanca y difusa procedente de la proa, a la altura de la cubierta.

- Estamos empotrados en algo - una de las cabezas miraba abajo; la otra agregó -: Lava. El exterior del casco está a setecientos grados. Han echado lava sobre nosotros mientras estábamos en estasis, y ahora se está enfriando.

- Al parecer, alguien se había preparado para recibirnos. ¿Estamos todavía cabeza abajo?

- Sí.

- Entonces, no podemos acelerar hacia arriba. Siempre hacia abajo.

- Sí.

- ¿Quieres intentarlo?

- ¡Qué pregunta! Yo lo he intentado todo desde el momento que fundiste el motor de hiperpropulsión...

- Pues adelante.

- Mejor dicho, desde que decidí secuestrar a un hombre y a un kzin. Ese fue mi error, seguramente.

- Estamos perdiendo el tiempo.

- No hay espacio adonde irradiar el exceso de calor de la «Aguja». Usar los reactores sólo nos aproximaría una hora o dos a la situación de tener que entrar en estasis para esperar acontecimientos.

- Espera un momento pues. ¿Qué sacas del radar de profundidad?

- Roca ígnea en todas direcciones, agrietada por el enfriamiento. Deja que aumente el alcance... ¿Luis? Un fondo de scrith a unos diez kilómetros por debajo de nosotros, bajo el techo de la «Aguja». Un techo de scrith mucho más delgado, a veintitrés kilómetros por encima.

Luis empezaba a sentir pánico.

- ¿Estás oyendo todo eso, Chmeee?

Fue contestado de una manera que no esperaba.

Oyó un aullido de dolor inhumano y de rabia, al tiempo que Chmeee salía por el disco teleportador, tapándose los ojos con los brazos. Harkabeeparolyn se apartó de su camino. Tropezó con las rodillas en la cama de agua y cayó cuan largo era sobre ésta y en el suelo.

Luis había saltado en dirección a la ducha. La abrió a chorro máximo, saltó sobre la cama de agua, metió el hombro bajo la axila de Chmeee y lo alzó. La piel del kzin ardía debajo del pelo.

El kzin se puso en pie y se dejó conducir bajo el chorro de agua fría; luego se volvió, dejando que el agua le recorriese por todas partes, y finalmente, se bañó la cara con el chorro.

- ¿Cómo lo supiste? - logró articular.

- Lo olerás dentro de un momento - explicó Luis -. Piel chamuscada, pelo quemado. ¿Qué pasó?

- De súbito, me vi ardiendo. En el panel de mandos todas las luces rojas estaban encendidas. Salté hacia el disco transportador. El módulo debe seguir con el piloto automático, si no ha quedado destruido.

- Quizá necesitemos averiguarlo. La «Aguja» está empotrada dentro de la lava. ¿Inferior?

Luis se volvió hacia la cabina de mandos. El Inferior estaba enrollado sobre sí mismo, con las cabezas ocultas debajo de su barriga.

Aquel golpe había sido demasiado para él. Resultaba fácil descubrir por qué. En la cabina, una pantalla mostraba una cara medio conocida.

La misma cara, pero aumentada, miraba por el rectángulo correspondiente a la proyección del radar de largo alcance. Más que una cara parecía una máscara, como un rostro humano moldeado en cuero viejo. Pero no del todo. Carecía de cabello. Las mandíbulas eran dos semicírculos endurecidos y sin dientes. Bajo un grueso arco superciliar, un par de ojos miraban con curiosidad a Luis Wu.

30 - Ruedas dentro de ruedas

- Me parece que habéis perdido a vuestro piloto - dijo el intruso del rostro de cuero que flotaba fuera del casco: la cabeza deformada y los hombros amelonados de un protector, imagen espectral en medio del basalto negro en que estaban sepultados.

Luis no pudo sino asentir con la cabeza. Las sorpresas habían sido demasiado rápidas y procedentes de demasiadas direcciones inesperadas. Advirtió que Chmeee estaba a su lado, chorreando agua y estudiando en silencio al posible enemigo. Los Ingenieros de las Ciudades estaban callados y, si Luis no se equivocaba al interpretar la expresión de sus caras, parecían más próximos al éxtasis o al temor sagrado que al miedo.

El protector dijo:

- Con eso quedáis atrapados por completo. Pronto tendréis que pasar a estasis, y no hace falta discutir lo que ocurrirá después de eso. Es un alivio. Me preguntaba si sería capaz de mataros.

- Os creíamos desaparecidos por completo - dijo Luis.

- Los Pak se extinguieron hace un cuarto de millón de años - los labios y encías deformados del protector distorsionaban algunas consonantes, pero, desde luego, hablaba en Intermundial. ¿Por qué en Intermundial? -. Una epidemia se los llevó. Tenías razón al suponer que estaban desaparecidos. Pero el árbol de la Vida sobrevive estupendamente bajo el mapa de Marte. De vez en cuando, alguien lo redescubre. Sospecho que la droga de la inmortalidad se inventó aquí cuando algún protector necesitó financiación para algún proyecto.

- ¿Cómo aprendiste el Intermundial?

- Desde la infancia. Luis, ¿no me conoces? Fue como una puñalada en el vientre.

Librodot

- Teela, ¿cómo es posible?

El rostro era rígido como una máscara. ¿Cómo podría reflejar ninguna expresión? Ella contestó:

- Un poco de saber... Ya conoces el dicho. El Caminante buscaba la base del Arco, y yo le hice una demostración de mi superior sapiencia: le dije que el Arco no tenía base, que el mundo era un anillo. Eso le contrarió sobremanera. Le dije que si buscaba el lugar desde donde se gobernaba el mundo, tendría que encontrar la factoría de construcción.

- El Centro de Mantenimiento - dijo Luis.

Una ojeada hacia el puente de mando le mostró al Inferior en figura de taburete blanco elegantemente decorado con piedras preciosas.

- Por supuesto, con el tiempo se convertiría en centro de mantenimiento, y en el centro del poder también - dijo la protector -. El Caminante recordaba algunas leyendas del Gran Océano. Parecía la opción lógica, protegido por las barreras naturales de la distancia, las tormentas y una docena de ecologías predadoras. Los astrónomos habían estudiado el Gran Océano desde puntos de observación idóneos de distintos lugares del Arco, y el Caminante recordaba lo suficiente como para dibujar unos mapas.

»Nos costó dieciséis años cruzar el Gran Océano. Supongo que esa expedición también habrá dado lugar a leyendas. ¿Sabías que los mapas se abastecen con regularidad? Los kzinti han colonizado el mapa de la Tierra. No hubiéramos podido continuar, a no ser porque logramos capturar un barco kzinti colonizador. En el Gran Océano hay islas que son seres vivos enormes, con los lomos cubiertos de vegetación, y que se hunden cuando el marino menos lo espera...

- ¡Teela! ¿Cómo ha podido pasarte eso?

- Un poco de saber, Luis. Jamás llegué a deducir los orígenes de los constructores del Mundo Anillo, hasta que fue demasiado tarde.

- Pero, ¡tenías tanta suerte!

La protector asintió.

- Criada para tener suerte por los titerotes, que intervinieron las leyes de la Fertilidad terrestres e idearon la Lotería. Tú creíste que había funcionado. A mí siempre me pareció algo absurdo, pero tú, Luis, deseabas creer que seis generaciones de la Lotería habían producido un ser humano extraordinariamente afortunado.

Él no contestó.

- ¿Sólo uno? - Se hubiera dicho que se burlaba de él -. Consideremos la suerte de los descendientes de todos los ganadores de la Lotería de la Procreación. Dentro de veinte mil años tendrán que salir por cualquier medio de la galaxia, para huir de la explosión del núcleo galáctico. ¿Por qué no abordar el Mundo Anillo? Tres millones de veces la superficie habitable de la Tierra, y es posible moverlo, Luis. El Mundo Anillo es el que tiene la suerte de esos descendientes no nacidos todavía de los que fueron seleccionados para ser afortunados. Si logro salvar el Mundo Anillo, entonces la suerte de sus habitantes habrá sido que nosotros

Librodot

visitáramos esto hace veintitrés años, y que el Caminante y yo encontrásemos la entrada de Mons Olympus. La suerte de ellos, pero no la mía.

- ¿También le ocurrió a él?

- El Caminante murió, como era natural. Ambos enloquecimos de apetito por la raíz del árbol de la Vida, pero al Caminante le sobraban mil años de vida, y le mató.

- No debimos abandonarte - dijo Luis.

- No os di ninguna oportunidad. Ni la tuve nunca yo misma... Si crees en la suerte. Ahora tengo pocas opciones. Los instintos son muy dominantes en un protector.

- ¿Crees en la suerte?

- No - dijo ella - Me gustaría poder creer.

Luis hizo un gesto de abatimiento con los brazos y se volvió. Siempre había sabido que volvería a encontrarse con Teela Brown. ¡Pero no de aquella manera! Hizo un gesto para poner en marcha el campo sómnico y se echó a flotar.

El Inferior había tenido la mejor ocurrencia: esconderse en su propio ombligo.

Pero los humanos no pueden esconder las orejas. Luis flotaba medio encogido, cubriéndose la cara con los brazos, pero aun así hubo de escuchar:

- Intérprete de Animales, te felicito por tu juventud recuperada.

- Mi nombre es Chmeee.

- Disculpa - dijo la protector -. ¿Cómo viniste a parar aquí, Chmeee?

El kzin dijo:

- Estoy triplemente acorralado. Secuestrado por el Inferior, condenado por Luis a quedarme aquí, y atrapado bajo tierra por Teela Brown. Va siendo una costumbre de la que habrá que prescindir. ¿Vas a luchar contra mí, Teela?

- Sólo si logras llegar hasta donde yo estoy, Chmeee.

El kzin se volvió

- ¿Qué quieres de nosotros?

Era Kawaresksenjajok, desafiador, hablando en la lengua de los Ingenieros, a la que hacía eco la traductora en Intermundial.

- Nada - contestó Teela en la lengua de los Ingenieros.

- Entonces, ¿qué hacemos aquí?

- Nada, yo me he ocupado de que no podáis hacer nada.

- No lo comprendo. - El chico estaba a punto de llorar -. ¿Por qué quieres enterrarnos?

- Hago lo que debo, muchacho. Tengo el deber de evitar una coma cinco por diez elevado a las doce muertes.

Luis abrió los ojos.

Harkabeeparolyn intervino en la discusión.

- ¡Pero si es lo que hemos venido a hacer nosotros! ¿No sabes que está descentrado y va a chocar con el sol?

- Lo sé. Yo formé el equipo que ha vuelto a montar los reactores de posición del Mundo Anillo, para deshacer el mal hecho por los de tu especie.

- Luhiwu dice que no son suficientes.

- No lo son.

Luis estaba ya totalmente pendiente de aquella conversación.

La bibliotecaria meneó la cabeza.

- No lo entiendo.

- Con los reactores de posición en marcha prolongamos la vida del Mundo Anillo casi en un año. Un año más para tres por diez elevado a la trece seres inteligentes viene a ser como dar mil años de vida a cada habitante de la Tierra, una cosa digna de intentarse. Mis colaboradores lo admitieron así, incluso aquellos que no son protectores.

Luis trataba de recordar las líneas del rostro de Teela Brown a través de la máscara de cuero de la protector. Bultos en las articulaciones de la mandíbula, el cráneo deformado para dar cabida a más tejido cerebral..., pero se trataba de Teela, y le dolía terriblemente. ¿Por qué no se va?, pensó.

Los hábitos son lo último que se pierde, y Luis tenía una mente analítica. Pensó: ¿Por qué no se va? ¿Un protector moribundo en un mundo artificial condenado a la destrucción? Parece como si le sobrase tiempo para charlar con un grupo de criadores atrapados. ¿Qué cree estar haciendo?

Se volvió para mirarla de frente.

- ¿Dices que tú formaste el grupo de reparación? ¿Quiénes son?

- Mi aspecto me ayudó. La mayoría de los homínidos escucha mis palabras, por lo menos. Reuní un equipo de varios centenares de miles de individuos de diversas especies. A tres los traje aquí para convertirlos en protectores: uno del pueblo de las montañas derramadas, otro del Pueblo de la Noche y un vampiro. Lo hice por si veían otra solución diferente, para mí oculta, ya que respondían a mentalidades distintas. El vampiro, por ejemplo, era insensible antes del cambio... Pero me fallaron - dijo Teela.

Desde luego, pensó Luis, se comportaba como si dispusiera de mucho tiempo. ¡Tiempo para distraerse con extraterrestres y criadores atrapados hasta que el anillo chocase con las pantallas de sombra!

- No vieron ninguna solución mejor. Y así montamos los reactores Bussard, que pudimos recuperar. Ahora los tenemos todos montados, excepto el último. Bajo la dirección del último protector que sobreviva, mi equipo arreglará esa nave espacial restante para emigrar del Mundo Anillo hacia alguna estrella próxima. Un cierto número de anillícolas sobrevivirá.

- Eso nos devuelve a la pregunta inicial - dijo Luis -. Tu equipo está trabajando. ¿Qué haces aquí?

Estoy en lo cierto, pensó Luis. Intenta decirnos algo.

- He venido para evitar el asesinato de tantos millones de homínidos inteligentes. Detecté los neutrinos expulsados por motores construidos en el espacio humano, y vine al único lugar posible del crimen. Esperé, y no tardasteis en aparecer.

- Aquí estamos - admitió Luis -. Pero sabes muy bien que no íbamos a cometer asesinato alguno.

- Sí los habríais cometido.

- ¿Por qué?

- Eso no puedo revelarlo.

Y, sin embargo, no se le advertía ninguna prisa por terminar la conversación. Teela jugaba a un juego extraño, cuyas reglas habría que adivinar sobre la marcha. Luis preguntó:

- Supongamos que fuese posible salvar el Mundo Anillo, pero matando a un billón y medio de sus treinta billones de habitantes. Una protector lo haría ¿no? El cinco por ciento para salvar al noventa y cinco por ciento parece un... rendimiento elevado.

- ¿Tú eres capaz de ponerte en el lugar de tantísimos seres, Luis, o sólo concibes las muertes una a una, desempeñando el papel estelar?

Él no contestó.

- Treinta mil millones de personas viene a ser toda la población del espacio humano. Imagínatelos a todos muertos. Imagina cincuenta veces esa población, digamos envenenada por las radiaciones. ¿Te haces cargo del dolor, de los remordimientos, de los sentimientos mutuos de tanta gente? Son números demasiado grandes. Tu cerebro no puede con ellos. Pero el mío sí.

- ¡Ah!

- No podía permitir que ocurriese. Sabía que era mi deber venir a detenemos.

- Imagina una pantalla de sombra barriendo la superficie del Mundo Anillo a mil kilómetros por segundo, Teela. Imagina una población mil veces superior a la del espacio humano, extinguida cuando se desintegre el Anillo.

- Ya lo hago.

Luis asintió. Piezas de un rompecabezas. Teela les daría cuantas pudiera, pero no les entregaría el cuadro terminado. Así que no quedaba otro remedio sino seguir buscando piezas.

- ¿Dijiste el protector que sobrevive? ¿Erais cuatro, y ahora sólo quedáis tú y otro? ¿Qué se hizo de los otros dos?

- Dos protectores abandonaron la brigada de reparación al mismo tiempo que yo, y por separado. Quizá hallaron las pistas anunciadoras de vuestra llegada. Consideré necesario seguirles y detenerles.

- ¿De veras? Si fueran verdaderos protectores, no podrían matar a un billón y medio de homínidos pensantes, como tú tampoco puedes.

- Tal vez se las arreglarían para conseguirlo, de alguna manera.

- De alguna manera.

Cuidado con las palabras ahora. Se alegró de que nadie más quisiera intervenir, ni siquiera Chmeee, el diplomático melifluo.

- De alguna manera dejemos que unos criadores lleguen al único lugar del Mundo Anillo donde podría someterse el crimen. ¿Habría sido ésa su estrategia, si tú no lo hubieras impedido?

- Quizá.

- Hagamos que esos criadores, cuidadosamente elegidos, no puedan olfatear de alguna manera el árbol de la Vida.

¡Los trajes presurizados! ¡Por eso Teela buscaba un navío interestelar!

- Hagamos que, de alguna manera, se den cuenta de la situación. Y, de alguna manera, un protector ha de anticiparse a esa situación para liquidarlos antes de que ellos adivinen la solución y maten a una cantidad astronómica de criadores con el fin de salvar a muchos más. ¿Es eso lo que crees haber evitado?

- Sí.

- Y era éste el lugar idóneo?

- ¿Por qué, si no, estaría yo aguardando aquí?

- Queda un protector. ¿No vendrá a por ti?

- No. La protector del Pueblo de la Noche es la única que queda para dirigir la evacuación. Si viniese a matarme y yo acabase antes con ella, los criadores abandonados a su suerte podrían perecer durante el viaje.

- Hablas de muertes con mucha soltura - dijo amargamente Luis.

- No. Soy incapaz de acabar con un cinco por ciento de la población del Mundo Anillo, y no creo ser capaz de matarte a ti, Luis. Eres un criador de mi especie; en todo el Mundo Anillo eres único, en ese sentido.

- Pensé diferentes maneras de salvar el Mundo Anillo - dijo Luis Wu -. Si supierais de algún aparato de transmutación a gran escala, sabríamos usarlo.

- Desde luego, los Pak jamás tuvieron ninguno. No ha sido un gran acierto tuyo esa deducción, Luis.

- Si pudiéramos taladrar un agujero debajo de uno de los grandes océanos y controlar el caudal de la fuga de agua, la reacción resultante podría servir para devolver el Anillo a su posición correcta.

- Muy hábil. Pero no puedes hacer el agujero, ni tienes con qué taparlo. Además, hay otra solución menos dañina, pero aun así, es demasiado dañina y no la toleraré.

- ¿Cómo salvarías tú el Mundo Anillo?

La protector dijo:

- No puedo.

- ¿Dónde estamos? ¿Qué ha ocurrido en esta parte del centro de mantenimiento?

Pasó un buen rato antes de que la protector contestase:

- No puedo decirte más de lo que ya sabes. No veo cómo pudierais escapar, pero he de considerar la posibilidad.

- Me rindo - dijo Luis Wu -. Me doy por vencido. ¡Nej con tu estúpido juego!

- Muy bien, Luis. Al menos, no morirás nunca.

Luis cerró los ojos y se enroscó para flotar en caída libre. «Condenada santurrona», pensó.

- Os acompañaré hasta que os veáis precisados a entrar en estasis - dijo Teela -. No puedo hacer más por vosotros. En cuanto a vosotros, ¿cómo os llamáis y cuál es vuestra procedencia? Veo que sois de la raza que conquistó el Mundo Anillo y las estrellas.

Hablar por hablar. ¿Por qué no nacerían las personas con tapaderas en las orejas? ¿Existiría algún homínido con semejante órgano?

Kawaresksenjajok preguntó:

- ¿Cuál es la opinión de los magos con respecto al rishathra?

- Es importante cuando establece uno contacto con una especie nueva, ¿verdad, muchacho? Mi opinión es que el rishathra es para los criadores. Nosotros preferimos hacer el amor.

El chico se lo pasaba enormemente bien. Su sentido de lo maravilloso se veía forzado casi al límite de su capacidad. Teela le contó su gran travesía. Su grupo de exploradores se había visto atrapado por los grog en el mapa de Down, y fueron luego puestos en libertad por los habitantes autóctonos. En Kzin vivían homínidos importados del mapa de la Tierra y criados para desarrollar características especiales, hasta diferenciarlos tanto como las razas de perros en el espacio humano. El grupo de Teela se ocultó entre éstos. Luego robaron un navío colonizador de los kzinti, y dieron muerte a uno de los monstruos marinos, un gigante comedor de krill cuya carne metieron en un depósito vacío de los utilizados para el hidrógeno líquido. Les sirvió de alimento durante meses.

Al fin oyó que ella decía:

- Me voy a comer ahora, pero volveré pronto.

Y se hizo el silencio.

Los escasos minutos de silencio terminaron cuando unos dientes aferraron con suavidad la muñeca de Luis.

- Despierta, Luis, Tenemos poco tiempo.

Luis se dio la vuelta y desconectó el campo sómnico. Luego se tomó un segundo para saborear el interesante espectáculo de un titerote en la misma habitación que un kzin pletórico de fuerzas.

- Pensé que habías decidido pasar de todo esto.

- Ilusión válida y muy cercana a la realidad; en efecto, he tenido la tentación de dejar que las cosas siguieran su curso - dijo el titerote -. Teela Brown dijo la verdad cuando afirmó que no moriremos. La mayor parte del Mundo Anillo se hará cisco y saldrá despedida hasta más allá del halo cometario. Incluso puede que nos encuentren algún día.

- Empezaba a sentirme igual, a punto de abandonar.

- Los protectores estaban extinguidos desde hace un cuarto de millón de años. ¿Quién me persuadió de eso?

- Si tuvieras un poco de sentido común dejarías de hacerme caso.

- Todavía no, si no te importa. Tengo la impresión de que la protector intentaba decirnos algo. Los protectores de Pak eran tus antepasados, y Teela de tu misma cultura. Aconséjanos.

- Quiere que seamos nosotros quienes hagamos el trabajo sucio - explicó Luis -. Es su doble juego de siempre. ¿Acaso no estudiaste las conversaciones con Brennan después de que éste se convirtiera en protector? Los protectores tienen instintos muy imperiosos y una inteligencia sobrehumana; entre lo uno y lo otro pueden suscitarse fácilmente contradicciones.

- No entiendo a qué te refieres con eso del trabajo sucio.

Librodot

- Ella sabe cómo salvar el Mundo Anillo. Lo supieron todos. Hay que sacrificar un cinco por ciento para salvar el noventa y cinco por ciento. Pero ellos no son capaces de hacerlo. Ni siquiera pueden admitir que lo haga otro, pero han de conseguir que ese otro lo haga. Doble juego.

- ¿Y concretamente qué?

En aquellos números había algo que cosquilleaba el subconsciente de Luis. ¿Por qué? ¡Nej! De momento, mejor dejarlo.

- Teela escogió ese edificio porque era parecido a la cárcel flotante de Halrloprilialar, la que nos sirvió durante la primera expedición. Tenía que llamar nuestra atención de algún modo. Y lo dejó donde quería vernos. No sé lo que pasa en esta parte del centro de mantenimiento, pero éste es el punto álgido de todo este cajón de muchos millones de metros cúbicos. Se supone que lo demás hemos de adivinarlo nosotros.

- ¿Pues qué? ¿Acaso no está segura de tenernos atrapados?

- Hagamos lo que hagamos, ella procurará impedirlo. Tendremos que matarla. Eso era lo que nos decía. Sólo tenemos una ventaja, y es que ella luchará deseando perder.

- No te sigo - dijo el titerote.

- Ella quiere que el Mundo Anillo sobreviva. Quiere que acabemos con ella. Nos lo ha dado a entender en la medida de lo posible. Pero, aunque nosotros lleguemos a descubrirlo todo, ¿seremos capaces de acabar con tantos seres inteligentes?

- ¡Pobre Teela! - dijo Chmeee.

- Sí.

- ¿Cómo vamos a matarla? Si estás en lo cierto, habrá previsto algo para ayudarnos.

- Lo dudo. Como mucho, habrá procurado no adivinar todo lo que seríamos capaces de intentar, puesto que entonces se vería obligada a impedírnoslo. Estamos abandonados a nuestros propios recursos. Y no olvidemos que matan a los alienígenas por instinto. En mi caso, quizá titubee esa fracción de segundo que es esencial.

- Muy bien - dijo el kzin -. Todas las armas pesadas están a bordo del módulo. Aquí nos vemos empotrados en la roca. ¿Está todavía abierto el enlace teleportador con el módulo?

El Inferior regresó a la cubierta de mandos para averiguarlo.

- El enlace está abierto - comunicó -. El mapa de Marte es de scrith, pero su espesor sólo es de centímetros, ya que no ha de resistir los esfuerzos tremendos del suelo del Anillo. Mis instrumentos lo atraviesan, y lo mismo los discos teleportadores. Hasta aquí ha funcionado nuestra buena fortuna.

- Muy bien. ¿Me acompañas, Luis?

- Claro. ¿Cuál es la temperatura a bordo del módulo?

- Algunos de los sensores se han quemado. No puedo decíroslo - dijo el Inferior -. Si el módulo está en condiciones de uso, todo irá bien. De lo contrario, recoged vuestro equipo y regresad a toda prisa. Y si las condiciones son intolerables, regresad sin demora. Necesitamos saber con qué contamos.

- El paso siguiente y obvio: ¿qué hacemos si el módulo no es utilizable? - dijo Chmeee.

- Aún nos queda otra vía de salida, pero necesitamos los trajes presurizados - respondió Luis -. No nos esperes, Inferior. Localiza nuestra posición y localiza a Teela. Debe de hallarse en un lugar abierto, en algún lugar idóneo para cultivos.

- A la orden. Supongo que estamos a cierta profundidad debajo de Mons Olympus.

- Yo no contaría con eso. Quizá nos haya disparado con un haz láser muy potente para obligarnos a entrar en estasis, y para remolcarnos luego al lugar preparado a fin de cubrirnos de roca fundida. Y ese lugar va a ser el escenario del asesinato.

- ¿Tienes alguna idea de lo que espera de nosotros, Luis?

- Sólo la más vaga, pero calla ahora.

Luis se pidió un par de toallas de baño y entregó una de ellas a Chmeee. Luego añadió un par de zuecos de madera.

- ¿Preparado?

Chmeee se colocó de un brinco sobre el disco teleportador, y Luis le imitó.

31 - El Centro de Mantenimiento

Fue como caer dentro de un horno. Luis tenía sus zuecos; en cambio Chmeee sólo podía contar con el revestimiento del suelo para proteger sus pies. El kzin desapareció escalera arriba, rebufando cada vez que tocaba una pieza de metal.

Luis contuvo la respiración y supuso que Chmeee estaría haciendo lo mismo. El aire ardía y hacía daño en los pulmones. El suelo tenía una inclinación de cuatro o cinco grados. Su error fue mirar al exterior, pues lo que vio le dejó petrificado de incredulidad. Fuera, en la semioscuridad, creyó ver un tiburón curioso. Agua del mar.

Le hizo perder dos o tres segundos. Subió por la escalera con más precauciones que Chmeee conteniendo la necesidad de respirar, tomando el aire a pequeñas bocanadas que le abrasaban de todos modos. Olía a quemado, a cerrado, a humo y a calor.

Chmeee, con el pelo del cuello completamente erizado, estaba curándose las quemaduras de las manos. Los tiradores de los armarios eran de metal. Luis se enrolló la toalla alrededor de la mano y empezó a abrir compartimientos. Chmeee hizo lo mismo con su toalla y se puso a vaciarlos. Trajes presurizados. Cinturones de vuelo. Una desintegradora. Tela

superconductora. Luis tomó el casco de su traje presurizado, abrió la válvula del depósito de aire y después de enrollarse la toalla alrededor del cuello se puso el casco. El airecillo que le acariciaba la cara era caliente pero no abrasador, y respiró con delicia.

El casco de Chmeee no se podía desmontar del traje; tuvo que ponérselo todo y cerrarlo. Su respiración afanosa resonó de pronto en los auriculares de Luis, y daba miedo.

- Estamos debajo del agua - dijo Luis - ¿A qué será debido este condenado calor?

- Pregúntamelo mañana. Ayúdame a llevar esto.

Chmeee recogió su cinturón volador y su coraza de impacto, una bobina de hilo negro y una buena cantidad de tela superconductora, así como el desintegrador pesado, y se encaminó con todo ello hacia la escalera. Luis le siguió, tambaleándose bajo el peso del cinturón volador de Prill, de la linterna láser y de dos trajes presurizados completos incluyendo otras tantas corazas de impacto. Empezaban a arderle las carnes.

Chmeee se detuvo delante de los instrumentos de la cabina de vuelo. Al otro lado de la ventanilla hervía un agua verdosa; a lo lejos se adivinaban grandes extensiones de algas recorridas por cardúmenes de pececillos. El kzin jadeó:

- Ahí, los instrumentos... contestan a tu pregunta. Teela me incendió con un haz de microondas... Los sistemas de control ambiental fallaron. Los repulsores de scrith fallaron... El módulo cayó. Las microondas... no pudieron atravesar el agua... pero el módulo sigue caliente porque... los intercambiadores de calor fueron lo primero que se estropeó... Demasiado bueno el aislante. Ahora no nos sirve el módulo.

- Al diablo con eso - dijo Luis, y utilizó el disco teleportador.

Dejó caer su carga, con la cara bañada en sudor. Se arrancó el casco caliente y respiró una bocanada de aire fresco. Harkabeeparolyn le apoyó y le llevó medio a rastras hasta la cama, murmurando palabras de consuelo en la lengua de los Ingenieros.

Chmeee no aparecía.

Luis se soltó, se puso de nuevo el casco y corrió a colocarse sobre el disco teleportador.

Chmeee estaba ocupado con los mandos. Puso su equipo en manos de Luis y ordenó:

- Llévate esto. No tardaré.

- A la orden, señor.

Luis casi se había puesto el traje presurizado cuando el kzin apareció en la «Aguja», y procedió a quitarse en seguida el suyo.

- No hace falta que te des tanta prisa, Luis. El módulo está inutilizado, Inferior. Lo he programado para que despegue con los motores de fusión rumbo al Mons Olympus, como mera maniobra de diversión. Quizá Teela desperdicie un par de segundos en destruirlo.

El micrófono contestó:

- Bien. Hemos hecho algunos progresos, pero no puedo mostrároslos. Es posible que Teela intercepte nuestras comunicaciones.

- ¿Y bien?

El Inferior se materializó procedente de la cabina de vuelo, para poder hablar sin ayudas artificiales.

- Por supuesto, muchos de mis instrumentos han quedado inutilizados, pero al menos conozco nuestra orientación. Hay una fuente de importantes emisiones de neutrinos, probablemente una central de fusión, a unos trescientos kilómetros a babor y hacia el giro. El radar de profundidad muestra que estamos rodeados de cavidades; algunas son del tamaño de una habitación, pero hay otras tremendas, destinadas a contener la maquinaria pesada. Creo que he identificado la caverna vacía donde estuvo el andamiaje de la brigada de reparación, por el tamaño, la forma y las marcas del suelo. La salida es una compuerta inmensa, abierta en la pared del mapa, y oculta debajo de la gran catarata. He encontrado almacenes de lo que sin duda son parches para los impactos de grandes meteoritos, y otra compuerta, seguramente para naves menores, militares tal vez..., no sabría decirlo... y aún otra compuerta más. Debajo de la catarata hay seis accesos en total. He conseguido...

- ¡Tus órdenes eran de encontrar a Teela Brown, Inferior!

- ¿No acabas de aconsejarle paciencia a Luis Wu?

- Luis Wu es un humano y entiende lo que digo cuando hablo de paciencia. En cuanto a ti, bestia herbívora, es lo que te sobra.

- Y lo que tú propones es asesinar a la variante humana de un protector de Pak. Espero que no vayas a pensar en alguna especie de duelo, en un desafío y salto, y luchar contra Teela con las manos. No, hemos de luchar contra Teela con nuestros cerebros. Paciencia, kzin. No olvides lo que nos jugamos.

- Adelante.

- He logrado precisar nuestra situación con respecto a Mons Olympus: la montaña queda a mil trescientos kilómetros a babor y a contragiro de donde estamos. Sospecho que Teela disparó contra la «Aguja» con un láser pesado u otro dispositivo similar para mantenernos en estasis mientras nos remolcaba durante más de mil kilómetros, pero no entiendo por qué.

- Nos remolcó hasta donde tenía preparada la roca fundida para sepultamos. Este lugar va a ser el escenario de su hipotético asesinato múltiple. Aún no hemos averiguado cómo, ¡nej! ¡Es posible que haya sobreestimado nuestra inteligencia!

- Lo dirás por ti, Luis. Seguramente está debajo de nosotros. - Una de las cabezas del titerote se volvió hacia arriba -. Encima de nosotros, según la orientación de la nave, se detecta un grupo de habitaciones donde tiene lugar una actividad eléctrica importante, sin mencionar emisiones de impulsos de neutrinos como para indicar la existencia de media docena de radares de profundidad.

»Además he descubierto un hemisferio de sesenta y dos coma cuatro kilómetros de diámetro, en cuya pared se localiza otra fuente de neutrinos. Es móvil y la emisión es aleatoria, como si fuese una central de fusión. No se ha movido mucho durante los escasos minutos transcurridos desde vuestra ausencia, pero creo que en unas quince horas más o menos tres habrá recorrido ciento ochenta grados del domo. ¿No te sugiere nada eso, comedor de carne, guerrero?

- Un sol artificial. Agricultura. ¿Dónde?

- A cuatro mil kilómetros hacia el borde de estribor del mapa. Pero como vuestra invasión va a tener lugar por el Mons Olympus, será a doce grados a contragiro de estribor. Tal vez habrá que penetrar alguna pared. ¿Llevas el desintegrador portátil?

- Como no soy del todo estúpido, lo llevo. Oye, Inferior, si el módulo llegase al Mons Olympus podríamos salir a través de los discos teleportadores y directamente por la escotilla de carga de la naveta. Pero Teela nos abatiría primero.

- ¿Por qué? Ahora no estamos a bordo del módulo y ella lo sabe, puesto que tiene radar de profundidad.

- Brrr. Entonces vigilará el módulo, esperará hasta que aparezcamos y nos destruirá. ¿Es ésa la sapiencia que ha servido a los de tu raza para cazar lechuzas?

- Sí. Entraréis en Mons Olympus horas antes de que llegue la naveta. Programaré la sonda para que nos siga. En la sonda hay una placa receptora. Por supuesto, eso os deja sin medios para regresar a la «Aguja».

- Grrrr. Suena practicable.

- ¿Qué equipo vais a necesitar?

- Trajes presurizados, cinturones voladores, lásers de mano y el desintegrador. También he traído esto - Chmeee indicó la tela superconductora -. Teela desconoce su existencia. Puede servirnos. Se podrían coser unas túnicas para recubrir nuestros trajes presurizados. Tú, Harkabeeparolyn, ¿sabes coser?

- No.

- Yo sé - dijo Luis.

- Y también yo - dijo el muchacho -. Basta con que me expliquéis cómo lo queréis.

- Lo haré. No hace falta que sea muy elegante. Hemos de suponer que Teela usará lásers y no armas lanzaproyectiles ni hacha de guerra. La coraza de impacto no podemos ponérnosla sobre el traje presurizado.

- Eso no es del todo exacto - dijo Luis - Por ejemplo, yo podría ponerme la armadura de impacto de Chmeee por encima de mi traje presurizado.

- Embutido en todo eso no te moverás con rapidez suficiente.

- Tal vez no. ¿Cómo están esos ánimos, Harkabeeparolyn?

- Estoy confusa, Luis. ¿Lucháis a favor o en contra de la protector?

- Ella lucha contra nosotros, pero desea perder - explicó amablemente Luis -. Aunque no puede manifestarlo así; ella ha de comportarse tal como se lo dicta su cerebro y sus glándulas. ¿Puedes creer todo esto?

Harkabeeparolyn titubeó y luego dijo:

- La protector se comportaba como..., como cuando alguien se sabe vigilado por otro a quien teme, y que observa todo cuanto dice y hace. Así me sentía yo durante mi entrenamiento en el edificio Panth.

- Así es. El vigilante es la propia Teela. ¿Serías capaz de luchar contra un protector sabiendo que si pierdes puede morir todo un mundo?

- Creo que sí. En el peor de los casos serviría para distraer al protector.

- Muy bien. Te vienes con nosotros. Tenemos un equipo que iba destinado a otra mujer de tu raza. Te enseñaré lo que pueda sobre los elementos que vas a llevar. Ella llevará tu coraza de impacto, Chmeee, entre el traje presurizado y el revestimiento superconductor.

- Y que lleve el láser de Halrloprillalar. Yo perdí el mío en un descuido. Llevaré el desintegrador. Sé cómo trucar baterías de reserva para que suelten toda la carga en un milisegundo.

- Esas baterías son de mi pueblo. Las proyectamos por razones de seguridad - intervino el Inferior, desconfiado.

- Déjamelas de todos modos. A continuación cerrarás todos los canales de comunicación. Es de suponer que Teela termine de comer y regrese antes de que nosotros estemos a punto aquí. Me gustaría disponer de más tiempo. Luis, enséñale a Kawaresksenjajok cómo debe coser esos revestimientos. Hay que usar hilo también superconductor.

- Sí, ya se me había ocurrido. ¡Nej! ¡Cuánto me gustaría tener un poco más de tiempo!

Saltaron sobre los discos teleportadores entorpecidos por sus arreos.

Harkabeeparolyn estaba deforme bajo tantas capas de tela como la recubrían. Su cara, dentro del casco, tenía una expresión decidida. Traje presurizado, cinturón de vuelo, láser..., sería mucho que recordase cómo usar todo lo que llevaba, por no hablar de combatir con ello. De lejos podía asemejarse a Luis Wu por el bulto. A lo mejor serviría para que Teela titubease un instante. Cualquier detalle podía tener su importancia.

Desapareció. Luis la siguió, al tiempo que ponía en marcha su cinturón de vuelo.

Chmeee, Harkabeeparolyn, Luis Wu flotaban como bolas de papel negro sobre la parda ladera de Mons Olympus. La sonda no flotaba ya; sin duda debió navegar hasta que se le acabó el propelente y luego cayó y rodó montaña abajo. Estaba hecha añicos, pero la plataforma teleportadora se había salvado.

Los instrumentos que llevaba Luis debajo de la barbilla le dijeron que el aire era muy tenue, muy seco, y rico en dióxido de carbono buena imitación de Marte, pero la gravedad era prácticamente similar a la de la Tierra. ¿Cómo habrían sobrevivido los marcianos? Sin duda se habrían adaptado, sustentados por el mar de polvo en que vivían. Más fuertes quizá que sus primos extintos... Pero ¡al grano!

El borde del cráter estaba a sesenta kilómetros de recorrido en pendiente. Les llevó quince minutos. Harkabeeparolyn se retrasaba, luchando constantemente con los mandos.

En el fondo del cráter, la compuerta era color piedra y herrumbre, de superficie áspera. Había estallado hacia dentro, hacia abajo.

Se dejaron caer en la oscuridad.

Los cinturones de vuelo les daban sustentación. No deberían de haber funcionado, ya que las unidades repulsoras repelían placa de scrith tanto encima como debajo de ellos. Pero el techo de scrith no soportaba ningún esfuerzo y era mucho más delgado que la base del Mundo Anillo.

Luis conmutó al infrarrojo (y confió en que Harkabeeparolyn recordase las instrucciones, ya que de lo contrario tendría que seguirles a ciegas). El calor irradiado que venía de abajo aparecía como un pequeño círculo brillante. El medio que les rodeaba era vasto, indiferenciado.

Columnas de discos, provistas de escalerillas, flanqueaban tres de los muros. Y en medio del inmenso espacio, una torre inclinada hecha de formas toroidales, junto a la cual iba descendiendo, anillo tras anillo. Un acelerador lineal, tal vez orientado para pasar a través de Mons Olympus. Aquellos discos podían ser plataformas de combate para un protector, en espera de ser lanzadas al cielo.

En el suelo se veía un agujero reciente. Se dejaron caer a través de él. Harkabeeparolyn se había reunido con ellos al fin. El punto caliente seguía abajo, cada vez más ancho.

Así cruzaron doce pisos, uno tras otro, todos con el agujero coincidente. La «Aguja» había atravesado muchas capas de pastel. Incluso la última ruptura era enorme..., y salía de ella un gran resplandor infrarrojo. Debajo, la cámara estaba todavía cerca del rojo vivo. Chmeee entró en ella adelantándose a Luis. Durante un momento se mantuvo en suspensión y luego bajó decididamente hasta posarse en el suelo,

Mantenían el silencio por radio. Luis imitó a Chmeee: al pasar por el último agujero se halló envuelto en una niebla de infrarrojo. Allí se había desprendido una enorme cantidad de calor. Y un túnel que se desviaba hacia un lado brillaba más todavía.

Luis subió para reunirse con Chmeee, le hizo un gesto a Harkabeeparolyn. Ella aterrizó a su lado con cierta brusquedad.

Sí. La «Aguja» había sido remolcada por aquel túnel, al tiempo que se le inyectaba calor suficiente para mantener el campo de estasis alrededor de la nave. Un rastro fácil de seguir..., aunque no sin correr el riesgo de escaldarse. ¿Y ahora qué?

Seguir a Chmeee, que se alejaba flotando a toda velocidad. ¿Qué estaría tramando? ¡Si al menos pudieran hablar!

El espacio que cruzaban ahora era un conjunto de habitáculos, excesivamente estrecho para quien tratase de recorrerle volando a toda velocidad. Cuchitriles sin puertas, o puertas como las de una cámara acorazada, como si no hubiese bastado una simple cortina para estar al abrigo de curiosos. ¿Cómo vivían los protectores de Pak? Las ojeadas fugaces a los cubículos permitían descubrir una austeridad espartana. En el suelo de una de las cámaras, un esqueleto con las articulaciones hinchadas y el cráneo deformado. Una gran estancia llena de lo que parecían ser aparatos de gimnasia, incluyendo cuerdas para trepar que a simple vista tendrían un kilómetro de longitud.

Volaron durante horas. A veces el corredor seguía en línea recta durante kilómetros y más kilómetros. Entonces aceleraban al máximo. Otras veces se veían obligados a ir despacio para orientarse.

En ocasiones encontraban compuertas que les cerraban el paso. Chmeee se encargaba de ellas, y las convertía en polvillo monoatómico mediante el rayo del desintegrador.

Hasta que llegaron a una compuerta grande que se negó a desaparecer, aun después de haber soltado mucho polvo. Un rectángulo liso. Aquello debía de ser de scrith, pensó Luis.

Chmeee les hizo dar un rodeo por la izquierda, evitando lo que aquella puerta guardaba, fuera lo que fuese. Luis cerraba la marcha después de Harkabeeparolyn, y volaba de espaldas en espera de que apareciese por allí Teela Brown. Pero la gran compuerta continuó cerrada. Si Teela Brown hubiera estado detrás, tampoco les habría detectado a través del scrith. Hasta los protectores tenían sus limitaciones.

Podían continuar por el corredor hasta llegar a la «Aguja», pero no lo hicieron. Una vez tomada su referencia, por la situación de la «Aguja» Chmeee les llevaba doce grados de antigiro de estribor..., hacia un gran domo periférico dentro del cual giraba una fuente de neutrinos. No era mala idea.

Tan pronto como pudieron, torcieron a la derecha. Pasaron frente a otra compuerta de scrith, aunque ésta no les obstaculizaba el camino.

Lo que habían rodeado era desde luego muy grande. ¿Tal vez una sala de control de emergencia? Quizá necesitasen recordar luego dónde estaba.

Pasaron catorce horas, y recorrieron más de un millar de kilómetros antes de hacer alto para descansar. Durmieron dentro de una especie de rosquilla metálica que cubría hasta la cintura, situada en medio de una gran extensión desierta: de utilidad desconocida, pero al menos impediría que nadie se acercase furtivamente. Luis empezaba a desear algo más apetitoso que el concentrado de glucosa. Se preguntó si después de comer y ocuparse de sus asuntos, Teela habría tenido tiempo de volver a notar el hambre. Continuaron volando, hasta salir de la zona de viviendas. Aunque aun aparecían algunos cubículos por aquí y por allá, casi todo eran almacenes vacíos, tuberías y reservados diversos; otros recintos cerrados eran grandes cámaras que podían contener muchas cosas o nada.

Librodot

Volaron alrededor del perímetro de lo que pudo haber sido una bomba gigantesca, a juzgar por el estrépito que siguió martilleando sus oídos hasta mucho después de haberla dejado atrás. Chmeee les condujo hacia la izquierda, desintegró una pared y se vieron en una sala de mapas tan enorme, que Luis se sintió encogido. Cuando Chmeee destruyó la pared del fondo, el gran holograma estalló en un destello y se desvaneció; ellos continuaron su camino.

Estaban cerca ya. Durmieron cuatro horas sobre un reactor de fusión que no funcionaba, antes de reanudar la correría.

De una galería que clareaba al fondo recibieron viento en las caras, hasta que acabaron por salir a la luz.

El sol acababa de pasar el cenit, en un cielo prácticamente sin nubes. Un inmenso paisaje diurno se extendía frente a ellos: estanques, masas de arbolado, campos de cereales e hileras de unas plantas color verde oscuro. Luis se sintió como un muñeco de tiro al blanco. Llevaba un carrete de hilo negro cosido a la ropa, sobre el hombro; lo desprendió y lo arrojó lejos de sí. El final del cabo también estaba cosido a su traje. Serviría para irradiar el calor si ella disparase.

¿Dónde estaría Teela Brown?

Allí no, al parecer.

Chmeee, en funciones de guía, hizo que pasaran unas lomas bajas y se encaminó hacia una charca. Luis le siguió y detrás de él, Harkabeeparolyn. El kzin empezó a desabrocharse el traje espacial. Cuando Luis se posó en el suelo, Chmeee hizo un ademán con las palmas de las dos manos hacia arriba, y luego les hizo señas de que no abriesen los trajes.

«No os abráis los trajes.» Se refería a Harkabeeparolyn. Estaba advertida, pero de todos modos, Luis permanecía atento para asegurarse de que no lo hiciera.

¿Qué más hacer?

El paisaje era demasiado llano. No había por allí muchos lugares en donde esconderse: los árboles, las lomas de detrás, todo demasiado obvio. ¿Y debajo del agua? Cabía la posibilidad. Luis empezó a recoger el hilo superconductor que antes había largado. Seguramente dispondrían de muchas horas para prepararse, pero cuando llegase Teela, caería sobre ellos como el rayo.

Chmeee se había desnudado por completo, y luego se puso el traje de tela superconductora, se acercó a Harkabeeparolyn y la ayudó a quitarse la armadura de impacto, para ponérsela él mismo. Aunque ella quedaba así bastante indefensa, Luis no intervino.

¿Ocultarse detrás del sol? Aquel sol pequeño, funcionando por fusión y emisor de neutrinos, al menos no sería un escondrijo demasiado obvio. ¿Era factible? Si se dejaba colgar un hilo superconductor hasta un lago, la temperatura no podría pasar del punto de ebullición del agua.

¡Nej! ¡Era una idea astuta! Mejor habría funcionado en la superficie marciana, en donde el agua herviría a una temperatura más razonable. Pero allí estaban demasiado cerca del fondo del Anillo y la presión atmosférica era casi la del nivel del mar.

La espera podía durar días. La provisión de agua de los trajes alcanzaría, lo mismo que el concentrado de glucosa, y quizá también la paciencia de Luis Wu. Chmeee ya se había quitado el traje; tal vez encontraría incluso algo que cazar.

Pero, ¿qué sería de Harkabeeparolyn? No podía abrirse el traje, porque olfatearía inmediatamente el árbol de la Vida.

Chmeee volvió a inflar su traje presurizado y le ciñó el cinturón volador por fuera. Luego lastró los dos pies con pedruscos y ajustó el cinturón de manera que hiciese tracción hacia arriba. Aquello sí era una buena astucia de guerra. Bastaba con apartar las piedras de un puntapié para que el traje vacío echase a volar hacia arriba, a fin de distraer la atención de la atacante.

A Luis no se le había ocurrido nada comparable.

Era posible que Teela no se acercase por allí sino de tarde en tarde, sobre todo si guardaba reservas de árbol de la Vida en otro lugar.

Y bien mirado, ¿cuál sería el árbol de la Vida? ¿Se trataría de aquellos macizos cargados de hojas color verde oscuro? Luis arrancó una de las plantas. Tenía raíces gruesas, bulbosas, un poco como de ñame o de batata. La planta era desconocida para él como todas las demás formas de vida de aquel lugar. Casi todo lo que vivía en el Mundo Anillo, y desde luego todo lo que veían allí, había sido importado desde el núcleo de la galaxia.

La carcajada de Teela resonó en los oídos de Luis.

32 - Protector

Luis no se limitó a sobresaltarse, sino que incluso gritó dentro de su casco.

Había risa en la voz de Teela, y un arrastrar las consonantes que no podía evitar, al haberse fundido en un pico rígido sus labios y sus encías.

- ¡No me gustaría tener que enfrentarme otra vez a un titerote de Pierson! ¿Te crees peligroso, Chmeee? ¡Ese titerote por poco acaba conmigo!

Se las había arreglado para activar los auriculares de sus enemigos, pese a estar desconectados. Lo que tal vez significaba que les había seguido la pista. Aunque de ser así, estarían ya muertos. Conque más valía suponer que no.

- No se captaban señales procedentes de vuestra nave. Cerradas todas las comunicaciones. Y yo necesitaba saber lo que ocurría ahí dentro. Así que monté un truco para entrar en los discos teleportadores. Y no fue fácil, os lo aseguro, Lo primero fue adivinar que un titerote no dejaría de llevar discos teleportadores de su mundo natal; luego fue preciso deducir cómo funcionaban, y construir uno..., ¡y cuando lo puse en marcha y di el salto, el titerote ya se disponía a conectar el campo de estasis! ¡Había que adivinar dónde estaba el disco transmisor, y pronto! Pero conseguí salir de allí, y ahora vuestra nave debe de hallarse en estasis y no vendrá nadie a ayudaros. Soy yo quien viene a por vosotros - dijo Teela.

Y por el tono de voz, Luis creyó adivinar que lo lamentaba.

No se podía hacer otra cosa sino esperar acontecimientos. El Inferior quedaba fuera de juego, y con él todo el equipo de a bordo de la «Aguja». Tendrían que luchar prácticamente con las manos.

Al parecer se hallaba todavía bastante lejos... si no había mentido. Luis se elevó impulsado por su cinturón volador.

Dos kilómetros, tres, y el techo quedaba todavía muy lejos. Lagos, arroyos, suaves colinas: tres mil kilómetros cuadrados de huerto devuelto a la naturaleza. Unos árboles de copas acampanadas, de hojas como de encaje menudo, formaban un bosquecillo a babor. A estribor y hacia el giro, un matorral amarillo que se extendía sobre cientos de kilómetros cuadrados conservaba todavía la disposición geométrica de los surcos originales.

Halló una entrada grande hacia el giro y por lo menos otras tres más pequeñas, incluyendo la galería a contragiro por donde ellos mismos habían entrado.

Luis se dejó caer más cerca de la superficie. Tendrían que defender las cuatro direcciones. Si se pudiera encontrar algún accidente en forma de cuenco... por ejemplo allá, un arroyo rodeado de lomas. ¿Por qué no habría de servir una corriente de agua? La estudió desde arriba, convencido de que se le escapaba algún punto esencial.

Voló a toda prisa hasta el lugar donde se había puesto a cubierto Chmeee, le tiró del brazo y le hizo una seña.

Chmeee asintió y corrió hacia la boca de la galería por donde habían entrado, arrastrando tras de sí el traje inflado como un globo. Luis se elevó por acción de su cinturón e hizo un gesto con el brazo a Harkabeeparolyn para que le siguiera.

Una hilera de colinas, con un estanque detrás, podía utilizarse para armar una bonita emboscada. Luis se posó en el punto más alto y se tumbó en el suelo, en posición de vigilar una de las entradas. Antes descolgó el rollo de hilo superconductor hasta el agua, asegurándose de que hacía un buen contacto con la masa líquida.

Sólo había una manera de salir de la «Aguja». El único disco que Teela podía haber alcanzado llevaba a una sonda puesta en una ladera de Mons Olympus. El camino de Teela sería el que habían seguido ellos, y la conduciría hasta allí.

Unos sorbos de concentrado de glucosa y de agua. Intentar relajarse. Luis no veía a Chmeee; no tenía ni idea de adónde había ido el kzin. Harkabeeparolyn le miraba. Luis hizo una seña hacia el corredor y luego le hizo ademán de que se fuese. Ella lo entendió y desapareció tras la pendiente de una loma. Luis se halló a solas.

Aquellas lomas eran demasiado planas. Los matorrales color verde oscuro servirían para ocultar a un hombre inmóvil, pero le impedirían actuar.

Pasó el tiempo. Luis usó el equipo sanitario incorporado en su traje, al tiempo que se sentía desvalido y acosado. Retornó a su puesto. Vigila. Con su conocimiento de los sistemas de transporte interior del Centro de Mantenimiento, no tardará en aparecer. Dentro de pocas horas, o ahora.

Librodot

¡Ahora! Teela cayó como un proyectil teledirigido, justo bajo el techo del corredor. Luis tuvo una visión fugaz de ella mientras rodaba por el suelo listo para disparar. Estaba de pie sobre un disco de casi dos metros de diámetro, que guiaba por medio de una columna llena de manivelas y mandos.

Luis disparó. Chmeee disparó también, desde dondequiera que estuviese escondido. Dos hilos de luz rubí tocaron el mismo blanco. Pero Teela se había agachado, sirviéndose del disco como escudo. Había visto ya todo lo que necesitaba para saber sus posiciones con total precisión.

Pero el disco volador estaba incendiado de llama rubí, y se precipitaba hacia el suelo. Luis pudo ver un instante a Teela mientras caía entre los extraños árboles verde oscuro.

Había desplegado un pequeño paracaídas.

Conque hay que dar por supuesto que sigue viva e ilesa, y apúrate. Con economía de movimientos, Luis escaló la loma y echó una ojeada al otro lado. Podía salir bien, y su sedal de superconductor todavía tenía el extremo sumergido en el agua.

¿Dónde estaría ella?

Algo apareció en la cima de la elevación contigua. Un rayo verde lo cazó al vuelo y se fijó en el objeto mientras éste se inflamaba y ardía. Adiós al traje espacial de Chmeee. Pero al mismo tiempo, un enjambre de proyectiles del tamaño de la mano, voló hacia el punto donde se originaba el rayo del láser verde. En el escondrijo se alzaron media docena de fogonazos blancos y se oyó el ¡snap! de un arco eléctrico cercano, señal de que Chmeee había logrado convertir en bombas las pilas de fabricación titerote.

Teela estaba cerca, y tenía un láser. Si se le ocurriese rodear el estanque, aprovechando la cresta vecina... Luis corrigió su posición.

El traje quemado de Chmeee había caído demasiado despacio. La protector habría adivinado que estaba vacío. ¡Cthulhu y Alá! ¿Cómo luchar contra una protector con suerte?

Teela asomó mucho más abajo de la ladera de lo que Luis esperaba y le envió un dardo de luz verde, desapareciendo antes de que Luis pudiera mover siquiera el dedo. Parpadeó. La protección antideslumbrante de su casco le había salvado los ojos. Pero, cualesquiera que fuesen sus instintos, Teela había mostrado el propósito de acabar con Luis Wu.

De nuevo surgió en un lugar imprevisto. La luz verde fue a morir en la tela negra. Esta vez, Luis consiguió devolver el fuego, aunque sin saber si había acertado, pues ella desapareció en seguida. Había entrevisto una armadura de cuero flexible un poco demasiado holgada, y unas articulaciones muy hinchadas: nudillos y dedos como rosarios de nueces, rodillas y codos como melones. No llevaba ninguna coraza, excepto su propia piel.

Luis se dejó caer rodando ladera abajo. Empezó a reptar con rapidez. Era fatigoso. ¿Dónde aparecería la próxima vez? El no estaba versado en aquellos juegos. En sus doscientos años de vida, jamás había sido soldado.

Dos nubecillas de vapor se alzaron sobre la superficie del estanque.

A su izquierda, Harkabeeparolyn se puso de pronto en pie y disparó. ¿Dónde estaba Teela? Su láser no replicaba. Harkabeeparolyn, erguida dentro de su envoltura negra, era una diana perfecta; luego se agachó y empezó a correr colina abajo, echó cuerpo a tierra y se puso a reptar.

El pedrusco cayó por el lado izquierdo, y ¿cómo podía Teela ser tan rápida? La roca le dio a Harkabeeparolyn con tal fuerza que le rompió el hueso y le rasgó la manga. La mujer de la raza de los Ingenieros se levantó gritando de dolor, y Luis se dispuso a verla partida en dos. ¡Maldición! Pero ¡atento al rayo!

No hubo rayo, y se dijo que no debía mirar sino actuar. Había visto de dónde partía la roca. Era una garganta entre dos colinas, y reptó lo más de prisa que pudo para ponerse en desenfilada. Luego se volvió y... ¡nej! ¿Dónde estaba Chmeee? Luis arriesgó una ojeada sobre la cima.

Harkabeeparolyn ya no gritaba. Sollozaba quedamente; se había quitado el cinturón volador y con una mano trataba de arrancarse la envoltura de tela negra. El otro brazo colgaba, roto. Intentaba salir del traje.

Teela había estado allí. ¿Hacia dónde iría? No estaba haciendo caso de Harkabeeparolyn.

Harkabeeparolyn no conseguía quitarse el casco. Trastabilló ladera abajo pugnando por romper la tela con una mano y luego se golpeó la visera con una piedra.

Había transcurrido demasiado rato. Ahora Teela podía estar en cualquier parte. Luis se desplazó de nuevo, esta vez buscando el lecho de un arroyo seco. Porque si trataba de ocupar otra colina, ella le descubriría.

¿Sería verdaderamente capaz de anticiparse a todos sus movimientos? ¡Una protector! ¿Dónde estaría ahora?

«¿Detrás de mí?» Luis sintió un hormigueo en la nuca. Se volvió sin saber muy bien por qué, y disparó contra Teela en el mismo instante en que un pequeño objeto metálico le machacaba las costillas. El proyectil desgarró su traje y sus carnes, y le hizo perder la puntería. Apretó el brazo izquierdo contra el costado para sujetar la tela rota y buscó el lugar donde había estado Teela con el láser de rubí. Pero ella se puso en pie y desapareció antes de que el haz pudiese alcanzarla, y una bola metálica maciza hizo saltar chispas del casco de Luis.

Rodó cuesta abajo, siempre sujetándose el traje con el brazo. A través de la visera astillada distinguió a Teela, que caía sobre él como un gran murciélago negro, y le asestó el rayo rubí sin darle tiempo a esquivarlo.

¡Nej y maldita sea! Ni siquiera se molestaba en esquivarlo, ¡y para qué! Llevaba puesta la túnica de tela superconductora negra que había sido de Harkabeeparolyn. Mantuvo apuntado el láser con ambas manos. Le mataría, pero antes iba a calentarla mucho más de lo que ella pudiera soportar. El demonio acorazado saltó hacia él con la tela en jirones pegada al cuerpo, como si estuviera mojada.

¿En jirones? ¿Por qué? ¿Y qué era aquel olor?

Ella hizo una finta y lanzó el láser como un proyectil hacia un lado, contra Chmeee. El desintegrador y la linterna láser saltaron de las manos de Chmeee y chocaron en el aire.

El olor a árbol de la Vida penetraba, estaba en las narices de Luis y en su cerebro. No era como lo del cable. La corriente se bastaba a sí misma, era una experiencia a la que no faltaba nada para ser perfecta. El olor a árbol de la Vida causaba el éxtasis, pero al mismo tiempo despertaba un hambre indomable. Ahora Luis ya sabía cuál era el árbol de la Vida.

Tenía hojas de color verde oscuro, brillantes, y raíces en forma de tubérculo, y había muchos a su alrededor, y el sabor..., algo en su cerebro le decía que el sabor debía de ser paradisíaco.

Estaban a su alrededor, y no podía comer de ellos. No podía por culpa de su casco, e hizo un esfuerzo por apartar las manos de los cierres que le habrían permitido quitárselo, porque no podía ponerse a comer mientras la variante humana de un protector de Pak se dedicaba a matar a Chmeee.

Aferró el láser con ambas manos, como si fuese un arma con retroceso. El kzin y la protector estaban trabados y rodaban cuesta abajo, dejando un reguero de jirones negros. Les siguió con el hilo color rubí. Dispara primero y apunta después. Tú no tienes hambre. Te mataría, eres demasiado viejo para lograr la mutación a protector. Te mataría.

¡Nej, qué olor! Su cerebro le daba vueltas. Era tremendo el esfuerzo de la voluntad que se necesitaba para resistirlo. Era mucho más malo que dejar de poner en marcha el contactor todas las noches de su vida durante los últimos dieciocho años. ¡Inaguantable! Luis aseguró la orientación del rayo y aguardó.

Teela falló una patada mortal y por un momento, perdió el aplomo, con la pierna en el aire. El rayo rojo la tocó y la canilla de Teela se puso al rojo vivo, incandescente, que hería la vista.

Al tiempo que disparaba, vio que ella también lograba lanzar otro proyectil: parte de la cola rosada de Chmeee cayó al suelo y se retorció como un gusano herido. Chmeee ni siquiera pareció darse cuenta. Pero ahora Teela había visto la dirección del rayo y trató de empujar a Chmeee hacia él. Luis apartó la línea roja y aguardó otra ocasión.

Chmeee había recibido lo suyo también y sangraba por varias heridas, pero tenía inmovilizado a la protector gracias a su mayor peso. Luis observó una piedra afilada en el suelo, a manera de hacha primitiva, que no tardaría en machacar el cráneo de Chmeee. La fulminó con el láser y la mano de Teela, que ya se alargaba hacia ella, se incendió.

Sorpresa, ¿eh, Teela?

¡Nej, qué olor! ¡Te mataré sólo por el olor del árbol de la Vida!

Perdida una mano y con una pierna estropeada, Teela ya no tendría mucho que hacer, pero ¿cuál sería la gravedad de las heridas de Chmeee? Los luchadores empezaban a fatigarse y Luis vio que Teela hundía el córneo pico en busca del cuello de Chmeee. Éste se retorció y por un instante, el cráneo deforme de Teela quedó expuesto. Luis le metió el rayo en el cerebro.

Fueron necesarios los esfuerzos combinados de Luis y de Chmeee para abrirle las mandíbulas a Teela y separarlas del lugar donde habían hecho presa en el cuello de Chmeee.

- Dejó que sus instintos lucharan en su lugar - logró jadear por fin Chmeee -, no su cerebro. Tenías razón, ha luchado para no ganar. Que K'dapt nos asista, si hubiese luchado para vencer.

Todo había pasado, excepto la sangre que goteaba del pelo de Chmeee, excepto las costillas despellejadas y posiblemente rotas de Luis, y excepto el olor, el olor a árbol de la Vida, que aquello sí que no cesaba. Y excepto Harkabeeparolyn, metida hasta las rodillas en el agua del estanque, con la mirada extraviada y pugnando todavía por quitarse el casco a la fuerza.

La tomaron de los brazos y se la llevaron de allí. Ella luchó y Luis tuvo que luchar también, contra ella y para alejarse de tantas hileras y más hileras de árbol de la Vida.

Chmeee se detuvo en el corredor, abrió los cierres del casco de Luis y se lo quitó.

- Respira, Luis. El viento sopla en dirección a la granja.

Luis olfateó el aire. El olor había desaparecido. Le abrieron el casco a Harkabeeparolyn para que se ventilaran sus ropas. Pero no sirvió de gran cosa. Su mirada seguía enloquecida, y Luis le limpió los espumarajos de la boca.

El kzin preguntó:

- ¿Puedes resistirlo? ¿Podrás evitar que regrese? ¿Sabrás contenerte tú también?

- Sí. Nadie sino un cableta arrepentido lo conseguiría.

- ¿Brrr?

- Tú no lo sabrás nunca.

- Tienes razón. Dame tu cinturón volador.

Los correajes le quedaban muy estrechos y debieron de hacerle daño, al clavarse en las llagas de Chmeee. Éste sólo permaneció ausente durante unos minutos, y regresó con el cinturón volador de Harkabeeparolyn, con su propio desintegrador y con dos linternas láser.

Harkabeeparolyn se había calmado un poco, seguramente a consecuencia del cansancio. Luis luchaba contra una depresión terrible. Chmeee dijo:

- A lo que parece, hemos ganado una batalla pero hemos perdido la guerra. ¿Qué vamos a hacer ahora? Tu mujer y yo necesitamos cura. Quizá logremos llegar hasta el módulo.

- Sí, pasando a través de la «Aguja». ¿Qué quieres decir con eso de que hemos perdido la guerra?

- Ya oíste a Teela. La «Aguja» se halla en estasis, así que nos hemos quedado con las manos desnudas. ¿Cómo vamos a descubrir el funcionamiento de toda esta maquinaria, sin los instrumentos de la «Aguja»?

- Hemos ganado. - Luis se sentía lo bastante mal como para tener que aguantar el pesimismo del kzin por añadidura -. Teela no era infalible. ¿Ha muerto, no? ¡Qué sabría ella si el Inferior trataba de alcanzar el interruptor del sistema de estasis! Por qué habría de hacerlo?

- ¿Con una protector dentro de su nave y sólo un mamparo por medio?

- ¿Acaso no tuvo a un kzin atrapado en ese mismo camarote? Ese mamparo es de un casco de la General de Productos. Yo digo que el Inferior quería alcanzar uno de los discos teleportadores, pero estuvo un poco lento.

Chmeee lo pensó.

- Tenemos el desintegrador.

- Y sólo dos cinturones voladores. Veamos, ¿a qué distancia de la «Aguja» nos encontramos? A unos tres mil kilómetros, casi deshaciendo el camino por donde vinimos ¡Malo!

- ¿Qué se hace con un humano que tiene el brazo roto?

- Entablillarlo.

Luis se puso en pie. Moverse no le resultaba fácil. Encontró una barra de aluminio y luego no recordaba para qué la quería. Tuvieron que hacer los vendajes con tela superconductora, puesto que no había otra cosa. El brazo de Harkabeeparolyn se hinchaba alarmantemente. Luis lo fijó y luego usó hilo superconductor para coserle a Chmeee las heridas más profundas.

Ambos morirían si no recibían tratamiento y allí no había tratamiento que darles. Luis estaba por sentarse en el suelo y dejarse morir. Muévete, hombre, que no dejará de dolerte aunque permanezcas inmóvil. Conseguirás superarlo. ¿Por qué no empiezas ahora mismo?

- Voy a montar unas parihuelas entre los cinturones voladores. ¿Qué nos serviría? La tela superconductora no es lo bastante fuerte.

- Hay que buscar algo. Estoy demasiado malherido para hacer de explorador, Luis.

- No será necesario. Ayúdame a quitarle ese traje a Harkabeeparolyn.

Usó el láser para abrir el traje presurizado por delante, hizo tiras de la tela y las entretejió para fabricar unas parihuelas con aquella tela reforzada. Luego ató los extremos a los correajes de su cinturón volador.

- Muy hábil - dijo Chmeee.

- Gracias. ¿Podrás volar?

- No lo sé.

- Inténtalo. Si prefieres tumbarte para recuperarte, todavía queda un cinturón volador. Puede que encuentre una referencia en el paisaje lo bastante saliente como para volver luego a por ti.

Iniciaron el regreso por el pasillo que les había conducido allí. Las heridas de Chmeee sangraban otra vez y Luis casi no resistía el dolor. A los tres minutos de travesía encontraron un disco de dos metros de diámetro, que flotaba a medio metro en el aire, cargado de pertrechos. Se detuvieron junto a él.

Librodot

- Cómo hemos podido olvidarlo. El disco de carga de Teela, por otra de esas casualidades interesantes - dijo Luis.

- ¿Otra parte de su juego?

- Sí. En caso de sobrevivir, no dejaríamos de encontrarlo.

Todos los objetos del disco eran extraídos, inhumanos, excepto un cajón voluminoso cuyos cierres estaban fundidos.

- ¿Lo recuerdas? Es el equipo médico de la aerocicleta de Teela.

- No servirá para un kzin. Y las medicinas tienen veintitrés años de antigüedad terrestre.

- Para ella sería mejor que nada. Aquí tienes unas píldoras antialérgicas, y además, en este mundo no hay bacterias que te infecten. No estamos tan cerca del mapa de Kzin como para atrapar los microbios kzinti.

El kzin tenía mal aspecto. Apenas aguantaba en pie.

- ¿Entiendes tú esos mandos? No me veo en condiciones de intentar manejarlos.

Luis meneó la cabeza.

- ¿A qué preocuparse? Tú y Harkabeeparolyn, subid al disco. Como flota en el aire, no me será difícil remolcarlo. ¡A dormir!

- Bien.

- Conéctale el autoquirófano de bolsillo. Y ataos ambos a la columna.

33 - 1,5 X 1012

Los dos durmieron durante treinta horas mientras Luis tiraba del disco. Su costado derecho era un gran hematoma.

Se detuvo cuando vio que Harkabeeparolyn acababa de despertar.

Habló del instinto y su delicia ante el mal insidioso que era el árbol de la Vida. Luis había intentado no recordarlo. Ella rayaba en lo sublime, y no quiso callarse, ni Luis quiso ordenarle que lo hiciera, en vista de su necesidad de hablar.

Y necesitaba también el consuelo de los brazos de Luis, y eso también podía dárselo.

Expuso su brazo durante una hora al viejo autoquirófano de Teela. Cuando se hubo aliviado un poco el dolor de sus costillas y empezó a sentirse algo menos mareado, lo devolvió. Le quedaba dolor suficiente como para no ocuparse de aquel olor que seguía acompañándole. Su

cinturón volador quizá rozó con un árbol de la Vida. O tal vez... el olor estaba en su cabeza. Para siempre.

Chmeee deliraba. Luis hizo que Harkabeeparolyn se pusiera la coraza de impacto del kzin. Teela la había desgarrado durante el combate, pero siempre valía más que la piel desnuda para una mujer que se veía en el trance de tener que acostarse al lado de un kzin agitado por la fiebre.

Al menos una vez, la armadura le salvó seguramente la vida, cuando Chmeee le asestó un zarpazo porque se parecía demasiado a Teela. Ella atendió al kzin lo mejor que pudo, dándole a beber agua y concentrados en el casco del traje presurizado. El cuarto día Chmeee volvió en sí, pero aún estaba muy débil... y famélico. La reserva de concentrado de glucosa que cabía en un traje presurizado humano era poco para él.

En total les llevó cuatro días llegar hasta la situación aproximada de la «Aguja», y pasaron otros días más abriéndose paso a través de paredes hasta hallar un bloque macizo de basalto.

Una semana después de haberse solidificado, la roca estaba todavía caliente. Luis dejó el disco flotante y a sus pasajeros bastante lejos del final del túnel por donde Teela había remolcado la «Aguja». Con el traje presurizado puesto y el casco suministrándole aire filtrado, apuntó el desintegrador con ambas manos y accionó el gatillo.

Un huracán de polvo le azotó y él penetró en el túnel que acababa de abrirse.

No se veía nada, ni se oía otra cosa sino el crujido del basalto que se desintegraba y seguía cayendo tras él hecho polvo; a su espalda, un resplandor indicaba el lugar donde las cargas de los electrones reclamaban sus prerrogativas. ¿Cuánta lava habría vertido Teela? Le parecía que llevaba horas trabajando en aquello.

Entonces tropezó con algo.

Sí. A través de una ventana contemplaba un lugar extraño, con un salón con sofás y una mesita flotante en el centro. Pero todo parecía como blando; en ninguna parte se veía un canto vivo ni una superficie rígida... Nada que pudiese darle un golpe en la rodilla a un ser viviente. A través de otra ventana vio grandes rascacielos y una mancha de cielo negro entre éstos. Por las calles paseaban multitudes de titerotes de Pierson. Todo estaba cabeza abajo.

Lo que había tomado por uno de los sofás no lo era. Luis utilizó su láser, ajustado a baja intensidad. Dio varios destellos, pero pasó más de un minuto sin que nada se moviera. Luego, una cabeza aplanada y un cuello largo, que se asomaban para beber de un cuenco, dieron un respingo asustado y volvieron a ocultarse debajo de la barriga.

Luis aguardó.

El titerote se incorporó, y guió la trayectoria de Luis alrededor del casco, lentamente, ya que tenía que abrirse paso con el desintegrador, hasta donde tenía instalado un disco teleportador para comunicar con el exterior del casco. Luis le hizo una seña con la cabeza y regresó en busca de sus compañeros.

Regresaron diez minutos más tarde, y once minutos después, él y Harkabeeparolyn comían ya como kzinti. En cuanto al apetito de Chmeee, fue indescriptible. Kawaresksenjajok le miraba con espanto. En cambio, Harkabeeparolyn no se daba cuenta de nada.

Amanecer a bordo, para una nave sepultada en lava congelada, a decenas de kilómetros lejos de la luz del sol.

- Nuestro equipo médico está estropeado - dijo el Inferior -. Chmeee y Harkabeeparolyn tendrán que curarse lo mejor que puedan.

Estaba en la cabina de mando y hablaba a través de los intercomunicadores, lo cual quizá tuviese algún significado especial o quizá no. Teela había dejado de existir y el Mundo Anillo tal vez lograría salvarse. De súbito, el titerote se veía en la necesidad de defender una esperanza de vida muy, muy larga. No era momento de tratar de igual a igual con unas razas extrañas.

- He perdido el contacto tanto con el módulo como con la sonda - dijo el titerote -. La defensa antimeteoritos le lanzó un rayo al módulo más o menos en el momento en que éste dejaba de transmitir, aunque no sé bien lo que significa eso. En cuanto a las señales de la sonda averiada, cesaron tan pronto como Teela intentó invadir la «Aguja».

Chmeee había descansado (solo en la cama de agua) y comido. Su pellejo remendado volvería a exhibir llamativas cicatrices, pero las heridas se le curaban.

- Sin duda Teela destruyó la sonda tan pronto como la vio - dijo - No se atrevería a dejar un posible peligro a sus espaldas.

- ¿A sus espaldas? ¿A quién te refieres?

- Ella dijo que tú, Inferior, eras más peligroso que un kzin. Una añagaza táctica para sacarnos de nuestras casillas, sin duda alguna.

- ¿Lo dijo? - Dos cabezas planas se miraron la una a la otra durante unos instantes -. Bien. Nuestros medios han quedado reducidos a la propia «Aguja» y a una sonda. Es la que dejamos sobre una loma cerca de la ciudad flotante. Los sensores todavía funcionan, así que le he transmitido la señal de regreso por si se nos ocurre alguna manera de aprovecharla. Debe hallarse a nuestra disposición dentro de seis días, tiempo local.

»Mientras tanto y según todas las apariencias, volvemos a nuestro problema inicial con algo más de información y también con más complicaciones. ¿Cómo restaurar la estabilidad del Mundo Anillo? Creemos que estamos en el lugar apropiado para empezar, ¿no? - continuó el titerote -. El comportamiento de Teela, inexplicable en un ser de reconocida inteligencia...

Luis Wu no hizo ningún comentario. Luis estaba muy callado aquella mañana.

Kawaresksenjajok y Harkabeeparolyn estaban sentados con las espaldas contra una pared y las piernas cruzadas, lo bastante cerca el uno del otro como para que sus brazos se tocaran. El de ella estaba vendado y puesto en cabestrillo. De vez en cuando el muchacho le lanzaba una mirada. Aquello le extrañaba, y le preocupaba. Se hallaba bajo el efecto de los sedantes, por supuesto, pero ello no bastaba para explicar aquel torpor. Luis se daba cuenta de que tendría que hablar con el muchacho..., en el supuesto de que supiera qué decirle.

Los Ingenieros de Ciudades habían dormido en la bodega de carga. En cualquier caso, Harkabeeparolyn no habría utilizado un campo sómnico, por temor a caerse. Le había ofrecido hacer rishathra a Luis, aunque sin mucha insistencia, cuando se reunieron para desayunar.

- Ten cuidado con mi brazo, Luhiwu.

En la cultura en que se había educado Luis, rechazar una oferta sexual era cosa que requería tacto. Le dijo que tenía miedo de desgraciarle el brazo, cosa que además era verdad. También era cierto que no conseguía animarse. Se preguntaba si el árbol de la Vida le habría afectado tanto, aunque no hallaba en sí mismo ningún apetito de raíces amarillas, ni siquiera de un hilo dispensador de electricidad.

Aquella mañana parecía absolutamente desprovisto de deseos.

Un billón y medio de personas...

El Inferior estaba diciendo:

- Aceptemos la opinión de Luis por lo que toca a Teela Brown. Ella nos trajo aquí. Su decisión era tan fuerte como la nuestra. Nos dio tantas pistas como le fue posible. Pero, ¿qué pistas? En esa batalla, ella combatía en ambos bandos. ¿Acaso no le daba importancia al hecho de haber creado tres protectores más, para luego matar a dos de ellos? ¿Qué dices, Luis?

Luis, engolfado en sus pensamientos, notó que cuatro puntas agudas le pinchaban la piel cerca de la carótida, y dijo:

- ¿Perdón?

El Inferior empezó a repetirse a sí mismo. Luis meneó la cabeza con violencia.

- Los mató con la defensa antimeteoritos. La disparó dos veces, y sobre otros blancos que nuestras indispensables personas. Se nos permitió verlo, ya que en ese momento no estábamos en estasis. Fue otro mensaje más.

- ¿Supones que pudo elegir otras armas?

- Las armas, el momento, las circunstancias, el número de protectores auxiliares... disponía de un número considerable de opciones.

- ¿No eres tú quien juega con nosotros ahora, Luis? Si sabes algo, ¿por qué no nos lo dices?

Una ojeada culpable hacia donde estaban los Protectores le reveló a una Harkabeeparolyn que apenas lograba mantenerse despierta, y a un Kawaresksenjajok que escuchaba con la mayor atención. Un par de héroes autodesignados en espera de su oportunidad de salvar el mundo. ¡Nej!

- Un billón y medio de personas.

- Para salvar a veintiocho coma cinco mil millones, y a nosotros mismos.

- Tú no los has conocido, Chmeee. No a tantos, al menos. Confiaba en que uno de vosotros lo pensara. Me he atormentado tratando de descubrir...

- ¿Conocerlos? ¿A quiénes?

- Valavirgillin. Ginjerofer. El rey gigante. Mar Korssil. Laliskareerlyar y Fortaralisplyar. Los Pastores, los Gigantes de la Sabana, los Anfibios, el Pueblo Colgante, el Pueblo de la Noche, los Cazadores Nocturnos... Se entiende que hemos de matar a un cinco por ciento para salvar el noventa y cinco por ciento. ¿No te suenan esos números?

Fue el titerote quien respondió:

- El sistema de reactores de posición funciona en un cinco por cien. La brigada de reparación de Teela los montó sobre un cinco por cien del arco del Mundo Anillo. ¿Son ésos los que tendrán que morir, Luis? ¿La población de ese arco?

Harkabeeparolyn y Kawaresksenjajok les miraban con incredulidad. Luis abrió los brazos en un ademán de desesperación.

El muchacho gritó:

- ¡Luhiwu! ¿Por qué?

- Lo prometí - dijo Luis - Si no lo hubiera prometido quizá me tocaría tomar una decisión. Le dije a Valavirgillin que salvaría el Mundo Anillo costara lo que costara. Y prometí salvarla a ella también, si podía, pero no puedo hacerlo. No tenemos tiempo para buscarla. Cuanto más nos demoremos más importantes serán las fuerzas que descentran el Mundo Anillo. Así que ahora está en el Arco, junto con la ciudad flotante, y el imperio del Pueblo de la Máquina, y los enanos carnívoros rojos y los Gigantes de la Sabana. Y morirán.

Harkabeeparolyn dio una palmada y exclamó:

- ¡Pero si eso es todo lo que conocemos del Mundo Anillo, incluso de oídas!

- A mí me pasa lo mismo.

- Pues ¿qué otra cosa merece la pena salvar? ¿Por qué han de morir?

- ¿Cómo?

- Los muertos son muertos - dijo Luis -. Envenenados por las radiaciones. Un billón y medio de seres de veinte o treinta especies distintas. Pero sólo si lo hacemos todo con exactitud. En primer lugar importa saber dónde estarnos.

El titerote preguntó con bastante lógica:

- ¿Y dónde deberíamos estar?

- En dos lugares. Los que controlan la defensa antimeteoritos. Hemos de poder guiar los chorros de plasma, las protuberancias solares. Y hemos de desconectar el subsistema que convierte los chorros de plasma en haces coherentes de láser.

- Esos lugares ya los he localizado - dijo el Inferior -. Mientras vosotros no estabais, la defensa disparó, seguramente para destruir el módulo. Los efectos magnéticos alteraron la mitad de mis detectores. Sin embargo, me fue posible hallar las coordenadas del origen del impulso. Las poderosas corrientes del suelo del Anillo, que son las que crean y manipulan las protuberancias solares, derivan de un punto situado debajo del polo norte del mapa de Marte.

- Puede que la instalación deba estar refrigerada...

- ¡Tonterías! ¿Olvidas el efecto láser? Ahí la actividad se presentó horas después: efectos eléctricos más reducidos, en una configuración típica. Ya os lo dije. Está exactamente sobre nuestras cabezas, dada la orientación de la nave.

- Supongo que hemos de desconectar ese sistema - aventuró Chmeee.

Luis resopló con desdén:

- Es fácil. Podría hacerlo con una linterna láser, o con una bomba, o con el desintegrador. Pero lo más difícil será lo de averiguar cómo se producen las protuberancias. Los mandos seguramente no se diseñaron para necios, y no nos sobra el tiempo.

- ¿Y luego?

- Luego aplicaremos el soplete a una parte habitada.

- ¡Los detalles, Luis!

Sería como pronunciar la sentencia de muerte para un sinnúmero de especies.

Kawaresksenjajok ocultaba la cara. La de Harkabeeparolyn era una máscara de piedra. Dijo:

- Haz lo que sea necesario.

Lo hizo.

- El sistema de reactores de posición sólo funciona en un cinco por ciento.

Chmeee aguardó.

- El combustible que utiliza son los protones de alta energía procedentes del sol. El viento solar.

- ¡Ah! - exclamó el titerote -. Multiplicar el consumo por veinte aprovechando la energía del sol. Pero las formas de vida que se hallen cerca de la deflagración morirán o sufrirán drásticas mutaciones. El empuje se multiplicará por el mismo factor. Los reactores de posición nos conducirán a posición segura o estallarán.

- Desde luego no tenemos tiempo para rediseñarlos, Inferior.

- Es irrelevante, a menos que Luis esté totalmente equivocado - dijo Chmeee -. Teela inspeccionó esos motores antes de volver a montarlos.

Librodot

- Sí. De no haber sido lo bastante poderosos, ella se habría persuadido a si misma para sobredimensionar el factor de seguridad. Para cubrir la eventualidad de una protuberancia solar excesivamente grande. Doble juego.

- En cuanto a guiar el chorro, no es necesario para nosotros, ni siquiera conveniente - continuó el kzin -. Desconectemos el subsistema generador del láser. Luego, si fuese necesario, situemos la «Aguja» en el lugar donde queramos que caiga el rayo, usándola como condensador. Esto acelerará el proceso hasta que prenda la defensa contra meteoritos. La «Aguja» es invulnerable.

Luis asintió.

- Quizá debamos pensar en algo más exacto. Funcionará mejor y morirá menos gente. Pero... sí. Podemos hacerlo. Podemos llevarlo a cabo.

El Inferior les acompañó para inspeccionar los elementos de la defensa contra meteoritos. No fue necesario convencerle para eso. Los instrumentos que desmontaron de la «Aguja» sólo podían ser manipulados por los labios y lenguas de un titerote. Cuando sugirió que Luis aprendiese a manejar los mandos con unas pinzas y unos alicates, el aludido se echó a reír.

El Inferior pasó varias horas en el sector reservado de la «Aguja». Luego salió para acompañarles en el recorrido a través del túnel. Su melena estaba teñida a mechones de cien colores resplandecientes, y espléndidamente cepillada. Luis pensó que a todo el mundo le gusta tener buena cara en su propio funeral, y luego se preguntó si sería ése el motivo.

No fue necesario usar ninguna bomba contra el subsistema del láser. El Inferior invirtió todo un día y buena parte de los aparatos que traía montados en un disco para descubrir el interruptor que lo desconectaba, pero allí no estaba.

La red de cables superconductores tenía su nodo en el scrith, a treinta kilómetros bajo el polo norte del mapa de Marte. Decidieron que el gran complejo del fondo debía de ser el centro de control. Se hallaron frente a un laberinto de titánicas escotillas; para abrir cada una de ellas, era preciso resolver algún tipo de enigma técnico, pero el Inferior se encargó de ello.

Pasaron la última, y al otro lado vieron un domo brillantemente iluminado, con un suelo de tierra árida y un olor que hizo que Luis echase a correr con desesperación para agarrar por la delgada muñeca a un Kawaresksenjajok totalmente sorprendido. La escotilla quedó cerrada antes de que el muchacho empezase a debatirse. Luis le golpeó en la cabeza y siguió andando, y no consintió en soltarle antes de que hubiese otra vez tres escotillas por medio.

Chmeee se reunió con ellos y anunció:

- El camino pasa por un cultivo iluminado por luz solar artificial. El sistema automático ha fallado y apenas sobrevivió ninguna planta, pero las he reconocido.

- Y yo también - dijo Luis.

- Recordaba el olor. Pasablemente desagradable.

El chico lloraba.

- ¡Yo no he olido nada! ¿Por qué me arrastráis así? ¿Por qué me has pegado?

- ¡Flup! - exclamó Luis.

Acababa de darse cuenta de que era demasiado joven; el olor del árbol de la Vida no significaría nada para él.

De manera que el muchacho Ingeniero se quedó con los alienígenas. Pero Luis Wu no esperó a ver lo que ocurría en la sala de control, sino que regresó a la «Aguja», solo.

La sonda todavía estaba muy lejos, en otro lugar del Anillo, a minutos luz de distancia. La ventana holográfica, resaltada sobre el basalto negro que circundaba la «Aguja», miraba por la cámara de aquélla: una vista telescópica atenuada de un astro algo menos activo que el Sol. Así debió de dejarla programada el Inferior antes de salir.

El hueso del brazo de Harkabeeparolyn se soldaba un poco deforme; el viejo autoquirófano portátil de Teela no había logrado solucionarlo.

Pero al menos, se curaba. Más le preocupaba a Luis el estado emocional de la mujer.

Con la destrucción de todo su mundo familiar y todos sus recuerdos devorados por las llamas, bien podía decirse que padecía un trauma cultural. La halló echada en la cama de agua, contemplando la imagen aumentada del sol. Hizo un ademán cuando él la saludó, pero luego dejó pasar varias horas sin efectuar movimiento alguno.

Luis intentó hacer que conversara, pero sin éxito. Lo que ella deseaba era olvidar todo su pasado, sin dejar ni huella.

Tuvo más éxito cuando trató de explicarle la situación material. Ella entendía algo de física. Como no podía acceder a los medios de la «Aguja» en cuanto a ordenador y hologramas, dibujó figuras en el mamparo e hizo muchísimos aspavientos. Ella dio muestras de captarlo todo.

La segunda noche después de su regreso, él despertó de súbito y la vio sentada, con las piernas cruzadas, sobre la cama de agua. Le miraba pensativamente y tenía el láser entre las manos. Él se fijó en su mirada perdida e hizo un gesto con el brazo para darse la vuelta y seguir durmiendo Ya se vería a la mañana siguiente, o no, ¡qué nej!

Aquella tarde, él y Harkabeeparolyn vieron una llamarada que brotaba del sol y se aproximaba, cada vez más grande. Apenas hablaron.

Epilogo

Unfalan después: diez rotaciones del Mundo Anillo.

Librodot

Lejos, Arco arriba, veintiuna llamas brillaban con fuerza, tan intensas como la corona de aquel sol hiperactivo vista al borde de una de las pantallas de sombra.

La «Aguja» seguía empotrada en basalto bajo el mapa de Marte. Su tripulación contemplaba una ventana holográfica por amabilidad de las cámaras de la sonda, ésta instalada al borde del mapa de Marte, en una zona cubierta de nieve carbónica donde no era probable que se aventurasen los marcianos.

Entre aquellos dos círculos de llamas, como velas de un pastel, estarían muriendo plantas, animales y seres humanos, en cantidades tales que harían parecer desértico el espacio humano. Las plantas se marchitarían o mostrarían crecimientos anormales; los insectos y otros animales se reproducirían, pero no con arreglo a las leyes de su especie. Valavirgillin se preguntaría las causas de la muerte de su padre, o por qué sufría vómitos ella misma con demasiada frecuencia, y si sería parte de un apocalipsis general o si el extranjero del Pueblo de las Estrellas sería capaz de hacer algo para remediarlo.

Pero nada de eso era visible a noventa millones de kilómetros de distancia. únicamente se distinguían los chorros de los reactores Bussard, quemando combustible enriquecido.

- Tengo el placer de anunciar que el centro másico del Mundo Anillo tiende a coincidir de nuevo con su sol - dijo el Inferior -. Dentro de otras seis o siete rotaciones podremos ajustar de nuevo la defensa contra meteoritos tal como la encontramos, para que dispare contra los cuerpos intrusos. Un cinco por ciento de la capacidad de los reactores de posición será suficiente para estabilizar la estructura.

Chmeee gruñó en señal de satisfacción. Luis y los Ingenieros de las Ciudades siguieron contemplando el holograma que brillaba en medio de la profundidad de basalto negro.

- Hemos ganado - dijo el Inferior -. Tú, Luis, me propusiste una misión de envergadura únicamente comparable a la construcción del propio Mundo Anillo, y pusiste mi vida en peligro. Puedo admitir tu arrogancia ahora que hemos vencido, pero hay límites para todo. Quiero escuchar tu felicitación, o te cortaré el aprovisionamiento de aire.

- Te felicito - dijo Luis Wu.

La mujer y el muchacho que estaban a su lado se echaron a llorar.

Chmeee dijo con un resoplido de desdén:

- El vencedor tiene derecho a glorificarse, cuando menos. ¿Os afligís por los muertos y los moribundos? Si hubieran sido dignos de vuestro respeto se habrían ofrecido a ayudaros.

- No les dimos esa oportunidad. Mira, nadie quiere que te sientas culpable...

- ¿Y por qué habría de sentir yo eso? No es mi intención ofender, pero esos muertos y moribundos son homínidos. No son de tu raza, Luis, ni desde luego tampoco de la mía, ni de la del Inferior. Me considero un héroe. He salvado lo que prácticamente equivale a dos mundos habitados, cuyos pobladores sí son de mi especie, o casi.

- Muy bien. Comprendo tu punto de vista.

- Y ahora, con el apoyo de una tecnología superior, pienso forjar un imperio.

Luis se sonrió:

- ¡Claro! ¿Por qué no? ¿En el mapa de Kzin?

- He estado pensándolo. Creo que prefiero el mapa de la Tierra. Según nos dijo Teela, exploradores kzin se hicieron los amos del mapa de la Tierra. A mi modo de ver, es posible que ésos se asemejen más a mi raza de conquistadores que los decadentes del mapa de Kzin.

- Seguramente tienes razón.

- Además, los del mapa de la Tierra han realizado un antiguo sueño de mi raza.

- ¿Cuál?

- Han conquistado la Tierra, ¡idiota!

Hacía mucho tiempo que Luis Wu no reía tanto. ¡Conquistar un planeta de simios de las llanuras! ¡Sic transit gloria mundi!

- ¿Cómo piensas llegar allí?

- No creo que sea muy difícil sacar la «Aguja» y conducirla a Mons Olympus...

- La nave es mía - dijo el Inferior en tono suave, pero cortándole decididamente la palabra a Chmeee -. Los mandos me obedecen a mí y la «Aguja» irá donde yo diga.

- Y ¿adónde sería eso? - replicó Chmeee con cierta acritud.

- A ninguna parte - contestó el Inferior -. No experimento ninguna necesidad de justificarme. No sois de mi especie, y además, ¿qué daño podríais hacerme? La hiperpropulsión no puede quemarse otra vez. Sin embargo, sois mis aliados y os concederé una explicación.

Chmeee se precipitó contra el mamparo, como queriendo ir al encuentro del titerote, con las garras sacadas y el pelo del cuello erizado. Naturalmente.

- He violado la tradición - continuó el Inferior -. He seguido actuando en situaciones en que rondaba la muerte. Me he jugado la vida durante casi dos decenios, bajo un crecimiento casi asintótico del riesgo. Ahora el riesgo ha pasado y soy un exiliado, pero vivo. Deseo descansar. ¿Podéis comprender mi necesidad de tomarme un largo descanso? En la «Aguja» tengo más comodidades que en ningún otro lugar de los que se encuentran a mi alcance. Mi nave está bien segura, encerrada en la roca, entre dos capas de scrith cuya solidez es comparable a la del propio casco de la «Aguja». Dispongo de paz y tranquilidad. Si más adelante volviese a sentir la necesidad de explorar, tengo a mi lado los millones de kilómetros cúbicos del Centro de Mantenimiento. Estoy exactamente donde deseo estar, y pienso quedarme.

Luis y Harkabeeparolyn hicieron rishathra aquella noche. (O no: hicieron el amor.) Llevaban bastante tiempo sin hacerlo. Luis había llegado a temer que hubiese desaparecido el deseo. Luego ella se lo contó.

- Me he apareado con Kawaresksenjajok.

El lo había observado, aunque esta vez, sin duda, se aludía a algo más permanente.

- Felicidades.

- Éste no es lugar para criar un hijo

No se había molestado en anunciarle que estuviese embarazada. Pero desde luego, lo estaba.

- Creo que encontrarás Ingenieros en cualquier lugar del Mundo Anillo. Podrás establecerte donde quieras. En realidad, me gustaría acompañaros. Hemos salvado el mundo, conque supongo que somos unos héroes, caso de que alguien quiera creerlo.

- ¡Pero si no podemos salir, Luis! ¡Ni siquiera podemos respirar en la superficie! Nuestros trajes presurizados están hechos trizas, y nos hallamos en medio del Gran Océano.

- La situación no es desesperada - dijo Luis - Hablas como si nos hubiéramos quedado desnudos en medio de la Nebulosa Magallánica! La «Aguja» no es nuestro único medio de transporte. Tenemos miles de esos discos flotantes. Hay un transportador espacial tan grande, que el Inferior pudo distinguir hasta detalles con el radar de profundidad. Encontraremos algo intermedio entre lo uno y lo otro.

- ¿No tratará de detenernos tu aliado bicéfalo?

- Todo lo contrario. ¿Nos oyes, Inferior?

- Sí.

Se oyó una voz procedente del techo, que sobresaltó a Harkabeeparolyn.

Luis continuó:

- Estás en el lugar más seguro del Mundo Anillo. Tú mismo lo has dicho. El peligro más imponderable que te amenaza es la presencia de seres de otras razas a bordo de tu propia nave. ¿Te gustaría verte libre de nosotros?

- ¡Y cómo! Tengo algunas sugerencias. ¿Quieres que despertemos a Chmeee?

- No. Hablaremos mañana.

Justo al borde del acantilado empezaba a condensarse el agua y de ahí fluía en catarata hacia abajo. Era como un río vertical, una cascada de treinta kilómetros de altura. Abajo, el mar era una niebla que se extendía a cientos de kilómetros de la costa.

La cámara de la sonda que miraba mar afuera del mapa de Marte no mostraba otra cosa sino agua que caía y niebla de agua pulverizada.

- Bajo la luz infrarrojo, el panorama es bien distinto - dijo el Inferior -. Fijaos...

La niebla ocultaba un barco. Era de un raro diseño triangular, sin mástiles. Pero, ¡un segundo!, pensó Luis. A treinta kilómetros de distancia...

- ¡Pero si esa cosa debe de tener un kilómetro y medio de longitud por lo menos!

- Casi - admitió el Inferior -. Teela nos dijo que había robado una nave kzinti.

- Muy bien.

Luis había decidido en un instante.

- Separé un filtro de deuterio intacto de la sonda que luego destruyó Teela - dijo el Inferior -. Puede servir para propulsar ese barco. El viaje de Teela fue espantoso, pero el vuestro no tiene por qué serlo. Podéis llevar discos Botadores para las exploraciones y para que os sirvan de mercancía de trueque en las costas.

- Buena idea.

- ¿Quieres un contactor en buen estado de uso?

- No me preguntes eso nunca más, ¿quieres?

- De acuerdo, pero tu contestación es una evasiva.

- Muy bien. ¿Puedes desmontar un par de discos transportadores de la «Aguja» y pasarlos al barco? Eso nos suministraría una escapatoria en caso de que tropezásemos con verdaderas dificultades. - Vio que las cabezas del titerote se miraban la una a la otra, y se apresuró a añadir -: Y también podrían salvarte a ti. Aún queda por ahí un protector, y ahora no necesita abandonar el Mundo Anillo, gracias a nosotros.

- Puedo hacerlo - dijo el Inferior -. Bien, ¿os parece adecuado este medio de transporte para alcanzar la plataforma continental?

Chmeee contestó:

- Será un largo viaje..., un viaje de ciento cincuenta mil kilómetros. Entre los tuyos, Luis, se decía que los viajes por mar eran tonificantes.

- En este mar, quizá sean además entretenidos. No es necesario poner rumbo directamente hacia el giro. Hacia el antigiro queda el mapa de un mundo desconocido, y está apenas el doble de lejos.

Luis se volvió hacia los Ingenieros de las Ciudades, sonriendo:

- Kawaresksenjajok, Harkabeeparolyn, ¿queréis que vayamos a verificar algunas de esas viejas leyendas? Y tal vez a crear otras tantas por nuestra cuenta.

FIN

Librodot

Glosario

AEROCICLETA: Vehículo de un solo pasajero utilizado para las exploraciones durante la primera expedición al Mundo Anillo.

ANTIGIRO: El sentido opuesto a la dirección de giro del Mundo Anillo.

ARCO: El Mundo Anillo según se ve desde la superficie. Algunos nativos consideraban su mundo como una superficie plana coronada por un estrecho arco parabólico.

BABOR: El lado izquierdo mirando a giro.

BRAZO: La policía de las Naciones Unidas, cuya jurisdicción se limita al sistema Tierra-Luna.

CENTRO DE MANTENIMIENTO: El centro hipotético desde donde se dirigen los trabajos de mantenimiento del Anillo.

CINTURÍCOLA: Habitante del cinturón de asteroides del sistema Sol.

CONTACTOR: Un aparato de pequeño tamaño que se enchufa en el cráneo del adicto a la corriente, con el fin de administrar una cantidad determinada de electricidad al centro del placer del cerebro.

CONTRAGIRO: Véase Antigiro.

CZILTANG BRONE: Aparato utilizado por los Ingenieros de las Ciudades que permite que objetos sólidos, mercancías, pasajeros, etc, puedan atravesar el scrith.

DARLE A UNO EL DíA: Utilizar un tasp con él o con ella, escondiéndose quien lo hace.

DISCOS TELEPORTADORES: Sistema teleportador utilizado en la Flota de los Mundos. (Otras razas conocidas tienen sistemas menos perfeccionados que implican el empleo de cabinas cerradas.)

ESPACIO CONOCIDO: La región estelar conocida por la humanidad gracias a las exploraciones propias o de otras especies.

ESPACIO HUMANO: El grupo de sistemas estelares habitado por la humanidad.

ESTASIS: Un estado en el que el tiempo transcurre muy despacio, en una proporción cercana a los quinientos millones de años por segundo de estasis. Un objeto puesto en estasis es prácticamente invulnerable.

ESTRIBOR: A la derecha según se mira hacia el giro.

FLOTA DE LOS MUNDOS: Los cinco planetas de los titerotes.

FLUP: El fango de los fondos marinos.

FOOCH (pl. FOOCHESTH): Sillones de piedra que se encuentran en los parques de caza de los kzinti.

GIRO: El sentido de la rotación del Mundo Anillo.

HIPERPROPULSIÓN DE LOS EXTERIORES: Sistema hiperlumínico de propulsión que los mismos Exteriores no llegaron a usar nunca, pero muy utilizado por las especies viajeras del espacio conocido.

Librodot

HIPERPROPULSIÓN QUANTUM II: Desarrollado por los titerotes de Pierson, un modo de traslación enormemente más rápido que la hiperpropulsión de los Exteriores. Llamada también «Tiro Largo» por el nombre de la nave prototipo, la primera que visitó el núcleo de la galaxia.

MODULO, NAVETA: Término general que designa el vehículo que circula entre el suelo y el nivel orbital.

MONTAÑAS DERRAMADAS: Montañas que se apoyan en los muros de los bordes y que tienen una ecología propia. Son una de las fases de la circulación del flup.

NEJ: Abreviatura de «no es justo», utilizada como interjección.

OJO DE LA TORMENTA: Un ciclón que se forma cuando el impacto de un meteorito agujerea el suelo del Mundo Anillo.

PLANTA FIDEO: Oriunda del Mundo Anillo, de descripción obvia, comestible.

PLANTA HAMBURGUESA: Una planta oriunda del Mundo Anillo y de fruto similar al melón o al pepino, pero formando ristras que arraigan por los puntos de unión. Se cría en las zonas húmedas. Comestible.

PROPULSOR: Un motor no basado en sistemas de reacción y que sustituye a los cohetes de fusión en todas las naves del espacio, excepto las militares.

RAÍZ ACODADA: Planta del Mundo Anillo que se cría para formar setos.

RISHATHRA: Las prácticas sexuales entre seres que no son de la misma especie (pero sin salirse de entre los homínidos).

SCRITH: Material que forma la estructura del Mundo Anillo. El scrith se encuentra en todo el subsuelo de la superficie interior, terraformada y esculpida, del Mundo Anillo. Las paredes limítrofes también son de scrith. Muy denso, con una resistencia mecánica del orden de las fuerzas de cohesión del núcleo atómico.

TASP: Un aparato manual que sirve para excitar desde lejos el centro de placer del cerebro humano.

TERRAFORMAR: Modificar un medio ambiente para hacerlo similar al de la Tierra.

TIRO LARGO: Véase Hiperpropulsión Quantum II.

Parámetros del Mundo Anillo

30 horas = 1 día del Mundo Anillo.
1 revolución = 7,5 días = 1 rotación del Mundo Anillo.
75 días = 10 revoluciones = 1 falan.
Masa 2 x 1030 g
Radio 1,5915 x 108 km
Circunferencia = 1 x 109 km
Ancho = 1,6 x 106 km

Librodot

Superficie = aprox. 3 x 106 la de la Tierra = 1,6 X 1015 Km2
Gravedad en la superficie = 9,73 msV-2 = 0,992 G
Elevación de los muros con respecto al suelo interior = 1600 km
Astro central: G3 próximo a G2, algo más pequeño y más frío que el Sol.

Librodot